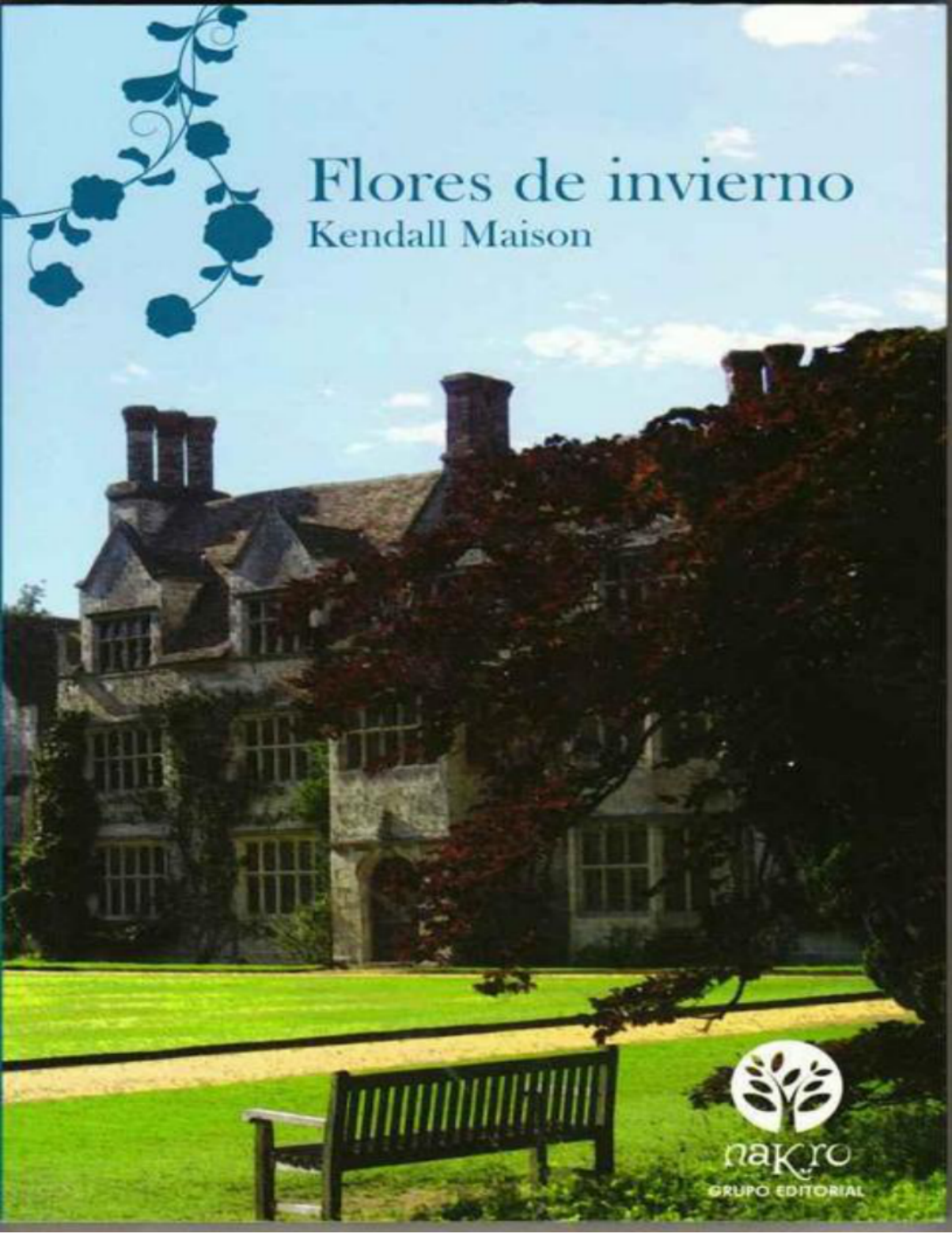
Flores de invierno

Kendall Maison



nakro
GRUPO EDITORIAL

A Cheta Chesten,

Y

al pequeño Jesús Angel

AGRADECIMIENTOS

En un libro tan especial, en el que se describen las vivencias de tantas personas, que de manera dramatizada, ven sus vidas plasmadas en estas páginas, resulta imprescindible dar las gracias a todos /as y cada uno/a de ellas.

Es por esta razón que es mi deseo, que cada uno/a de los/as que se vean reflejados/as en estas páginas lo vean como eso precisamente, como el reflejo del espejo de la vida. Y agradezco de antemano su colaboración, sin aportar en este caso los nombres, por haber sido solicitado en la mayoría de los casos, por los protagonistas de cada vivencia.

Algunos de los que ya no están entre los vivos, verán su recuerdo en esta novela, y quienes tienen la dicha de estar entre nosotros, protagonizarán los momentos más emotivos que en estas humildes páginas se relatan. Los niños de los que se cuentan sus historias personales, los asistentes sociales, los altruistas mecenas y protectores, todos ellos son personas reales, que dan vida a sus personas como si de actores se tratase sin serlo en realidad.

KENDALL MAISON

FLORES DE INVIERNO

POR

KENDALL MAISON

CAPITULO I

UNA VIDA

El viento anunciaba el otoño, que llegaba prematuramente, llevando en sus fríos brazos olores a madera y hojas secas. Barría las calles levantando remolinos, y echando a las gentes de las aceras. Ramón, enfundado en su gabardina beige, penetraba en una cafetería dispuesto a esperar tomándose un chocolate caliente. Ana aún tardaría un poco en llegar, trabajaba cerca de allí, pero hoy se iba a retrasar, ya se lo había advertido. Su jefe la necesitaba para cuadrar unos informes, y eso le llevaría su tiempo correspondiente. Echó una ojeada al local, casi siempre lleno, y que ahora, más que nunca, se veía abarrotado, y se dirigió a una mesita que en un rincón aparecía desocupada. Una pesada cortina ocultaba parte de la cristalera, y Ramón la apartó para mejor ver el exterior. Aspiró el aire cálido, y se desprendió de su gabardina, que colgó en el respaldo de la silla. Se frotó las manos, e hizo un gesto a la camarera, que se acercó para tomar nota.

-Un chocolate muy caliente, y un bollo de mantequilla, por favor-solicitó con una sonrisa en los labios

-¿Algo más señor?-preguntó impasible la camarera, que apuntaba los pedidos en una pequeña libreta.

-No, muchas gracias-respondió con gesto adusto, molesto por la falta de amabilidad de la joven.

Se esforzó por ver si venía Ana, pero el viento, continuaba creando su caos entre remolinos y polvaredas impidiéndole la visión. Optó por centrarse en sus propios pensamientos, y en lo que tenía pendiente, era necesario resolverlo cuanto antes. Sonrió a causa de sus elucubraciones, y en ese momento la camarera, dejó en la mesa su pedido. Introdujo la cucharilla en el espeso chocolate, y lo removió, mientras le daba un mordisco al bollo. Realmente tenía hambre.

El viento se calmó como por ensalmo, y comenzó a llover copiosamente. El ruido de las gotas al chocar con el cristal con furia, le hizo rebullirse en su asiento, agradecido por haberse librado del aguacero que estaba cayendo. Dio un sorbo al chocolate, y retiró la taza, el contacto con el borde le advirtió de que realmente estaba muy caliente, demasiado. Una figura estilizada, entró y cerró tras de si las puertas de grueso cristal, para escrutar con la mirada el interior, en busca de alguien. Ramón la vio y le hizo un gesto, enseguida ella se dirigió hacia su mesa.

-¡Uf! hace un día malísimo,-se quejó ella-este viento y esa agua que cae como lanzada por una mano cruel…

-Mujer ¿no eres un poco exagerada?-sonrió divertido el-es el tiempo normal en estas fechas.

-¡Ay que no! que no me acaba de gustar el clima de esta ciudad. Si pudiera me iría lejos, a donde haga sol siempre.

-Te aburrirías seguro que sí.

-Ya, ya. Ya te iba yo a decir si me aburría.

-Pero no me has citado aquí para hablar del tiempo eso seguro. Cuando me has llamado me has preocupado, he venido corriendo dejando a medio hacer…bueno da igual dime que te ocurre.

Ella bajó la cabeza, y tras una pausa, le miró a los ojos, y controlando las lágrimas que pugnaban por salir, comenzó su confesión.

-Ramón tu me conoces muy bien, mejor que nadie en realidad, dime ¿crees que me merezco yo esto?-le mostró un brazo, en el que resultaba visible un enorme morado-José…-no acertó a seguir

-Ese hijo de puta, ¿cómo puede haberte hecho eso? le voy a…-hizo ademán de levantarse.

Ella le tomó del brazo con fuerza, y le pidió que se calmase.

-No te he llamado para que me defiendas, o le devuelvas el golpe, esto se viene repitiendo desde hace algún tiempo, y lo que necesito es marcharme de aquí, pero…

-No tienes a donde ir, ni dinero ¿verdad?, no te preocupes eso a mi no me falta, tendrás dinero para empezar de nuevo en cualquier sitio que elijas. Ven esta tarde a mi apartamento y te lo tendré preparado. Ahora hablemos de cosas más alegres, ¿Qué tal va tu curso de pintura? te veo exponiendo en las mejores galerías…-trataba de quitarle hierro al asunto para evitar así que se desmoronase

El cristal cubierto de chorrillos de agua, apenas dejaba ver ya un pequeño espacio del exterior, como si quisiera esconderlos de miradas indiscretas. Ana sonrió levemente, y se limpió las lágrimas que al final habían desbordado sus ojos.

-No sé cómo darte las gracias, eres el mejor amigo que tengo, no sé qué haría sin ti en estos momentos.

-Lo que pasa es que soy tu único amigo-bromeó-cosa que por otra

parte me evita tener que sentir celos.

Extrajo unos billetes del bolsillo de su Pantalón, y se los ofreció. Ella enrojeció y se los guardó en el bolsito negro que llevaba. Afuera, una figura de mujer, estilizada y elegante, estaba parada, observándoles. Sostenía el paraguas con fuerza, y su melena negra y brillante, revoloteaba en torno suyo, confiriéndole una extraña apariencia. Era María su novia de toda la vida, que había decidido darle una sorpresa, esperándole en su cafetería favorita. Desde donde se hallaba pudo ver con nitidez, como Ramón le entregaba un fajo de billetes a la mujer que estaba con él. Algo se removió dentro de sus entrañas, pues, ¿no estaba pagando los servicios de una vulgar prostituta?¿cómo podía estar haciéndole esto a ella?. Dejó que las lágrimas resbalasen por sus mejillas, y se fue herida en lo más profundo de sus sentimientos. En el interior del bar, ajenos a la escena que acababa de desarrollarse en la calle, los dos amigos trataban de suavizar el agudo problema que tenía Ana. Se sacó la chaquetita torera que llevaba, y la colgó en el respaldo. Hizo un gesto a la camarera, y continuó atenta a lo que le decía Ramón.

-Te advierto que tiene mal día, si te sonríe te invito a otro café-bromeó

-Que suerte tienes de tener una familia que te puede dar todo cuanto necesitas, envidia sana claro-apostilló

-La verdad es que si, no me puedo quejar de nada, pero tiene sus inconvenientes no creas, siempre dependes, por ejemplo, de la aprobación de quien ostenta el control del dinero. No es que me plantee muchos problemas, pero es irritante cuando menos.

-¡Ay! Ojalá pudiese yo quejarme de ese “problema”-dijo colocando dos imaginarias comillas en el aire-todos mis males desaparecerían de pronto-hizo un ademán como si de un truco se tratase.

-Entonces, ¿esta tarde en mi apartamento?-cambió de tema él.

La lluvia había cesado, y el aire olía a limpio, resultaba refrescante aspirarlo en medio de una ciudad, a Ramón le agradaba hacerlo cuando había llovido como era el caso. Oviedo era una ciudad de tonos verdes, cuidada, como una niña, y que sorprendía a quién la visitaba por vez primera. Su historia tan vieja como el tiempo, la adornaba sin embargo como a una novia recién vestida. Muros de piedra de sillería, torres que se alzaban pinchando el cielo, y gentes afables que la recorrían cada día.

Ya en la calle, se dirigieron a la plaza de la escandalera, y mientras admiraban sus jardines de dalias y rosas de vivos colores, contrastando con los marrones de las hojas secas que anunciaban un otoño prematuro, charlaron sobre cosas triviales, viejos recuerdos de la universidad, y se preguntaron qué sería de aquellos con los que compartieron sus estudios, y sus aventuras de alocados jóvenes ansiosos por descubrir y cambiar el mundo. El objetivo de Ramón era hacer olvidar por un poco de tiempo, el dolor de la agresión sufrida, que su vieja amiga recuperase la sonrisa y con ella, el ánimo que necesitaba para dominar aquella delicada situación. Ana había sido una comprometida luchadora con las causas de otros, empleándose a fondo para solventar sus problemas, justo era pues ahora, que los beneficiarios de su actitud altruista, le ayudasen a ella. La miraba de hito en hito, para asegurarse de que el proceso de recuperación iba por buen camino, y jugueteaba con el agua de la fuente, como lo hacía cuando niño.

Resultaba fácil abandonar a quién se hallaba ahora en situación tan delicada, pero Ramón no era de esos, a él le gustaba comprometerse con los que sufrían injusticias como era el caso. Quizás porque él nunca las había tenido que soportar, creía que toda persona debería ser feliz como él. Poco se imaginaba el vuelco que su vida iba a dar en ese aspecto.

-Ana…-le habló con voz suave –no le des demasiadas vueltas al asunto, no sacarás nada en limpio, si no es aumentar tu rabia y tu dolor. –le pasó el brazo por encima de su hombro, y le acarició la mejilla, con ternura.

-Gracias Ramón, es muy importante para mi tener tu comprensión y amistad, -le respondió con los ojos húmedos-ahora creo que será mejor que

me dejes sola…necesito pensar, y estar a solas con mi dolor, ¿no te importa verdad?.

-¿Estarás bien?-preguntó temeroso de que al quedarse sola, se desmoronase-

-Estaré bien de veras,-se quitó las lágrimas con el dorso de las manos, mientras intentaba recomponer su imagen de mujer fuerte y más o menos segura.

Ramón asintió y se dio la vuelta para marcharse, cuando hubo dado tres pasos, se volvió para asegurarse de que todo marchaba bien, y la vio encogiéndose dentro de su abrigo, como si este se la estuviese tragando, decidió dejarla a solas con su sufrimiento, y se alejó ,ya conversarían más a la tarde en su apartamento. Volvía a llover, el día parecía enfadarse con quienes s atrevían a salir a las calles de la ciudad. Un viento frío comenzaba a levantar las escasas hijas que de las que los árboles se desprendían, de forma prematura. Ya en su coche, se acomodó retrepándose en su asiento, y suspiró con su mente puesta en Ana, y su problema, que no podía desechar de su cabeza. Arrancó y se dirigió a su apartamento, con la intención de terminar las páginas del capítulo de su libro. Había comenzado hacía un año y medio, y aún no sabía cómo terminaría. Su amigo Raúl, le había proporcionado material suficiente como para escribir tres libros, pero era necesario filtrar los casos que más le interesaban. Raúl era asistente social en el ayuntamiento de Oviedo, y le había puesto en contacto con personas, que gustosamente colaborarían con él, en su libro. Los nombres naturalmente, aparecerían falseados, para no descubrir a las personas que permitían plasmar sus experiencias, nada agradables por cierto, en su libro.

El monótono ruido de los parabrisas al limpiar el cristal, y el sonido del agua resbalando bajo las ruedas, le acompañó durante todo el trayecto, hasta que incluso le pareció irritante. A su derecha se perfiló la silueta del chalet en el que vivían sus padres, lo pasó y subió por una pendiente que lo condujo hasta un edificio de pequeñas proporciones, de tres plantas, coronando una colina de verdes espacios. Abrió la puerta del garaje, y metió el coche en el. Una vez en el interior de su apartamento, se sirvió un vaso de whisky, y se sentó en su sillón orejero, a cavilar sobre Ana y su situación.

-“Tengo que dejar de pensar en esto hasta la tarde,-se dijo-si no, no podré dedicarme a proseguir con mi libro, y…”

Se levantó y se dirigió a su escritorio, donde descansaban en un montón los folios impresos que tantos quebraderos de cabeza le estaban dando. Insertar historias auténticas de niños maltratados, le pareció en un principio, algo que enriquecería su novela, pero para nada creyó que le costaría tanto encajarlas en la trama, ni que tuvieran la relevancia que él deseaba darles.

Le había llamado la atención especialmente, una de las historias, en la que el padre, echó de casa a su hija tras una fuerte discusión sobre que amistades debería frecuentar o no. El resultado fue catastrófico, para ambos, como si al separarse, hubieran roto un vínculo invisible, que les mantenía cuerdos, y estables. Ella acabó por marcharse lejos, y fue de trabajo en trabajo, hasta que encontró un hombre con el que mantuvo una corta relación. Los malos tratos de el hicieron que ella recordase demasiado pronto a los que le daba su padre, y volvió a huir, a otra ciudad. El comenzó a beber y a culparse de lo sucedido, perdió su trabajo, y le costó hallar un sitio en el que se pudiese ganar la vida. Ninguno de los dos dio marcha atrás y nunca se volvieron a ver. Era una historia que le llenaba de frustración cada vez que la leía y se preguntaba que podía ser tan fuerte como para olvidar a un padre o a una hija. La vida misma iba a encargarse de responderle a esto.

CAPITULO II

LA TRAICION SE VISTE DE AMIGA

Ana deambuló por la ciudad sin rumbo cierto, y entró en un par de sitios para resguardarse de la lluvia. Componía una triste figura, y suspiraba como si el mundo que ella conociera, se estuviera derrumbando. Solo le quedaba su amigo Ramón en aquella ciudad, y el peligro de que su marido la persiguiese allá donde fuera, era demasiado patente. No podía quedarse en la ciudad de Oviedo, tenía que irse y cuanto antes. Lloró con desconsuelo, y se dejó llevar por sus sentimientos intentando relajar la tensión que acumulaba en su interior. Las horas le parecieron siglos, y ya empezaba a dar síntomas de debilidad, cuando miró su reloj. Eran las dos de la tarde, y su estómago ajeno a todo lo que no fuera alimentarse se rebelaba. Cuando veía en la televisión casos de mujeres maltratadas le parecía tan lejano todo aquello… pero le

empezó a suceder a ella, y una sensación desconocida, mezcla de estupor, culpabilidad, e indefensión se apoderó de ella, para siempre como un amo cruel. Aun le dolían los golpes que le propinara por la mañana su marido, el brazo parecía que se le fuera a partir de un momento a otro, y la espalda, se le arqueaba a causa del dolor. Solía comer en un restaurante que hacía esquina con la manzana en la que ella vivía, por lo que le resultaba cómodo acudir a él. Hoy más que nunca necesitaba un lugar que la acogiese, que le diera protección. Conocía a todos los camareros, y ya era como de la familia. Nada más entrar Fernando, fue a su encuentro para saludarla como si hiciese años que no la veía.

-¡Señorita Ana! cuanto tiempo sin verla por aquí la hemos echado de menos…

Ella le miró con agradecimiento, en aquellos momentos difíciles todo rasgo de cariño, era bienvenido. Fernando y ella, habían forjado una amistad a base de verse en el local que el regentaba. Se trataba de un hombre joven, amable, y que la hacía sentir en casa, algo que le gustaba sobremanera. Fernando se extrañó de que la reacción de Ana, fuese tan fría, y observó que su expresión era de miedo contenido, como si alguien la persiguiese. Se acercó un poco más a ella, y con voz baja y suave le preguntó:

-¿Está bien señorita Ana?.La noto preocupada, si puedo hacer algo por usted…

-Tengo mal día eso es todo,-le dijo alzando la cabeza, intentando mantenerle al margen.

-Perdone que insista, pero usted no tiene nunca malos días, será el primero-la sonrió.

-Tráigame un café bien cargado lo necesito.

A pesar de la confianza que se tenían siempre se habían tratado de usted, y Ana no se explicaba la razón. Quizás fuese la hora de cambiar eso… Sentía frío y era un frío interior, del que no lograba librarse. También estaba cansada, pero no quería regresar a su casa, donde seguramente, aun estaba su marido. Le había cogido un miedo cerval, y solo de pensar que lo tendría delante de nuevo, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Afortunadamente, Fernando llegó con el café y un platito de galletas, que depositó sobre la mesa. Nadie preparaba los cafés como él, tenía un don.

-¿De verdad está bien?¿quiere algo más?

-Si, en realidad si Fernando. ¿Le parecería bien que nos comenzásemos a tratar de tú?, nos conocemos desde hace mucho tiempo, creo que…

-De acuerdo,-le impidió terminar-a mi me parece bien. ¿Te importa que me siente unos minutos contigo? Hoy no hay mucha gente.

-Si por favor, un poco de compañía me hará bien.

-Cuénteme, cuéntame, ¿Qué es eso tan importante que te roba la expresión?.

-Es difícil de decir, pero aunque hay cosas que solo vemos en la televisión, a veces nos sucede a nosotros, y nos parece algo demasiado irreal para ser cierto.

-Cada momento que pasa siento aumentar dentro de mí la intriga…-ironizó.

-Lo siento, es que me resulta terrible revivirlo.-le miró llorando.

-Vale, vale, si te vas a sentir mal no lo cuentes…

-No, no, me vendrá bien sacarlo fuera. Es mi marido…me pega…-confesó bajando la cabeza.

-No te avergüences, es él quien debería hacerlo, vivimos en unos tiempos en todo el mundo parece haberse vuelto loco, matando a sus mujeres, pegándolas, y creando una atmósfera de inseguridad increíble. –le acarició el brazo que le enseñaba, con ternura, sabiendo que dentro de sí libraba una dura contienda contra sí misma.

-Gracias Fernando, lamento echar sobre ti el peso de mis penas, pero es que estoy muy mal, muy mal…

-Tómate el café anda, te voy a traer unos dulces para que lo acompañes, invita la casa.

El cariño de Fernando, y el calor que le aportaba el café que el preparaba como nadie, le reconfortó, y se quitó el abrigo que dejó en una silla a su lado. Fernando, no tardó en regresar, con una bandeja de dulces que el mismo horneaba, y la depositó en la mesa. Le sonrió abiertamente, y empezó a bromear con ella, contándole anécdota que le ocurrían a diario. No tardó en reírse de alguna de ellas que realmente, era graciosa. Fernando era un buen conocedor de la sicología humana, no en vano llevaba diez años regentando su local. Había escuchado todo tipo de confesiones, confesiones que seguro que muchos sacerdotes no habían oído jamás, y eso que él era un ateo convencido. Hacía algunos años perdió en un trágico accidente a su pareja, y al hijo que iba a tener con ella, le supuso dos años de tratamiento y tener que autoreconstruirse a si mismo desde cero. Un amigo suyo empleó este truco para contrarrestar en lo posible el dolor que le laceraba el alma, y consiguió que al menos no se derrumbase del todo. Ahora parecía que daba buen resultado con Ana también, por lo que insistió en animarla sin que ella se diese cuenta. Tiempo tendría de llorar amargamente.

Afuera, como si el clima se enfadase con el mundo, el viento arreciaba, y se mezclaba con una lluvia nutrida, que se colaba por debajo de los paraguas. Oviedo entera, se rebullía en sus abrigos y corría por las calles en busca de refugio para librarse del temporal que la azotaba.

Ramón continuaba inmerso en su colaboración con la ONG, "SIGMO", que se encargaba de socorrer a los niños que le entregaba el estado en custodia, a fin de protegerles de los maltratadores que quebraban sus vidas como una caña rota, marcándoles de por vida en algunos casos. El solía donar generosas cantidades para esta ONG, pero empezaba a sentir la necesidad de hacer algo más directamente algo que supusiera un compromiso mayor…Su padre era un rico empresario, muy conocido en los círculos financieros, y elitistas de Oviedo, con lo que le resultaba sumamente fácil, recaudar fondos cuando se precisaba. No obstante se sentía cada vez más utilizado, y menos

realizado, era preciso hacer algo, ¿quizás una ONG propia? no era mala idea del todo desde luego, pero …no le llenaba la idea, no, quería una cosa más directa aun si cabe. Se levantó y se sirvió otro whisky, al que esta vez echó dos cubitos de hielo. Esa era su costumbre cuando algo se le resistía.

-No sé, no sé,…quizás me esté comiendo la cabeza, para nada, por mucho que yo haga, no podré solucionar todos los problemas, pero es tan frustrante… tiene que haber alguna cosa diferente que se pueda hacer, y que no se haya hecho aun.-se frotó la cabeza revolviéndose el pelo, como intentando estrujar su cerebro.

De pronto le vino a la mente Ana, y como si esto pesase más de lo normal para él, se sintió impotente, rabioso,-le dio un trago al whisky, y se sentó retrepado en su asiento anatómico-¿Cómo era posible que alguien pudiese siquiera pensar en golpear a una criatura tan dulce como era Ana ?no lograba entenderlo. El sol asomaba tímidamente entre las nubes, y daba la sensación de que al fin la furia de los elementos, decrecía. La luz coloreaba las piedras de los edificios, y acariciaba las fachadas de las orgullosas casas de rancio abolengo, que se erguían como una señal enhiesta, contra el tiempo. La luz jugueteaba creando sobras y luces, en un alarde interminable, mientras el tiempo se iba consumiendo.

El sonido del portero automático sonó con fuerza, despertando a Ramón, que se había quedado dormido en el orejero. Se frotó los ojos, miró el reloj, y comprendió que debía ser Ana que esperaba para subir a verle. Se atusó el pelo compuso su arrugada bata, para recibirla, y pulsó el botón de apertura. Ana presentaba una extraña apariencia, entre abatida, y triste, que no presagiaba nada bueno, a la vista de Ramón. Sus ojos de habitual alegres, y brillantes, eran ahora brasas apagadas, sin vida en sí mismos. La experiencia que estaba sufriendo, le pasaba factura. Aun y con todo, Ramón no quiso exteriorizar sus impresiones, y sonrió en un intento de suavizar su dolor.

-Ana,¿ cómo lo llevas? –se sintió estúpido por la pregunta, cuya respuesta era más que evidente. Siéntate mujer, ¿quieres tomar algo? te vendrá bien. Dame tu abrigo, lo colgaré y así estarás más cómoda.

Ramón que en todo momento estaba pendiente del estado de ánimo de ella, sirvió un licor de ciruelas en una delicada copa y la dejó delante de Ana, en una pequeña mesita auxiliar. Vio como ella, se echaba hacia atrás en el sillón, y sus manos engarfiaban los reposabrazos como si fuesen una tabla de salvación flotando en la inmensidad del mar. La tensión le afloraba sin que ella pudiese evitarlo. En la chimenea, justo detrás de ellos, ardía un falso fuego, que sin embargo "caldeaba" el ambiente, haciéndolo más acogedor. En medio de esta atmósfera, Ana comenzó a abrirse a él, detallándole lo que pensaba hacer a partir de ahora.

-He pensado marcharme por algún tiempo de la ciudad, al menos hasta que se me pase este dolor que me lacera como un verdugo cruel que no me deja pensar en otra cosa. Tengo una amiga en Madrid, que me acogerá en su casa, y quizás incluso busque trabajo allí. Voy a necesitar ese dinero que me ofreciste, pero solo lo cogeré con una condición, y es que te lo devolveré, es un préstamo.-Le miró con seguridad.

-Venga Ana somos amigos ¿desde cuándo? ¿desde la "uni"?¿cómo voy a prestarte nada? Te lo doy y en paz. Además te lo doy muy a gusto.

-Nos conocemos desde antes de que estudiásemos en la "uni", pero eso no es motivo suficiente para que yo abuse de tu generosidad, ni de tu amistad. Así que solo lo aceptaré si es como un préstamo, me sentiré mejor de esa manera. Ahora más que nunca, necesito sentir que controlo mi vida, y quiero darle un comienzo…

-Vale como tú quieras, no me gusta pero lo acepto-alzó las manos en signo de resignación-¿Cuánto te parece que será suficiente?¿dieciocho mil euros bastarán?

-Por dios Ramón eso es una barbaridad, ni que fuera a dar la entrada para un piso…

-Bueno pues tú dirás, ya que me lo vas a devolver, no te quedes corta…

Con seis mil euros me sobra, ten en cuenta que pretendo encontrar un empleo y ganarme mi propio dinero para vivir. El la miró con admiración, como si la viese por vez primera. Una mujer que renacía de sus propias cenizas, para hacer frente a la vida, con un coraje renovado por el dolor y la pena. Sabía no obstante, cuanto le costaba dejar la ciudad que la viera nacer, y a la que tanto amaba. Allá afuera le esperaba una urbe nueva, desconocida…

-¿Qué te parece si me cambio y nos vamos a tomar algo ,podríamos rememorar viejos tiempos, emborracharnos…

-Me parece bien, ¿por qué no? puede que me ayude a olvidar un poco todo lo que está pasando…

-¿Te he dicho que te admiro?-le soltó mientras se dirigía al baño. Me ducho y en seguida estoy.-anunció.

Ana le habló desde el salón, subiendo el volumen de la voz para compensar el ruido que hacía el agua al caer con fuerza. Entretanto, Ramón dejaba que el chorro de agua le despejase de la modorra que aun le pesaba, y sintió como la sangre volvía a circular alcanzando su cerebro, que de nuevo funcionaba a pleno rendimiento. Estuvo un buen rato bajo el chorro de agua, y no se dio cuenta de que Ana había dejado de hablar. De pronto, como si regresase de algún lugar perdido en un distante planeta, se dio cuenta del hecho, y preocupado, casi chorreando salió de la ducha, y se enfundó una toalla a la cintura, de cualquier manera, para echar un ojo a su invitada, que estaba de espaldas en completo silencio. No le gustaba nada el aspecto que tomaba aquella situación, pues tras aguzar el oído, escuchó como sollozaba con las manos tapándose la cara. Se le acercó dejando huellas de sus pies húmedos por todo el piso.

-¡¡Eh!!¡¡eh!!,¿Qué pasa? venga mujer que no estás sola, esto es un mal momento que pasaremos juntos tus amigos y tu y se diluirá en el cerebro, como una pesadilla.

Ana, asintió con las pocas fuerzas que pudo reunir, y aún más emocionada, comenzó a hipar, a la vez que se sonaba. Ramón la tomó por su larga y negra cabellera, con suavidad, y echó su cabecita sobre su hombro

derecho, abrazándola contra este.

-Vamos no seas tonta, llora, llora cuanto necesites, es bueno, no pasa nada, va, venga ,que no te voy a dejar sola en este trance.

CAPITULO III

LO QUE PARECE NO ES

En ese preciso instante, el sonido de una llave girando en la cerradura, le sacó de su ensimismamiento, y volvió la cabeza sorprendido. Era María, que venía con su amiga Marisa de Ordea Illana, tenía llave de su apartamento, llave que nunca había usado a pesar de todo en momento alguno. Se paró en medio del umbral con los ojos desorbitados, y pálida como la cera. Su amiga tras de ella, se tapó la boca, abierta de par en par con una mano. Ana ajena a cuanto ocurría a su alrededor, tardó unos minutos en retornar a la realidad, para ver la escena que en completo silencio, se estaba desarrollando en la entrada que daba directamente al salón principal del apartamento. Se separó de Ramón y miró a uno y a otras desconcertada.

-¿Cómo puedes ser tan cerdo?¿cómo puedes ser capaz de traicionarme con "esa"…"esa "prostituta barata…?-acabó la frase con el asco reflejado en su rostro.

-¡Eh, no te pases!, ella no es ninguna prostituta, es una amiga y ya lo está pasando bastante mal como para que tu le eches más leña al fuego. Veras…

¡¡No!!, no me expliques nada, ahórrame los detalles escabrosos por favor,-le cortó volviendo la cabeza a un lado-esto es asqueroso, vámonos Marisa, por favor no puedo seguir aquí.

-Pero María, por favor escucha lo que tengo que decirte, esto solo es un malentendido… no te vayas, aquí no ha pasado nada de lo que te piensas…

Pero María ofuscada, ya estaba frente al ascensor, pulsando frenéticamente el botón, lloraba con gesto de amargura, y su amiga lejos de calmar los ánimos le incitaba más a exasperarse que a escuchar lo que él tenía que decirle.

-No tengo nada que escuchar, he visto como le pagabas en la cafetería, le dabas dinero por sus servicios, ¡es una puta! y tu eres peor,

¡déjame! no se te ocurra tocarme ¡cerdo!.

-Y yo lo he visto también, ¿no lo vas a negar verdad? Faltaría más, ¡que miserable eres!, con lo que ella te quiere…-aumentó la tensión generada Marisa, que la abrazaba como se hace con una niña indefensa.

-Pero ¿Qué estáis diciendo? Lo estáis liando todo, solo le prestaba un dinero para una necesidad, tiene problemas y la estoy ayudando…

-Una necesidad ¿eh?, ¡claro, una necesidad de "ese tipo" que tu y yo sabemos.-Le respondió Marisa que parecía haber tomado las riendas de la situación, cosa nada buena para Ramón pues desde el principio mismo de su relación ser había puesto en contra de él, metiendo cizaña entre ambos.

-¿Quieres mantenerte al margen? Esto no te concierne a ti, ya se cual es tu opinión sobre mí, así que ¡cállate!-le gritó con desesperación al ver que no se le permitía expresarse y desenredar aquella madeja de raras casualidades. Si… ella sí que te conoce bien y no yo que he sido una tonta…-le respondía entre hipidos sollozando –ya me decía que tú eras un falso… que me engañabas con otras…-el miró a Marisa con el odio reflejado en sus nobles rasgos, como si la llama de la ira se encendiese por vez primera en su mente. Así que eso era lo que le decía cada vez que le era posible…así las cosas no era de extrañar que ante la situación que se estaba dando, pensase lo más terrible que se le pudiese antojar. El estaba abrazado a una mujer a la que le había visto dar dinero en la cafetería, y ahora …los dos juntos en su apartamento…el semidesnudo con una toalla mal puesta alrededor de la cintura, y ella con la cabeza apoyada en su hombro…si sumaba dos y dos, ¿Qué le saldría?. Pues cuatro naturalmente.

El ascensor que bajaba al piso que daba a la calle, abrió sus puertas como las mandíbulas de una bestia que se tragase a sus víctimas. Marisa Ordea, tiró del brazo de su amiga María, y las puertas se cerraron tras de sí. Nunca más se volverían a ver, pero eso no lo sabían entonces ninguno de los protagonistas del drama que acababa de escenificarse allí.

El capricho de las parcas, que tejen los hilos del destino, iba a enredar el camino de Ramón di Marinia, un hombre en la plenitud de la vida, para entregarlo en otras manos. Tenía veinticinco años, y su cuerpo perfectamente musculado, y en forma, le daba un aspecto de modelo. Su pelo rubio y sus ojos azules conquistaban a quienes se atrevían a mirarlo de frente. Se podía leer en el fondo de su alma misma, la sinceridad que rebosaba por cada poro de su piel. Ana boquiabierta, no supo decir nada, y solo le abrazó de nuevo, con la fuerza que el cariño da en esas ocasiones, transmitiéndole su apoyo en silencio. Ramón la miró, y le sonrió.

-No te preocupes verás cómo se le pasa, es que esa maldita amiga suya…solo le sirve para meterle en canción… y se le da bien a la muy…-se cortó.

-Ramón por favor que tú no eres así… deja que las cosas se aclaren, yo les explicaré lo que haga falta, aun a riesgo de que esa mujer y tu novia me pongan a caldo…-le acarició una mejilla.

-Gracias cariño, eres tan buena… no sé como tu marido no te valora más…es un…dejémoslo, ahora lo más importante es solucionar tu problema, es más grave.

En la calle Marisa Ordea, "consolaba" a su amiga, reprochándole que no le hiciese caso cuando se lo advirtió por su bien , la primera vez. Y María, inconsolable, solamente lloraba y gemía como un animal herido de muerte, al que no le quedaba nada. Ella había puesto todas sus ilusiones y esperanzas en aquel matrimonio, que le proporcionaría la felicidad que tanto anhelaba al lado de Ramón, un hombre educado como ella misma en "La obra" bajo unas normas estrictas que se enorgullecían de llevar al pie de la letra. El procedía de una de las mejores familias de su círculo de relaciones, y su fortuna era considerable. También ella venía de otra familia de similares características, aunque ni mucho menos tan acomodada económicamente. Ahora todo se disolvía como un azucarillo en medio del café, y su vida daría un vuelco, cosa a la que no estaba acostumbrada, dado que había seguido hasta ahora un derrotero lineal, seguro y sin sobresaltos.

-María por favor tranquilízate, y deja de llorar, es solo un hombre, los

hay a patadas. Todo se arreglará y volverás a ser la de siempre… le olvidarás…

-¡Ay Marisa! eso no es verdad, yo no podré dejar de pensar en el nunca, han sido demasiados años de relación tu no lo puedes comprender…le amo ¿lo entiendes? Es algo que no se controla, no puedo dejar de pensar en el así como así. Ramón lo era todo para mi.-Volvió a llorar con desconsuelo, mientras continuaba hablando-¿porqué, porqué a mí ?no me lo merezco, no lo entiendo…

-Ay hija que quieres que te diga, ellos son así, y no hay más…vamos que te me vas a deshidratar, sentémonos a tomar algo.

Se acomodaron en una terraza, frente a la catedral que se erguía como un guardián de la ciudad dispuesto a desenfundar una imaginaria espada. Sus vetustas piedras, se alineaban de tal forma que el tiempo temía su respuesta, y las dos amigas se sintieron arropadas por su imponente presencia. Un solícito camarero, se acercó para tomar nota del pedido. Marisa Ordea, que llevaba de momento las riendas, cavilaba como dar el golpe de gracia a Ramón, acusándolo ante su maestro espiritual, para que lo expulsasen de "La obra". Sonrió en un gesto controlado, que pasó inadvertido para la desdichada María que con la cabeza baja, pensaba en que le había podido fallar para que el reaccionase así con ella. Nada le hacía pensar que Ramón pudiese ser de ninguna manera, ese tipo de hombre que paga por obtener sexo, y su educación le convertía en un marido perfecto para ella, que se había criado bajo la filosofía de "el camino" en un grupo apartado de lo mundanal.

-Pónganos una tila, y un té con leche, la leche fría en una lecherita aparte, y unas pastas de té para acompañar.

-¿Algo más señora?

-Nada más puedes retirarte…ya te llamaremos si necesitamos algo…-la displicencia de Marisa, se tradujo en un gesto de desprecio en el camarero cuando este les dio la espalda.

-Hala hija, venga, que el mundo no se termina ahí, -le levantó la barbilla con dos dedos, en lo que quiso ser un gesto amable. Mira esta tarde nos vamos de compras las dos, y cambiamos ese aspecto tuyo tan clásico, que ya está muy pasado de moda…verás como entonces cuando te mires al espejo, mejorará tu ánimo considerablemente. Serás otra, y dejarás atrás la historia de ese… ese…no sé ni cómo denominarle.

El camarero llegó con el pedido que le habían hecho, sobre una bandeja plateada, y dejó frente a cada una de ellas, su taza correspondiente. Se retiró, y Marisa Ordea, continuó con su retahíla, como si la vida dependiese tan solo de la apariencia y el status que se pudiesen demostrar. Esperó a que se le abonase el total, de las dos consumiciones, y Marisa se dio por aludida. Extrajo un billete de cincuenta euros, y se lo ofreció con desdén. El camarero le solicitó uno más pequeño, a lo que ella, con aires de "reina", le respondió:

-"No tengo más que billetes de cincuenta euros, cóbrate de ése. ¿O te lo cambio por otro idéntico?"

El camarero, ante la evidente estupidez de su clienta, tomó el billete, y le devolvió los cambios para retirarse bufando. A aquel lugar, una cafetería de lujo, llegaban cada día, más de doscientos clientes, y se veía de todo, pero aquella mujer, se llevaba la palma en cuanto a presunción se refería. María por su parte, reflexionaba con la escasa capacidad que la naturaleza le había concedido, y analizaba como resolver aquel terrible problema. Ella amaba a su manera a Ramón, y dependía emocionalmente de él, tal y como le habían dicho que debía suceder entre una mujer y un hombre. No encajaba nada de lo que le estaba sucediendo, y sus ojos enrojecidos, y llorosos, con el pelo cayéndole a mechones por la cara, le conferían una imagen patética.

CAPITULO IV

EL TRIBUNAL DE LA INQUISICIÓN

Dos días más tarde Marisa Ordea, se reunía con el padre Julián, un hombre de elevada estatura, de cuerpo enjuto y afilado rostro, que decían resultaba implacable con los que superaban las normas marcadas por el padre Escrivá de Balaguer, y que regían el devenir de "La obra". Tenía una especial debilidad por "Marisina", como él la llamaba desde pequeña, y es que la había visto crecer ante sus ojos y convertirse en una mujer de férreas convicciones. Escuchó las graves acusaciones de ella, con el entrecejo fruncido, lo que no auguraba nada bueno para Ramón que ajeno a todo, no dejaba de llamar a María para aclarar el malentendido que había surgido entre ellos dos. Pero el teléfono de María se hallaba desconectado, y sus padres le decían que no quería salir de su habitación ni tan siquiera para comer, cosa que hacía pocas veces. Le preguntaron qué sucedía, dado que ella no quería hablar de ello, y cuando le hacían mención del asunto, solo sabía echarse a llorar y huir. Pero por más que Ramón les dio todo tipo de explicaciones no le creyeron, Y desesperado, decidió que lo mejor sería que transcurriese algún tiempo, antes de volver a intentarlo.

El padre Bernardo, llegó cuando aún no había concluido la "tertulia" entre Marisa y el padre Julián, de modo que se integró en la misma, y no tardó en considerar imprescindible la presencia del maestro espiritual de Ramón, antes de decidir qué hacer con él. El padre Bernardo era un hombre gordo, de ojos saltones y apetito insaciable, que sin embargo poseía un carácter temible. Nunca se precipitaba en sus apreciaciones, y tenía una mente preclara, cosa que no se adivinaba a simple vista. La reunión como si de un tribunal

inquisitorial se tratase, fue reuniendo datos, que Marisa de buen grado aportaba, dispuesta a dar un golpe definitivo a quien había elegido a su amiga en lugar de a ella. El padre Bernardo, sacó una libreta de tapas rojas y negras, y escribió cuanto allí se decía, con sumo cuidado. Nada debía escapar al examen de su privilegiada inteligencia, al servicio de "La Obra". El siguiente paso que decidieron dar, fue llamar a los padres de Ramón, dado que ellos era una de las familias de mayor arraigo en la organización, y sus donaciones prácticamente mantenían la infraestructura de la misma en la ciudad de Oviedo. No les iba a resultar de fácil asimilación el que su único hijo resultase ser lo que evidentemente era ya a los ojos de ellos tres. La próxima reunión, con la necesaria presencia de Pierre el maestro espiritual de Ramón, y de él mismo, tendría carácter oficial, y se decidiría que hacer.

Tras advertir a Marisa de lo grave de las acusaciones que estaba haciendo contra Ramón, y ver la determinación de esta de declarar si fuese preciso ante él mismo, comenzaron a moverse.

Ramón di Marinia, se dedicó en cuerpo y alma, a su ONG, para descargar así el peso de sus problemas, y analizar con claridad lo acaecido más adelante, cuando los ánimos se calmasen. En la India, unas inundaciones habían barrido varias aldeas, dejando sin hogares a docenas de familias, que ahora se hallaban concentrados en un campo improvisado por el gobierno, y al que llegaban con cuentagotas las ayudas humanitarias. Tenía una cantidad de dinero considerable en un banco a su nombre, ya dispuesta para ser ingresada en la cuenta de la ONG, en cualquier momento. Pero estaba considerando solicitar de sus amigos, pequeñas cantidades para unirlas a la suya y así engrosar el total. Nada hacía presagiar lo que se le venía encima tras el desafortunado incidente en su apartamento. En su mente primaba el deseo de aportar la ayuda necesaria para socorrer a las familias que se agrupaban en aquel polvoriento lugar perdido en el confín del mundo. Efectuó varias llamadas, y apuntó las cantidades que le iban donando en una pequeña libreta de anillas.

El padre Julián con las manos a la espalda, paseaba entre los jardines, rodeado del claustro de piedra del siglo XII que abría un espacio en el sólido edificio, acompañado de Pierre, que con expresión seria, escuchaba sus impresiones. Se había encargado de enseñar a Ramón las reglas y normas de "La Obra", durante los últimos tres años por indicación del padre Bernardo,

que conocía a sus padres desde que ingresaron en "La Obra" y estaba orgulloso de poder decir, hasta entonces al menos, que era un alumno ejemplar, con capacidades que no habían pasado inadvertidas para quienes reclutaban a los supernumerarios, si bien, no les gustaba demasiado su persistente actividad con las ONG, eso le restaba tiempo, para lo realmente importante a sus ojos, y era algo que escapaba a su control, además de llevarse unas cantidades de dinero, que no le vendrían mal a la organización. Pero ahora…ahora era distinto, no tardarían en tomar una drástica decisión que le afectaría a toda la familia, con las consecuencias que conllevaba esto.

La encorvada figura del padre Julián, con su cabeza echada hacia adelante, como si quisiera llegar con ella antes que con el resto de su cuerpo, marcaba el ritmo, lento y pausado del forzado paseo. En su mente se reconstruía una imagen terriblemente escandalosa, de cómo debió suceder aquel repugnante hecho, en el apartamento de Ramón. Ni tan siquiera le concedía un margen de duda a lo que daba por hecho que había sucedido. Se regodeaba en los escabrosos detalles que les había proporcionado Marisa Ordea, y de los que se hallaba convencido, eran la verdad.

Los Di Marinia eran una poderosa familia descendiente de ricos comerciantes de Lisboa, que hicieron fortuna en tiempos del rey Felipe II, cuando este reinaba en ambos países. Desde entonces, su riqueza no había hecho sino aumentar al ir pasando de generación en generación. Sin embargo los Ordea eran una familia acomodada, sin pretensiones, que vivía en Oviedo desde hacía poco tiempo, en comparación con los Ordea. Poseían un próspero negocio que les permitía un alto nivel de vida, y se codeaban con la flor y nata de la alta sociedad.

-Mira, esto debe de controlarse, a fin de que no cause más daños de los que son meramente inevitables. Tenemos in embargo que hacer algo que sirva de ejemplo, eso se espera de nosotros.-Le miró buscando una respuesta positiva-¿no crees?. El padre Bernardo está de acuerdo con que se tome "la decisión". Esta tarde hablaremos con sus padres, después de hacerlo con el afectado-pronunció la palabra como si de una enfermedad se tratase-reanudaremos nuestras actividades como de costumbre, y olvidaremos este desgraciado incidente. He de viajar a Roma, para recibir instrucciones sobre un tema de la mayor importancia. Tiene que verse que hacemos algo al respecto…-meditó en voz alta.

Un nuevo día amanecía sobre los tejados de la ciudad, que se despertaba a la actividad ajena a cuanto en ella se desarrollaba, que no fuese, el trabajo cotidiano, y el ir y venir de sus gentes, confiadas, en que este sería un día mejor que el anterior.

En la calle San Florian, en el piso tercero mano izquierda, tres hombres, debatían cual sería su decisión antes de escuchar lo que se les tenía que decir. La voz ronca del padre Bernardo, resonaba ya como una sentencia en medio de la estrecha sala forrada de madera de roble. Sobre lo alto de la puerta, un crucifijo dorado, presidía la reunión, como un augurio que presagiaba un drama.

-Bien entonces estamos de acuerdo en todo,-dijo levantándose el padre Julián dando por terminada la conversación-. Pueden decirle que entre.

En el vestíbulo, Ramón esperaba a ser recibido, con la esperanza cierta de que se iba a aclarar todo de forma satisfactoria. El sol penetraba con fuerza a través de las cristaleras, llenando de luz la sala de espera apenas amueblada con tres sillas un gran armario, y una pequeña mesa redonda, sobre la que descansaba un florero de cristal de Murano, tallado exquisitamente, conteniendo flores frescas, dalias amarillas. Ramón miró como la luz se acercaba a ellas, como por un ensalmo que la atrajese para permitir así, el milagro de la fotosíntesis. Como el foco de un teatro que siguiese a la estrella en el escenario, la luz pareció frenar en su viaje, para calentar y alumbrar el centro de la estancia. La puerta que separaba ambas piezas, se abrió con suavidad, para dar paso al padre Julián cuya silueta se recortó en medio del umbral.

-Hijo, el padre Bernardo, Pierre y yo necesitamos que entres y hables con nosotros-le extendió la mano indicándole que pasase adentro. Ramón, penetró en la habitación en la que se hallaban, y esperó a que se le permitiese sentarse.

Como en los mejores tiempos de la inquisición, los dos sacerdotes, y el lego presentes, frente a él se dispusieron a dar comienzo a sesión.

-Necesitamos saber, cual es tu versión de los hechos, para considerarla,-sonrió levemente, Pierre.-Cuéntanos que es lo que hiciste con esa mujer, y que te incitó a ello hijo, sincérate,-le aconsejó, acercándose, y colocando su mano sobre la suya, para infundirle confianza.

-Quiero que conste que Marisa no es la más indicada para acusar a nadie, esperaba que hubiera sido María la que lo hiciese, no ella. Dicho esto, pasaré a contarles lo que sucedió en realidad. Con voz segura, les fue relatando, como Ana acudió a su apartamento a fin de recoger una cantidad de dinero para poder comenzar una vida nueva, lejos del maltratador de su marido.

-Pero hijo, María te vio entregarle dinero en una cafetería, antes de veros en una situación, que sobrepasa con mucho la confianza que se tienen dos “amigos”.

La sorpresa de Ramón no tuvo límites en aquel momento. ¿Pues no le estaba espiando María?-en su cara se pintó esa expresión que se queda a cualquiera que se siente incapaz de reaccionar.

-Poco antes de que fuese a mi casa, nos vimos en una cafetería, y me mostró los golpes que su marido le había propinado. Le hice entrega de algún dinero para sus gastos más inmediatos, ya que no podría regresar a casa con su marido. ¿Me espiaba María…?¡no me lo puedo creer!.

-Ella no te espiaba, tranquilízate,-le pidió el padre Bernardo, con voz de ultratumba-coincidió que iba a darte una sorpresa, y la que la recibió fue ella, no le resultó nada agradable como comprenderás…tienes la conciencia cargada, y lo mejor en tu situación es confesarlo todo hijo…ten en cuenta que esta conversación, se considerará secreto de confesión.

-No hay nada que confesar, salí de la ducha, y estaba desmoronándose por lo que la abracé, para consolarla, y en ese momento, apareció María con

su amiga Marisa Ordea. Creyeron que había sucedido algo que nunca ocurrió, y se montó toda esta situación que se está desbordando.-explicó lo sucedido, alzando ligeramente la voz.

-No es necesaria esa actitud…nosotros solo queremos lo mejor para ti, y para tu familia…¿Cuánto hace que os veis?-insistió obviando la explicación que le diera Ramón.

-No nos vemos más que como amiiiigos-alargó la frase para darle énfasis-no tenemos ninguna relación que no sea la de dos buenos amigos que colaboran en la misma ONG,y que se toman un café juntos de vez en cuando, para contarse sus cosas.

En el rostro de Ramón comenzaba a aflorar el enfado, y sus rasgos dulces y nobles iban dejando paso a una expresión de incredulidad. Aquellos tres hombres le juzgaban condenaban y ejecutaban, sin que sirviese de nada lo que él pudiera alegar en su defensa. La decisión, fuese la que fuese, ya estaba tomada de antemano.

-Tenemos que hacer algo al respecto, compréndelo hijo, ya se nos ataca desde afuera con la suficiente crueldad, como para que le demos carnaza. Ahí tras esa puerta, -señaló –se espera nuestra decisión sobre este asunto, y créeme no es nada fácil para nosotros llevarla a cabo. Estamos muy tristes, te tenemos mucho cariño, y esto…es difícil, muy difícil.

-Y por esa razón, estáis dispuestos a ejecutarme en la hoguera, como en los autos de fe de la edad media.

-Todo sería más fácil si confesases tu error, y asumieses tu responsabilidad en los hechos-Le sugirió el padre Bernardo, que daba signos de frustración al no conseguir la confesión de Ramón.

-Que yo sepa no se debe confesar lo que no se ha hecho mal, y por otra parte, ignoraba que se diesen reuniones de este tipo, en las que se

atornillase a uno de los miembros hasta obtener algo de él que se pudiera emplear en su contra.

-Hijo, ¿te estás escuchando?"contra", "auto de fe", "Inquisición", nos estás tildando de poco menos que de ser Torquemada…esto solo es una conversación para que nos cuentes …

-Es inútil no sacaremos nada en limpio.-Aseguró Ramón-dejémoslo.

-No nos dejas alternativa,-se lamentó el padre Julián-a partir de ahora, no serás bienvenido a nuestros centros de reunión, yo tenía muy clara la decisión ya desde luego, pero tu actitud confirma lo que todos creíamos.

La faz de Ramón palideció, y sus ojos se dilataron como platos al oír aquella sentencia, que era consciente traería consecuencias a su familia, y a el mismo. Cuando le anunciaron que hablarían con sus padres para notificarles su decisión, y que también lo harían con María y con Marisa Ordea, el ya no podía oírles, su mente, se había bloqueado, y se hallaba en estado de shock.

-Tendremos que hablar con tus padres, suponemos que querrán saber que ha sucedido, y a fin de cuentas, somos amigos de la familia desde hace muchos años-le dijo sonriendo el padre Bernardo, sin dejar entrever que le preocupaban las generosas donaciones que solía hacer la familia Di Marinia-ahora si nos disculpas tenemos que tratar otros asuntos…¡ah!Ramón,-le llamó cuando se disponía a salir de la estancia, el padre Julián-no creas que te consideramos una persona inicua, solo que necesitarás un tiempo para recuperarte y reconocer tu error…

Ramón, les miró a los tres de hito en hito, y les respondió con la voz quebrada:

-"Casi casi, pero quitando el casi…"

Se miraron los tres como preguntándose qué habría querido decir, y se encogieron de hombros por toda respuesta.

Una vez que estuvo en la calle. Dejó que el aire fresco le rozase el rostro y lágrimas de dolor intenso, resbalaron por sus mejillas. Algo muy dentro de su interior se desgajaba, consumiéndole las entrañas, como brasas ardientes. Caminó como un zoombie, por las calles sin rumbo fijo, permitiendo salir de su mente los pensamientos más negativos que nunca tuvo. Sin darse cuenta, al alzar la mirada, se vio ante una cafetería, y entró. Con la cabeza baja, y el pelo revuelto, parecía un desheredado que viera el mundo por primera vez. Pidió un whisky doble, y fue haciéndolo desaparecer, mientras dejaba escapar el llanto, vuelto contra la pared, no deseaba que nadie pudiese ver su dolor, ni tampoco podía evitar que las lágrimas aflorasen desde muy adentro.

Un camarero al que no pudo ver acercarse, le habló desde el otro lado de la mesa.

-Usted es Ramón ¿verdad? le he visto con Ana algunas veces por aquí-le sonrió para decírselo.

-"Ana"-pensó ¿que había sido de ella?, con su problema se había olvidado de ella. Que injusto es el ser humano, cuando le duele su piel, ya no recuerda nada más.

-Disculpe, no he querido ser indiscreto, lo siento si le he importunado…-se excusó el camarero, al ver que no respondía a lo que tan solo había pretendido ser una muestra de cordialidad.

-No, no, no es eso, es que estoy…estoy…da igual, si soy amigo de Ana, ¿sabe algo de ella?

-Bueno ella tampoco pasa por su mejor momento, pero eso debe explicárselo ella, no yo.-Trató de enmendarse resultando discreto.-¿Puedo

ayudarle en algo?

-Nadie puede…todo empieza a desmoronarse para mi…-le miró con ojos húmedos, y expresión d niño perdido.

CAPITULO V

UN NIÑO PERDIDO

Las horas pasaron deprisa en la cafetería en la que ya había consumido varios whiskys, acompañados de varios cafés. Quizás fue esto precisamente, lo que impidió que se emborrachase, y cuando se halló de nuevo en la calle, le pareció que su cara fuese de cartón, por la sensación que le producían las lágrimas secas que creaban surcos todo a lo largo de su ella. Miró su reloj, que señalaba las seis y cuarto, y se dirigió a la casa de sus padres. Deseaba ser el primero en contarles lo acaecido, y confiaba en que al menos ellos, le concediesen el beneficio de la duda. Anduvo, para reponerse de su estado de ánimo, y presentar una apariencia impecable. Su padre era un tanto estricto en estas cosas, y no quería desagradarle en las circunstancias actuales. Llamó al portero automático, y la verja se abrió como la puerta de la cueva de Alí Babá, franqueándole el paso. Un empleado ataviado con traje y corbata, (el secretario de su padre)le condujo hasta el salón donde al parecer ya se le esperaba. Decorado con un estilo barroco, al gusto de los más exigentes artistas del siglo XVIII, los frescos pintados en los techos, los dorados adornando las paredes, y los muebles de exquisita factura, daban la impresión de hallarse ante un poderoso aristócrata de aquel siglo. Como casi era en realidad, solo que don Alfonso di Marinia, era de este siglo, y uno de los más acaudalados de la ciudad de Oviedo.

-Tu madre y yo teníamos la certeza de que vendrías, .se levantó don Alfonso para darle solemnidad al acto.-no obstante, se giró dándole la espalda deliberadamente, creíamos que serías tu y no unos extraños los que nos refiriesen tu…¿Cómo debería llamarlo?, ¿aventura amorosa…?-le miró con sus ojos amenazándole.

Su madre, que permanecía sentada, observaba atentamente, sin dar muestras de emoción alguna, como una simple invitada de piedra. Sus manos una sobre otra, erguida, como una reina consorte.

-Papá, no he podido venir antes, estaba en estado de shock, de hecho aun no puedo creerme lo que he tenido que escuchar de boca del padre Bernardo,… del padre Julián, y de Pierre, yo pensaba que me conocían mejor… y que …

-Y que iban a tolerar tu atrevimiento.¡¡Pero ¿cómo puedes ser tan cínico?, !acabas de destruir tu relación con esa chica que es un modelo de comportamiento, y aun te atreves a excusarte!. Te educamos para que fueses

un hombre y asumieses tus responsabilidades, no para que huyeses de ellas.

-Han venido a vernos el padre Julián, y el padre Bernardo, para comunicarnos su decisión de mantenerte alejado de "La Obra" a causa de tu… de tu…no sé ni cómo catalogar tu actitud. La pobre María te ha tenido que ver desnudo con esa prostituta en tu propio apartamento. ¿Es para eso que querías ser independiente ¿¿para llevar putas allí?-alzó la voz con evidente enfado

-Papá, no es eso lo que sucedió, escúchame, por favor, era una amiga…

-Una amiga, a la que das dinero. ¿A cambio de servicios especiales hijo?-le cortó.

-No, no es eso, déjame explicarme por favor…ella tenía…

-No, no me digas más mentiras, estoy harto de mantener tus caprichos y tus desvaríos con esas organizaciones ONGS o lo que sean, en espera de que madures y te hagas cargo de mis negocios, pero veo que es un imposible. Tu madre y yo hemos decidido…

-¡Espera! Antes deseo que conozcas la verdad de este asunto. Ana es maltratada por su esposo, y me pidió ayuda, le di algún dinero, si, para que comiese y no tuviera que volver a casa con él. Le dije que le daría más para que comenzase una nueva vida en otra ciudad, tenía que ayudarla, ella siempre ayuda a todo el mundo, y se lo merece. Fue a mi apartamento, y cuando salí de la ducha, estaba desmoronándose, y la abracé para consolarla, entonces llegó María con esa pécora de Marisa. Seguro que ella lo ha liado todo, me odia. De hecho los "padres" me dijeron que ella era quien me había acusado.

-¿Esa es la historia que te has inventado para no responsabilizarte de lo que has hecho?, ¡valiente mierda!, nunca pensé que llegarías tan lejos en tu desfachatez. Quiero que te vayas de esta casa cuanto antes, y que no vuelvas.

¿Esta claro?

Los ojos y los oídos de Ramón se sintieron heridos por aquellas crueles palabras que condenaban una relación que él había creído sólida, y tierna con su padre. Era la primera vez que le veía tal y como era, nunca sospechó que bajo la capa de aparente amor se ocultase una dureza semejante. Miró a su madre, que no había abierto la boca, y ella evitó mirarle, volviendo la cara.

-¿Estáis seguros de que esto es lo que queréis?, ¿mamá?-les miró incrédulo, con el corazón galopando en su interior.

-Ya has oído a tu padre, vete de nuestra casa.

Todo dentro de Ramón se resquebrajó, nada podría ya ser igual jamás. De nuevo, sin que se diese cuenta, las lágrimas afloraron y fue a su cuarto para recoger sus cosas.

-¿A dónde vas?-sonó la voz potente de don Alfonso.

-A recoger mis cosas me voy como queréis que haga.

-No tienes nada que sea tuyo, todo lo que hay en ese cuarto se ha pagado con mi dinero, vete y no se te ocurra llevarte nada.

La incredulidad, y el espanto de Ramón no conocían ya límites, le echaban a la calle, sin nada, como a un perro. Antes de salir, se volvió y preguntó de nuevo:

-¿Es esto de verdad lo que queréis?, ¿no confiáis en mi?

Pero no hubo más respuesta que el silencio condenatorio, que hablaba por los dos con suficiente claridad. Dejó las llaves sobre la bandejita de porcelana de la consola de la entrada, y cerró la puerta tras de sí. La ciudad se le antojó extraña, hueca, vacía, como si de pronto estuviese en otro lugar muy diferente. Llamó a un taxi con su móvil, y le pidió que le llevase a la estación de autobuses. Ahora era él quien necesitaba de otros, pero no pediría ayuda, tenía algún dinero destinado para la ONG, con la que colaboraba, y lo emplearía en iniciar una vida nueva en algún otro lugar, lejos de allí. El sonido de los altavoces de la estación, el ir y venir de los pasajeros, le pareció que enmarcaba perfectamente, lo que la vida es. Un viaje continuo, en el que al final se ha de viajar en soledad. Junto a la ventanilla del autobús, rumbo a Barcelona, con la lluvia resbalando por el cristal, rememoró los momentos pasados, para no olvidarlos nunca. De ahora en adelante, ya no sería más Ramón di Marinia, no, nunca más. La carretera serpenteó a través de tierras desconocidas para él, y le pareció que le llevaban tan lejos como era posible de todo lo que algún día significó algo para él. En la cafetería en la que hizo su última parada el autobús, se sentó de espaldas a la gente, en un rincón, y lloró profusamente. Gimió en silencio, y dejó que muriese su pasado, que se derramara su alma misma, en suspiros, para poder iniciar, una vida propia, nueva.

CAPITULO VI

EL REFUGIO DE LA SOLEDAD

Los muchachos cantaban canciones, y comían pasteles gritando, y revolviéndolo todo. Era su manera de demostrar su alegría, en momentos en los que se olvidaban las heridas sufridas, y todo semejaba ser diferente. El viejo de la casa, se retiraba discretamente escaleras arriba, cojeando, y agarrándose a la barandilla de madera, como ayuda imprescindible. Necesitaba llegar a sus habitaciones, y el tiempo jugaba en contra. Le quedaban escasos momentos, y a pesar de que no sabía cuando habría de abandonar este mundo, aun le quedaba algo de suma importancia por hacer. "La Obra" debería continuar tras su marcha, y para eso se precisaba, aun un último acto. Acomodado en su sillón orejero, dejó que sus huesos cansados, se relajaran un poco. El fuego de la chimenea le reconfortó y puso sus manos sobre sus puntas para calentarse. Miró a su izquierda, y contempló el libro que descansaba sobre la mesita auxiliar. Era un volumen viejo y desgastado, que le regaló su benefactor. Lo había leído tantas veces que ya no recordaba cuantas habían sido. Sonrió con una mueca, que denotaba comprensión. Una vez más lo tomó entre sus manos, y lo abrió para hundirse en su lectura, y olvidarse de cuanto le rodeaba. La penumbra que embargaba la estancia, de reducidas dimensiones, le producía un sosiego que le invitaba a pensar, a divagar por tiempos en los que sus piernas colaboraban con su mente, en los que todo parecía ser más fácil. Las horas trascurrían con lentitud, y el esperaba, esperaba…

Subió las escaleras, con temor a que descubrieran su presencia, y a pesar de que era plenamente consciente de que no debería hallarse allí, continuó su ascenso, lento y tenso, para plantarse ante la puerta del "viejo" que aparecía entreabierta, y por la que escapaba un haz de luz, débil y amarillenta. Como le sucede a las polillas, que no pueden sustraerse a la luz y el calor que emana de una bombilla, así le ocurrió en aquel instante. Decidió abrirla un poco más, y entrar. Su corazón se le aceleró y pareció que se le iba

a escapar del pecho, a causa de la opresión y de los nervios. La voz del "viejo" le llegó desde detrás del sillón en el que solía leer aquel desvencijado libro, y dormitaba de vez en cuando, como un hilo que condujera a su persona a través de invisibles caminos en los que nada tenía que ver la vista.

-Te estaba esperando…pasa, Eloísa, no te quedes en la puerta. –Le dijo sin volverse-Es necesario que hablemos de algunas cosas, y que yo responda a tus preguntas. Adelante, pasa, pasa. No dejes que tus temores te impidan alcanzar tus deseos.

Eloísa se acercó al costado izquierdo del orejero, y se quedó allá plantada, observando cuanto la rodeaba. No era ni mucho menos la primera vez que hablaba con "el viejo", pero nunca se había atrevido a quebrantar una de sus normas más estrictas, una de las escasas que había en la casa. La de no subir a la planta de arriba bajo ningún pretexto. Ni los más osados de los que moraban en la casa soñaban tan siquiera con ver qué era lo que había allí arriba.

-Hace muchos años, comenzó una historia que no tuvo final feliz, una de esas que no sirven para quienes buscan evadirse de la realidad visionando una película. ¿Quieres saber cómo se desarrolló?-le preguntó sin volver la cabeza.

-Claro, cuéntemela, por favor-le trató de usted por primera vez desde que lo conoció dos meses atrás-. Se sentó en un taburete que encontró pegado a la pared junto a un rincón.

-La historia comienza con una fiesta en la que se celebraba el éxito de un lanzamiento literario. El de un libro que cambiaría la vida de docenas de personas-tose "el viejo" a intervalos-se titulaba "Las siete muertes de un hombre", y era un intento de su autor Jean Pierre le Monéc de acceder a un estatus superior económicamente hablando, aunque yo siempre he creído que en realidad trataba de resolver un trauma terrible que lo llevó a ser quien fue.-tose de nuevo, y se lleva la mano a la boca-Pero hete aquí que el destino, estaba tramando algo de lo que no podría escapar fácilmente. Había heredado de quien no se hereda, la capacidad de luchar para no solo sobrevivir, si no, para triunfar allá donde decidiera crear algo que superase la ambición misma,

de la que el hombre hace gala. La miró sorprendido de que su atención no disminuyese al avanzar en el relato de la historia de la casa. Y prosiguió con la resurrección de lo que se hallaba dormido en el recuerdo aún fresco del "viejo" de la casa. El frío le hizo ver que el tiempo apremiaba.

-El libro se vendió en siete países, y recogió tanto dinero, que no supo qué hacer con él. Hasta que un avispado periodista le entrevistó en la televisión. -Sacó una carpeta con manos temblorosas a causa del párkinson, de un cajón de la mesita de su lado derecho.-Aun guardo los recortes, y te pido que tú hagas otro tanto si yo falto, cosa que ocurrirá pronto. –Ella no se atrevió a interrumpirle para decirle que el resultaba imprescindible, y que ella pobre mujer sin recursos, ¿Qué podría hacer para evitar que quien heredase sus bienes hiciese lo que desease con aquellos bellos recuerdos?.

La abrió con reverencia, y le entregó un trozo de papel amarillento y desgastado por el tiempo, en el que aun se podía leer el titular y poco más que unas líneas en algún párrafo. Era un recorte de periódico en el que se reconocía el trabajo realizado por el escritor que se había convertido en protector de niños maltratados creando una especie de ONG, para recibir apoyo en ella, y poder sobrevivir, y lo que era más difícil, superar el trauma que en ocasiones era profundo. El periodista trazaba en pocas palabras, la trayectoria del escritor que se abría un hueco en el mundo editorial con un género que no solía ser el más vendido.

-Léelo, por favor, forma parte de las cosas que habrás de saber antes de que yo me vaya. Sus dedos huesudos anunciaban una lenta degeneración y las manchas en su dorso y los temblores, no le permitían a veces como era el caso, sostener algo más de unos minutos en la mano.

Eloísa, leyó el artículo con interés, y se lo devolvió par que lo guardase en la carpeta. El extrajo otro, y se lo dio. No tenía nada que ver con el anterior, este trataba de la detención de un muchacho, por el robo de un coche. En la foto que aparecía en el recorte, se observaba a un chico de no más de quince años, con un rictus de amargura reflejándose en su rostro aniñado, y una luz especial en sus ojos, que decía a quien lo miraba, que estaba dispuesto a todo.

-Te preguntarás la razón de esta conversación, el porqué de esta especie de confesión. Y quizá te estés preguntando si no será que me estoy muriendo…pues no. Aún no he dicho mi última palabra, es por eso que quiero ordenar mis asuntos ahora que estoy cuerdo. Este es un legado que no me corresponde a mi gobernar, sino hasta que expire, ya que me comprometí a ello. –se giró par mirarla a los ojos y poder ver su reacción. Eloísa con las manos sobre su regazo, le escuchaba sin abrir la boca, con expresión seria, inmersa en la historia que le relataba "El Viejo" de la casa como se le conocía cariñosamente. El periodista a que hice referencia antes, le hizo una pregunta que él no esperaba. ¿Adivinas cual?.

-¿Si convertiría en realidad lo que describía en el libro?-respondió ella sin pretender resultar pedante-

-Vaya veo que no me he equivocado, eso es, si, y ante esto, él que no se lo había planteado, respondió afirmativamente. Dijo que si conseguía el dinero suficiente lo llevaría a cabo. Te puedes imaginar que en los días que sucedieron a la entrevista, el público se volcó en adquirir el libro, para colaborar y que el proyecto llegase a buen puerto.

-Así que pudo convertir en realidad su sueño de la casa de los niños…-casi susurró Eloísa.

-No te puedes imaginar la cantidad de libros que se vendieron… fue una auténtica locura, se vendía por miles.

-¿Cuánto recaudó con su venta?.

-¡Ah! Eso es algo que no estoy autorizado a revelarte todavía, paciencia, tú serás la única que sabrás ese dato, y entonces comprenderás la razón de que ahora te lo oculte. Si te diré, que desde entonces su corazón se calmó, y dejó de sufrir como lo hacía antes. Olvidó el rencor y la desesperación se fue tan lejos, que jamás la volvió a sentir.

-Supongo que no fue nada fácil levantar esta casa y menos aun mantenerla, claro está. –Miró en torno suyo Eloísa, aspirando el aroma que desprendían las varas de sándalo encendidas.

-El era un auténtico judío,-rió abiertamente-no quiero decir de religión ni de raza siquiera, cosa que creo le hubiese gustado por otra parte, sino para el dinero,-volvió a reír iluminando su cara. Cuando yo la conocí apenas era un chiquillo ruidoso y rebelde que daba muchos problemas, y ninguna satisfacción. Llegué aquí después de recorrer tres casas de acogida, y de que me devolviesen al centro, otras tantas. Aquí conocí a mis primeros amigos, y "el viejo" me soportó con estoicidad. No sabía la razón de su aguante, pero poco a poco me fui tranquilizando, y me convertí en un chico responsable, que colaboró en todo cuanto fue necesario. Milagroso ¿eh?, -le dijo mirándole a la cara-pero así fue…-le temblaron los dedos de la mano que se apoyaba en el reposabrazos, como una hoja, y Eloísa no supo si se debía al párkinson que desde hacía tiempo le limitaba, o a causa de la emoción al recordar las vivencias que se acumulaban en su cerebro privilegiado.

Pasaron algunos años, no creas-prosiguió su relato-nada sucede en el acto, y Dios sabe cuánto tiempo necesita cada uno de nosotros para conocer la verdad, y para aceptarla, que es lo más difícil de todo. Pero yo fui uno de esos privilegiados que vieron como su mente se abría a cosas nuevas, y evolucioné a un estado de consciencia de la realidad que me permitió descubrir facetas que yo ignoraba que existían en mí. El anciano paró en su discurso biográfico, y Eloísa se preocupó. Se le acercó y puso su mano sobre la de él, con ternura. El viejo le devolvió una sonrisa de agradecimiento, y continuó.

-Gracias por tus cuidados. ¿Te lo he dicho alguna vez?.

-Muchas, desde luego.-le respondió con los ojos húmedos- pero soy yo quien debería decirlo más a menudo. A fin de cuentas esta es una casa para niños maltratados, y yo…bueno me acogisteis haciendo una excepción, que nunca podré agradeceros a todos.

-¡Ta!, ¡Ta!, ¡Ta!, eso es una tontería. Eres una más de nosotros y no se hable más de eso. ¿Qué hubiéramos hecho sin ti en muchas ocasiones? Has sido un ángel para nosotros. Y estos chicos necesitan de una madre como tú,

algo que yo no puedo darles. Quizás esa sea la razón más poderosa por la que estés aquí hoy y ahora. –le miró con rostro serio, y los ojos escrutando cada pliegue de su faz, en un examen riguroso que le taladró el alma.

-Yo también tengo una historia que contar, y creo no equivocarme al decir que me salvasteis la vida en aquellos días en que todo parecía haber acabado para una mujer vejada y humillada como era yo.

El viejo se volvió y calló. Dejó que relatase lo que él ya conocía de sobra, por ser parte integrante de su historia. Hacía ya veinticinco años de aquel memorable día en que la asistente social, Magdalena, le llamara para decirle que necesitaba su ayuda en un caso especial. ¡Como si cada caso no fuese especial!¡ que gracia!. ¿Cómo le podía negar nada a ella?. Le pasaba por alto ciertas legalidades, que de ser respetadas estrictamente, impedirían el buen funcionamiento de la casa, y la adopción de algunos de los más necesitados de aquellos niños. Así que le dijo que se llegase hasta la casa, y que se calmase, que le daría la ayuda que precisase. Poco sospechaba él, que se trataba de un caso inusual. Magdalena, llegó acompañada de otra mujer, era Eloísa. En un principio pensó que se trataba de una compañera a la que probablemente quería enseñar el "oficio" de asistente, pero un examen más cuidadoso, le dijo que no era eso, que aquella mujer, triste y desvalida, con el terror reflejado en sus bellos ojos verdes, necesitaba ayuda inmediata.

-Esta es Eloísa. –le presentó a su acompañante-verás… es que… bueno sé que no te encargas de…

-De mujeres maltratadas.-le ayudó a terminar la frase.

-¿Cómo lo has sabido?, ¿acaso eres brujo?-se sorprendió Magdalena de su visión de águila que más parecía visión de rayos x.

-Solo es que reconozco el terror en cuanto lo veo cerca, se me enciende una luz roja, una alarma, que en mí, que lo he sufrido, es como una defensa natural.

-Entonces comprenderás lo que tengo que pedirte. Esta mujer, Eloísa, está amenazada de muerte por su marido, que ya le ha pegado en repetidas ocasiones. En una de ellas casi la mata, y ahora está como loco buscándola. No tengo donde meterla ahora mismo, las casas de acogida de la comunidad están llenas, y he pensando que podría quedarse unos día aquí con vosotros. Solo hasta que encuentre un sitio donde ubicarla en otra ciudad.

-Ya sabes que no es precisamente nuestra especialidad tratar con estos casos, pero no le negaré hospitalidad a quien está necesitado de refugio. Puede quedarse aquí unos días.

-Sabía que podía contar contigo-se entusiasmó la asistente-No podría estar mejor en ningún otro sitio.

-Bueno, bueno, pero solo unos días, no quiero que se quiebre el orden que rige la casa. Ya sé, ya sé, es una urgencia, como siempre, querida, como siempre. Todas son urgentes.

Desde entonces, Eloísa se hizo imprescindible en la casa. Hasta tal punto, que, cuando Magdalena, regresó cinco semanas después, para llevarse a Eloísa, a una casa de acogida en otra ciudad, donde comenzaría una nueva vida, lejos de la amenaza de su violento marido, El viejo de la casa, le suplicó que la dejase permanecer allí. Hasta aquel momento todo el mundo creía que el viejo era un misógino. Magdalena le respondió preocupada por la seguridad de su protegida, que no era la mejor idea, pero que en todo caso era ella la que había de decidirlo. Hacía muchos años que Eloísa no se sentía en un hogar, en el que primase la seguridad, donde la necesitasen y pudiera realizar una tarea útil. Le miró al viejo, entonces un hombre de tan solo cuarenta años, y ambos se sonrieron. Estaba decidido, ella se quedaba allí. Magdalena le dijo que pasaría con frecuencia para ver cómo le iba, y que si necesitaba algo le llamase.

Los niños que llegaban a la casa, encontraban en ella, a una madre postiza, que en la mayoría de los casos suponía un alivio, para las jóvenes almas torturadas. A la casa llegaban niños que habían sufrido abusos sexuales,

y a los que no se podía acercar un varón hasta pasado un tiempo prudencial, por lo que la figura de una mujer como Eloísa, que llevaba en su carne el estigma de la violencia, era de un valor inestimable. Alrededor de la gran mesa de roble, a la que se sentaban a comer los integrantes del heterogéneo grupo de niños de distintas edades y con diferentes historiales de agresiones, se respiraba un aire cargado de tensión, a la que sin embargo se había acostumbrado, y que sabía dominar, como si de un potro salvaje se tratase. El viejo miraba sin apenas escuchar lo que le decía Eloísa, y que se sabía de memoria. El pensaba en la razón por la que una mujer discreta como ella, se había atrevido a subir allí arriba. ¿Era acaso el destino quien se la ofrecía para que se hiciese cargo de la casa?. Tenía que estar seguro de que la decisión que tomara fuese la mejor. No podía prestarle atención a su corazón, la frialdad era su mejor aliado en aquellos momentos.

-Te contaré una historia que me transmitió a mí el fundador de la casa. –Le miró a los ojos con el misterio reflejado en ellos-."Estábamos en la orilla del rio un día de otoño, en el que el viento anunciaba, que lamería con vigor las ramas de los árboles que circundaban sus riberas. El tenía creo que cincuenta años, y finas hebras plateadas asomaban a sus sienes, dándole una dignidad que por otra parte, el poseía dentro de sí. Le comenzaba a preocupar el destino de la casa, y deseaba que siguiese en manos privadas, continuando su labor cuando el dejase este mundo.

Revolvió el agua con una vara verde, y me miró a los ojos como yo hago ahora contigo. Sus palabras me parecieron entonces un sin sentido. Tardé en comprender que me quiso decir. Veras, me dijo:"Pocos hombres sufrirán como yo siete muertes."

-¿Qué quiso decir?, ¿ Es un enigma?-se atrevió a interrumpirle.

-Creo que era una prueba, o algo parecido, el caso es que años después di con su significado. El había fundado la casa con la idea de que perdurase en el tiempo, y era el primero de siete que la gobernarían. Me preguntarás el porqué siete. Pues porque para él como para muchos el siete es un número bíblico que simboliza lo completo. Interesante ¿verdad?. Era un hombre muy espiritual, a su manera claro, pero muy espiritual. Desde

entonces lo llamé el hombre de las siete muertes. Le confería un aura de misterio. Por otra parte su libro se publicó en siete países…

-El hombre de las siete muertes, hummm…que interesante, si.-repitió en alto Eloísa.

Abajo se escuchaba el ruido característico que provenía de la algarabía que los niños montaban después de cenar. Las palabras se agolpaban en la garganta del viejo, y sin embargo no podía permitir que la casa sufriese, a causa de aquel deseo de poner las cosas en orden.

-Ve, es necesaria tu presencia, pon un poco de orden ahí abajo, yo estoy agotado, necesito descansar. Hablaremos mañana.

CAPITULO VII

LA HISTORIA DEL VIEJO

El viejo se quedó mirando las llamas que consumían los trozos de madera con ruidoso crepitar, como abstraído. En su mundo todo era posible, y rememoró los momentos más felices que le habían dado los muchachos que allí habían hallado un refugio seguro, donde poder crecer en el seno de una familia que la vida les había negado. Había visto como algunos ingresaban en universidades, o montaban sus pequeñas empresas, desarrollando sus talentos naturales, de forma que como su "padre" le hacían sentir orgullosos de su trabajo. Alguno de ellos se habían quedado en la casa a título de monitor, Para ayudar a otros, y ahora ponían al servicio de los demás su experiencia en la casa, lo que era encomiable desde todo punto.

Los inviernos cuando la nieve cubría con su virginal manto el campo que los rodeaba, y las ramas de los árboles se hacían pesadas, por la cantidad de nieve que acumulaban, el salía a pasear con los más pequeños, para jugar con ellos, y tratar de hacerles olvidar el terror sufrido, el desprecio de los que buscan tan solo la belleza en quien necesita calor humano, y crear para ellos un micromundo en el que se sintiesen en casa por fin. Jugueteó con el pisapapeles de cristal que apresaba los documentos que debía atender con premura, y entre sus manos lo fue volteando como si fuera un objeto precioso. La luz atravesó sus caras, desplegando un haz de luces de colores, que le hizo sonreír. El invierno se anunciaba cercano ya, y era por eso que su temor a no poder sobrepasar esa frontera, le ponía nervioso, y sus manos serpenteaban como anguilas que quisieran escapar de él. Eloísa tenía que ser la esperada tercera muerte del viejo de la casa. De lo contrario…pero no, no podía estar equivocado, eso era más que improbable. Nunca se había planteado que una mujer estuviese al cargo de la casa, pero tampoco había nada que lo impidiese, y el cada vez estaba más seguro de que ella era la adecuada, para tomar el relevo al cargo de aquella ONG, que comandaba él en recuerdo del auténtico viejo de la casa. Se incorporó y su elevada estatura hizo empequeñecer la estancia. Las llamas se apagaban y comenzaba a hacer frío para él, abrió la puerta que comunicaba con el hall en que solía leer y calentarse al fuego, y la cerró necesitaba el descanso.

Eloísa presidía aquella noche la cena en la que había de estar atenta, pues diecisiete niños se alineaban a sus dos lados y ejercer control sobre todos ellos era una misión casi imposible. Cada uno de ellos tenía unas características que lo hacían especial, y que debían ser consideradas, si se quería obtener buenos resultados con ellos. Llevaba ya treinta y cinco años colaborando con el viejo de la casa, y no se había vuelto a casar. Es cierto que había tenido sus escarceos con algunos hombres que no le habían dejado huella, y no se había decidido por ninguno. Estaba bien como estaba, y reconocía que no había superado del todo el miedo a una nueva relación, tras el trauma que le supuso la separación de su marido. Los niños le aportaban el cariño que ella necesitaba, y hasta los problemas que a menudo le daban, le agradaban. Eran como ella, víctimas de una sociedad consumista, hedonista, y agresiva, que desechaba a quienes consideraba diferentes. Mientras tomaba a sorbitos su sopa de champiñones, miraba en derredor como la hembra de los osos, que no descuida sus cachorros un segundo. Era consciente de que en cualquier momento uno de ellos podía iniciar una pelea, y ella tendría que ser el colchón que la frenase. Así funcionaba una casa como aquella, en la que lo más heterogéneo de cada familia, estaba fielmente representado en la muestra que se abría en abanico ante ella.

CAPITULO VIII

LA SEÑORA DEL TIEMPO

Magdalena, tecleaba en su ordenador, con manos arrugadas, y temblorosas, y su cabeza, se movía más de lo que ella desearía. Tenía Parkinson, y le costaba seguir mucho tiempo frente al ordenador como en otros tiempos. Y es que acababa de cumplir los ciento ocho años. Tenía a su lado el libro que le hizo famoso al primer viejo de la casa, se lo había leído diez veces, o quizás más. Estaba escribiendo sus impresiones sobre el trabajo que se llevaba a cabo en la casa, y archivándolo, con la esperanza de que le sirviese a alguien sus anotaciones. La actividad le mantenía viva y el cerebro en forma. La asistente que llevaba los asuntos de niños maltratados, era una joven dispuesta pero carente de experiencia. Se llamaba Beatriz, y era la

encargada de llevarle los niños que llegaban desmadejados y con la carita triste, a la casa del viejo, donde Eloísa y el, les ofrecían una posibilidad de sobrellevar su drama, y superarlo juntos. Tenía un caso entre manos que se parecía en casi todo al del viejo de la casa, se lo había enviado Beatriz por mail, para pedirle su opinión al respecto. Se trataba de un niño al que sus hermanastros odiaban hasta el punto de torturarlo de maneras que le resultaba imposible creer, si no fuera porque ya estaba curada de la crueldad humana, para con los más indefensos. Su madre se había vuelto a casar en segundas nupcias con un hombre al que amaba con toda su alma, y aunque no había descuidado a sus otros hijos, aquel nuevo miembro de la familia, era su prioridad en todo. El padre les abandonó a los pocos meses de nacer el hijo de ambos, y ella enfermó a causa de las continuas palizas que recibía del adolescente que era su segundo hijo. Acabó muriendo, y el pequeño quedó en manos de su peor enemigo, su hermanastro, que le sometió a toda clase de vejaciones, hasta que un día una vecina se decidió a denunciarlo, por no pode resistir los lamentos del niño. Los dos fueron pasados a la tutela del estado, y el pequeño era ahora posible que fuese a parar a la casa del viejo.

Beatriz debía decidirlo, y solicitaba la opinión de Magdalena, que seguía activa en la sombra, desde su casa. Naturalmente, ella consideraba que lo mejor para el pequeño, era criarse en la casa del viejo que le daría la paz que necesitaba, y el sosiego que un niño necesita para crecer. Quién sabe si él sería en el futuro, el cuarto viejo de la casa…-sonrió para sus adentros.- Tecleó el mensaje en el ordenador, y le dio a enviar. Cuando conoció a Jesús de Montiel ella pensó que se trataba de un caso difícil casi imposible. Luego progresivamente, fue cambiando de opinión, al conocerlo más a fondo, para más tarde pasar a la admiración, al conocer su historia. Los más veteranos, dicen a los que llegan, que se trata de un hombre inmortal que nunca muere, y que llegó de otro mundo. –Sonríe Magdalena al escribirlo en su diario, con letra cuidada-.Pero ella conocía la verdad del "viejo". Había muerto hacía muchos años y el que ocupaba su lugar en la casa, no era otro que Jesús el afortunado Jesús de Montiel, que llegó a ella con su vida negra como el futuro que le aguardaba, y que, en la casa se convirtió en quien jamás osó soñar. El viejo de la casa, el que la creó era ahora parte de la historia. Casi nadie conocía la verdadera historia de Jesús de Montiel, sonaba bien su nombre, le gustaba pronunciarlo, pero tras él se ocultaba un drama personal terrible. Cerró las tapas rojas con símbolos negros en chino, y las acarició. Los años habían pasado rápidos como aves, y ella ya no era la de antes, a pesar de que aun colaboraba con el viejo de la casa, y con la asistenta que se ocupaba de los nuevos niños que llegaban hasta su oficina. Ella no tenía quien prosiguiese su labor como el viejo. ¿Cómo lo haría para conseguir que alguien

responsable y con la mentalidad adecuada se quedase voluntariamente al cargo de la casa?.

El sueño como dulce tirano, se fue apoderando de ella y su cabeza comenzó a sentir el peso del día. El diario resbaló de sus manos cayendo al suelo. Las luces tintinearon, y crearon sombras en torno a su figura frágil de mujer entrada en años. Los recuerdos de otros tiempos se adueñaron de su vida a medida que los años le caían como losas de las que no se podía desprender. Soñó con él, con el primero de los viejos que llegó como un soplo de aire fresco, renovando las esperanzas. Entonces era un hombre joven, que llevaba a sus espaldas una pesada carga, de la que no quería hablar nunca. Ella no le preguntó jamás que era lo que le hería desde adentro. Solamente deseó estar junto a él como lo hace una amiga que, sin exigir nada le daba su apoyo. La casa se levantó en un tiempo corto, y aun recordaba el olor a nuevo que impregnaba el interior, cuando se inauguró entre las risas y la alegría de quienes por fin veían un proyecto como aquel realizado.

Los primeros niños llegaron con sus cabecitas bajas, humillados por la vida que habían sufrido, resignados a vivir en lo que para ellos era solo otra casa más de acogida. Pero pronto descubrieron que aquella casa era algo fuera de lo que sus ojos habían podido ver a lo largo de sus vidas. Allí sus cabezas se fueron alzando, hasta que sus caras lograron volver a sonreír de nuevo. Las habitaciones estaban sin decorar, porque el viejo decía que deberían tener la personalidad de quien las ocupase. A los niños les pareció estupendo poder decidir por primera vez en sus cortas vidas, algo que les permitiese sentirse importantes. Los colores inundaron las paredes y los posters empapelaron cada centímetro. No podrían presentarse a un concurso de decoradores, pero el nivel de autoestima de los chicos creció considerablemente, y eso era un buen precio a cambio. Magdalena y Jean Pierre le Monéc festejaron el primer aniversario juntos con copas de cava en las manos, y una amplia sonrisa en sus caras. Aquello se convirtió en una especie de tradición que a los niños les encantaba celebrar, pues era la fiesta de todos. La casa comenzaba a funcionar y eso era una buena señal. El flujo de niños se acentuó, y permitió que la vida se intensificara dentro de la casa. Pronto se empezó a hablar de la casa hasta en los más remotos confines del país, lo que significó más trabajo.

CAPITULO IX

LA FUNDACIÓN DE LA CASA

El autobús se desplazaba en medio del calor tórrido del verano, que obligaba a arremangarse la camisa a Ramón. En la parada que hacía la empresa a medio camino entre Barcelona y Madrid, había subido un hombre de unos cincuenta años, de porte elegante, pero discreto, que se sentó junto a él. Pronto se dio cuenta Ramón, de que era afable y charlatán, a causa de su

profesión como comprobó por sus propias palabras. Resultó ser un agente que representaba a lo más granado de los escritores de algunas de las editoriales de mayor prestigio del país. La conversación, se impuso a causa del carácter abierto y alegre del extraño, que a su lado le hablaba como si lo conociese d toda la vida.

-Así que va a Madrid, ¿verdad?, gran ciudad es mi favorita entre todas, ciertamente. Su gente es educada, y sin embargo, abierta y amable. Yo voy a firmar unos contratos para dos de mis representados. –Le miró esperando una respuesta por su parte-usted viajará por placer para ver esta ciudad-insistió con falta de discreción.

-En realidad no es por una razón concreta, sino, para instalarme y comenzar una vida nueva, acabo de sufrir un revés importante en mi vida y necesito reanudarla en otro lugar. –Recordó que su tutor una vez le dijo que un secreto el que mejor lo guarda es un extraño, por lo que decidió contarle su situación al agente literario, sin saber que estaba cambiando su futuro.

Durante los siguientes cuarenta minutos, Ramón descargó su pena en el hombro del agente, que sorprendido y absorto en su historia, escuchó con deleite la historia de aquel muchacho que se le abría como fruto maduro, en busca de desahogo. Al concluir su relato, Ramón sintió que se desnudaba ante él, y que sin embargo, se libraba de un terrible peso, que le atenazaba el alma.

-Es usted un hombre de vida intensa, me da algo de envidia, créame, y es que a pesar de todo lo que le ha sucedido, es usted fuerte y capaz, para sobrevivir a todos los problemas que esta vida suya le ha ido planteando. Si decidiera escribir su historia, yo me encargaría de que se publicase…con nombres diferentes a los reales por supuesto, supongo que de otro modo, eso le plantearía inconvenientes.

-No, no puedo hacerlo, le agradezco su interés, de verdad, pero no deseo que se sepa nada de esto, -se alarmó al comprobar que dejaba en manos extrañas su vida, o al menos lo más importante de ella.

-Bueno de todas formas si cambia de opinión llámeme, -le extendió una tarjeta de presentación-quizás tenga otras historias que contar en el futuro, nunca se sabe…

Ramón tomó de manos del agente el pedazo de cartulina y la guardó más como recuerdo que otra cosa en su cartera. Se sentía más ligero, como si una bocanada de aire fresco le llegase de afuera, para refrescarle el rostro, anunciando una vida nueva. Fue entonces cuando pensó si no sería mejor cambiar hasta de nombre. Un nombre inglés… no, mejor alemán…no, no se veía con un nombre tan raro, uno…francés…si, francés. "Me llamaré, Jean Pierre le Monéc. Suena bien, ese será a partir de ahora el nombre por el que me conocerá el mundo". En su mente se iba creando una nueva personalidad, a medida que le dotaba de rasgos característicos a su nueva identidad. En la tarjeta del agente figuraba:"Joan Miralles" y debajo:"agente literario". Y un teléfono de contacto, además de su móvil particular escrito a bolígrafo. El se presentó como Jean Pierre le Monéc, y le estrechó la mano.

El trayecto se le hizo más llevadero a Ramón, que dejaba atrás una tragedia que lo marcaría para siempre. La pérdida de quien lo cobijara y protegiera durante los años duros que había tenido que soportar en casi soledad, le habían endurecido, pero también amargado, y tenía que sobreponerse, ella lo hubiera querido así. Aun podía ver su cara ensangrentada, ladeada en el suelo húmedo mojada por la lluvia. Unas lágrimas aparecieron en sus ojos, y se las limpió enseguida, para no tener que dar explicaciones al compañero de asiento, con el que había trabado amistad. Este se había percatado de ello, pero discretamente optó por obviarlo, dejando que el momento de debilidad de su recién conocido, quedase en la más estricta intimidad.

La llegada a la estación de autobuses subterránea de Madrid, resultó un alivio para Ramón que se enfrentaba a una vida sin nadie que lo apoyara, ni que formase parte de ella, de momento al menos. Joan Miralles, le estrechó la mano, y se despidió de él hasta una nueva ocasión, pues como el dijo, estaba seguro de que se volverían a encontrar, pues el destino, siempre cruza dos veces el mismo punto, con las mismas personas. El ajetreo de los viajeros que recogían sus maletas, y el ir y venir de las gentes que se apresuraban a ocupar sus asientos en el autobús, que como la vida misma, no dejaba d fluir, les introdujo en la realidad cotidiana. Con su pequeña maleta, que había sido de Cheta, se encaminó a la planta superior, en busca de la cafetería, y de un periódico en el que hallar hospedaje por esa noche.

Removió con la cucharilla el café que estaba demasiado caliente para tomarlo, y pensó en cómo debería ser, Jean Pierre le Monéc, su alter ego. Porque ese sería a partir de entonces, quién ocuparía el lugar de Ramón di Marinia. Debería dotarlo de un alma nueva, que resultase incombustible, y capaz de soportar el dolor, como no sabía hacerlo Ramón di Marinia. Se tomó de dos sorbos el café, y aspiró hondo como si quisiera consumir todo el aire de la estación él solo. Le pidió al camarero el periódico, y marcó dos hostales que estaban cerca, para pasar la noche en uno de ellos.

El hostal "Feliciana", resultó limpio y regentado por una señora de edad avanzada, que compensaba su escasa pensión, con el dinero que le dejaban sus huéspedes. Su sonrisa de mujer satisfecha con lo que la vida le había concedido, le hizo recapacitar. ¿Pues no era mejor conformarse con lo que la vida da, y no complicársela? en el acto rechazó aquella posibilidad. El era hombre resoluto, con ambiciones y proyectos, y nada le detendría si podía evitarlo. Saldría adelante, con la imagen de Cheta en su cerebro, lista para animarle, impidiendo que se hundiese en el fango de la desesperación. Se lavó la cara con agua fría, y se miró al espejo, para hablarse a sí mismo.

-"Mira, Ramón, mira esta cara, porque desde ahora ya no la volverás a ver nunca más. Desde este preciso momento serás para todo el mundo, Jean Pierre le Monéc. ¿Está claro?".-Y diciéndose esto, se volvió y comenzó a deshacer la maleta.

Buscar trabajo esta vez no resultó tan difícil, había aprendido a ser útil en trabajos en los que nunca soñó que pudiera permanecer más de un día, y a conformarse hasta poder mejorar.

CAPITULO X

CINCO AÑOS ANTES

Ana sabedora de que la situación tenía tintes de no poderse solucionar, decidió antes de irse definitivamente de Oviedo, ocuparse de zanjar el asunto que la tenía en tensión y deprimida por haber perdido a su único amigo, Ramón di Marinia, no sabía si para siempre. Se dirigió a la casa de los Marinia, y frenó ante ella. Aspiró el aire con nerviosismo, y salió del coche en dirección al chalet de la familia. Pulsó el timbre y esperó a que el videófono la identificase. Extrañamente la puerta se le abrió sin más complicaciones. Una empleada ataviada de sirvienta clásica con cofia, le condujo hasta el salón principal donde como un tribunal le esperaban los Marinia.

-No sé como se atreve a venir aquí, "señorita"-remarcó la palabra con ironía don Alfonso-es usted atrevida desde luego. Es la culpable de nuestra desgracia. Hemos perdido a un hijo por culpa suya.

-Me atrevo, porque a diferencia de ustedes, que fingen ser bondadosos Ramón lo es, y se merece que se aclare lo que sucedió en su apartamento entre él y yo. De la desgracia que les acaece, solo ustedes son los culpables, pero no he venido a responderles a nada, ni a discutir con ustedes, sino a explicarles que su hijo no tuvo relaciones sexuales conmigo esa vez ni ninguna otra. Solo me estaba consolando de un terrible problema que me estaba torturando, y él con su generosidad habitual me abrazó para consolarme, y detener mi derrumbamiento emocional. El corazón de Ana se aceleraba por momentos, y se decía a sí misma que debía ser fuerte, más fuerte que ellos, y jugar duro si quería dejar claro y limpio el nombre de su amigo inocente.

-Ahora se llama así, consolar…-ironizó don Alfonso di Marinia-vaya,

vaya, esto sí que no me lo esperaba, una furcia defendiendo el "honor" de mi estúpido hijo. Váyase señorita, -remarcó de nuevo la palabra para zaherirla.

Ante la rigidez de la que hacían gala los Marinia, solo le quedó una baza que jugar a Ana, que se comenzó a desnudarse ante el matrimonio. Un grito de escándalo escapó de la boca de Maria Luisa di Marinia, que no estaba acostumbrada a ver desnudarse gente en su presencia.

-Por favor señorita ¿no nos ha humillado ya lo suficientemente? vístase por favor y márchese. –le pidió ella tapándose los ojos.

-No lo haré hasta que no mire lo que vengo a enseñarles, ¡¡míreme señora!! ¡¡mire lo que le horrorizaba a su hijo, la razón por la que decidió abrazarme en su apartamento, y ayudarme económicamente!!. ¡¡Mire cual era su intención, mire y véalo usted misma en las marcas de mi propio cuerpo!!.

Ana comenzó a desabrocharse los botones del abrigo de cuero que llevaba sobre la piel desnuda, y la dejó caer al suelo suavemente. Se deshizo de la falda, y se quedó en bragas, con su cuerpo magullado al descubierto, mostrando en sus pechos blancos, las marcas de moretones amarillos, y morados, que ensuciaban su cuerpo, como una mácula profana que invadiera su persona. Lágrimas de dolor, que se añadían a la humillación que para ella suponía aquella acción, necesaria por otra parte, resbalaban por sus mejillas, como demostración irrefutable, de que la verdad, y la inocencia se daban la mano en su persona. Poco a poco Maria Luisa di Marinia fue quitándose la mano de la cara, y miró con ojos desorbitados todos y cada uno de los moretones que salpicaban la espléndida figura de Ana, que como una ofrenda lista para el sacrificio, se ofrecía a sus ojos como una respuesta más evidente que la más elocuente de las palabras.

-¡O Dios mío!, ¡qué horror!, esos moretones son el producto de un reiterado maltrato, eso es…terrible. Alfonso…-le miró con la culpa reflejada en su carablanca como la cera. Comenzaba a comprender lo cruel de su reacción con su único hijo.

-Entonces…-empezó a penetrar en el cerebro de don Alfonso la verdad cruda-nuestro hijo es inocente y solo le ayudaba a usted…¡¡Dios mío ¿qué hemos hecho?!!le hemos perdido sin razón. Por favor señorita tiene que ayudarnos a encontrarle, ¿sabe usted donde está? si es así díganoslo por favor se lo ruego.

-No, no lo sé, si lo supiese se lo diría-les dijo mientras se vestía de nuevo, superada la vergüenza inicial- pero conociéndole como le conozco, creo que no querrá volver a hablar con ustedes, fueron demasiado crueles con él. Les prometo que haré lo que esté en mi mano para que esta situación termine bien.

Los sollozos de María Luisa di Marinia, y de don Alfonso, que lloraba por primera vez en su vida, sesgaban el aire como cuchillos que les herían en lo más profundo de su ser.

-Le ayudaremos a instalarse en otra ciudad le daremos la cantidad que desee, pero por lo que más quiera ayúdenos. –le rogó de la única manera que conocía don Alfonso di Marinia.

-No he venido a por dinero. Guárdeselo, ya le he dicho que haré lo que pueda, yo misma me instalaré en otra ciudad, y con estas dos manos saldré adelante como lo he hecho siempre. –le respondió haciendo alarde de dignidad. Me dan pena, han perdido al mejor hijo que ningún padre pudiera tener. Eso será su castigo por muchos años. Si puedo ayudarles lo haré, pero dudo que Ramón pueda, no me gustaría estar en su piel cuando le tengan frente a frente. Ana se enfundó el abrigo y se dirigió a la calle, dejando tras de sí la pena y el dolor de quien no sabe ser flexible, y escuchar.

Maria Luisa di Marinia, corrió tras ella, y se arrodilló ante ella.

-Le suplico por las compasiones del Todopoderoso que me ayude a recuperar a mi hijo, si no lo quiere hacer por mí, hágalo por él, por su

felicidad, se lo ruego, -juntó las manos como si orara al altísimo.

-No se humille ante mí, solo soy su amiga, ya se lo he dicho, si puedo les ayudaré, siempre que él lo desee, claro está. Levántese, yo no les odio, han cometido un terrible error, y lo están pagando muy caro… solo que…bueno, no sé si me será posible hacer algo. –Y diciendo esto le ayudó a ponerse en pie.

Ella corrió a refugiarse en brazos de su marido, que como una estatua de sal, se hallaba hierático en medio del gran salón, sin reaccionar. Cuando Ana salió a la calle, aspiró el aire con fruición de manera que se le antojó tan puro y delicioso, como nunca lo había sentido en sus pulmones penetrando renovador. Ramón le había consolado cuando se hundía en la depresión, y se lo debía. No iba a servir, sino, para demostrarle que era su amiga, y que estaba dispuesta a sacrificar, incluso su dignidad como era el caso, llegado el momento.

-Alfonso…hemos de hablar cuanto antes con el padre Bernardo… tenemos que…que…esto es horroroso.-Se tapó la cara con las manos avergonzada por la crueldad de que habían hecho alarde para con Ramón, cuando el trató de explicar lo sucedido en el apartamento que este poseía.

Don Alfonso, la abrazó con frialdad, más por atenderla que por lo que pudiera sentir, pues él nunca había experimentado sentimientos de aquel tipo, y a medida que se apoderaba de su mente aquel que experimentaba ahora, comprendía que el dolor, puede ser el arma más lacerante que exista si se vuelve contra uno mismo. Una marea de sensaciones nuevas, dolorosas y profundas aparecían como fantasmas que salen a la superficie con la intención manifiesta de causar el mayor daño posible. Las lágrimas salieron de manera natural de sus ojos, y la abrazó con mayor fuerza contra su pecho, sabedor como era de que Ramón, solo tenía un defecto, el rencor. Había perdido su cariño años antes cuando fue con él un padre estricto que no le concedió tregua emocional. Ahora lo había echado de si para siempre, y aunque estaba dispuesto a doblegar su orgullo, y pedirle perdón, conocía a su propia sangre. Ramón les pidió clemencia, una oportunidad de explicarse, y no se la dieron. ¿Qué podían esperar de él ahora?

-Esa pécora de Marisa Ordea, nos ha envenenado a los dos con sus intrigas y sus...sus…no sé ni cómo llamar a sus manejos. Tenemos que deshacer este malentendido, es necesario Alfonso,-le suplicó con los nervios a flor de piel.

La siguiente fase a la que siempre precede la terrible sensación de culpa que algunas personas son incapaces de procesar correctamente en sus mentes, había comenzado para Maria Luisa di Marinia, la negación. Necesitaba hallar un culpable que la eximiese de su pecado, y esa persona era Marisa Ordea, la perfecta cabeza de turco. ¿O acaso no había sido ella la que había propuesto que se reuniese con el trío de sacerdotes que lo habrían, supuestamente , de devolver al buen camino?. Ahora veía claro, era su perdición lo que buscaba, y no su redención. ¿Cómo habían podido estar tan ciegos hasta aquel momento?, tenían que localizarle y arreglarlo todo, no sería difícil eran sus padres…eso debería ser suficiente para que nada fuese a más.

En ese momento preciso, Marisa Ordea, cenaba con sus viejas amigas en el club de golf, en el que acostumbraban a criticar a quienes caían en desgracia a sus ojos. Las carcajadas de Marisa Ordea, alcanzaban un nivel que rayaba en la locura. Su intriga, de la que hacía alarde ante sus amigas, le producía una sensación de placer, casi orgásmico. El champán francés, corría en la mesa como el agua, y las tres con los dedos pringosos de marisco, se echaban hacia atrás para reír a boca llena. Ignorantes del drama que vivían los di Marinia. Ella se pavoneaba y realizaba una charada imitando lo que creía podía ser el contenido de la reunión con los tres sacerdotes, que habían decidido, acertadamente, *of course*, echar…a aquel estúpido que se había atrevido a rechazarla hacía algunos años, pocos, porque era muy joven claro…Los camareros, que ya conocían de sus reunioncitas, se marchaban lo más lejos posible de su presencia para no resultar blanco de sus risas y chanzas. Ya tenían experiencia en aquellas lides, y no deseaban que se fijasen en ellos. Les habían dejado cerca dos botellas de champán francés, que era el único que tomaban las tres sofisticadas arpías, y se dedicaban a otros clientes, con más neuronas y mejor carácter. Por la mente de Marisa Ordea, solo circulaba una idea, y esa era la de que la venganza era un plato que se sirve frío, muy, pero que muy frío. Como era el caso.

Una figura de mujer entrada en carnes, aunque bien conservada para su edad, se recortó contra el dintel de las dos hojas de cristal que se abrían automáticamente ante la presencia del cliente. Era Maria Luisa di Marinia, que llegaba elegante en su vestido de *Cristian Dior*, de alta costura, y dejando

un rastro de perfume de *Lancóme*. Se acercó a la mesa de Marisa Ordea, y le sonrió con marcado cinismo. Ella era de las que sabían mejor que nadie como hundir a alguien, eso no se lo iba a enseñar ahora una niñata como Marisina… y eso precisamente era lo que s disponía a hacer.

-Hoooola, cariño, ¿Cómo te va? Te veo espléndida. -Marisa se puso en pie y le dio dos sonoros besos a Maria Luisa, antes de sentarse de nuevo.- ¿Celebrando quizás la caída de mi hijo, zorra?-los músculos faciales de la cara de Marisa Ordea, se paralizaron como si una droga le impidiese hablar de repente-. Espero que ese champán sea del verdaderamente caro, porque te va a costar muy, muy, muy caro. Sal tengo que hablar contigo, ¿o deseas que se enteren estas estúpidas de lo que vengo a hablarte?.

La Ordea, se puso en pie como lo haría un zombie, y la siguió como un cordero camino del matadero. Ella mejor que nadie conocía el carácter terrible de la frágil Maria Luisa, que cuando quería era la peor de las brujas que se pudiera topar alma humana. "Ay dios mío, ¿que será lo que quiere esta maldita mujer?, no entiendo nada. ¿Qué ha podido salir mal? todo iba de maravilla".-Pensó para sí a modo de análisis- Sus uñas amenazaron con sacarle la sangre de las venas, de tanto hincarlas en las palmas de sus manos. Una vez en el exterior, Maria Luisa sin aviso previo, se volvió y le asesto una bofetada que casi la tira de espaldas. La Ordea, se echó a llorar y se palpó la mejilla en la que cinco dedos se habían afincado de pronto. Afeando su maquillaje.

-¿Porqué…porqué…?

-¿Que porqué, zorra, que porqué te atreves a preguntar?, nos has liado a todos para que le hiciésemos el vacío a mi hijo, que es un trozo de pan, y has cizañado a la tonta de María, que no sabe donde tiene la mano izquierda, para celebrarlo con tus anormales amigas.

-Yo no…-no acertaba a pronunciar palabra Marisa

-Todo esto es porque él te rechazó ¿verdad?,¿VERDAD?¡¡responde

zorra ,hija de Satanás!!.

-Siii…respondió con un hilo de voz que se apagaba por momentos.

-Pues como no lo encuentres antes de veinticuatro horas, te mato puta, te mato, ¿me estás oyendo?, te mato. –Se le acercó a la cara escupiendo cada palabra. Devuélveme a mi hijo, o no me hago responsable de mis actos, y ya sabes que estoy en tratamiento siquiátrico…no me pasaría nada si matase a una zorrita como eres tu…-le sugirió con los ojos inyectados en sangre.

Marisa Ordea, sin emitir un solo gemido, se puso en pie y sin despedirse de sus amigas se dirigió a su *Porsche* deportivo y encendió el motor para posteriormente salir disparada en busca de Ramón di Marinia. Maria Luisa entró en el club dueña de sí misma, y les comunicó a las dos amigas que la Ordea, había recibido un aviso urgente y se había marchado al hospital a ver a un amigo que se estaba muriendo. ¡Que pena!-interpretó su papel digno de un oscar. Con una sonrisa siniestra, se sentó en la barra, y pidió un Martini blanco con cereza roja, como a ella le gustaba. El camarero la invitó con el pretexto de que hacía muchos días que no se dejaba ver. Aunque en realidad era como agradecimiento por haberles librado esa noche de la Ordea. En su coche, Marisa Ordea, se aferraba al cuero del volante, amenazando con desencajarlo de su sitio, temblando de miedo, y sollozando y gimiendo como un animalillo herido. Sus ojos estaban fijos en la distancia, miraban pero no veían. Con la cabeza baja, y los brazos tensos como hierros, Marisa Ordea, se hallaba en estado de shock.

-Tengo que encontrarle, tengo que encontrarle, o me matará esa mujer endiablada que parece poseída por un demonio. –Se repetía una y otra vez con el terror pintado en sus ojos que chorreaban el rímel negro confiriéndole una imagen patética. Se le nublaban los ojos, y se limpiaba con el dorso de la mano, perfectamente manicurada, que ahora le servía para demostrar que era tan humana como el resto de los mortales. Salió de Oviedo, dejando la ciudad atrás empequeñeciéndose, como un mal augurio. A ciento treinta, se dejó llevar lejos de donde ella creía que el peligro le amenazaba de forma directa, para intentar tranquilizarse, y pensar donde podría hallarse Ramón. Desde luego conociendo los antecedentes de Maria Luisa di Marinia, estaba convencida de que la amenaza era seria, y no un calentón de furia desatada que se le fuera a pasar pronto, como le sucede al común de las personas.

Evocó los escasos momentos en que fue feliz, y todos ellos tenían que ver con Ramón di Marinia. Quizás por esa razón precisamente, le había profesado el odio tan cerval que le corroía las entrañas. No podía ver que María fuera feliz con "su" Ramón. El era un hombre sensible, siempre dedicado a los demás con entrega, y que sacaba una inexplicable para ella, satisfacción, de aquellas obras benéficas que efectuaban las ONGS.

Los árboles pasaban a su lado como fantasmas que la quisieran arropar en su viaje a ninguna parte. Campos verdes cubiertos de hierba fresca y llanuras inmensas que se extendían hasta donde la vista le era posible llegar, decoraban el fondo en el que se desarrollaba aquella carrera por llegar a un lugar perdido, pero, ¿a dónde?. El cuentakilómetros sumaba, y las cifras del salpicadero, rojas como la sangre, le anunciaban que la velocidad era cada vez superior, sobrepasando los límites en que era seguro viajar. Marisa Ordea no era dada a pisar el acelerador, y no controlaba el auto, que se deslizaba suave sobre el asfalto, sin quejarse. Había poco tráfico, y consciente de que era ponerse en peligro tontamente, comenzó a frenar, pero en ese instante, un ranault-5, le quiso adelantar, se le había situado demasiado cerca, y solo por un instante, el coche se descontroló escapando de las manos del conductor, chocando violentamente contra el *Porsche* de Marisa que saltó fuera de la calzada, en un giro imposible, dando tres vueltas de campana en el aire. Cuando se estrelló contra el césped del arcén, ella como una muñeca rota, colgaba boca abajo, con su melena chamuscada, Inconsciente. Poco tiempo después tres ambulancias, y dos coches patrulla de la policía hacían acto de presencia, el humo del accidente se veía desde lejos. La sangre encharcaba el asfalto, y el conductor del R-5 yacía muerto en medio de una espesa mancha de sangre que comenzaba a secarse. Marisa Ordea, fue sacada del auto que se veía destrozado, prácticamente convertido en chatarra, con sopletes que cortaron la chapa. Un policía miró en su bolso de *Louis Vouitón*, y llamó a su familia, para que se personara en el hospital cuanto antes. De nuevo la vida pagaba con dureza las acciones de quien había hecho de la crueldad su modo de vida. Causando más dolor, a quien no debería sufrirlo, su familia.

Los sentimientos de tres seres maltratados por la vida y las malas decisiones, lejos unos de otros, se lamentaban por lo trágico de haberse cruzado con una mujer como La Ordea, que les había destrozado sin piedad. Pero ella cumpliría su amenaza, estaba dispuesta a matarla si no recuperaba a su hijo. Su mente a punto de enloquecer, solo mantenía una idea viva en ella, la de recuperar a sus hijo, o eliminar a la Ordea.

CAPITULO XI

EL RENACER DE UN MUERTO

Ramón di Marinia, ahora Jean Pierre le Monéc, se disponía a visitar a su primer cliente solo, sin su asesor de empresa que le había dedicado tres días a prepararle para que pudiera vender el curso de tributación y asesoría fiscal que llevaba en el interior de su maletín metálico. Se trataba del director del banco del propósito santo, una nueva entidad bancaria portuguesa, que se acababa de instalar en Madrid. Miró a lo alto del edificio en plena plaza de Colón, y tras aspirar una bocanada de aire, subió en el ascensor a la décima planta. Un trajeado y sonriente varón de no más de treinta y cinco años, con aspecto de triunfador le recibió encantado en su despacho. Una amplia estancia que daba a la plaza de colón por donde los automóviles semejaban ser hormigas desfilando ante él.

-Bienvenido señor Le Monéc, le esperaba. Tengo treinta minutos para dedicarle, pero siéntese por favor.

-Tiene usted un despacho magnífico, pero eso de seguro ya se lo han repetido demasiadas veces. Da gusto poder trabajar con luz natural. –Le halagó mientras abría su maletín, sacando de él su tomo de demostración.

-Y dígame esto ¿es difícil de…

-Oh no, nada de eso, es un curso en el que usted tendrá en todo momento, un profesor a su disposición, sin costo alguno por supuesto, y además está prologado por el profesor Fraguas Lamana, el ex ministro de economía que colaboró en su realización, fue una exigencia suya para que se pudiera usar su nombre en este curso. Es toda una garantía.

-Desde luego lo es, no cabe duda, -le respondió satisfecho de la presentación José Zaldibia, el joven director del banco.- Necesito saber algo, tener unas nociones lo más profundas posibles sobre este campo que desconozco por completo. Vi su anuncio cupón en el periódico, y lo recorté y envié tras asesorarme de que casa era la que lo promocionaba.

A Jean Pierre, no le pasó por alto el comentario, aquel hombre, no por joven era necesariamente inexperto, demostraba de entrada, que se preocupaba por los detalles importantes. Durante la siguiente media hora, le convenció de que era el mejor del mercado, y que de acceder a adquirirlo, la palabra comprar, estaba terminantemente prohibida, sería su tabla de salvación. El director, le firmó el contrato, y algo en el cuerpo de Jean Pierre, se hinchó de orgullo. Había comenzado su nueva vida con éxito, y eso le daba esperanzas de poder abrirse paso en aquel mundillo tan extraño para el hasta entonces. En la calle, la luz solar que se derramaba sobre Madrid le calentó los huesos, y ajeno a todo lo que ocurriera en su lejana tierra, sonrió feliz.

Marisa Ordea, en su silla de ruedas paralítica de por vida, paseaba por el jardín de su casa acompañada por su madre, que lloraba en silencio, cuando creía que nadie la observaba. Ya llevaba cinco años en aquel estado de resignación que la mantenía como un vegetal sin que nada llamase su atención. Había recuperado la movilidad de cintura para arriba, pero sus piernas se resistían a volver a ser las de antes. Su conciencia le torturaba, y no había querido ver a nadie en tres años. Maria Luisa di Marinia, fue a visitarla, a petición de su madre, y vestida de riguroso negro como si hubiera perdido a su hijo en la muerte, se acercó a ellas. En ese instante, cuando Marisa la vio, todo su cuerpo se puso a temblar aterrorizada, con convulsiones, y los ojos desorbitados. Tan solo con oír su voz, se descompuso en llanto y su voz se agudizó como la de un reo condenado a muerte. Su madre hubo de pedirle a Maria Luisa di Marinia, que se retirase, con todas las disculpas de que su educación le proporcionaba. Se deshizo en excusas, al no comprender lo que sucedía allí.

-No lo entiendo, "Mari", -le llamó cariñosamente-ella te adora, eres un referente para ella, creí que le haría bien verte, que le ayudaría a levantar el ánimo. –lloró con desconsuelo-perdónala, está enferma, dudo hasta de que sepa quién eres en realidad…

Marisa Ordea se calmó solo cuando vio que Maria Luisa di Marinia se alejaba tanto que ya no se la distinguía. Esta sonreía feliz por el castigo infligido a quien consideraba la causante de su terrible desgracia, la pérdida de su único hijo.

La situación de Ramón di Marinia, fue mejorando rápidamente, hasta que pudo incluso elegir un piso donde vivir en una de las mejores zonas de Madrid. Ganaba cuanto quería, trabajaba doce días al mes, y su cuenta rebosaba como nunca antes. Ahora era dueño de su destino, y gobernaba su vida sin estorbos. Su traje de Armani, hablaba a las claras de su actual poder adquisitivo, por no hablar de los caros gemelos de oro, o su corbata de Valentino. Los zapatos italianos le habían costado una fortuna, y su coche, un

Alfa Romeo, le producía esa sensación de poder y de satisfacción que tanto lo reconfortaba. Pensó en cuantas miserias y penalidades pasaron Cheta y él en Barcelona, cuando apenas tenían para comer. Rememoró aquellos tiempos. El dinero se terminó al mes de llegar a Barcelona, y se puso a buscar trabajo. Entonces se dio cuenta de que eran pocas las cosas que sabía hacer. Estaba acostumbrado a que el dinero paterno le solucionase cualquier problema a golpe de talonario, y ahora era un completo inútil, en aquella sociedad competitiva que era el mercado laboral. Compró un periódico y marcó en rojo los anuncios que consideró que podía realizar sin demasiadas dificultades. Pronto se convenció de que era más difícil durar un par de días en el trabajo, de lo que él creía.

Dos meses después el casero le había echado de su sucio y reducido apartamento en los suburbios de la ciudad, y su ropa aparecía gastada y rota. La vida en la calle, le había degradado prematuramente, y se veía con la imagen de un indigente. Era un indigente. Se preocupó de conseguir una esquina donde pedir caridad de los viandantes, que echaban en el mejor de los casos, unos céntimos de euro, y apenas le daban para comer. Aprendió a acudir a comedores en los que dos veces al día les daban de comer caliente, y podía ducharse en los servicios públicos dos veces por mes. Su ánimo y su autoestima bajaron varios enteros, pero su odio, creció proporcionalmente a éste. Recordó cada día el rostro pétreo de su padre al expulsarle de casa, a su madre volviéndole la espalda, y lloró las primeras veces, hasta que se le acabaron las lágrimas, y dejó de pensar en ellos. Les fue olvidando paulatinamente. Pasando el tiempo, se fue embruteciendo como quien necesita defenderse de otro depredador, y su faz se oscureció como la de un animal.

Aquel día llovía en Barcelona como hacía tiempo que no lo hacía, y a Ramón le había echado otro indigente nuevo de su esquina, tras herirle en un costado con una navaja. Sangraba por la herida, y chorreaba agua desde la cabeza a los pies. Se metió tiritando de frío en unos servicios públicos, y se quitó la camisa que apenas eran unos jirones de tela rota y sucia. Su barba, larga y desaliñada, le daba un aspecto desagradable. Se lavó como pudo, y casi se desmaya frente al lavabo. Se miró en el espejo y no se reconoció. Fue entonces cuando un grito de mujer le alarmó. Acababa de entrar en los servicios una mujer, y su grito le paralizó. No sabía a qué se debía, si a su aspecto, o a que pensaba que podría atacarle. Pocas fuerzas tenía en ese momento para nada él.

-¡Pero bueno!…-le dijo a modo de reproche la mujer-¿no ve que este

es un baño para señoras?, es usted un degenerado.

-Ramón se la quedó mirando temblando de frío y miedo, y sabiendo que se desmayaría en cualquier momento. Componía una patética imagen de mendigo a punto de caducar.

-¿Qué...?, ¿no se va a marchar?, ¿o es que le da morbo visitar los lavabos de las señoras?. No me mire así, me da miedo. Váyase por favor váyase.

Ramón se quedó en pie, intentando sostenerse y con los brazos caídos, temblando como una hoja otoñal, se encogió de hombros en un gesto que era a la vez una convulsión. Trastabilleó y se apoyó en el borde del lavabo.

-¿Está bien?, ¿qué le pasa?-se acercó temerosa a Ramón la mujer. Que vio como la sangre salía a borbotones del costado del mendigo-. Venga quítese la ropa está herido y se le puede infectar.

Ramón como un autómata, se desnudó y se quedó como Dios le había traído al mundo, ante los ojos de la mujer que le echaba agua en la herida, mientras hacía tiras de su camisa para convertirlas en vendas. Le apretó todo lo que pudo para frenar la hemorragia y le echó por encima su abrigo de falsa piel. Ramón sintió en su carne aquella compasión que nadie hasta entonces había tenido para con él. La mujer le llevó hasta su destartalado coche, y lo acomodó en la parte trasera, pidiéndole que se echase, y tratase de dormir algo. Se acopló al asiento delantero y con las manos temblorosas, pulsó las teclas de su móvil para llamar a un amigo que se encargaba de sus problemas sanitarios cuando se hacía imprescindible en su profesión no ser identificada por la policía.

-Tengo a un amigo en… en problemas. Necesito de tus servicios…

-……

-No, no es necesario que sepas más, es mejor así…

-…….

De acuerdo sanguijuela, te pagaré lo que pides, pero ven pronto a mi casa.

Cerró la comunicación y pronunció varios insultos. Este maldito matasanos se cree que porque somos gente de escasos recursos no sabemos liar la o con un canuto…hijo de puta…

Condujo hasta un barrio cercano a las ramblas, donde los casinos ilegales, las pensiones de mala muerte y las prostitutas como ella, reinaban en la noche barcelonesa. Una puerta desvencijada, en un apretado edificio que se alzaba en medio de una barriada sucia y oscura, marcaba el lugar en que habitaba Cheta Chesten. Ramón se había dormido profundamente, y Cheta rogaba a Dios que no estuviese muerto. Le sacó con gran esfuerzo de la parte trasera del coche, y pasándose su brazo izquierdo por sus hombros le llevó adentro. Lo depositó en una cama limpia, cubierta por una colcha tejida a mano, que apartó de un golpe. El cuerpo desmadejado de Ramón quedó al descubierto al abrirse el abrigo de Cheta, y ella se deleitó con aquella visión de un cuerpo varonil definido, que a pesar de su delgadez extrema, aun conservaba todo su atractivo. Lo cubrió con una manta, y esperó nerviosa a que llegara el "medico". Barcelona era una ciudad enorme, y no le sería fácil llegar hasta allí en plena noche. Extrajo un cigarrillo de su pitillera desconchada, y aspiró el humo con fruición, para calmar sus nervios. Estaba loca pensó, era un completo extraño, y allí estaba, en su cama, tendido como si fuera su amante. ¡Que más querría ella!, se recriminó. Era un hombre hermoso, de bella figura, y por lo que se adivinaba musculoso. De gimnasio, eso seguro.

Un chirrido de neumáticos le sacó de sus pensamientos a Cheta. El médico llegaba al fin. Llamó con sendos golpes secos en la destartalada puerta, y penetró en la casa, subiendo las escaleras hasta el primer piso. Las tablas crujieron a su paso amenazando quebrarse bajo el peso de sus pies.

-Ya era hora, estoy histérica…-se quejó Cheta.

-Bueno, bueno, que no corra la sangre…-sonrió el doctor-ya estoy aquí. ¿Qué le pasa a tu amigo, tiene sobredosis?.

No es mi amigo, lo he recogido en la calle, y no creo que se trate de drogas, tiene un navajazo en el costado, mírelo-señaló las tiras sucias que hacían las veces de vendas.

-Lo primero es limpiar esta fea herida, veamos que se oculta aquí debajo…-los ojos diestros del médico que efectuaba servicios a precios astronómicos para los marginados del área, vieron como la sangre se comenzaba a coagular en torno a la herida, y había dejado de sangrar-. Si no lo hubieses vendado a tiempo, este hombre hubiera muerto desangrado. Ha tenido suerte de encontrarte, de lo contrario…-dejó en el aire la frase-Dame vendas limpias, y agua caliente. Y una esponja para lavar la herida. ¡Ah! Y pon agua a hervir. Durante la siguiente media hora Ramón fue atendido por el doctor, sobre la cama de Cheta, a modo de improvisada camilla, y una vez terminada la limpieza y vendado de la herida, a la que hubo que dar cinco puntos de sutura, le cubrieron con sábanas limpias y lo dejaron descansar.

-Bien esto está listo…-le tendió la mano para solicitar sus honorarios.

-Cheta sacó de su escote dos billetes de cien euros y se los entregó. El médico le dedicó una sonrisa, y salió de la casa, sin hacer preguntas.

Se sentó al lado del desdichado Ramón y se hizo mil preguntas mientras sus ojos se entrecerraban a causa de la tensión sufrida. Su cabeza cayó sobre el pecho de Ramón, y se quedó profundamente dormida. Las horas transcurrieron despacio, y el reloj marcó con su tic tac cada segundo, consumiendo la noche. Los desconchones de las paredes aparecieron con su atrevida presencia, y la luz diurna de un día de sol espléndido, se filtró por el amplio ventanal infiriendo en la cara de Ramón. Se despertó con el dolor

marcando su territorio en el costado herido, y recordó su encuentro con aquella mujer que apenas acertaba a entrever en sueños, que lo llevaba en volandas subiendo escaleras que…debían de conducir hasta el lugar donde se hallaba. El peso de la cabeza de Cheta, y su pelo revuelto, le sorprendieron al ver que descansaba sobre su pecho. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no tenía cerca a una mujer, y que nadie se preocupaba de él. Se escurrió como pudo dejando a Cheta toda la cama, y buscó el baño. Allí se desvendó la herida, y comprobó que alguien le había curado con manos expertas. Le dolía un poco, pero parecía estar controlada. Se miró al espejo, y vio un rostro demacrado y barbudo con marcadas ojeras. Sobre el lavabo descansaba una maquinilla de afeitar con la cuchilla usada, supuso que de afeitarse las piernas ella, y pensó en rasurarse la barba. Deseaba ver de nuevo a quien se ocultaba debajo de ella. Se fue recortando el pelo con unas tijeras, y después se afeitó despacio, como realizando un ritual. Poco quedaba de aquel joven de buena familia, que tenía todo cuanto deseaba. Su aspecto desaliñado y esquelético, le mostraba a un hombre venido a menos que no poseía nada en el mundo. Se pasó la mano por la mejilla hundida, y vio en sus propios ojos la desesperación y el miedo. La incertidumbre le abrumaba, y el llanto ya no aparecía cuando el sufrimiento le arañaba con sus afiladas uñas.

-Aun no estás bien del todo, el médico dijo que necesitabas reposo durante unos días…-sonó una voz a sus espaldas-debes acostarte.

Ramón se volvió con una expresión de estupor en su cara, y le preguntó:

-¿Porqué me has ayudado? No tengo con que pagarte lo que haces por mi…solo soy un indigente, que hubiera muerto desangrado de no ser por tu ayuda.

-Yo solo vi a una persona que necesitaba ayuda, y…bueno te traje aquí a mi casa. No es ninguna maravilla, pero…es cuanto tengo.

Los ojos de los dos se encontraron, y el agradecimiento del animal apaleado apareció pintado en la faz de Ramón, que se sentía a salvo por primera vez en mucho tiempo. Cheta preparó unos cafés y algunos bollos, y le refirió lo acontecido el día anterior, con todo lujo de detalles. Le miró y vio en

su cara el reflejo del sufrimiento, del abandono, y de la dicha de hallar un ser humano con el que hablar después de tanto tiempo.

-Yo vivo aquí desde que me fui de casa de mis padres, ellos no comprendieron nunca mi problema, y tuve que irme. Nací en un cuerpo de hombre, que he ido transformando en lo que debió ser en un principio. Me gano la vida como prostituta, en una zona cercana, y cuando regreso a casa, duermo hasta entrada la mañana. Yo también necesito alguien con quien hablar, con el que compartir mis cosas. Tu estabas allí desvalido, herido de muerte, y yo tenía en mi mano la posibilidad de ayudarte, y tener así a un hombre en mi casa unos días. Alguien que estuviese esperándome cuando regresara asqueada de este maldito trabajo que me consume día a día. No espero nada de ti, solo compañía hasta que te cures y te vayas…-bajó la cabeza avergonzada.

-Gracias por tu generosa ayuda pero aun no sé cómo te llamas. –Le acarició la barbilla con los dedos.

-Me llaman Cheta Chesten, -le miró sonriendo.

-Me iré en cuanto esté bien, dime qué puedo hacer por ti, y te ayudaré gustoso. La visita de ese médico debe haberte costado mucho dinero. Te lo devolveré todo te lo prometo.

-Era solo dinero y yo tampoco sé cómo te llamas tu. –Le dijo entre risitas.

-Ramón, me llamo Ramón di…bueno con Ramón es suficiente.

-Pues Ramón, olvídate del dinero y de todo lo demás, descansa, y vete cuando te apetezca. Eres libre de cualquier compromiso que creyeses tener conmigo. Y bébete ese café o se te quedará helado.

Los siguientes días transcurrieron distintos, y entre los dos personajes unidos por el azar, surgió una relación de amistad que no se rompería ni tan siquiera con la misma muerte. Ramón comenzó a trabajar en un almacén en el que un conocido de Cheta, ocupaba el cargo de encargado. Descargar cajas de ordenadores, televisiones, y todo tipo de aparatos, que más tarde se venderían en la tienda que poseía su dueño en el centro de Barcelona, no resultó tan degradante como vivir en la calle. Se propuso ayudar a Cheta para que abandonase su "trabajo" en la calle, tan peligroso por otra parte. Compró unos botes de pintura, y recubrió las tristes paredes del apartamento de color, saneándolo. Unas baldas baratas, lograron ordenar los libros que yacían por el suelo, y la cocina comenzó a funcionar de nuevo. El regreso a casa después de cada noche de trabajo se convirtió en lo más parecido al regreso a un hogar para Cheta. Las risas llenaron el aire antes gélido del reducido espacio que habitaban, y todo se dulcificó.

-Cuando te vayas todo volverá a ser como antes, y mi vida será de nuevo triste y vacía.,-se lamentó Cheta, que veía como Ramón ya recuperado, reía y bromeaba. Su aspecto había cambiado drásticamente. Su cara aparecía con los pómulos llenos, y sus ojeras desaparecieron a los pocos días de estar en casa con ella. Su cuerpo volvió a ser el de antes, definido, delgado, flexible, de movimientos agraciados y varoniles. No creía que permaneciese mucho más tiempo con ella, nada le retenía allí, y era seguro que encontraría un trabajo mejor, y que se marcharía de con ella.

-No tengo a donde ir Cheta, estoy solo en el mundo…lo perdí todo cuando me echaron mis padres de casa. Yo era un niño bien, que no sabía por experiencia propia lo que cuesta ganarse la vida.

Cheta, que no le había preguntado nada desde que llegara a su casa, escuchó como solo sabe hacerlo una persona que ha sufrido los horrores del averno en su propia piel. Ramón había necesitado todo aquel tiempo para abrirse a ella, y ella había respetado su silencio. Le refirió con detalle todo lo que había tenido lugar en Oviedo, y como su vida se había ido al garete, en cuestión de días. El dinero se le acabó y le robaron lo poco que había conseguido mendigando en las calles. Un día otro indigente le apuñaló para robarle su Abrigo, y entonces…apareció como un ángel Cheta. Ella lloró por su dolor, y le pasó con ternura la mano elevando su barbilla, para mirarle al os ojos con todo el amor que era capaz de transmitirle.

-No te preocupes, si ellos no te creyeron yo si te creo. Eres demasiado noble para que no sea cierto lo que dices. Además ¿quién sería yo para juzgarte?, solo una vulgar prostituta, que se gana la vida haciendo lo único que sabe.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Ramón, permitiéndole desahogarse, algo que necesitaba desde hacía tiempo. No había referido su drama a nadie, desde que saliera de Oviedo, y se lo había tragado él solo, de manera que le corroía las entrañas. La miró con ojos húmedos y agradecidos, y se juró a sí mismo que la sacaría de la prostitución costase lo que costase. Cheta le acarició y la suavidad de sus manos excitó la libido de Ramón, que le respondió tomando su cabeza entre sus manos grandes, para besarla en los labios. Echados sobre la cama de ella, recorrieron juntos el camino que lleva al éxtasis sin parase a pensar en que o quienes eran. No se amaban, pero se deseaban, quizás por el hecho de ser almas gemelas que se comprendían la una a la otra, creando una hermosa simbiosis. Después de aquella tarde no volvieron a acostarse, pero algo nació entre ellos que les llevó a tener una especial complicidad. Cheta se metía en líos de vez en cuando, pero nada serio. Nada que hiciese presagiar el drama que se avecinaba.

CAPITULO XII

JEAN PIERRE LE MONEC

La decoración de su apartamento, nada tenía que ver con la del que habitó en Oviedo, resultaba minimalista, y fría, carente de cualquier adorno que fuera superfluo. Semejaba un lugar que fuese a ser abandonado en poco tiempo, y es que Ramón di Marinia, ahora Jean Pierre le Monec, no deseaba echar raíces en lugar alguno. Su vida era ahora algo que no tenía un propósito definido, que simplemente, se desarrollaba en una ciudad nueva, con un nombre nuevo, y un trabajo nuevo, que nada le aportaban. Echado en su sofá frente a una copa de Gran Duque de Alba, cuyo contenido removía con suavidad en el interior de la gran copa de cristal tallado, meditaba en qué hacer con aquella vida que daba comienzo, sin nadie que velara por él, que lo quisiera , ni se preocupara por su persona. El fuerte aroma del brandy, ascendía al aire extendiéndose como un perfume que llenaba toda la estancia. Le hubiera gustado más que nada en el mundo, poder pagar a Cheta sus desvelos, su amor para con él, y darle la vida que él creía que merecía. El dolor de la espina que tenía clavada en lo más hondo de su ser, le laceraba el alma, cada vez que la recordaba. Ella le sacó de la basura, y le aupó a una posición de dignidad que le habían arrebatado hacía tanto tiempo. Todo aquello, lejos de debilitarle, le había hecho ser más fuerte, más profundo en su manera de enfocar la vida, y ahora comprendía cosas que de otra forma nunca hubiera entendido. El sol penetraba por el ventanal iluminando la pieza, y calentando su piel que permanecía fría casi siempre.

Se acordó de SIGMO, la ONG, con la que colaboraba, era hora de retomar la participación en cuestiones más altruistas. Era la mejor manera de superar el dolor que le carcomía las entrañas. Disponía nuevamente de fondos con los que aportar a la ONG, pero una idea comenzaba a darle vueltas en la cabeza, y se acordó de lo que le dijera el agente literario en el autobús, cuando venía a Madrid. Escribir una historia.

-Y ¿porque no puede ser divertido a la vez que rentable…

Del escritorio sacó un taco de folios en blanco, y le puso como título una frase que se le grabó en el cerebro hacía muchos años. “Las siete muertes de un hombre”. Era lo que le decía un maestro que tuvo, que un hombre de verdad, tiene que morir siete veces antes de desaparecer. Así que lo subrayó y comenzó a plasmar su idea en el papel.

Como el caudal de un rio la historia fue fluyendo de la tinta del bolígrafo de Jean Pierre le Monéc. Era el único recuerdo que se había permitido, un roler de plata de la marca *Cross* que le regalase su padre en su quinceavo cumpleaños. Así nunca se olvidaría del desprecio que sufrió de su persona años atrás. Le dio nombre y a cada personaje, y le dotó de una historia propia, con recuerdos que se fueron aposentando en la mente recién nacida del protagonista, concediéndole personalidad propia. Con el mando a distancia, pulsó un botón y la música de *Haëndel,* sonó vibrando como palabras que se deslizasen hasta él, desafiándole a completar la vida de quienes desde aquel momento serían sus inseparables compañeros de viaje. En su viaje a las profundidades del mundo en que viven los marginados, se zambulló en el fango que crea el dolor de ser atacado por quien debería protegerte de él. Visualizó a un niño que lloraba desconsolado por el maltrato sufrido de su hermanastro que lo apalizaba, y aterrorizaba cada día sin que nadie le pudiera socorre. Pensó en qué sentiría dentro de sí aquel muchacho cuando creciera, si se vengaría d alguna forma, o si decidiría olvidar. Optó por la primera, y continuó con el relato de su triste experiencia, la del niño, que cobró vida y fue matizándola con rasgos que le confirieron realismo dramático.

Día tras día las páginas del libro, fueron engrosando el taco de lo escrito y al lado del ordenador portátil, perfectamente cuadradas, en una carpeta, de cuero rojo, se convirtieron en el tesoro más preciado de Jean Pierre le Monéc, que veía como su personalidad ficticia iba engullendo a la antigua y real dando paso a otro ser no tan diferente como él creyó en u principio. Jugueteó con la tarjeta del agente literario, y pensó si no se reiría de él cuando leyese su historia, por lo que decidió llamarle antes de enviársela. Marcó el número en su teléfono móvil, y esperó a que se pusiera del otro lado el agente.

-¿Señor Joan Miralles?, si, soy Jean Pierre le Monéc…nos conocimos en el autobús camino de Madrid desde Barceloana…bueno usted me conoció como Ramón di Marinia…

-……..

-Hace algún tiempo ya si…

-……

-¿Podemos vernos en algún sitio?

-……

-Si allí estará bien, a las siete en punto, gracias.

Jean Pierre, cerró la comunicación satisfecho, y sonrió por primera vez desde que llegara a Madrid, algo se movía dentro de él, y la vida parecía que remontaba el bache doloroso que le destruyera. Un proyecto nacía de su mente, cobrando proporciones que desbordarían sus previsiones en poco tiempo. Madrid con su polución y sus escasos espacios verdes, como toda ciudad europea, ofrecía sin embargo a Jean Pierre, la posibilidad de alzarse de las cenizas de su cólera amarga, para sobrevolar desde un punto de vista más

relajado la situación de quienes se hallaban en peor posición que él mismo. En el museo del Prado, frente a la puerta de Velázquez, Jean Pierre le Monéc, vestido elegantemente con traje de Armani negro, y abrigo de cuero, sobre sus hombros, esperó pacientemente, la llegada de su agente, que aun no lo era de hecho, para proponerle un negocio que estaba seguro sería rentable para ambos. Los minutos transcurrieron de prisa, y Joan Miralles, apareció a las siete en punto, sonriente, y con traje marrón, sombrero a juego, y un paraguas del mismo color en su mano. Un maletín colgaba de su mano derecha.

-Cuanto me alegra saber de usted, señor Le Monéc, he pensado en usted a menudo, créame, y aquí está mejor que nunca…-le saludó entusiastamente.

-Pues sí, amigo mío, las cosas han variado mucho desde la última vez que nos vimos, en aquel autobús con destino a esta maravillosa ciudad de Madrid. Como ve…-abrió su abrigo exhibiéndose,-ahora disfruto de una posición cómoda económicamente hablando.

-Entonces no es esa la razón que le ha inducido a llamarme…-se sorprendió el agente literario.

-No, no es esa precisamente, es algo más altruista que el vil metal en sí.

Joan Miralles cada vez más fuera de juego en aquella conversación, cuyo objetivo escapaba a su comprensión, escuchaba atento a su recién conocido amigo, que como por arte de magia se transformaba en cliente. Se acercaron a una cafetería que abría sus puertas al público aquel día y se sentaron junto a la ventana.

-He decidido escribir una historia que creo será del interés del gran público, y contribuirá a concienciarles de la necesidad de aportar algo a quienes tienen menos…

-No se esfuerce si ese es su por otra parte loable deseo, el público no es solidario con causas que aunque crudas, no le afectan a causa de la cantidad de horrores que está acostumbrado a ver en la televisión. –Le cortó su discurso. –Se removió inquieto en su silla.

-No, no me ha entendido, este libro no es el típico ladrillo, solo le pido que escuche mi sinopsis, y luego si no le place lo rechace. –le miró expectante.

-De acuerdo, en honor a nuestro encuentro tiempo ha, oiré lo que tenga que decirme, pero no le prometo nada. –gesticuló resignado a escuchar algo que de antemano ya consideraba empalagoso y carente de interés.

-Bien entonces escuche: se trata de un muchacho que nace en una familia desestructurada, con su madre abandonada por el padre del niño que está a punto de nacer, y con un hijo de un matrimonio anterior que maltratará a este recién nacido hasta que el azar logre separarles, y el jovencito pueda sobrevivir, en este mundo ajeno a sus intereses. De este drama nacerá un genio, que resultará imprescindible para otros muchos a los que…

Durante veinte minutos y tres cafés, le destripó el argumento, con tal énfasis en las escenas más escabrosas, que el agente comenzó a llorar, sin darse cuenta. La narración de Jean Pierre, fue tomando cuerpo, hasta que llegados a un punto, el le pidió que parase. Le había convencido, si él lloraba con el argumento, el público derramaría su alma misma, al leerlo.

-Tendrá que pensar en un título que atraiga al gran público, que suene bien, sea corto, y sobre todo que hable del contenido del libro sin revelar nada importante, que tan solo de una pista de ,lo que el lector va a encontrar en el interior. –Se entusiasmó Joan Miralles, sin darse apenas cuenta.

-Ya tengo ese título, será “Las siete muertas de un hombre”. ¿Qué le parece?.

-Un poco…no se…quizás algo menos fuerte, más…no se…-trató de darle una alternativa sin hallarla.

Entonces Jean Pierre, le soltó una frase que a partir de entonces, se pronunciaría millones de veces en los medios de comunicación.:"Flores de Invierno".

-¿Cómo ha dicho? Repita ese título por favor…

-"Flores de Invierno"-pronunció con voz segura, casi tenebrosa, Jean Pierre.

-Sí, ese, ese será el título…"Flores de Invierno", repitió en voz alta, como si conjurase a la suerte.

Los dos hombres sonrientes y satisfechos de haber encontrado un punto en común, celebraron el futuro éxito de aquella novela que arrancaría el dolor y el llanto de tantos cerebros torturados por despiadados seres nacidos para causar el sufrimiento de los demás. Se gestaba el grito de un niño en el corazón de Madrid. Solo una cosa entristecía a Jean Pierre le Monéc, y esa era la ausencia de Cheta Chesten que no vería el resurgir de un hombre que ella cuidó y gracias a la cual, ahora podría gritar poniendo su voz en las gargantas que permanecían calladas a causa de la mordaza del miedo. Recordó una vez a solas, como terminó la vida de la generosa señora de la noche. Las cosas marchaban bien, todo lo bien que pueden ir en un barrio donde las drogas, las prostitutas apaleadas, y los chulos que las controlan, pululan todo en derredor. Ambos habían hallado un asidero emocional al que aferrarse cuando todo parecía hundirse, y les mantenía a flote.

Aquella tarde, Ramón di Marinia, agotado por el esfuerzo de descargar diez camiones de material electrónico, para el almacén donde trabajaba, regresaba a casa. Podía visualizar cada detalle de aquel maldito atardecer, cada brizna de olor, cada sombra que se deslizaba por las paredes como un mal augurio. Caminaba por la acera estrecha en la que un yonqui, se pinchaba heroína, y dos regordetas prostitutas, demasiado viejas para ejercer

la profesión trataban de embaucar al conductor de un coche, cuando vio un numeroso grupo de gente arracimada en torno a no se veía qué o quién. Se acercó y se abrió paso a través del gentío como pudo, con un mal presentimiento embargándole el alma. La escena que se le presentó ante los ojos, lo paralizó como por ensalmo. Era Cheta Chesten, su amiga la que yacía en un charco de sangre, con los brazos en una posición imposible, y su cara de ángel mirando al cielo, como si pidiese entrar en el por derecho propio. Se acercó a codazos hasta su cuerpo, y le tomó el pulso, pero no lo encontró, agitó su cara le dio unas suaves bofetadas, y la estrechó contra su pecho, dejando escapar un grito mezcla de dolor intenso, angustia y lamento, todo en uno. Ya en el almacén había sentido como si un cuchillo frío se le clavase por dentro, y supo que alguien muy querido había sido asesinado. Nunca había sentido eso dentro de sí, y nunca lo volvió a sentir, él que no creía en esas cosas.

-No, mi niña, no, no puedes irte así tú te mereces otra cosa, no, no, regresa conmigo mi niña…-musitaba componiendo una patética imagen, que la muerte pintaba de rojo embadurnándoles a ambos con la sangre de ella. ¡¡¡NOOOOOO!!!.

El último grito de Ramón daba muerte a su propia vida como Ramón di Marinia, pero él aun no era consciente de aquello. Así con ella pegada a su pecho permaneció hasta que llegó la inútil ambulancia que la trasladó al hospital, ya cadáver. Allí le dijeron que le habían clavado un cuchillo de cocina, probablemente, por detrás, a traición. Murió en el acto. Ramón que solo sabía llorar desconsolado, escuchaba como por entre una cortina de sonidos lejanos, la explicación del doctor que trataba en vano de acallar algo su dolor. Al volver a casa, la sangre de Cheta Chesten aun tintaba los adoquines de la calzada, y le echó unos baldes de agua, con el dolor lacerándole las entrañas, para que nadie osara pisar la esencia de su única alma amiga. Recogió sus cosas y algunos recuerdos de ella, y los metió en una maleta, que contenía todas sus pertenencias. Allí acababa una etapa de paz que apenas sí habían podido conocer ambos tras encontrarse en los lavabos de señoras en los que ramón hubiera dejado la vida de no intervenir Cheta. Se llevó sus fotos de infancia donde un niño de grandes ojos marrones, reía abiertamente, y corría por un campo verde que no tenía límites visibles. En otra cinco “amigas” posaban en un pub, bromeando con gestos divertidos, que en nada hacían presagiar el final terrible que habría de sufrir en un futuro. En el interior de Ramón quedó grabado de modo indeleble, el sentimiento de amistad y cariño que Cheta le supo enseñar a desplegar con quien era menos afortunado que ellos. Aquella experiencia le marcó de por vida, y le ayudó a

madurar, a no juzgar a no condenar a quien no se comprende, a no ejecutar a quien es diferente del resto, y sobre todo a compartir el mundo con ellos.

-¡Eh!, creo que se ha ido muy lejos de aquí amigo mío…-le espetó Joan Miralles que hacía tiempo que hablaba consigo mismo, dado que Jean Pierre le Monéc, evocaba concentrado en sí mismo un pasado no tan lejano como él deseara.

-¡Oh, lo siento! Me había ido, por un momento me vino a la mente… no importa ahora lo realmente importante es nuestro acuerdo. –le miró con la cara de un niño entusiasmado.

-Le enviaré el contrato privado que deberá firmarme y le tendré informado de cuantas novedades ocurran. Le aseguro que no pasará de esta primavera el vea su novela en las librerías. –Le extendió la mano.

Jean Pierre, se la estrechó sonriente, y bebió un poco del café que ya frío descansaba olvidado en la taza sobre la mesa. La conversación dio un giro inesperado, y Joan, le relató cómo había acabado en aquella profesión que le reportaba tan gratos momentos, y como había conocido a estupendos escritores que ahora eran además amigos. El resto de las dos horas que pasaron juntos, fueron distendidas, y fue estrechando lazos entre ellos. La tristeza abandonó a Jean Pierre, y solo le dejó pensar en lo que se le avecinaba.

Maria Luisa di Marinia, compraba compulsivamente en los grandes almacenes, intentando acallar su conciencia, gravemente dañada por su rigidez que le había producido la mayor de las heridas, la pérdida de su único hijo, para quedarse a solas con su marido, un hombre demasiado ocupado como para escuchar sus ya de por sí reiteradas quejas. Aquel día enfrente del stand de ropa de su marca preferida, otra mujer miraba un vestido rojo

escarlata, con atención. Era Ana, la mejor amiga de su hijo. Su rostro se iluminó con la esperanza reflejada en él. Aquella mujer podía decirle donde estaba su hijo, y solo ella, tenía en sus manos la llave que le permitiría restaurar su felicidad. Se acercó a ella, con disimulo, y le habló sin levantar la cabeza.

-Vaya coincidencia señorita Ana. No sabe cuanto me alegra verla.

Ana le miró con sorpresa y recelo a un tiempo, y le respondió con prudencia.

-Me alegra que se encuentre bien señora di Marinia. ¿Cuál es la razón para que sienta esa alegría de verme?.

-Verá señorita…yo…no sé como decírselo.

-Sea franca señora, no se ande con rodeos. Será todo más fácil si me dice que desea de mí.

-¿Sabe dónde está mi hijo?. Si es así le suplico que me lo diga…no puedo vivir con esta incertidumbre, se lo pido de rodillas…-hizo ademán de arrodillarse, que Ana gentilmente evitó ayudándola a seguir de pie.

-Yo no sé donde está su hijo señora, de verdad. De saberlo se lo diría, pero no lo sé. El se pondrá tarde o temprano en contacto con ustedes. –le quiso consolar al ver su desesperación de madre profundamente arrepentida.

-Si yo pudiera volver el tiempo atrás…pero ya no puedo hacer nada, y es eso precisamente lo que me desespera, y me deprime señorita Ana. También a usted le tratamos de manera muy injusta y le pido disculpas por ello en mi nombre y en el de mi esposo.

-No es necesario, se que están arrepentidos de lo que hicieron. Todos cometemos errores, y se debe perdonar a quien se da cuenta de los suyos. Al menos así es como pienso yo.

Los ojos de Maria Luisa di Marinia, se humedecieron, y abrazó a Ana con toda la emotividad de que era capaz de desplegar. Lo hizo pensando que de alguna manera al abrazarle a ella, lo hacía también con su hijo.

-Me tengo que ir, lo siento, si sé algo le llamaré descuide. –Le dijo acariciando su mejilla, por la que resbalaban sendas lágrimas, tan sinceras como las que nunca había derramado.

Ana se perdió entre la multitud de compradores de los grandes almacenes, y ella se quedó con sus manos tapando su cara descompuesta, y la ropa abandonada en el stand, olvidada. Le habían enseñado que la disciplina era el mejor modo de dominar a un hijo, que si no, el se alzaría contra ella que…luego creyó que lo mejor sería darle cuanto deseara…sin límite alguno…pero no supo darle lo que anhelaba más que el dinero…la confianza, el apoyo que necesitó cuando conspiraron contra el, para derribarlo y destruirlo para siempre. Ahora Marisa Ordea, estaba en una silla de ruedas de por vida, y ella y su esposo, que se enceraba en el trabajo como tabla de salvación, carcomidos por la mala conciencia, lloraban lo perdido. Un hijo que nunca volverían a ver. Ana se fue pensando en Ramón y en donde estaría ahora, que estaría haciendo con su nueva vida…se prometió buscarlo y decirle lo que su madre desesperada, le había rogado. ¿Pero por donde empezar?...repasó cada lugar común cada sitio…hasta que una luz se iluminó en su mente. SIGMO,-dijo en voz alta, claro ¿Cómo no se le ocurrió antes?. Ramón jamás de los jamases dejaría abandonada la ONG ni a “sus niños”, si tenía una economía saneada, se habría puesto en contacto con ellos, eso seguro. En casa, marcó el número de SIGMO, y preguntó a una operadora de voz estandarizada, por Ramón. No le quiso dar la información que precisaba, pero dejó que se le escapasen algunos datos que le pusieron sobre la pista de Ramón di Marinia. Se puso en contacto con algunos amigos comunes, y tras consumir todos sus números, se desmoralizó. Nunca conseguiría dar con él si no lo deseaba el propio Ramón. Pero el azar que es caprichoso iba a darle la oportunidad de verle de nuevo.

Ana tenía un nuevo trabajo, de ejecutiva en una empresa de cosméticos, y debía estar en Madrid, los días nueve y diez de Diciembre de ese año, o sea, dentro de tres días, en un congreso de vendedores. El destino de los dos les cruzaría sin que nadie pudiese evitarlo. Desestimó el seguir dando palos de ciego, y se zambulló en sus documentos de ventas, que le estaban dando ya bastantes quebraderos de cabeza, para añadirse ninguno más. Tenía a su cargo tres departamentos e ventas que debían cumplir con sus objetivos para el año que cerraba, y dos estaban demasiado bajos. Tenía que motivarlos a toda costa para que en los tres días que faltaban subieran sus puntos vendiendo al menos cinco packs de productos cada uno, lo que suponía sendos recorridos por las tiendas de cosméticos de media España. Pero era necesario si querían obtener lo que se habían propuesto para el año corriente. De lo contrario, recibirían una amonestación y alguien podría perder su empleo. Así era de duro el mercado de la venta de cremas y perfumes de la ESDICRON S.A.. Se sirvió una copa de licor de chocolate, y se acomodó, pegando su fría copa a su frente para relajarse algo antes de proseguir.

-Ramón, Ramón…cuanto te echo de menos…si tu estuvieses aquí al manos me reñirías, me aconsejarías…y me sacarías a bailar, a divertirme un poco…pero…no estás aquí, ni allí…ni en ningún sitio. Algún día te encontraré que el destino es juguetón y decide quien se cruza y quién no. Su mente no se terminaba de concentrar en el trabajo que se le amontonaba en las carpetas de ESDRICON S.A. y volaba a tiempos en que Ramón era su único amigo. Su marido del que no había vuelto a saber desde su divorcio exprés, ya no formaba parte de su vida, y ni tan siquiera conocían el uno el paradero del otro, por seguridad sobre todo. Le apetecía volver a verle, decirle cuantas cosas habían sucedido desde su marcha, y que le necesitaba para darle todo el cariño que había recibido de él. Hacía dos meses que salía con un hombre que trabajaba en su misma empresa, en un departamento que nada tenía que ver con ella, se habían cruzado como lo hace el azar, en la cafetería de la planta baja, donde habitualmente comía algo ligero antes de continuar la ardua labor de ejecutiva. Reconocía que le costaba fiarse de él, no, no era agresivo, ni nada que se le pareciese ni remotamente, pero le quedaban secuelas de su anterior relación, que ella, luchaba por hacer desaparecer. Le había contado su drama a él en una noche, en la que la llevó a cenar a un restaurante japonés en el que el ambiente invitaba a las confidencias, y a la intimidad. El le acarició las manos y le sonrió para decirle que sabría esperar y tendría paciencia, toda la que hiciese falta. Necesitaba decirle a Ramón lo feliz que era, y compartir con él su estado de paz actual. Había buscado por todas partes, en internet, en archivos de ayuntamientos, cada vez que tenía un poco de tiempo para dedicarlo a ello, pero todo había sido en vano…nada…ni rastro de Ramón di

Marinia.

CAPITULO XIII

LA PRESENTACION

La librería estaba abarrotada de gente, y a Jean Pierre le Monéc le costó trabajo pasar entre el público Para sentarse en la mesa de presentación, y dar comienzo a su discurso. Previo a sus palabras el agente Joan Miralles, orgulloso de su autor, le presentó como una promesa de la literatura española, en el campo de la novela de género dramático. La gente en un absoluto silencio, se arracimaba en el espacio, que aunque amplio, era francamente insuficiente para dar cabida a tantas personas.

-"Hablar de un nuevo escritor es siempre agradable, pero si este es como el caso de Jean Pierre le Monéc, un hombre dedicado a satisfacer las necesidades de los menos afortunados, es además un honor hacerlo. El libro que hoy presenta el autor recoge hechos reales, tanto de la vida de niños que fueron maltratados como de su experiencia con ellos. Naturalmente se han cambiado los nombres de los afectados, y se ha dramatizado cada historia para acrecentar el dramatismo, sin excederse en ello, a fin de no ocultar la realidad de los hechos…

Jean Pierre, con la mirada fija en las expresiones de los asistentes, pensaba en las palabras que les dirigiría después en su turno de presentación. Un murmullo se elevaba al aire cada vez que el agente, hacía alusión a los hechos que se relataban en el libro, y alguna mujer hacía aspavientos o gritaba por lo bajo. El libro que acababa de salir al mercado, ya llevaba vendidos en dieciocho días, más de un millón de copias, y prometía arrasar en los siguientes meses. Los medios de comunicación le presentaban como un protector de los menores que dedicaba su tiempo y recursos a restaurar los sentimientos perjudicados de quienes sufrían el abuso de padres, hermanos, hermanastros, tutores, o similares, dado una oportunidad a los niños que

llegaban a tener el privilegio de conocerlo. Era el máximo valor de SIGMO, que ahora recibía numerosos donativos para realizar su magnífica obra, y se convertía de la noche a la mañana en la más famosa de las ONGS. Era el turno de Jean Pierre, y tras deshacerse en halagos hacia su agente, y hacia la ONG SIGMO, comenzó su corta disertación mostrando al mundo el resultado de su esfuerzo y dedicación. La novela" Flores de Invierno". Poco más se podía decir de unas páginas que hablaban por sí mismas. Y llegado el turno de las preguntas, una mujer que lo había reconocido, avanzó abriéndose paso por entre el gentío que se apretaba en la sala, y le dijo mirándole a los ojos.

- ¿Cómo llegó usted señor Le Monéc a ser escritor? su libro es el resultado de una amplia experiencia ¿verdad?.

¡¡Ana!!, reconoció a su interlocutora Jean Pierre. No había cambiado nada, si, si había algo distinto…su cara llena de un brillo de felicidad que le hacía más hermosa aun de lo que siempre había sido.

-Verá señorita Ana-usó su nombre para decirle que la reconocería entre mil- es necesario sufrir el dolor de quien lo lleva como una carga en su mente y su cuerpo, para poder escribir de primera mano este libro en concreto. Yo poseo ese discutible privilegio, y se donde encajar cada espina, no sé si esto responde a su pregunta…

-Claro…-fue la escueta respuesta de Ana que sonreía satisfecha y agradecida al destino por darle la oportunidad que tanto anhelaba.

La presentación duró dos largas horas en las que Ana y Jean Pierre, se miraron cruzando sus silenciosas palabras en más de una ocasión. La gente fue abandonando la librería, y Ana quedó sentada en una de las sillas en espera de que Ramón dejase de saludar y firmar libros a diestro y siniestro. Con paciencia infinita, se resignó y cuando hubo llegado el momento, le abrazó con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

-¡¡Al fin amigo mío!!, ¡al fin te veo de nuevo!, !me alegra tanto saber de tu éxito!, te lo mereces eres un amor. Tengo que decirte tantas cosas que no se por donde empezar. Te invito a cenar…si estas libre…

Ramón miró a su agente, y este con un gesto de su mano, le indicó que se fuera con ella que disfrutase de la velada. Ya tendrían tiempo de cenar ellos dos y festejar el éxito del libro.

-Vamos yo también tengo largas historias que contarte…hace tanto que no nos vemos…¿Cómo te va?, ¿te libraste por fin de…?

Los dos amigos se perdieron en la noche madrileña como dos adolescentes que se ven después de unas largas vacaciones. El mundo perdía importancia y ellos dos lo llenaban todo por completo. Las horas transcurrieron rápidas hablando de sus mejores tiempos, cuando todo parecía que sería maravilloso y nada lo alteraría, y llegado el alba desayunaron en una terraza, con el frío calándoles los huesos. El chocolate caliente les templó y Ana decidió que era hora de hablarle a Ramón de cosas más serias.

-Verás hay algo que debes saber, espero que no te enfades conmigo por ello. Estuve con tu madre coincidí con ella en unos grandes almacenes y me suplicó que le dijese dónde estabas. Le dije que no lo sabía que ignoraba donde vivías y poco más, pero lo que te quería contar es que…

-Bueno dime que no va a pasar nada mujer, sé que es duro para ti, y…

-No, no es por mçi, es que verás…tras tu marcha pensé que debía haber hecho algo para ayudarte, así que fui a casa de tus padres y les hablé…

-Te pusieron…de …eso para arriba supongo…

-Pues sí, pero deja que te explique y lo entenderás. Como no atendían a razones me comencé a desnudar ante ellos, así es como comprendieron que tu solamente me estabas ayudando y tu madre se derrumbó. Lloraron los dos

en verdad, y después pasó lo que te he referido antes. ¿No estás enfadado conmigo verdad? Me dolería mucho, es que no supe que hacer en aquellos delicados momentos…-se disculpó intentando que no le riñese su mejor amigo.

-No te preocupes, hiciste más de lo que se esperaba de ti ,me hubiese gustado ver su cara al comprender que echaron a su único hijo de casa de mala manera y sin dejarle hablar, sin creer en él por la palabra de una mujer despechada, que solo se divertía conspirando contra los demás.

-Por cierto que…Marisa Ordea, se estrelló aquel día con el coche y está en silla de ruedas desde entonces…

-Vaya no me alegro, desde luego…pero era una arpía de la peor calaña. Por ella pasa todo esto. Alguien me dijo en una ocasión que la vida te devuelve todo el mal que causas a los demás. En este caso se ha realizado.

En el interior de Ramón di Marinia, se removió algo que creía muerto hacía tiempo, y que le quemaba las entrañas como el ácido. Perder a unos padres no era ni con mucho lo peor, sino cómo los había perdido. No había sido merecedor de su desprecio, aquel desprecio del que hicieron gala cuando lo echaron a la calle sin nada. Recordó una vez más a Cheta Chesten, que le recogió cuando casi se muere a causa de la puñalada que le dio un mendigo para quitarle los zapatos…ella le sacó de los brazos de Hades. Su cara se ensombreció mientras le miraba a Ana, su fiel amiga Ana.

-¿Verás a tus padres?, Te pedirán perdón con total sinceridad…

-No, nunca nos volveremos a ver, me echaron y les di una segunda oportunidad antes de irme, la rechazaron así que como son adultos para saber admitir cuentos, también lo son para perder a un hijo para siempre.

Las palabras de Ramón di Marinia sonaron como una sentencia irrevocable a los oídos de Ana que esperaba algo similar de su dolor. No quiso

insistir pues sabía que era inútil hacerlo. Cambio de tema y de nuevo se zambulleron en sus recuerdos más agradables. La despedida de los dos amigos resultó dura pero ahora que habían recuperado el contacto, ya no lo perderían. Ana se despidió agitando la mano en el autobús que la llevaba de vuelta a Oviedo, y sus ojos húmedos hablaron claro del cariño que aun había entre ellos. Ana se fue pensando en el daño que puede hacer una mujer cuando se siente rechazada, y el dolor que puede causar, que luego no se restaura jamás. Un drama se había desarrollado en su ciudad y el origen era aquel mal hombre que la maltrató y que la situó en el ojo del huracán, creando indirectamente un drama mayor. Nada tenía ya remedio, así que se resignó a que todo quedase como estaba, y decidió mentirle a Maria Luisa di Marinia para no ahondar más en su dolor. De nada serviría a aquella desgraciada señora de familia bien, saber que su hijo le guardaba un terrible rencor. Sabía que el destino les haría encontrarse de nuevo y esperaba que su terrible dolor estuviese cicatrizado para entonces. El traqueteo del autobús le fue adormilando y soñó con un Ramón más joven, más libre del dolor que nunca conoció cuando vivía en Oviedo, y del que conocía tan poco. Ella regresaba y se sentía satisfecha de haber dejado atrás el rencor y el odio que en un tiempo la guardó a su marido. Ahora por fin podía recomenzar su vida y sentir las caricias de un hombre en su piel, sus besos en los labios y los escalofríos que le recorrían el cuerpo cuando le veía desde lejos. El amor llamaba a su puerta otra vez y ella le estaba abriendo

CAPITULO XIV

EL SEGUNDO VIEJO

Jesús de Montiel, volvió a dejarse caer pesadamente en el orejero desgastado que tanto le acogía su cuerpo cansado, como le expulsaba de su cómodo respaldo para realizar sus tareas cotidianas que cada vez le costaba más llevar a cabo. Sus huesos crujían bajo su peso, y las articulaciones le avisaban de que pronto seria un viejo inútil al que habría de cuidarse. Eso era lo que más temía él, y a lo que no estaba dispuesto. El cuidaba de los demás no podía ser un estorbo en su "misión" de cuidar de los niños, eso era impensable para él. Su pensamiento viajaba a otros tiempos cuando el tan solo era un niño torturado por su cruel destino, y que una mano amiga salvó de él. Llegó a la casa de la mano de un policía que lo encontró vagando por el parque en una noche fría en la que comenzaba a acumularse la nieve en un grueso manto cayendo sin cesar en alegres copos blancos que amenazaban sin embargo con enterrar con ellos al pequeño Jesús de Montiel. Las lágrimas salieron sin que pudiera evitarlo de sus ojos, resbalando por sus avejentadas mejillas que las absorbían en sus arrugas. Tenía…pero no…se resistía a contarse a sí mismo una vez más aquella terrible etapa de su vida que tanto dolor le causaba cada vez que la rememoraba. Ya habría tiempo para eso cuando llegase la hora ahora lo más importante era cerrar la sucesión en la casa, y asegurar su funcionamiento cuanto antes.

Un sonido familiar le sacó de su abstracción y le devolvió a la realidad que necesitaba vivir en aquel momento. Era el timbre de la calle,

sonaba con impertinencia y bajó las escaleras lo más deprisa que pudo agarrándose a la barandilla. Abrió y ante el apareció una joven de unos treinta años que vestía traje de chaqueta y falda de color gris con una blusa de un intenso verde, que contrastaba con su rostro de óvalo perfecto y terso. Sus ojos inteligentes brillaban con el fulgor de la juventud.

-¿Qué desea señorita? –le sonrió forzadamente.

-Soy la nueva asistenta social que manda el ayuntamiento para…

-¡Ah! Si, si, pase, pase, ya sé quién es usted, discúlpeme es que soy de un despiste…en realidad le esperaba a usted ayer…-le preguntó dejando espacio para su excusa.

-Es cierto pero me resultó imposible venir, tuve que atender una urgencia en el barrio de…

-Ya. Ya no me tiene que dar explicaciones sé cómo funciona esto, es así pero pase y siéntese, tenemos que hablar.

Jesús la condujo hasta una pequeña biblioteca en la que dos sillas elegantes se miraban una a la otra como gemelas. Se sentaron uno frente al otro, y la tela de la bata de Jesús, algo desgastada por el uso, pareció recobrar el esplendor de otro tiempo, al entablar conversación con la nueva asistenta social que le enviaban. El ayuntamiento tenía por decisión testamental de Jean Pierre le Monéc, voz y voto en las decisiones de la casa, y así se equilibraba la gestión de la misma. El tenía el otro voto que era doble, y el cuarto voto era de los niños que habitaban la casa en el momento de tomarse la decisión. Los dibujos de cachemir de la bata, color escarlata y plata, le daba un aire extraño a Jesús como ya le sucediera a Jean Pierre, y quién se situaba frente a ellos necesariamente tenía que sentirse en la presencia de alguien bien distinto al resto de los mortales, lo cual era desde luego la finalidad de tal prenda. Inés examinaba como era su costumbre a su interlocutor con toda la imparcialidad de que era capaz, asombrándose de su poderosa personalidad marcada por su regencia de la casa. Desplegaba él una sonrisa siempre que hablaba, que la

conquistaba y se preguntaba que había descubierto para no amargarse con las malas experiencias vividas, sacando siempre algo bueno de superarlas. Durante largo rato, hablaron de los niños, de su predecesor, algo que siempre se imponía, y del futuro, que era lo que más le preocupaba a él.

-Entonces por lo que me dice, tiene en mente a la persona que le sustituirá en el cargo…lamento ser tan…tan…-no supo como disculparse Inés-bueno usted me dirá cuando se concrete.

-No te preocupes hija, soy viejo y consciente de ello, así que no me molesta que me llamen lo que soy. En pocos días te comunicaré mi decisión a ver qué te parece.

-Estoy segura de que será la mejor de las elecciones.

-Pero si aun no me conoces muchacha…

-Pero me parece como si le conociese desde siempre es curioso, me inspira plena confianza.

-Gracias…¿Inés me dijiste verdad? En realidad se elige la persona misma sin saberlo es algo que viene ocurriendo desde que jean Pierre tuvo la idea de tener un sustituto que proviniese de la casa, para que entendiese mejor los problemas a los que se enfrentan los niños. Créame que aquí se necesita tener amor del bueno, y paciencia de la eterna si se quiere ayudar, esto no es un colegio, ni mucho menos un reformatorio, es una casa de acogida en la que el niño se queda a vivir con sus traumas y sus miedos para siempre. Se necesita ser uno de ellos.

-Comprendo…me iré haciendo una idea según vaya conociendo la casa y sus peculiaridades, usted será mi guía ¿le parece bien?.

-Eso haremos, no se arrepentirá es una casa que da mucho trabajo, pero también momentos maravillosos. Aquí vuelven quienes se van, para colaborar. Tenemos a dos ingenieros, tres pintores, dos escultores, un publicista, un ejecutivo de una importante empresa Japonesa, además de un periodista. Como ve los resultados son espectaculares, y todos ellos han formado sus propias familias con éxito.

-Tiene que estar orgullosos de esos resultados señor Montiel.

-Bueno esto es trabajo de equipo no crea que soy un supermán sin la colaboración de todos los que ponen su granito de arena en la causa, no se podría llevar a cabo. Ahora usted formará parte de este equipo Inés.

Entre los dos se fue formando un vínculo que se iría fortaleciendo con los días que seguirían a aquella conversación. Algo en el interior de ellos les llevaba a ser confidentes de asuntos que nunca habían hablado con nadie.

-Supongo que me trae algún nuevo caso señorita Inés…dígame de quien se trata y que podemos hacer.

-Pues así es, en realidad se trata de un niño que ha sufrido abusos sexuales, y que está en tratamiento con el doctor Aldama, va recuperándose lentamente, pero necesita un lugar tranquilo donde olvidar si es que puede el trauma que le supuso ser víctima de ese tipo de maltrato.

Los ojos de Jesús, derramaron lágrimas que se tradujeron en rabia al hablar. Nunca había comprendido que era lo que pasaba por la mente de un hombre o una mujer cuando destrozaba de aquella manera el futuro de un muchacho. Era algo que le enervaba, y la impotencia se apoderaba de él, al saber que no podría ayudarle directamente, pues estos niños repelen la presencia de cualquier hombre tras la experiencia vivida, y eso le enfadaba.

-Entonces habrá de hablar de esto con Eloísa, ella le atenderá y se sentirá mejor, más tranquilo que con un hombre…

-Pues verá el caso es que resulta algo extraño pero el niño sufre de síndrome de Estocolmo, por lo que la presencia de un varón podría serle beneficiosa, al poder comparar la actitud de uno con la del otro, y así causar crisis. Eso al menos es lo que recomienda el doctor Aldama.

-Vaya, no esperaba esto, nunca había sabido de ningún niño que sufriese de este síntoma cuando se le convierte en víctima de abusos. Tráigamelo y haremos lo que el doctor crea conveniente. ¿Cómo se llama? .

-El niño se llama Sergio, es especial ya lo comprobará por sí mismo…

Las palabras de la asistenta social le intrigaron sobremanera, y sintió ganas de conocer a aquel muchacho cuyo futuro iba a depender de sus cuidados. Ya tenía alguna experiencia con niños maltratados por padres y parientes, generalmente, que utilizaban su inocencia abusando sexualmente de sus personitas. Lo que no sabía Jesús era que este sería un caso diferente a todos. Inés sonreía como si supiera lo que se le venía encima al pobre Jesús a su edad. Ignoraba que debajo de aquella carcasa vieja y gastada, se ocultaba la sabiduría acumulada de años en aquellos menesteres. Sergio resultó ser un niño muy extrovertido, en contra de todo pronóstico, y su sonrisa casi asustó a Jesús de Montiel, que creyó que sería alguien taciturno y tímido, que no querría ni ver a quien representaba la figura de su abusador, un varón. Por el contrario en cuanto se miraron a los ojos comprendieron que se llevarían bien los dos. Inés vio como hacían amistad y le confió su tutela temporal de modo que se limitó a visitarles una vez por semana. El niño sin embargo no habló de su problema y Jesús hubo de poner en práctica todas sus triquiñuelas para hacerle abrirse a él.

-¿Sabes? Cuando yo era pequeño, vivía con uno de mis hermanastros era un hombre alto y fuerte, pero…-dejó la frase inconclusa adrede,

-¿Qué…?-le preguntó el niño picado por la curiosidad.

-Pues que… no nada es mejor no hablar de ello. Me duele cuando lo relato ¿sabes?-trató de cambiar los papeles Jesús.

-Es bueno hablar de ello, eso dice al menos Inés, pero…no se…es que no sé que me pasó a mi ¿sabes?.

-Hagamos una cosa a ver qué te parece. Yo te cuento mi problema y tú me cuentas el tuyo después, ¿hace?-le extendió la mano como dado a entender que lo consideraba un adulto.

-¡Vale!.-Fue la escueta respuesta de Sergio.

Entonces y sin saberlo Jesús, se produjo una simbiosis extraña y poderosa que llevó a los dos a las horas en que sufrieron ante quien debería haberles protegido. Jesús comenzó su relato

-Cuando yo apenas tenía cuatro años, y estos son los únicos recuerdos que poseo de aquel tiempo, estaba un día en la cocina con mi hermanastro, se llamaba Fabio, y era hijo del matrimonio anterior de mi madre con un argentino. El era para mí un gigante a quien yo admiraba, y deseaba ser como él cuando creciese. Era algo meramente inconsciente que se analiza cuando se crece. El estaba haciendo azúcar en una sartén y el caramelo olía dulce, haciendo que mis papilas segregasen saliva en abundancia. Creí que sería para hacer caramelos, pero en un momento concreto, me miró de una manera que yo no comprendí, y que me asustó. Si bien no supe hasta que fue demasiado tarde, la razón. Se volvió y sacando el tenedor de la sartén me lo aplicó en la frente. –Simuló el acto y Sergio se sobresaltó dando un pequeño brinco en el suelo donde sentados se hacían sus confidencias más secretas-sentí que un mundo entero caía ante mí en un segundo, y que ya nada sería igual después de aquello. Corrí aterrorizado a esconderme de aquel extraño en que se había convertido mi hermanastro, y me acurruqué en un rincón de la sala desamueblada, que me pareció más vacía que nunca. El me persiguió y me golpeó con saña sin que yo pudiese defenderme…-las lágrimas asomaron a los ojos gastados de Jesús al rememorar aquellos momentos tan tristes de su vida, que no por lejanos eran menos dolorosos. Sergio comprendió que se hallaba ante uno de los suyos, alguien que le comprendería por haber sufrido lo que él, bueno menos en realidad pero eso aun no lo sabía Jesús.

-¿Y qué pasó más tarde? ¿Tu mamá te ayudó?. ¿Dónde estaba tu papá?-disparó una ristra de preguntas Sergio involucrándose, que era lo que deseaba Jesús.

-Mi papá nos había abandonado poco antes de yo nacer, y mi mamá no quiso creer tan miserable acto de abuso. Pero lo peor fue que a partir de entonces se repitió de manera cíclica y durante cuatro laaargos años, sufrí sus ataques sin que nada ni nadie lo pudiese evitar.

-Los ojos de Sergio se humedecieron y lloró por vez primera en mucho tiempo. Se solidarizaba de aquella manera con quien ya consideraba un amigo.

-¿Y tu… que es lo que te ocurrió?, ¿quieres contármelo?. Si no, ya lo harás otro día…

-No, quiero hacerlo ahora, te lo prometí. Yo soy el menor de tres hermanos, cada uno somos de un padre distinto, y nos llevábamos bien hasta que un día algo pasó y mi madre nos abandonó para irse con otro hombre. Me llevaron a una casa de adopción, y una familia que parecía agradable me llevo a su casa. Todo fue bien al principio, pero…-se cortó el muchacho y Jesús temió que allí se acabase antes de dar comienzo su relato, pero continuó realizando un gran esfuerzo, por cumplir con lo pactado con Jesús-.Mi nuevo papá me llevó un día al colegio, y a la salida me dijo que me llevaría a una hamburguesería y a comprar juguetes.

-¿Y lo hizo?-le quiso ayudar Jesús

-Sí, lo hizo, fue estupendo, yo nunca había ido a esos sitios, y jamás tuve juguetes caros de esos que salen en la tele, y que yo me limitaba a ver tras los escaparates.

-¿Pero?...

-Pero después me llevó a un parque y me dijo que teníamos que tener confianza el uno en el otro. Me tocó aquí-señaló su sexo-y yo no supe que quería de mí…

-Y aquello se repitió muchas veces, ¿verdad?.

Sergio se limitó a asentir con la cabecita como si algo le advirtiese de que estaba mal lo que le habían hecho, como si el de alguna forma tuviese la culpa. Fue entonces cuando Jesús de Montiel, le acarició el cabello revolviéndoselo, en un gesto tierno. Había llegado el momento de hablar con el crío que ya era más bien u adulto en lo que no debería serlo.

-Escucha Sergio, es muy muy importante, que sepas esto que te voy a decir. De ello dependerán tus relaciones con otras personas, y tu felicidad. Hay cuatro puntos que debes considerar y meditar en ellos, ¿vale colega?.

-Vale-le respondió sin levantar la cabeza.

-El primero es que tu, tú, no tienes la culpa de nada de lo que te sucedió, nada, nada, ¿comprendes esto Sergio?.

Sergio alzó su cabeza y le miró a los ojos con aquellas pupilas intensas y de brillo inteligente, para decirle un si bajito, sin apenas convicción.

-Huy no te he oído colega, dime si lo entiendes pero con voz fuertota ¿ok?.

-Aquel modo de hablarle le hizo sonreír a Sergio y alzando la voz le

dijo un sí rotundo.

-El segundo es que no todos los hombres adultos somos malos como él…

-Claro eso lo sé,-le aseguró muy serio Sergio.

-El tercero, es que es mejor olvidarlo cuanto antes…

-¿Y el cuarto?-le interpeló intrigado como lo haría un adulto prematuro.

-Que mientras seas menor habrás de tomar ciertas precauciones, para tu personal protección, ¿ok?.

-Así lo haré te lo prometo…-selló su amistad por medio de una confianza absoluta Sergio con Jesús de Montiel, tan firme que duraría pasa siempre.

El viejo Jesús de Montiel llevó al muchacho al comedor donde otros cinco niños más o menos de su edad, peleaban y reían sin importarles su presencia. Estaban acostumbrados a que el viejo trajese a otros chicos a la casa, si bien, no demasiados se quedaban.

-¡Eh!¡eh!, chicos que vais a romper algo, y ya sabéis que a Eloísa no le gusta…-les reprendió cariñosamente-¡ay que chicos!, siempre con tanta energía, que bien me vendría a mí un poco de la que les sobra…

-¿Y qué pasó con tu hermanastro?-le preguntó el muchacho tomándolo por sorpresa-¿te libraste de él?.

-Verás un día me escapé de casa y decidí que jamás volvería allí. Me cogieron los policías en una carretera y me llevaron a la comisaría.

-¿Te metieron en la cárcel?-se alarmó Sergio.

-Algo así, pero les dije que si me devolvían a casa con él me quitaría la vida.

-Pero eso no se puede hacer la vida es de Dios.

Jesús de Montiel le miró sin salir de su asombro, antes de dar respuesta a su pregunta y a su posterior afirmación.

-Cuando alguien como era el caso está desesperado, no sabe lo que hace, y comete tonterías, creo que eso fue precisamente lo que les impresionó y me interrogaron a fondo.

-¿Cómo en las películas?.

-Sí, Sergio, como en las películas, pero esto era de verdad, y yo tenía mucho miedo. Llamaron a un sicólogo y éste a su vez llamó a mi hermanastro, al que quitaron la patria potestad, algo que tienen los padres de manera natural por el simple hecho de tener hijos, y me internaron en una casa de acogida.

-Como a mí…

-Si, como a ti, y después como no funcionó me llevaron aun a otra y a otra más. Cuando estuvieron tan preocupados que no supieron qué hacer conmigo, me preguntaron que quería yo. Les dije que solo quería un padre de

verdad y una madre de verdad. Como si eso fuese tan fácil ¿eh?.

-¿Y qué hicieron?.

-Me trajeron aquí. A la casa del viejo de las flores de invierno.

-¿Tu también fuiste traído a esta casa entonces?-se sorprendió ahora Sergio.

-Sí. ¡Qué cosas! ¿eh?, aunque no creas, que di bastantes problemas antes de adaptarme al ritmo de la casa. Pero el viejo tuvo una paciencia tremenda y consiguió que me abriese a él.

-Pero ahora eres tu quien dirige esta casa ¿no?, ¿como sucedió?.

-El viejo en contra de lo que oirás por ahí murió hace muchos años dejándome al cargo porque según él, solo yo estaba capacitado para tal locura ja ja.-Rió de buena gana el viejo Jesús de Montiel.

-Yo también lo creo,-le respondió el niño, y dos lágrimas salieron sin permiso de los ojos de Jesús, que veía como se cumplía en él, cada designio de Jean Pierre le Monéc.

-Entonces ¿quieres formar parte de esta familia de locos?. Te prometo que aburrirte no te aburrirás eso garantizado, sino mira como se lo pasan estos sin importarles la regañina que de seguro les va a dar Eloísa, a, por cierto tengo que presentártela…

Sergio sintió como algo dentro de su más profundo yo se relajaba y una sensación de hogar que nunca conoció hasta entonces se apoderaba de él. Una campana rompió el encanto y el viejo le dijo que era la llamada a comer.

- ¿Te apetece sentarte conmigo a comer? Si no vamos pronto no nos dejarán ni las migas ¡como comen estos chicos, que hambre tienen siempre…!.

A Sergio le caía bien Jesús parecía más un colega que un asistente social, y eso le gustaba. Eloísa seguida de tres de los chicos a los que les tocaba ayudar en la cocina, entraron con los carritos del almuerzo. Entre los tres fueron sirviendo a los ruidosos muchachos que esperaban que el viejo diese su permiso para comenzar a comer. Jesús de Montiel ocupó la cabecera, y tras comprobar que todos estaban atentos dio su permiso para iniciar el almuerzo, y comenzó a comer, con lo que todos se lanzaron a degustar el menú que les había preparado Eloísa. Sergio observó que ninguno de los que se sentaban a la mesa, parecían tristes ni temerosos, y tras mirar a su nuevo tutor, se concentró en su plato. Estaba hambriento. Atrás quedaban de momento las confesiones y las confidencias, que habían abierto una puerta que ya no se cerraría. Diecinueve chicos se sentaban alrededor de la mesa, con el viejo en un extremo y Eloísa en el opuesto. Su colaboración ya era imprescindible en aquella casa, y se convenció a sí mismo de que no se había equivocado en su elección. A su mente vinieron los recuerdos de cuando él mismo llegó a la casa. El viejo, entonces Jean Pierre le Monéc, le recibió de manera parecida a la que él había usado con Sergio. Jean Pierre no había sufrido su misma experiencia, pero su alma atormentada tenía el don de comprender a quien tenía enfrente. El era un niño harto de pasar de mano en mano, casa tras casa, sin quedarse en ninguna de ellas. Creaba problemas en todas y cada una de las familias en las que aterrizaba, y aquella casa no sería diferente, al menos eso creía él. A pesar de las atenciones del viejo, resultó ser un niño rebelde y conflictivo al que pocos de los niños que convivían en la casa se atrevían a acercarse. Le costó hacer amigos varios meses, y el viejo sin embargo en ningún momento pensó en devolverlo a la asistencia social, como hiciesen las familias anteriores, lo que por fin consiguió que se calmase y se abriese a él.

Un día Jesús vio que el viejo se alejaba de la casa y se perdía entre los árboles que la circundaban, por lo que la curiosidad propia de su edad hizo que le siguiera. El viejo se paró ante un trío de árboles en medio del bosquecillo y se apoyó en uno de ellos. Entonces ocurrió algo que desconcertó a Jesús, el viejo se echó a llorar con verdadero desconsuelo, y sus sollozos se le contagiaron. ¿Qué podía hacer llorar a aquel hombre de hierro que comprendía a todos? Se prometió a sí mismo descubrir el misterio. El viejo,

pasados unos veinte minutos regresó a la casa como si nada hubiese sucedido, y se encerró en sus habitaciones, donde estaba terminantemente prohibido subir y entrar.

CAPITULO XV

MAGDALENA, EL NEXO

Magdalena se despertó con la boca seca, y un dolor de cabeza que repetía cada vez que dormía demasiado. Miró su reloj de pulsera, y comprobó que eran más de las nueve, llamó a su asistente que siempre puntual se presentaba para ayudarle a las ocho y media. Rafael penetró en la salita en la que ella solía leer hasta altas horas de la madrugada, y le regañó como una vez más. Necesitaba descansar y su costumbre de alargar sus horas de lectura le perjudicaba. Rafael descorrió las pesadas cortinas y permitió que la luz del sol entrase a raudales por los amplios ventanales. Le ayudó a incorporarse y le entregó un bastón con empuñadura de marfil regalo del primer viejo de la casa. Echaba de menos sus conversaciones y consejos que ahora le solicitaban a ella a pesar de estar jubilada desde ya no se acordaba ni cuando-sonrió comenzando a andar en dirección a la cocina donde le gustaba desayunar-. Rafael ya le había preparado, como siempre, su zumo de naranja, las pastillas que la mantenían viva, como ella decía, y el café con tres galletas, no le permitía ni una más.

-¡Ay que desgracia no poder devorar un buen bizcocho! En fin son las servidumbres de la vejez…-se lamentó con ironía.

-No se queje que le han regalado muchos años de vida, y controla… bueno ,¡como controla amiga mía.!

-Así que esa es tu manera de llamarme vieja, pues si que…

-Usted tiene ciento ocho años…¿Cómo quiere estar?. Si le temen las pirámides, ja ja ja.-Se rió abiertamente Rafael, que tenía sobrada confianza con Magdalena como para gastar bromas semejantes.

-Sí, eso es verdad cada día es ya un regalo, pero una no se resigna a ser…¿Cómo diría yo? Carente de belleza.

Magdalena dio cuenta del frugal desayuno y le pidió a Rafael que le trajese su álbum de fotos, una vez más repasaría sus recuerdos, antes de que la cortina de la muerte cayese sobre sus cansados ojos. Su asistente era ya parte de su vida, llevaba con ella más de veinte años y conocía todas sus anécdotas que ella repetía una y otra vez cuando la tristeza o el miedo a la muerte le asaltaban. Se sentó a su lado y Magdalena ella le dijo con voz susurrante que pretendía crear una atmósfera de misterio.

-"Te voy a contar como conocí al primer viejo, quiero decir los detalles que nunca he relatado a nadie. Era un hombre atormentado por una vida que le llevaba a su ritmo. Verás…

Comenzó su relato, señalando una fotografía en la que se les veía a los dos posando ante una estatua en el museo del Prado. Ambos sonreían, como si la vida les fuese favorable, pero aquel día él le contó la etapa de su vida que le causaba un espantoso dolor.

-"Tomamos un café en frente del museo, y el removiendo el azúcar como si le quisiese hacer un agujero a la taza, y sin mirarme, me dijo: "Mira Magdalena, no le he contado a nadie esto, pero se me hace un nudo en el estómago y necesito que alguien me ayude a digerirlo.

-Y ¿crees que yo soy esa persona?.

-"El me miró a los ojos con aquella mirada que intimidaba y me respondió con un monosílabo:"Sí".

-Adelante pues, dime lo que te sumerge de vez en cuando en una tremenda melancolía.

-Tú siempre tan perspicaz…cuando yo llegué a Madrid, dejé atrás a Ramón di Marinia, creyendo ingenuamente que con él dejaría mis penas y mis frustraciones lejos de mi mente. Descubrí que solo cuando se solucionan los problemas es cuando se terminan. Yo tengo una cuenta pendiente que no deseo saldar con mi sangre.

-"Paró en su confidencia, y yo temí que no prosiguiera, pero tras una pausa continuó".

-"Mis padres me echaron de casa sin nada y no les he vuelto a ver desde aquel día. Una amiga me dijo hace poco que mi madre le rogó que le dijese donde me encuentro y que deseaba pedirme perdón por su error.

-Esa amiga tuya es de confianza supongo. Da la impresión de querer ayudarte con tu problema…

-Sí, eso creo yo, pero no sé si estoy preparado para solventarlo. Ni si quiero hacerlo que es peor.

-"Debes ser tu quien se halle en un momento propicio para tomar esa decisión, que solo te concierne a ti. Deja que pasen unos días y medita sobre quién eres, que deseas de la vida, y que te ha dado. Que sea tu corazón y no tu mente quien decida qué se ha de hacer al respecto.".

-"Solo aquella vez le vi llorar como lo haría un niño. Reconozco que me impresionó y que nunca volvimos a hablar de aquel tema tan delicado".

-¿Y qué decidió hacer el viejo?.

-Eso te lo contaré otro día si me das unas galletitas de esas que tú te traes para media mañana…

-¡Pero bueno!, ¡es una chantajista! Sabe que no le vienen bien.

-Aaaaah….

-Le daré dos o tres, pero me tiene que contar el final, no me puede dejar así sin saberlo…

-Venga hagamos ese trato y sabrá como concluye…-se echó a reír Magdalena, que gustaba de jugar a chantajear a Rafael de vez en cuando.

Rafael saco de uno de sus bolsillos de la blusa blanca que vestía, dos galletas y se las dio.

-Pasaron algunos años y los dos nos olvidamos de la conversación tenida tras nuestra visita al museo. Los dos habíamos envejecido, era menos vieja que ahora que el palacio real parece más joven, (se rio de su estado para quitarle hierro a su la rabia que le consumía por no aparentar menos años) y coincidimos en el entierro de una amiga común que lo había dado todo por aquella casa, sin rechistar nunca. Todos los que habíamos sido amigos y colaboradores, íbamos cayendo bueno ellos yo no, ya se ve, -ironizó de nuevo-y la tristeza nos embargaba cada vez que sucedía. Ya solo quedábamos él y yo, y nos miramos como pensando:"Hemos de arreglar nuestros asuntos antes de irnos a emprender el gran viaje". Jean Pierre me invitó a tomar un café como solía hacer cuando quería hablar de algo importante y me pidió algo que me dejó pasmada.

El relato de la conversación le arrancó sendas lágrimas a Rafael, él que presumía de no llorar jamás al ver una película por dramática que resultase ser. Era una historia real, de un hombre que perdió cuanto poseía y que estuvo a punto de recuperarlo en el último momento.

Magdalena masticó ruidosamente las dos galletas de fibra que Rafael solía llevar consigo para matar el hambre a media mañana, y observó su reacción con sumo interés. Ella ya solo disfrutaba examinando a quienes la

rodeaban y se daba cuenta de cómo eran en realidad. Rafael admiraba a su paciente, que día a día le demostraba lo sabia que la vida hace a una persona, cuando esta aprovecha bien las experiencias. Esta vez le había arrancado el motor de la meditación y su cerebro atacaba temas dolorosos marginados por demasiado tiempo. Le pidió que le llevase a la casa y le presentase al viejo que parecía ser una rara ave en extinción.

-Eso le costará otras dos galletas y un zumito de esos que tanto me gustan., ¡ah! y un buen café en un sitio alegre.

-De acuerdo, siempre me convence, pero luego no se queje de que el estómago le cause problemas…

-Estamos entonces de acuerdo.

Rafael accedía a todos los caprichos que la anciana dama tenía, a sabiendas de que nada podría parar a la señora de la guadaña, cuando ésta tuviese a bien venir por ella. Era consciente de que Magdalena lo sabía y se aprovechaba de ello.

El día era hermoso y un sol pleno lucía en su cénit, confiriéndole color y calor a la gran ciudad. Magdalena se asomaba al balcón que daba a la calle Serrano, y veía pasar a la gente a toda prisa como si de un reloj humano y no de arena se tratase. Rafael llamó a un taxi especial para llevar en él la silla de ruedas, y esperó paciente a que el fluido tráfico madrileño le permitiese acceder a su calle al taxi. Una vez en el, se dirigieron a las afueras de la capital, por una desviación apartándose del barullo de los coches y las prisas, penetrando en otro mundo que Rafael desconocía hasta aquel momento. Traquetearon por caminos de tierra sin asfaltar, y se adentraron en una zona verdosa y de aspecto fresco en la que los árboles abundaban y un riachuelo serpenteaba juguetón por entre las piedras que le frenaban cada poco tramo.

-Estamos llegando Rafael, dispóngase a conocer a un alma buena.

Aquí el mal no existe, porque él está aquí guardando a quienes viven bajo su techo. Es territorio del viejo de la casa.

Rafael no se atrevió a pronunciar palabra, pero veía como Magdalena parecía rejuvenecer a medida que se acercaban a la casa. Su corazón comenzó a latir aceleradamente, y a lo lejos divisó una casa de grandes proporciones que se alzaba como un titán en medio de un campo de cuidado césped. Una mujer de unos sesenta años llamaba en ese instante a unos chiquillos que peleaban entre unos arbustos. Le pareció la imagen más hogareña que jamás pudiese observarse en una casa que no fuera la de una auténtica familia. ¿O sí lo era?.

-Aquí verá cosas que jamás volverá a ver amigo Rafael. Las heridas se curan como por ensalmo, y no me refiero a las físicas desde luego, sino a las emocionales. Yo ayudé a levantar esta casa, es como si fuese parte de mí, ¿comprende?

Rafael, callado, escuchaba la voz de la historia de la mano de aquella anciana dama, que gobernara la vida de mil chicos hoy adultos, con sus vidas en ristre, dispuestos a luchar por lo que les pertenecía en derecho. Ante él se levantaba una casa con el estilo de quien no pertenece a un mundo convencional en el que todo está previamente concebido. Una puerta de dos hojas de roble tallado se abrió de par en par para recibir a la "reina", que regresaba de su encierro domiciliario, para dar de nuevo las directrices que solucionarían más de un problema. Eloísa se acercó a ella y le besó en las mejillas con un afecto intenso, de hija, sin serlo.

-Querida Magdalena, ¿Cómo lo haces para estar tan joven a tu edad?. Si me da vergüenza que me veas estas arrugas que me salen…-le halagó a sabiendas de lo coqueta que era, señalando sus patas de gallo.

-¡Pero qué bien mientes amiga mía! –se echaron a reír las dos como viejas amigas con una complicidad que dio envidia a Rafael-mira os voy a presentar, que no me acuséis de ser una grosera…él es Rafael, mi ángel de la guardia, sin él no podría desplazarme a ningún sitio.

-Hola Rafael-le besó como haría con un hijo-gracias por cuidar de nuestro tesoro, sin ella estaríamos perdidos en esta casa. Y no es un cumplido ya verás, ya verás…

-Me alegra conocerles, ¡me ha hablado tanto de ustedes…!.

-Pero trátanos de tu, por favor, que somos jóvenes aun, ¿verdad Magdalena?. –Hizo ademán de echarse hacia atrás la melena negra que se veía teñida desde hacía tiempo-. Vamos a la casa, tomaremos algo y te enseñará la casa ella misma.

Rafael dudó que Magdalena pudiese enseñarle nada, en su condición de medio minusválida. Como dos viejas amigas, agarrada fuertemente al brazo de Eloísa, entraron en la casa, y dos muchachos de no más de diez años la ayudaron a sentarse en una silla especialmente diseñada para ella tiempo atrás. Magdalena presionó un par de botones y la silla obediente, le trasladó al interior del gran salón comedor, que ahora permanecía desierto y silencioso.

-¡Aah que maravilla para estos viejos y cansados huesos!, esto me rejuvenece amigo Rafael. Aquí he conocido lo que le verdadero poder puede hacer, solucionar los problemas de cientos de niños a los que la vida quiso secuestrar sus derechos, castrando sus emociones.

Los dos chicos aparecieron de pronto con sendas tazas de té, pues conocían a la perfección los gustos de la que consideraban como su “abuela”, acompañadas eso sí de unas galletas de avena integrales, para no desatar el enfado de Eloísa, que las miró antes de permitir que Magdalena las mojase en el té. Un ambiente que en nada dejaba entrever los dramas que bajo su techo convivían en los cuerpos de los maltratados chicos que allí llegaban, para recuperar su autoestima y su vida en un intento, casi siempre exitoso de rehacerse, embriagaba a los tres contertulios. Lo cierto es que Magdalena parecía haber perdido veinte años y su cabeza se alzaba rígida y orgullosa, ante su amiga de toda la vida. Fue en ese momento cuando el viejo de la casa hizo su aparición bajando las escaleras que crujieron bajo sus pies.

-¡Querida amiga Magdalena!, cuanto bueno por aquí. ¿Qué hemos hecho mal ahora?, ¡Ay, me temo que vienes a reñirnos!-bromeó Jesús de Montiel, que se le acercó para besarla en los labios como era su costumbre.

-¡Tonto! Que vas a hacer tu mal si no sabes…traigo conmigo a un joven que me cuida y me riñe como hacías tu cuando me comía demasiadas galletas de esas que tu guardas en tu bombonera, no éstas con las que pretende engañarme Eloísa-le guiñó un ojo –aun recuerdo cuando llegaste a esta casa de la mano de Jean Pierre…¿sabes que se cumple el aniversario de su muerte mañana? claro que lo sabes.

-Sí, aun lo recuerdo, me salvó de un futuro tan negro como triste, si, mañana iremos a rendirle una visita a su tumba como todos los años. ¿Querrás venir?-miró a Rafael que aun no había sido presentado.

-Éste es Rafael, mi amigo y cuidador, sin el estaría perdida, deberás pedir su permiso, dependerá de si puede o no…-le miró con cara de niña traviesa.

-Hola soy Rafael-ofreció su mano al anciano Jesús de Montiel, con una sonrisa franca en su cara-.Claro que podrá Magdalena, yo la traeré a la hora que me digan.

-¡No! Mejor aun ¿porqué no se quedan a dormir en la casa?, mañana saldremos todos al jardín y realizaremos el acto de saludar a nuestro benefactor primero. Así Magdalena podrá disfrutar del ambiente que estoy segura echa de menos, con este ruido estruendoso, y los chicos peleando… gritando…seguro que ahora vives tan tranquila…-suspiró con ironía-. Y Rafael podrá conocer in situ, lo que hacemos aquí y hará amistades…¡qué remedio! Son como pequeños demonios…-exageró adrede. ¿Qué te parece Rafael?, Di que sí Jesús –usó su nombre como cuando quería engatusarlo para que perdonase algo a algún chico.

-¡Estupendo! Será un privilegio-

-Huy no te precipites chico, que esto es un pandemónium cuando las cosas hierven.

No tardaron los niños de salir de sus respectivos colegios y entraron en tromba en la casa con los estómagos exigiéndoles comida. Rafael pensó que la vida inundaba las venas de aquella casa que no era lo que semejaba ser a primera vista, sino que ocultaba el dolor de muchas almas abatidas. Como una gigantesca enfermería de vivos colores, se mostraba maternal y acogedora la casa del viejo. El comedor se llenó de ruido y los chicos a los que tocaba poner la mesa se enfadaron un par de veces al ver su trabajo por el suelo. El viejo les concedía un margen para no agobiarlos y solo cuando el bajaba las escaleras, se producía un silencio reverente que pesaba en el aire. Magdalena sonreía plena de vitalidad, y se retrotraía a tiempos en los que todo era mucho más difícil, para los que como el primer viejo pretendía hacer algo diferente y costoso, que jamás se había hecho. Jean Pierre, o Ramón di Marinia, como ella lo llamaba en su mente cuando pensaba en él, era la bondad personificada, y ni tan siquiera Jesús de Montiel le llegaba a sus cualidades. Y Jesús lo sabía, e incluso presumía de ello abiertamente, pues adoraba a aquel hombre que le cambió la vida dándole un sentido.

-¿Te gustaría colaborar en un nuevo caso que tengo entre manos?- le propuso a bocajarro, sin pensárselo dos veces el viejo a sabiendas de que aquello podría ser el último caso que resolviesen los dos juntos.

Los ojos de Magdalena se agrandaron y una sonrisa bobalicona se apoderó de su cara, a la vez que dos lágrimas se le escapaban-.

-Creí que nunca me lo pedirías…pues claro que quiero…¿Quién es la víctima?, ¡a por ella…!.

-Se trata de un chico a quien su padre de adopción sometió a abusos sexuales…se llama Sergio, y en contra de lo que como yo en un principio puedas estarte imaginando, es alegre, sonriente, y con una elevada inteligencia. Se está abriendo poco a poco y es para mí alguien especial, me recuerda los malos tratos que yo m ismo sufrí de pequeño a manos de mis

hermanastros, claro que yo no recuerdo haber sufrido abusos sexuales. Lo que no dice nada, pues a veces como hemos podido ver, la mente borra todo recuerdo dañino y no reaparece hasta pasado u tiempo, cuando el cerebro está preparado para solventarlo positivamente.

-Déjame verlo en el jardín, dile que una señora anciana desea hablarle de algo en lo que necesita su consejo.

-Magdalena, tu siempre tan enigmática, de acuerdo, te lo enviaré en unos minutos.

El viejo desando el camino y subió por las escaleras agarrándose a la baranda de madera desgastada ya por el manoseo continuo.-pensó en cuantos casos habían resuelto juntos como si fueran policías en el campo emocional, y sonrió comenzando a hablar en voz alta, sin que lo pudieran escuchar ya ni Rafael, ni Eloísa, ni Magdalena. En su cansado cuerpo llevaba aun las cicatrices de todo lo sufrido, y en su mente aun frescas las imágenes de lo acaecido, le torturaban más de una vez. Magdalena en su silla eléctrica y acompañada de Rafael se situó en un banco de madera banca enfrente de un parterre de hortensias que brotaban esplendorosas.

-¿Debo marcharme? Quizás el chico tenga reparos en hablar conmigo delante.-sugirió Rafael.

-No, tranquilo, no será la conversación que él espera, ni la que tú crees. Puedes quedarte, es más deseo que te quedes, así verás como muna momia como yo, es aun útil a la sociedad.

-No me gusta que se refiera a sí misma de esa manera tan despectiva, y ¡claro que es útil a la sociedad!. Pues faltaría más. Que no la vuelva a escuchar palabras tan duras…me disgusta.

-Bueno, bueno, no me riña más, que me echaré a llorar…no lo haré más se lo prometo. –le pasó la mano huesuda pero suave por la mejilla.

De la casa salió un chico rubio, alto y recto, que se acercó a los dos y se dirigió a ellos con absoluta educación.

-Me han dicho que querían verme, ¿les conozco?.

-No hijo, no nos conoces, pero yo a ti si, -le sorprendió al muchacho como era su intención-.eres Key, ¿verdad?.

-No señora, me llamo Sergio. Se equivoca.

-¡Oh, no!, no me equivoco nunca hijo, tu eres Key solo que aun no lo sabes. Ven siéntate con nosotros, este es Rafael, casi un ángel.

Sergio aturdido, y sin saber qué hacer, obedeció y se sentó con las piernas muy juntas al lado de Rafael, entre los dos. La miró como asegurándose de que estaba cuerda, y también para ver si la recordaba de algo, pero el análisis no obtuvo resultados positivos.

-Hace muchos siglos en la Inglaterra del rey Arturo, un caballero, recorría el reino en busca de Sajones que invadían regularmente las costas britanas cada primavera. Pero esta vez halló algo mucho más valioso. En la ribera de un arrollo, una mujer de cabellos dorados se lavaba la melena sumergiendo una y otra vez el pelo en las frías aguas. Brillaba como oro al sol, y eso es lo que le pareció al caballero. –la voz de Magdalena bajó de tono y se le acercó al chico para que solo él oyera lo que le iba a decir. La mujer, le miró a los ojos y él se enamoró en el acto. –volvió ahora a subir el tono de la voz. El caballero le preguntó su nombre y ella le respondió que se llamaba Felicidad. Que venía de un reino muy, muy lejano, de donde los hombres la habían expulsado para siempre. El reino se llamaba desesperación y decían las leyendas que quien caía en sus manos, era despedazado sin compasión. –Hizo el gesto de partir en pedazos algo imaginario- el caballero le ayudó a secarse el dorado cabello, y a cambio la dama le regaló un don.

-¿Qué le regaló?-aumentó la intriga de Sergio, y también la de Rafael, que miraba a Magdalena absorto.

-Le dio algo especial, le dio la capacidad de superar cualquier problema que la vida le plantease en cualquier momento y lugar, y le dio un nombre, le llamó, Key, que en inglés quiere decir llave, una llave que abriría toda cerradura. Tú, -le señaló a Sergio-eres sir Key, te he reconocido en cuanto te he visto, porque yo soy la dama Felicidad, a la que ayudaste.

-Pero yo no la he ayudado…

-Ya te dije antes que yo nunca me equivoco, tú sin embargo te equivocas de nuevo, al dejar que te ayude, tú me has ayudado a mí. –La anciana le sonrió y paso su mano por la mejilla tersa y suave del niño, que la miró agradecido. Nunca olvidaría este cuento que se convertiría en tradición familiar.

Pero fue Rafael quien aplaudió al terminar, mirando con profunda admiración el rostro envejecido de magdalena, que por un momento brilló con luz propia, y la vio joven y lozana como en sus mejores años. Ella tomó la mano del muchacho y la sostuvo entre las suyas acariciándola maternalmente. Sergio dejó que su faz brillase y la besó en la frente como lo haría un auténtico caballero medieval. Una relación especial se había creado para no romperse ya nunca. La comida con el grueso de los chicos de la casa y el viejo, resultó muy diferente a como se lo imaginaba Rafael. El orden llegó de forma instantánea, al sentarse el viejo al que todos respetaban y querían, algo mucho más importante si cabe que el respeto mismo. Las conversaciones de aquellos niños de edades tan distintas, le sorprendieron y en más de una ocasión hubo de verse preguntando sobre temas, que nunca sospechó serían dignos de tener en cuenta para mentes tan supuestamente tiernas.

El viejo sonreía en la cabecera de la mesa, y observaba cada gesto de Rafael así como la luz que desprendía la cara de Magdalena, rejuvenecida como si hubiese hallado el elixir de la eterna juventud, en ayudar al común de los mortales. A su lado le parecía la dama de algún cuento de fantasía en el que nunca muere la protagonista, y ella indiscutiblemente lo era. La noche transcurrió sin incidentes dignos de mención, y el alba le sorprendió a Rafael

con la luz del sol penetrando por la ventana de la habitación que le habían asignado contigua a la de Magdalena por si ella le necesitaba para algo. Pero Magdalena durmió sin necesidad de pastillas por vez primera y se despertó sin ansiedad, con sus nervios templados dispuesta a reunirse con los demás en el comedor para iniciar el día. Era uno de esos días en que todo parece diferente, y es que el espíritu de Jean Pierre le Monéc invadía cada actividad cada recuerdo, acaparándolo todo. Magdalena creyó oportuno relatar detalles que harían las delicias de los presentes en el acto, y que desconocían por no haberlo conocido en persona, o bien por no haberlos contado él mismo.

La casa apareció decorada profusamente, con flores en los jarrones de porcelana china, y alguien se había pasado con el ambientador, de modo que olía demasiado a lavanda. Más de una docena de varas de sándalo ardían por los rincones de la casa, y la alegría era como cuando los chicos se iban de excursión. Sin embargo esta excursión era a la parte trasera de la casa, al jardín que plantó el mismísimo Jean Pierre le Monéc. Eloísa vestida con un traje de chaqueta y falda a juego en color beige, se anudó un pañuelo de color crema al cuello y se perfumó con un frasquito que guardó en el bolso. Había preparado con la ayuda de dos de los muchachos un enorme pastel de chocolate decorado con nata que iba a hacer gritar de placer a los más golosos. Una vez que el desayuno concluyó todos se agruparon en el porche de la casa y Eloísa y el viejo formaron tres grupos para que se situasen en el lugar prescrito para ellos. El orden y el silencio le impresionaron a Rafael. Rodearon la casa y se alejaron hasta que un hermoso parterre de crisantemos anaranjados y pensamientos morados anunciaron la presencia de la lápida de la tumba. Una losa d mármol blanco tallada con las figuras de varios guerreros griegos en combate y un epitafio pensado por el propio finado, daban fe de que bajo ella descansaba en la memoria de Dios Jean Pierre le Monéc. Jesús de Montiel se distanció de los tres grupos y se dio la vuelta par aquedarse de frente a ellos. Su voz hizo un gallo al comenzar a hablar.

-Hoy estamos aquí reunidos para honrar a la persona que hizo posible que esta casa en la que todos los presentes nos hemos recuperado de nuestros dolores más profundos, existiese viendo la luz. No podemos darle las gracias en persona pues los muertos descansan y no son conscientes de nada, pero tenemos con nosotros a alguien que vivió con él muchos años, muchos casos, muchas penas…es Magdalena la abuela de la casa.-anunció a la antigua asistenta que fuera con el tiempo la mejor amiga de Jean Pierre le Monéc.

Magdalena se adelantó y apoyada en el bastón pareció que el mundo le pesaba demasiado, como si se le hubiese echado encima de repente. Tomó aire y se enderezó cuanto pudo, antes de hablar.

-Yo tuve, es cierto, el placer inmenso de conocerlo a fondo, pues hubimos de compartir como bien ha dicho Jesús de Montiel, casos terribles otros tiernos, otros…esos mejor no comentarlos ahora. Pero él siempre resultó un amigo fiel, un padre maravilloso del que deberían aprender los que tiene hijos propios, y un maestro. Sobre todo fue para mí un maestro. Una vez me dijo que me reñiría si me ponía trascendental en el aniversario de su muerte, pero no puede, ja ja.-Rió como quitándole hierro a la solemnidad excesiva del momento-.me comentó que deseaba escuchar la música desde la muerte, esa que él oía en su habitación y que se filtraba por la puerta por la que él-señaló a Jesús-, y ella- señaló ahora a Eloísa-, subieron a pesar de estar prohibido. Creen que no me entero de nada, -guiñó un ojo- pero lose todo todito…he traído conmigo esa música y es su deseo y el mío que suene en su honor. –y sacando un discman pulsó el botón y comenzó a sonar una suave melodía que les trajo el recuerdo vívido de su presencia. Tras el emotivo acto, dejaron ramos de flores sobre su lápida y le prometieron a su memoria que jamás traicionarían su legado. La comida resultó un acto lúdico en el que los restos del pastel de Eloísa dieron fe de que la fiesta había terminado bien.

CAPITULO XVI

LAS SIETE MUERTES DE UN HOMBRE

El libro apilado en sendas torres, destacaba por el número de ediciones que llevaba siendo editado, cien. Nunca un libro tan especial en su género había despertado tanto interés en el gran público, como lo había hecho aquel. Le solicitaban para dar conferencias en casas de cultura, en foros de alcohólicos anónimos, en universidades, en centros de reeducación , incluso le pedían consejo por correo electrónico y por carta, tenía de hecho miles de

ellas para leer.

El nombre de Jean Pierre le Monéc era ya internacional y su cuenta bancaria rebosaba como nunca. Era hora de poner en marcha el proyecto más ambicioso que había soñado jamás. Quería montar una casa en la que por fin los niños maltratados tuviesen su refugio, sin las normas rígidas que poseen las casas del estado. Su agente Joan Miralles se encontraba absolutamente satisfecho con haber representado a tan importante escritor, que le estaba dando dividendos muy sabrosos. La televisión le había llamado para que llevase consigo a su representado, el tan afamado Jean Piere le Monéc. Era la prueba de fuego para el escritor y su consagración ante millones de personas.

-Mañana, -le comentaba su agente,-iremos a Telenova, en el canal nueve, para que te entreviste Miriam Sóen, la famosa reportera que entrevistó al presidente de los Estados unidos Milton Haverth. Sus preguntas aun resuenan en la mente de los espectadores que tuvieron la oportunidad de escucharla en directo.

-Como tu digas, ya sabes que yo de estas cosas no sé nada…aunque debo de decir que me asusta un tanto el no saber qué preguntas me hará en directo.

-No te preocupes por nada, yo me encargaré de filtrar las que no te convenga responder, cediendo en las que tienen más gancho, pero que no perjudiquen en modo alguno tu imagen.

-¡Uf!, se me forma un nudo en el estómago, no lo puedo evitar. Este libro era algo testimonial, y se ha convertido en un best seller, de los más vendidos en Europa.

-Así son las cosas en el mundo editorial, unas veces escribes una maravilla y pasa completamente desapercibida, y otras como es el caso, se convierte en la estrella de las novelas en el país primero, y en el resto de los estados europeos más tarde.

El edificio del canal nueve de Telenova, se elevaba por encima de sus compañeros enmarcando una fina línea entre la autopista y los verdes prados que contrastaban vivamente. Sus ventanales brillantes cerraban en un rectángulo perfecto sus veinte plantas orgullosas como pescuezos de aves. Sus "ojos" veían más allá de lo que el horizonte mismo era capaz de mostrarle a quien miraba atentamente. El coche que enviase el canal de televisión desembarcaba a Jean Pierre le Monéc en la puerta del edificio. Un sonido metálico le indicó que el auto se marchaba dejándole con su agente y la entrevistadora que le esperaba en la décima planta.

-Tranquilo, tienes que demostrar seguridad, y aplomo. Yo me sentaré cerca y te iré diciendo lo que debes y lo que no debes responder, si es que es necesario. Si ella resulta como yo creo que será discreta, no hará nada que no sea mantenerme en la sombra.

-Miriam Sóen tecleaba en su ordenador con la mirada fija en la pantalla y los ojos enrojecidos. Levantó la vista y al verlos en la puerta que se abrió para dejarles pasar con un suave deslizamiento, se dirigió a ellos con una amplia sonrisa en los labios y se atusó el pelo echándoselo hacia atrás. Estaba acostumbrada a recibir a personalidades del mundo editorial, político y cultural a menudo. Aunque no por eso menospreciaba a quien en apariencia solo era un advenedizo en la disciplina en la que triunfaba.

-Me alegra tenerles aquí…pasen y acomódense, enseguida les atenderá un compañero en la cabina de maquillaje y les prepararán para la entrevista, tenemos media hora, entretanto terminaré de pasar a limpio las preguntas. He tenido una nochecita de esas terribles, en las que no es posible dormir, y estoy agotada.

-No se preocupe esperaremos, no tenemos más que hacer esta mañana. –Le respondió Joan Miralles, que se sentían feliz de que uno de sus representados llegase por fin a la cima del éxito.

-¿Tú crees que esto va a salir bien?. Mira que es la primera vez que me enfrento a una cámara de televisión…-dudó Jean Pierre.

-No pasa nada, es como cuando has estado en la radio, solo que un cámara, del que te olvidarás pronto, te seguirá con el aparatito para sacarte planos. En cuanto mires a la entrevistadora. te olvidarás de todo es como has podido ver una belleza…así que dudo que te des cuenta de nada que no sea lo que ella te pregunte.

El trabajo de los que allí iban y venían era en verdad estresante, ninguno de ellos se sentaba a descansar ni un momento siquiera. Los ordenadores echaban fuego, Jean Pierre estaba seguro de que en un par de años tendrían que cambiarlos todos. Tres empleados pasaron a su lado cargados con las cámaras, camino del plató en el que Jean Pierre creyó que sería entrevistado él. El ajetreo era tal que en ningún momento dudó de que Miriam Sóen estuviese diciéndoles la verdad respecto a la noche anterior. Un empleado de la emisora se dirigió a ellos y les pidió que le siguiesen. Ante ellos un enorme plató se abrió a sus ojos como un mundo aparte. La presentadora sonreía a uno de sus invitados al que despedía con gran amabilidad. El cámara le hizo una seña y ella sin mirar supo que estaban allí. Le pidió al público que no cambiase de canal durante la publicidad, y les explicó que a la vuelta entrevistaría al más famoso escritor del momento. Una luz verde se encendió y ella se levantó de la mesa. Se acercó a ellos y les saludó efusivamente.

-Me alegra teneros aquí, especialmente a él, –miró a Joan Miralles con complicidad-dentro de diez minutos entramos en antena, y hablamos de ese magnífico trabajo que has publicado.

-Como tu mandes, eres la jefa…-le sonrió seductoramente Jean Pierre-. Ella rió de buena gana por la ocurrente respuesta y le pidió con dos dedos en los labios silencio, mirando a la mesa en la que ya dejaban los papeles de Miriam Sóen delante de su silla.

Les hizo un gesto y todos se situaron donde les acomodaron los auxiliares del plató. Las cámaras hicieron unos planos de comprobación, y con el pulgar en alto dieron su visto bueno. A lo que Miriam respondió con idéntico gesto.

-Señores, hoy tenemos ante nosotros a un hombre que en contra de lo que todos desean, ha dedicado su vida a los demás. Pero lo ha hecho de una manera digna de ser considerada como especial, y única me atrevería a decir yo. Con todos ustedes el escritor, Jean Pierre le Monéc.

La cámara le enfocó directamente y Jean Pierre con el rostro sonriente saludó a su anfitriona.

-Buenas noches Miriam.

-Antes de nada tengo que hacerle una pregunta señor le Monéc, me lo han pedido encarecidamente, antes de venir al programa. Es ésta: ¿Cómo se le ocurrió esta genial idea?.

-Verá, yo siempre he colaborado con ONGS que se dedican a ayudar a niños maltratados y en alguna ocasión también a mujeres que sufren la violencia llamada de género. Pero me he sentido un poco impotente, al no colaborar más que con frío dinero. Es por eso que decidí hacer algo que ayudase más directamente a los chicos, escribiendo sobre esta casa de acogida imaginaria.

-Una casa de acogida que en poco o en nada s parece a las demás que estamos habituados a ver en nuestras ciudades. –Añadió Miriam que veía como la entrevista fluía de modo natural.

-Sí, es cierto, ya que en esta casa no solo es que lleguen los muchachos por un tiempo, sino que se quedan a vivir para siempre si ellos lo deciden así.

-¿Quiere decir que los niños son los que deciden si se quedan?, ¿a pesar de ser menores?.

-Sí, de nuevo sí. En la casa hay unos estatutos que permiten a los niños por pequeños que sean decidir al respecto. Tiene un voto el estado que

se ejerce por medio de la asistenta social, delegada a tal efecto por la comunidad, otro lo tengo yo, y el tercero está en posesión de los chicos.

-Pero entonces se necesitan dos votos para hacer cualquier cosa…-se alarmó la presentadora.

-Sí, así es. Los niños tienen de esta forma una casa de la que no se les echa, como sucede con las casas tradicionales de acogida.

-Supongo que una casa así es del todo inviable…

-Es una novela claro está…pero es una maravillosa fantasía ¿no cree?.

-Desde luego que sí…pero me surge una pregunta que me viene a la mente al conversar sobre esta novela-la tomó en sus manos abriéndola por una página al albur-¿usted trasladaría a la realidad esta casa si fuera posible su realización?.

-Bueno eso sería maravilloso, ¿no cree?. Sí, si tuviese los permisos pertinentes y el dinero que se necesitaría desde luego lo llevará a la práctica, no lo dude.

-Este libro ya es un best seller en Europa y por supuesto en España. No obstante es de suponer que aun tendría que crecer para que el "proyecto" que se desgrana en la novela ofrezca visos de realidad. Señores del público, y ustedes que nos ven desde sus casas, -dice volviendo la mirada directamente hacia la cámara-yo les pido desde aquí que compren el libro de jean Pierre le Monéc y que así podamos ver el resultado de esta dulce locura que sería la casa de los niños.

Joan Miralles repasaba una y otra vez sus papeles sin encontrar aquella pregunta que se salía a todas luces del guión que se le diera

anteriormente. No obstante pensaba en cuántos libros iban a venderse desde aquella magnífica entrevista de Miriam Sóen.

Unos ojos desorbitados veían la entrevista en la televisión sin poderse despegar de la pantalla. Era Maria Luisa di Marinia, que reconocía a su hijo en el excéntrico escritor Jean Pierre le Monéc. Las Lágrimas resbalaban generosas por sus mejillas maquilladas, y el corazón le palpitaba a gran velocidad. Por fin había sabido que era de su hijo perdido por la perfidia de aquella mujer, que destrozó su familia de un modo irreversible, y que ahora sufría según ella su justo castigo en una silla de ruedas. No llamó a su marido hasta que estuvo segura de que era él.

-Alfonso…Alfonso…ven pronto por favor,-le pidió con la voz entrecortada y sollozando-es…es…nuestro hijo Ramón…-acertó a pronunciar.

-¿Qué dices? No puede ser…-se acercó al televisor sentándose al lado de su esposa.

Sus ojos dejaron escapar una lágrima y se encogió como si el mundo se le hubiese caído encima. No podía dar crédito a lo que sus ojos veían en la pantalla. Ramón di Marinia sentado frente a Miriam Sóen contestaba a todas sus preguntas sin dejar que la sonrisa se borrase de su cara.

-Parece feliz…-dijo Maria Luisa

-Sí, quizás más de lo que lo era junto a nosotros…

-No digas eso por Dios, que le dimos cuanto pudimos.

-Sí, menos nuestra confianza. -Respondió don Alfonso di Marinia-que es lo que más falta le hizo en aquel momento.

-Nosotros le educamos para que perdonase…debería hacerlo, al fin y al cabo somos sus padres, no tendría que guardarnos rencor.

-Le hicimos demasiado daño, y fuimos tan rígidos que no podemos esperar que nos perdone tan fácilmente, eso corresponde al ámbito de lo imposible…casi-se corrigió a sí mismo, con la esperanza de estar equivocado.

Maria Luisa di Marinia se limitó a llorar en silencio, y sus manos cubrieron su cara que comenzó a despintarse como una máscara de cera que se estuviese derritiendo. Su hijo…ya no alegraría aquella casa que le parecía ahora tan grande y siniestra, tan terrible era su soledad. Desde que Ramón había marchado para no regresar, su vida cotidiana se había trastocado de manera irrevocable, y sufría de accesos de tristeza que no controlaba. Cuando se hallaba en la intimidad de su alcoba, soñaba con que le perdonaba y con que todo tornaba ser como era antes de aquella desgracia que ella achacaba a Marisa Ordea. Pero despertaba a la cruel realidad que ella misma había contribuido a crear, con el rostro arrugado por el llanto y la mente cansada de ir y venir de un mundo a otro.

CAPITULO XVIII

EL LIBRO DEL DOLOR

En los días que siguieron a la entrevista las ventas se multiplicaron de tal forma que los medios de comunicación se hicieron eco de tal fenómeno que atribuyeron a la mediática Miriam Sóen y su capacidad de convocatoria. En España, se vendieron tres millones de ejemplares, algo que jamás se había dado con aquel género tan difícil de colocar en las librerías. En Europa avanzaba con mayor discreción, a pesar de que ya contaba el libro con un millón y medio de ejemplares en manos de los lectores, que veían que por fin un libro hablaba por boca de quien no puede siquiera gritar. Joan Miralles con el rostro resplandeciente, se felicitaba por su decisión de representar a aquel escritor que a partir de entonces llegaría a donde quisiera. Solo esperaba que no se contentase con lo que había conseguido, y continuase escribiendo otros libros que el colocaría en el mercado con toda seguridad en las mejores editoriales. Tenía ofertas de editoriales en un taco sobre su mesa, cosa que jamás había ni osado soñar. Tenía problemas para decidir se a favor de una u otra, y cuando le decía a su representado sobre qué era lo que él deseaba, éste le contestaba que lo que el hiciese sería lo mejor, ya que el no conocía ese mundillo. Jean Pierre le Monéc vivía su momento de gloria y su mente viajaba lejos, a un submundo en el que una mujer le miraba con admiración casi idolátrica, era el rostro de Cheta Chesten, que lloraba en su imaginación al verle triunfar. Un sentimiento agridulce invadió su cuerpo, creando en él una paz que superaba toda otra sensación.

Madrid le parecía en aquellos momentos una ciudad que se tragaba a sus hijos, como el mítico dios Cronos, y se sentía muy pequeño al lado de quienes publicaban obras de distintos géneros, a sabiendas de que su público

compraría sus libros, sus historias sin dudar. Paseaba por la Castellana con aire distraído, cuando tropezó con una mujer de pelo muy rubio y aspecto de extranjera. Le pidió cortésmente perdón y ella le sonrió mirándole con interés.

-Creo que le conozco de algo, pero ahora mismo no se…-le confesó utilizando un tópico que se repetía a menudo.

-Puede ser, soy escritor y mi libro se vende en todas las librerías, quizás vio una de mis fotos.-Reconoció él humildemente.

-¡Claro! Usted es Jean Pierre le Monéc, el famoso escritor que acaba de publicar "Las siete Muertes de un Hombre" es un libro fabuloso, lo tengo en mi mesilla de noche,¡ pena! me hubiese gustado que me lo firmara.

-Pues es algo fácil de solucionar, quedamos mañana y se lo firmo,-se oyó decir sin creerse a sí mismo.

-¡Oh!, ¿de veras haría eso por mí? Serría estupendo –deslizó la erre.

-Eso está hecho, ¿Qué lugar le vendría bien? tengo poco que hacer mañana…

La mujer que no se creía la suerte que estaba teniendo, agrandó sus ojos azules y se echó hacia atrás el pelo en un gesto de inseguridad que sin embargo gustó sobremanera a Jean Pierre.

-Pues…pues en la cafetería del "Thissen", ¿cree que…?.

-De acuerdo mañana a las tres y media en el Thissen.

-Allí estaré no lo dude. Por cierto me llamo Diana Danston, de Masachussets. –Le extendió la mano para presentarse formalmente.

Jean Pierre la estrechó con fuerza y sonrió como hacía demasiado tiempo que no hacía. No sabía por qué, pero le agradaba su presencia y necesitaba conocer gente nueva si quería iniciar una vida, diferente a la que llevaba de ermitaño en medio de la nada. El museo hervía de gente que de todas las nacionalidades e idiomas, creaba un flujo permanente que le pareció a jean Pierre la sangre de unas arterias, por las que circulase un torrente de diminutas figuras ansiosas de absorber algo de la belleza que allí se colgaba, en cuadros y esculturas. Diana llegó cinco minutos antes de la hora y Jean Pierre le ofreció su mano.

-¿Qué le parece si comemos algo en la cafetería y le firmo entretanto el libro? así será más distendido y podremos conocernos un poco mejor.

-Me parece bien, -asintió con la cabeza Diana.

Jean Pierre escogió una mesa en el centro de la cafetería y ambos se encaramaron a sendas banquetas que de un diseño ultramoderno les dejaba en el aire prácticamente. Diana pidió una cerveza y jean Pierre un refresco de naranja, y frente a frente Jean Pierre se dispuso a conquistar a aquella mujer que desprendía una energía vital contagiosa.

-No creas- le tuteó mientras le firmaba el libro-que hago esto con todas mis fans…ha sido algo…¿cómo diría ?, ¡puntual!.

-Ya me imagino que no, de lo contrario no dispondría de tiempo para escribir esas maravillosas novelas.

-Bueno solo he escrito una, en realidad no soy escritor, también es algo puntual.

-Vaya veo que haces muchas cosas puntuales –rió de buena gana ella –yo pienso que sí que eres escritor, ya que escritor a mí en la universidad, me dijeron que eran los que escribían, y más aun los que publicaban…y esa novela suya traerá otras tan buenas sino mejores, seguro.

-Gracias por tu apoyo y consideración, pero no creo que me ponga a escribir de nuevo otra novela, era algo…

-Ya sé, puntual-se echaron a reír los dos.

-Me repito más que un loro, impropio de un buen escritor ¿ves?.

-No te quites méritos que te los has ganado, casi todos los que se dedican a esto lo que buscan es enriquecerse, sin embargo tu lo haces por ayudar a quien no puede ayudarse así mismo. Estuve viendo la entrevista que te hizo Miriam Sóen en el canal nueve, y me hiciste llorar. Es tan humano eso que dijiste de poner por escrito lo que otros no pueden gritar…

Jean Pierre le dedicó unas palabras afectuosas, que le salieron de dentro, y le entregó el libro.

-¿Puedo leerlo? –lo estrechó contra su pecho en un gesto de posesión valiosa.

-Por supuesto, claro, adelante.

Ella con reverencia abrió la primera página y tras mirarle nerviosa, leyó en voz alta:

-"Para la mujer que me trajo un soplo de aire fresco, en medio de la tristeza que dominaba mi alma. Que disfrutes de estas historias que te harán llorar y no por eso serás menos…"

-No has concluido la frase, -le miró a los ojos con la sed en ellos reflejada.

-Es porque no quería resultar cursi, pon tu lo que desees.

-No…prefiero dejarlo así ya me lo terminarás cuando nos veamos en otra ocasión. Porque nos veremos más veces ¿verdad?.

Algo en el interior de jean Pierre se desgarró en mil pedazos, y sintió que un muro de hielo se fundía dentro de él. Deseaba tanto como ella verse otra vez, y su corazón galopó por una llanura interminable que le hizo nacer un sentimiento olvidado, roto desde tanto tiempo atrás. Aspiró el aire como si le faltase y se limitó a sonreírle.

-Claro que sí, cuando te venga bien comemos o algo…

-Si me das tu teléfono te llamo y quedamos ¿ok?-le ayudó ella al ver que no acertaba a concretar una fecha ni un lugar.

Jean Pierre sacó su agenda y le entregó una hoja de papel con el número de su casa y el de su móvil. Ella le escribió el suyo en una servilleta del bar y la dobló antes de dársela.

-Ha sido un encuentro maravilloso, desde luego, ahora sintiéndolo mucho he de irme.

Antes de darse cuenta, Jean Pierre estaba solo en el centro de la cafetería como un colegial abandonado en su primer amor. No supo si ella se había sentido decepcionada, o si en verdad tenía que irse. Cuando logró calmarse y respirar regularmente, se acomodó en la barra y sonrió bobaliconamente. Tras aquella primera cita vendrían otras muchas, y Diana, se mostraría interesada en aquel hombre misterioso y profundo, que se dedicaba a labores que decían mucho de su persona. Siguieron más entrevistas en radio y televisión, así como en prensa, que le destacaba como el altruista de aquel año. Las ventas de la novela se multiplicaron y se vio llegado el día de aparecer de nuevo en el canal nueve, para agradecer a su presentadora, y por supuesto al gran público el apoyo dado a su libro. Miriam Sóen recibía a jean Pierre como a un viejo amigo, al que no se ve desde hace tiempo. En el plató dieciocho, todo estaba preparado para que se desarrollase la entrevista más y mejor publicitada de todas las que había realizado ella, la presentadora más famosa de la televisión nacional.

-¡Cuánto bueno por aquí!.Me alegra veros de nuevo…seguro que tenéis mucho que contar hoy en directo. Estaremos conectados a tres emisoras más de televisión, que desean dar a conocer a sus espectadores, el resultado obtenido por “Flores de Invierno”.

-Nosotros somos los que hemos de agradecerte tu apoyo, y publicitación de la novela, sin la cual no hubiésemos alcanzado el éxito actual…

-¡Bah!, ¡bah! ,¡bah!, sin mí lo hubieseis conseguido igualmente, me satisface saber que he colaborado en tan magna obra. Ahora tenemos que prepararnos para entrar en directo dentro de…-miró el reloj de oro que lucía en su delicada muñeca-veinte minutos. Os dejo tengo que entrar para hacer el anuncio-les saluda con afecto palmeándoles en el brazo.

-¿Estas tranquilo?, este es tu momento de gloria más álgido…debes

responder con templanza.-le aconseja Joan Miralles su representante.

-No te preocupes estoy bien, a mira por ahí llega Diana, me dijo que llegaría a tiempo, y ha cumplido-sonríe satisfecho.

Diana cariñosa le saluda con un beso en los labios y le limpia el carmín de ellos, dirigiéndose a Joan al que da dos besos en las mejillas.

-¿Qué tal va todo? ¿Cuándo entráis? he venido a carrera, creí que no llegaba, ¡que nervios!.

-Tranquila quedan veinte minutos para que nos maquillen y salir a plató.-le calma Jean Pierre-. Miriam es toda una profesional, y muy modesta diría yo…en fin que esto ya está en marcha.

Miriam salió del plató y se metió saludando de paso a Diana con un gesto de la mano, en otro camerino para que le corrigiesen el maquillaje. La publicidad se escuchaba desde donde se hallaban los tres, y dos esteticistas les llamaron para prepararlos. En el camerino que se les asignó los comentarios, las felicitaciones y las preguntas les asediaron de continuo, mientras manos expertas les acondicionaban el rostro a fin de protegerles de las potentes luces y dar de ellos una buena imagen. Ya en el plató Miriam se situó en medio flanqueada por Jean Pierre a su derecha, y Joan a su lado, y a su izquierda Diana a la que había propuesto participar en la entrevista para mostrar al público como era en su vida privada el escritor de fama. Charlaron animadamente, mientras la publicidad tocaba a su fin, y cuando un cámara les indicó que se hallaban en el aire, todos callaron para dejar que Miriam presentase a sus invitados de aquella noche.

-Hoy estamos en compañía de nuestro escritor más conocido en el mundo editorial de este año, y que regresa a contarnos como prometió como le ha ido con las ventas de su libro-lo mostró a cámara-“Flores de Invierno”. Buenas noches Jean Pierre le Monéc, se bienvenido al canal nueve de la televisión.

-Buenas noches Miriam, y buenas noches a todos los que nos ven desde sus casas. Estoy muy contento de encontrarme aquí con vosotros, y sobre todo por la razón que…

-Bueno, bueno, no adelantemos acontecimientos, primero dinos, te tuteo, ¿no te importa verdad?, en que proyecto estás trabajando en este momento. Me refiero a qué estás escribiendo ahora.

-Sí, por favor de tú que resulta más cómodo para todos. Pues estoy trabajando en un libro, que habla de cómo se puede recuperar a niños maltratados y a mujeres maltratadas, que sufren de baja autoestima, y lo he novelado para que resulta agradable de leer.

-Vaya, veo que te ha entrado el gusanillo de escribir más. Temíamos que lo dejases tras este éxito inicial.

-La verdad es que esa era mi intención en un principio, pero visto como va el tema, prefiero seguir, porque resulta un medio extraordinario para solucionar problemas, con el que nunca creí llegar a tanta gente.

-¿Tu agente te empuja a escribir?. No quiero que me riña después pero me pregunto si el tema crematístico tiene algo que ver con tu decisión de continuar escribiendo, o solo se trata de seguir con esta obra colosal que se ha iniciado con tu libro-lo volvió a mostrar a cámara.

-Lo cierto es que el dinero siempre importa, sería un cínico mentiroso si no lo reconociese, pero no se trata de ganar una fortuna, sino de que esa fortuna redunde a favor de quienes están carentes de todo lo necesario para una vida feliz, en la etapa de su vida más importante.

-Eso dice mucho a tu favor, y desde luego le pido disculpas a usted señor Miralles si le he ofendido con mi pregunta.

-Por favor tráteme de tu, y no en modo alguno me parece desconsiderado que me pregunte o le pregunte a él por lo que considere adecuado. Yo debo decir que nunca me había ocurrido una experiencia similar, y que estoy alucinando con el resultado del libro. Las ventas, y con la personalidad de Jean Pierre le Monéc.

-Gracias por su amplia colaboración como representante, y supongo que el público estará preguntándose quién es la señora que se sienta junto a mí en esta entrevista, aunque habrán supuesto que se trata de la pareja de jean Pierre. Buenas noches Diana, cuéntanos como te viste inmersa en esta aventura altruista en la que tu pareja se ha metido comprometiéndose hasta el fin.

-Buenas noches Miriam, gracias por permitirme estar con vosotros, dado que el protagonista es por supuesto Jean Pierre. Lo conocí por casualidad, como sucede con todas las cosas buenas que la vida provee, y nos citamos en el museo Thissen, para vernos algunas veces. Coincidimos en casi todo lo que se refiere al enfoque que ambos le damos a la vida, y…aquí estamos desde entonces colaborando en la sombra.

-Contigo se cumple el tópico de que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer…

-Pues he de decir en honor a la verdad que no. Yo soy una colaboradora reciente, y me veo formando parte de esto sin ser una pieza importante.

-Tu modestia te honra Diana, y dice de jean Pierre, lo buen sicólogo que es, y como ha sabido escoger a su pareja. ¿Habrá boda pronto?

-Bueno creo que la habrá pero sin prisas. Ya que los dos creemos en el matrimonio, y somos adultos para ir creando una relación sólida de pareja, que resulte en un matrimonio de éxito. Y sí, debo decir que es un gran

sicólogo, de eso no me cabe la menor duda.

Avanzaba la entrevista y los telespectadores comenzaban a inquietarse en vista de que no le preguntaba por la única pregunta cuya respuesta ansiaban conocer. Miriam, se lanzó a ello, y se dirigió a jean Pierre.

-Los telespectadores, están ansiosos por conocer la respuesta a esta pregunta, que he dejado para el final. ¿Vas a convertir en realidad la casa del libro?, ¿vas a construir esa casa para los niños en cumplimiento de la promesa que nos hiciste aquí en la anterior entrevista.

-Sí, estoy ya de hecho construyendo la casa, y poseo ya en mi poder los permisos necesarios, para abrirla en cuanto esté concluida. La asistencia social de la comunidad, ya prepara los primeros niños para que vivan en la casa, y los recibiremos a más tardar a finales de Agosto, o mediados de Septiembre.

Un aplauso general, atronó el plató e incluso los cámaras se involucraron en él, sacando los colores a jean Pierre. Momento que aprovechó Miriam, para felicitarle.

-Tengo que decir, -habló Jean Pierre-que sin la colaboración del público esto no sería posible, y que ellos son también los protagonistas de esta casa en la que serán bien recibidos siempre. Se han vendido,.

-Atención al dato-anunció enfatizándolo Miriam.

-Catorce millones de volúmenes, con lo que sobra para realizar el proyecto y garantizar su continuidad por muchas generaciones, ya que será para la casa.

Una exclamación acompañada de silbidos, ascendió al aire como

muestra del asombro general.

-Así pues lo que en un principio era tan solo una idea para un libro, se ha convertido en algo real, que puede y de hacho va a proporcionar felicidad a muchos niños que sufren el maltrato de quienes deberían protegerlos y no lo hacen.-Aumentó Miriam el interés de la audiencia televisiva.

-Sí, y todo gracias a este programa y al público que me ha hecho este encargo tan particular. Estoy, lo reconozco, emocionado y ansioso por dar comienzo a este proyecto que ya tiene visos de realidad y que se alzará por encima del dolor de tantos niños que se sienten desgraciados.

-Señor Miralles usted es parte integrante de este proyecto. ¿Qué le parece todo este lío que se ha montado en torno a su representado?.

Joan Miralles que se había visto relegado a un segundo plano desde que diera comienzo la entrevista sonrió abiertamente y se dispuso a responder.

-Verá esto no suele ser lo habitual en un escritor que alcanza la fama, y que lo que pretende, muy loable por otra parte es llegar a cima del éxito. En este caso me siento como la locomotora de un tren imparable que avanza a toda velocidad por las vías sin posibilidad de retroceso. La emoción embarga a cualquiera que se vea envuelto en algo tan grande.

-Supongo que usted que tiene su parte de ganancias provenientes de ese tren, participará en esto…

-Ja ja ja ja, sí, no se preocupe señorita Miriam, yo desde el primer momento, he unido mis fuerzas a las de mi representado, a fin de ayudar en todo lo posible, y para ser sincero, ha de decir que hay para todo, me explico, no nos vamos a arruinar por dedicar incluso dos tercios de lo ganado a la casa de los niños.

-En mi caso, y a pesar de que no poseo una fortuna, participaré en el proyecto con una cantidad que discutiremos más tarde, no quiero ser la que embarque a todos en esto y luego se quede en tierra-se rió de sí misma.

-Si se me permite, -habló Diana –es menester decir que aquí en esta casa caben todos los que decidan hacer alguna contribución y que si se supera lo necesario se abrirán dos en vez de una.

-Esa pregunta era justo la que yo le iba a hacer a su marido señora Le Monéc., pero me satisface que lo haya hecho usted motu proprio.

La entrevista duró aun media hora más y tras ocupar el protagonismo la publicidad de nuevo, salieron afuera del plató charlando entre sí de la casa más famosa de España.

CAPITULO XIX

EL AYER

-Ay Alfonso…que emocionante resulta ver a nuestro hijo en la televisión, y que frustrante no poder abrazarlo –comenzó otra vez a llotrar Maria Luisa di Marinia.

-Sí, pero acostúmbrate a verlo de lejos, no regresará a casa nunca, y es culpa de unos padres como nosotros, que no hemos sabido apreciar lo que teníamos en casa.

-No seas tan cruel Alfonso, una madre sabe de estas cosas y sé que retornará a casa en cuanto supere el trauma que le causamos con la…

-Dilo querida, dilo y te quedarás mejor, EXPULSIÓN. Lo expulsamos de casa sin darle la ocasión de hablar, bueno el dijo lo que tenía que decir pero no le escuchamos…

Maria Luisa di Marinia sollozó y se tapó la cara con las manos retirándose.

No muy lejos de allí una reacción bien distinta se producía en casa de Ana, que delante del televisor se alegraba por su amigo, siempre preocupado por los demás y que ahora en una situación desahogada veía cumplidos sus sueños de ayudar a quienes más indefensos estaban. Una copa de champán era alzada ante la pantalla y con una sonrisa de oreja a oreja brindaba por el éxito seguro de la casa.

-Te lo mereces por buena persona y por luchador amigo mío, adelante a triunfar que ese triunfo es de quienes lo necesitan, no de un solo hombre que deseara dinero ante todo. Por ti –elevó la copa para derramar un poco en su garganta.

Ana se preguntaba si algún día sería capaz de perdonar a sus padres y reconciliarse con ellos. Era el único defecto de personalidad que tenía Ramón, era rencoroso, muy, muy rencoroso si se le hacía verdadero daño. Ella poco podía hacer al respecto, lo había intentado pero su espíritu quebrado en el pasado no se había logrado reponer del sufrimiento, que se pegaba a él como una peste negra que lo laceraba. Tenía la secreta esperanza de que todo convergiese en un perdón y las aguas volviesen a su cauce algún día…Tenía una cita y estaba vestida para la ocasión. Un traje de noche negro, con un collar de perlas australianas, regalo de él, rodeándole el cuello, así como un bolsito pequeño, recubierto de lentejuelas también del mismo color negro. Se echó un chal rojo oscuro sobre los hombros y se dispuso a salir en busca de su felicidad por tanto tiempo pospuesta. Abajo en el coche le esperaba un hombre que era en todo distinto a su anterior marido, cruel y violento. Ahora por fin volvía a sonreír y al mirarse en el espejo vio a una mujer diferente a la que de habitual vivía en aquel apartamento, solitario y triste. Aun una tercera persona meditaba sobre los acontecimientos acaecidos tiempo atrás y se decía:"Si el tiempo volviese atrás le diría que le quería, que me moría de celos cada vez que una mujer le miraba con interés, que…-las lágrimas resbalaban por las mejillas de Marisa Ordea, mientras aparentemente observaba el exterior por el ventanal que daba al jardín, en el que su sufrida madre la dejaba un par de horas leyendo. Había madurado demasiado tarde y no podía desenredar aquella madeja que era la vida misma y que la ataba a una silla de ruedas de la que le iba a costar salir, si se daba el caso. Cuando salía con él, merendaban en una colina desde la que se veía la ciudad de Gijón como si de una maqueta se tratase. Las luces le daban una imagen fantástica y tintineaban como luciérnagas en el manto oscuro de la noche. Ella se acurrucaba sobre su pecho, y mimosa dejaba que le susurrase palabras dulces al oído. Nunca volvió a sentir aquello. ¿Qué sucedió para que terminase aquel idilio que todos auguraban concluiría en matrimonio?, se lo había preguntado muchas veces, y ahora por fin comprendía lo que le había asustado, Ella era demasiado egoísta como para estar dispuesta a compartir su fortuna y su tiempo con extraños que le robasen tiempo y mimos. Cuando un día el le comentó que tenía en proyecto una ONG que dirigiría para extenderla por todo el país ella le dijo que eso era una tontería que mejor se lo gastaba en llevarla a ella a un país exótico, donde estuviesen solos sin estorbos. El se quedó sorprendido, y poco a poco la llama del amor se apagó en su mente, que la comenzó a ver tal cual era una niña mimada y malcriada que solo pensaba en ella.

-Sí, tenía toda la razón lo era.-dijo en voz alta sin darse cuenta. Había perdido al hombre que amaba por puro egoísmo. Una vez le dijo él que el

egoísmo conduce a la pobreza. Ahora veía que de nuevo tenía razón en eso también, no había más que ver como había terminado ella, para darse cuenta de que el egoísmo le había precipitado en el abismo.

Marisa Ordea, luchaba ahora por sobrevivir y salir de aquella silla que se le antojaba una cárcel de hierro oxidado, que le atenazaba el alma. Aferró con fuerza los reposabrazos de la silla y clavó sus uñas en el cuero hasta que se le quedaron engarfiadas en ellos. Por primera vez en su vida iba a hacer algo que solo ella podía, y era salir de la silla lo antes posible. Quizás aun pudiera remediar algo del mal que había sembrado con tanto acierto. Llorar no le había servido de nada y solo el coraje iba a llevarle a algún sitio. Llamó a su asistente que temblaba cada vez que tenía que hacerse cargo de ella. Esta vez su voz sonó diferente y Pamela no sufrió la habitual ristra de insultos.

-Por favor Pamela –acarició su mano con la suya temblando-ayúdame a levantarme y a ejercitar estas piernas que me mantienen tullida. Sé que te trato mal, perdóname lo siento, es que estoy desesperada. ¿Querrás tener un poco de paciencia conmigo y ayudarme a hacer los ejercicios que me mandó el médico?.

-Claro señora, es mi trabajo, y lo haré gustosa, deseo que pueda levantarse de ahí y volver a ser la misma de siempre.

-No, Pamela la misma de siempre no, una un poco mejor. Un poco mejor al menos.

Pamela que era conocedora del temperamento de la Ordea, recordó la fábula del escorpión y la rana. “es mi naturaleza” le respondió el escorpión a la rana antes de picarle cuando esta le transportaba cruzándole el rio. No tardaría en darse cuenta de que quien es cruel solo deja de serlo cuando se encuentra en inferioridad. En cuanto se siente lo suficientemente fuerte, retorna a su crueldad habitual.

La casa era edificada con rapidez, y los huecos que la conformaban le daban una idea a Jean Pierre de cómo iba distribuirlos para aprovecharlos al máximo. Le gustaba ver como avanzaban las obras y Magdalena la asistenta social encargada por la comunidad de Madrid de colaborar con él, veía como sus ojos brillaban con la ilusión de quien ve cumplidos sus sueños. El capataz daba las órdenes oportunas y éstas se trasmitían de uno a otro a viva voz. Jean Pierre pensaba que "La casa de los niños" sería un nombre que indicaría la función que iba a desarrollar en un futuro. En medio de la sierra, el refugio en el que iba a colaborar SIGMO, la ONG vieja conocida de Jean Pierre, daría cobijo en un principio a más de quince muchachos, no eran muchos pero era solo el comienzo. Más tarde llegarían treinta, y luego otros treinta, y levantarían más pabellones a medida que le demanda creciese, aunque desearía que decreciese, claro está. Los medios de comunicación se mantenían informados del avance de la construcción, así como de las inversiones y permisos que s ele iban concediendo a Jean Pierre. Llegado el día de la inauguración todos los medios de comunicación del país enviaron a sus reporteros y cámaras, para que sus audiencias no se perdiesen el acto considerado más relevante del momento. Algunas televisiones francesas e inglesas también cubrían el acto, en el que jean Pierre se disponía a cortar la cinta roja y azul que simbolizaba la apertura de la casa. Su mano temblaba y cuando las tijeras cortaron el trozo de cinta, el sonido suave de la tela al rasgarse le pareció el más hermoso que jamás escuchase. Un aplauso generalizado resonó en el aire y los reporteros de los distintos canales, derrocharon palabras a favor de aquel acto altruista que se apoderaba del los corazones de quienes se sentían cerca de jean Pierre en su generosa acción.

Miriam Sóen, del canal nueve, tuvo la exclusiva de la primera entrevista que dio jean Pierre, y sentados en el salón de la casa que él le enseñó orgulloso después, seguidos por una cámara, le enseñó cada rincón cada habitación que vacía esperaba a su huésped para protegerlo como si del caparazón de una tortuga se tratara.

-Jean Pierre, ¿Cómo te sientes ahora que el proyecto acaba de pasar a ser realidad?, supongo que aun no te lo crees…

-La verdad es que necesito tiempo para asimilar, que se ha convertido en una realidad, que dará algo más que cobijo a una serie de niños que volverán a sonreír.

-¿Qué es lo primero que harás cuando las televisiones y las emisoras de radio te dejemos por fin tranquilo?-rió Miriam al decírselo.

-Pues me sentaré en algún lugar ay aspiraré ese aire a nuevo que se respira en cada rincón, ya que nunca más volverá a oler igual. Cuando se habite, el ruido y las experiencias que aquí se desarrollen le conferirán vida propia.

-¿Qué es lo que te ha resultado más difícil de conseguir?, ¿permisos, colaboradores,? dinero ya sé que son…-sonrió al decirlo.

-Lo cierto es que una vez que tuve el dinero necesario para llevar a cabo el proyecto, gracias a ti y al público que se volcó en él, todo hay que decirlo, todo rodó solo.

-Bueno pues enséñanos tu casa…-se levantó Miriam para dirigirse como estaba previsto a la escalera que comunicaba las dos plantas de la casa.

Los dos cámaras les siguieron escaleras arriba, hasta que jean Pierre abrió la puerta de la primera de las habitaciones. Una sorpresa esperaba a Miriam que creyó que vería las estancias decoradas con buen gusto y preparadas para recibir a sus especiales inquilinos. ¡Se hallaba vacía con tan solo unos somieres y un armario sin puertas!.

-Vaya pues creí que…

-Que ya estarían decoradas y amuebladas por expertos o algo similar ¿verdad?.

-Pues sí, la verdad…-se quedó mirando estupefacta.

-Es algo que se encargarán de hacer los niños que las ocupen cuando lleguen, será su gusto el que marque lo que se meterá en cada habitación, y así desde el primer momento su opinión contará en cada detalle.

-No dejas de sorprenderme Jean Pierre, debo decir-se dirigió a la cámara- que esto no me lo había dicho, y no estaba previsto…me ha dejado sin palabras y eso es francamente difícil en mí, ja ja ja.-rió abiertamente para eliminar el silencio que amenazaba apoderarse de una parte de la entrevista.

-Lo que ahora son paredes frías y blancas, se convertirán en acogedores cuartos en los que su inquilino tendrá su intimidad y vivirá de acuerdo a sus gustos.

Cuatro millones de telespectadores estuvieron pegados a la pantalla de su televisor, para ver cada detalle de la que era una idea innovadora en Europa y que daba un giro a las casas de acogida, en las que los muchachos tenían que someterse a duras normas y salir de ellas al cumplir la mayoría de edad. Los teléfonos de la casa no dejaron de sonar en cuanto estos aparecieron debajo de la imagen en las pantallas. Todo el mundo deseaba colaborar de alguna manera en la casa, y se ofrecieron más de ochocientas personas para trabajar en ella.

-Tengo que decir que algo que le interesa a los telespectadores son las dependencias privadas en las que vivirás.-le pidió con amabilidad Miriam Sóen.

-No tengo inconveniente en mostrarles donde viviré a partir de ahora largas temporadas. Sígueme y te enseñaré.

Subieron escaleras arriba y Jean Pierre se paró ante una sencilla puerta de madera, en la que metió una llave de estilo antiguo. Al abrirlo, un sillón orejero alto frente a una chimenea llamó la atención de Miriam. Una estantería repleta de libros alcanzaba el techo y una mesilla auxiliar

completaba el mobiliario.

-Dinos como es que has decorado esta habitación con tanto detalle. Parece que lo has dispuesto todo para que no se apodere el aburrimiento de ti en ningún momento…

Ja ja ja ja, -rió abiertamente- no tendré tiempo para mucha lectura, pero reconozco que es imprescindible para mí, y si dispongo de algún ocio, ese lo dedicaré a leer. He buscado más que algo estético, un lugar cómodo para que no me distraiga nada, y poder pasar horas en el.

CAPITULO XX

SERGIO, POR FIN

Sergio llevaba varios días en la casa, y cada vez le resultaba más extraño el nombre que se le daba."Casa de las Flores de Invierno"- se propuso preguntarle a Eloísa que no había sido tan terrible matrona como el creyera al principio, la razón de aquel nombre que se le antojaba cursi, y sin sentido. Eloísa estaba arreglando unos parterres de flores, hermosas gerveras de colores en la parte trasera del jardín. Cantaba alegre, sabiendo que los chicos a aquellas horas se encontraban en el colegio, y tan solo permanecían en la casa, los que se hallaban enfermos o con algún problema para enfrentar la escuela. Afortunadamente, solo uno recién llegado estaba en aquella situación, el otro era Sergio, que aun dormía con una fuerte gripe, que le retendría en cama otros dos días más. Se sorprendió de verle levantado al volver la vista.

-¿Qué haces levantado?. Debería sestar en la cama-le riñó con ternura de madre-anda ven, que me ayudarás a cortar estas malas hierbas y así dejarán crecer a estas flores que nos darán sus colores y alegrarán nuestros días.

-¿Por eso se llama la casa de las Flores de Invierno?.

-Vaya, pues sí que has tardado en preguntarlo…si no llegas a hacerlo, no podrías seguir en la casa-bromeó-. No, es broma claro, no, no es esa la razón, acércate y te contaré el porqué.

-Vale.

-Verás en el mundo en que vivimos, hay cuatro estaciones.

-Eso ya lo sé.

-Ya sé que lo sabes, pero quizás, y solo digo quizás, no sepas que las flores no solo florecen en primavera y verano.

-¿A, no? Yo creía que en invierno se morían por el frío…

-Pues no es así…hay flores de primavera, y de invierno, y las más bellas son las que nacen bajo el auspicio del frío, son más fuertes, con hermosos colores, y solo salen de una en una.

El muchacho se quedó estupefacto, y con la boca abierta y los ojos agrandados como platos.

-Por esa razón porque vosotros los que llegáis a la casa sois esas flores de invierno, bellas, fuertes, y con una poderosa personalidad, se llama en vuestro honor la casa de las flores de invierno.

Sergio pensó en la sabiduría que aquella mujer, que no sabía de donde venía ni quién era, albergaba en su cerebro lleno de curiosos conocimientos. A partir de entonces la miró con ojos de admiración y su actitud dio un cambio radical sin dejar eso sí de dar algunos problemas que tendrían que ser atajados con paciencia y mucho tiempo, como sucede a menudo con aquellos que

tienen más difícil la vida, por ser sus enemigos los de su propia casa. Pasear por cualquier sitio sin ser controlado a cada momento, era un riesgo que aceptaban tanto el viejo de la casa, como Eloísa, pero le llenaba de placer, y contribuía a que se sintiese más relajado, a disfrutar de tiempo para pensar en qué deseaba hacer, a donde iría cuando saliese de allí, y su vida le perteneciese. Tenía edad para darse cuenta de lo que estaba mal, y sobre todo de lo que estaba bien. No lloraba por las cosas terribles que podía ver en las caras de los otros niños, ni por el sufrimiento ajeno, ¡era tan familiar aquel dolor que no se apartaba de su mente ni de día ni de noche…!. Pero cuando se le tenía en cuenta, cuando lo encomiaban por algo bien hecho, se echaba a llorar. No sabía controlar la sensación de agradecimiento, de bienestar que se producía en su cerebro, cuando esto sucedía a pesar de que era a menudo.

El viejo solía pasear al sol, y se sentaba en un banco que ya se veía desgastado por el uso, y que mostraba donde el leía sus maderas despintadas. Las flores parecían inclinarse hacia aquel sitio en el que descansaba de sus obligaciones. En ese preciso m omento abría un libro que tenía a la mitad, y se zambullía en su aparentemente apasionante contenido. Sus ojos se esforzaban a pesar de tener como ayuda unas lentes de dorada montura, que colaboraban en que pudiese leer a su antojo siempre y cuando respetase la norma inflexible de hacerlo con luz natural. Sergio quería conocer mejor a aquel extraño personaje que tanto se le parecía, por eso de querer buscar la soledad en lugar de temerla. En cuanto le era posible escapaba de la marabunta que se formaba en el interior de la casa para dedicarse a la lectura. En esta ocasión y con el canto de los pájaros sobre su cabeza, se paró detrás del viejo Jesús de Montiel, esperando ser descubierto por él. En relidad Jesús ya le había visto venir, pero quería intrigado como estaba, ver hasta donde era capaz el chico de llegar y para qué. Al ver que los dos habían pensado actuar de igual manera, el viejo se volvió y le sonrió.

-Hola Sergio, ¿Cómo te va?.

-Bien, eso creo.

-¿Eso crees?. Hum…no sé, no sé, me parece que algo ronda tu mente y te cuesta decírmelo. Si te puedo ayudar…

-Pues el caso es que sí. Me gustaría saber cosas de usted.

-Huy me tratas de usted, que mal. Me recuerda lo viejo que soy-le volvió a sonreír.

-Lo siento, es que…

-Oh no, no te tienes que disculpar, soy viejo es por eso que no lo quiero reconocer, nos pasa a todos los que pasamos de cincuenta, ja ja ja. Pero dime qué quieres saber.

-En realidad algo sobre como llegaste a ser el viejo de la casa. Bueno ya me contaste algo…pero…

-Quieres saber más. No hay problema colega, es una historia que siempre me gusta contar, ya sabes las batallitas del abuelo, ja ja ja. Te contaré como tomé el mando y como me sentí al despedir al verdadero viejo de la casa. :

-"Aquel día –comenzó su relato con rostro serio,-la luz del sol como augurando una cosa terrible, dejó de dar su calor y los colores fueron grises y la lluvia apareció como si el cielo mismo llorase su pérdida. Estábamos todos consternados por la muerte de jean Pierre le Monéc. Se llamaba así ¿sabes?-le miró para ver el grado de interés que tenía en conocer la historia, y al verlo ensimismado prosiguió con su historia-lo enterramos en la parte trasera del jardín como era su deseo, para estar cerca de sus niños-. Se le humedecieron los lagrimales-formamos un círculo en torno al féretro en el que yacía, y cantamos con voz quebrada una melodía que le encantaba. Se encargó Eloísa que posee una voz privilegiada y con lágrimas en los ojos la coreamos, como buenamente pudimos. Después de aquello, me sentí solo y sin el apoyo de quien conocía al dedillo cada astilla de la casa, no en vano era su fundador. Eloísa me resultó de gran ayuda entre los dos compusimos un equipo que condujo a la casa a tiempos mejores pues la cooperación de estamentos sociales e institucionales se acrecentó, permitiéndonos crecer. La vida como la historia continuaba, sin detenerse por la muerte de un valor como el que

poseía aquel hombre llamado Ramón di Marinia, o como se le conocía en el mundo, jean Pierre le Monéc".

-Vaya, es increíble sí…-acertó a decir el muchacho que hasta aquel momento había creído que el gobierno era el único en dotar de instalaciones y asistentes sociales a las casas de acogida. Su mundo crecía sin él darse cuenta, y sus sentimientos hacia la casa se vinculaban como correas de fuerte cuero que se engarfiasen en al alma misma.

-Ahora ya me conoces un poco mejor, y tienes datos suficientes creo, para obtener respuestas con tu propia capacidad de deducción. Si deseas saber más dímelo y seguiremos hablando.-se enfrascó de nuevo en la lectura que había interrumpido Sergio con su presencia.

Magdalena había ido atrabajar el primer día a su nuevo puesto con los nervios clásicos que preceden a una nueva experiencia, y a unos nuevos compañeros que ignoraba si la aceptarían como una más. Le habían dicho que solían dar a las novatas, trabajos insulsos o monótonos en un principio, y que si los rechazaban, les daban los más complicados que nadie quería. Se preguntaba en que cuadro encajaría ella. Su mesa resultó estar enfrente de una ventana por la que la luz penetraba a raudales como si de ella dependiese la vida misma. Hacia un ángulo de noventa grados con la pared, y estaba algo apartada del resto de su compañeras, que solo eran tres y la señora de la limpieza que circulaba como reina y señora en medio del caos de dosieres y carpetas que se amontonaban sobre las mesas. Se acomodó en ella y comenzó a abrir los cajones que se hallaban vacíos depositando en ellos sus cosas.

-Los he vaciado esta mañana al saber que llegabas.-le habló desde detrás una voz masculina.

-Gracias –se volvió para ver quién era el que le daba la bienvenida de aquella manera tan sutil-. Soy Magdalena-le extendió su mano que él rechazó para darle dos sonoros besos.

-Yo me llamo Iñigo, y llevo aquí más tiempo dle que desearía.

-No parece una condena…

Los dos rieron con ganas y la tensión del momento desapareció. Desde aquel día Iñigo sería su tabla de salvación en numerosas ocasiones. Su mesa se encuadraba en el extremo opuesto, y quedó desierta dado que su dueño pasó desde entonces la mayor parte de su tiempo en la de ella.

-Hola, Magdalena ¿verdad?-le preguntó al llegar a su altura la jefa del departamento-ya veo que os habéis presentado ya…no te fíes de él es un playboy de cuidado-le miró socarronamente a Iñigo que le gustaba desde hacía tanto tiempo que ni se acordaba cuando comenzó la atracción, por su parte claro, ya que él parecía ignorarla por completo.

Iñigo obviando el comentario de su jefa, se limitó a sonreír y miró a Magdalena como no había mirado a ninguna mujer nunca.

-Verás creo que podrías comenzar por clasificar estos dosieres-depositó un taco de carpetas que semejaban pesar una tonelada-y extraer diez que creas que son susceptibles de ser enviados a casa de acogida por ser casos demasiado complicados como para quedarse en orfanatos, o en sus propias casas. Más tarde te explicaré las razones de esta tarea, cuando termines pásate por mi despacho, es el que está al fondo tras la cristalera.

-Vaya te ha tocado la casa de los niños, no está mal para ser el comienzo, pero no es ese loco altruista con el que me gustaría tratar a diario.

-¿Loco altruista?, ¿Quién es? Altruista y loco no me encajan mucho la verdad.

-Es un tío que está forrado de pasta y quiere, bueno ha creado en realidad una casa para niños maltratados. ¿No has escuchado nada en los medios?. Están dado una lata terrible con el tema. Bueno te dejo que eso te llevará horas y no quiero ser el causante de tu despido el primer día.

Magdalena pensó en que la suerte parecía sonreírla de frente aquel día en que iniciaba su trabajo, tanto tiempo deseado. Naturalmente que había visto las entrevistas a aquel escritor, que construía una casa donde daría cobijo a niños maltratados…era el tema de conversación de miles de personas a las que les interesaba aquella magnífica obra, de altruismo sin límites. Desde aquel momento solo pensó en conocer a Jean Pierre le Monéc. Se zambulló en las carpetas entresacando los casos que creyó de más difícil solución y también los que llamaban más su atención, a veces por la crueldad, otras por la ternura que emanaban. Hizo dos grupos con ellos, uno el de los desechados de momento, y el otro el que aglutinaba los que creía sería bueno enviar a la casa. Se preguntó si la jefa que no le había dicho su nombre, le dejaría ir a la casa a llevarlos, o por el contrario le encargaría el caso a otra mejor cualificada. Se propuso solicitar ser ella quien lo hiciese, y se envaró en su asiento, como dándose fuerzas para conseguir su propósito. La mañana transcurrió rápida y cuando habían pasado cuatro horas, se levantó para dirigirse al despacho de su jefa, en cuya puerta se leía :"Martina, jefa de departamento".

-¡Pasa, pasa!. –le concedió permiso para penetrar en su sancta sanctorum.- Estoy acabando con esto y enseguida te presto atención, siéntate por favor.

Magdalena se sentó con cuidado, como si lo hiciese sobre una docena de huevos, con miedo de reventarlos, y esperó paciente los diez minutos que Martina tardó en concluir.

-Bueno ya estoy contigo. ¿Ha sido muy difícil este primer contacto con las carpetas que dominan nuestra existencia? –bromeó en un intento de romper el hielo.

-No que va…me ha gustado de hecho hacerlo, de verdad. He separado en dos grupos las carpetas. Uno contiene a los que creo deberían a mi juicio ir a esa casa, el otro es el que contiene a los que pueden esperar un poco al

menos.

-Dámelos a ver qué opinión me merecen ambos.

Leyó y miró con suma atención cada caso, y asintió en cada ocasión con gesto de admiración. Magdalena que tenía los nervios a mil se retorció las manos y el tiempo se le eternizó.

-Mira Magdalena, creo que eres la más adecuada para llevar estos casos, tienes un don para saber quién necesita ayuda…me sorprende, porque casi nadie le presta demasiada atención a algunos casos, a causa de la dificultad que entrañan, y se los suelen encasquetar a quien se le pone cerca. ¿Comprendes?. Está bien, ahora a casa a comer, y a la tarde hablamos.-hizo ademán de levantarse.

-Perdona Martina, es que quería pedirte algo si te parece bien claro.

-Tú me dirás…

-Desearía ser yo quien llevase a esos niños a la casa, me siento un poco responsable de su destino después de haber decidido sobre sus vidas…

-Eso está hecho, es la primera vez que alguien me pide una cosa así. Eres una caja de sorpresas Magdalena, de las buenas claro…-rieron las dos a le vez.

Nueve chicos de entre ocho y diez años esperaban ser trasladados a la casa en breve, y sus caritas reflejaban todo el dolor que no deberían haber conocido de parte de quien tenía la responsabilidad de protegerlos de cualquier peligro, en vez de ser ellos los causantes de su desgracia. Como una caravana que se dirige a un lugar terrible, resignados y cariacontecidos, subieron a la furgoneta en la que viajaban dos sicólogos infantiles y

Magdalena como asistenta social, que representaba a la comunidad de Madrid. Los neumáticos chirriaron como solidarizándose con los chicos uniendo a sus nervios la sensación de desarraigo, y se perdieron dejando atrás la ciudad que cobraba vida cada día con el amanecer. En completo silencio, sentados en los cómodos asientos del todoterreno, se dejaron zarandear en un dulce traqueteo, que dejó dormido en brazos de Morfeo a más de uno.

En el horizonte la silueta de una casa como de muñecas, se fue recortando y agrandando como dragón que amenaza tragarse a su víctima en sus fauces húmedas. Eso creyeron al menos los muchachos que en el todoterreno llegaban a ella. Jean Pierre les esperaba a pie de puerta, con los nervios a flor de piel, y retorciéndose las manos pensando cómo serían aquellos chicos, qué pensarían y qué resultaría de aquel experimento que daba comienzo aquel día. Uno a uno bajo la supervisión de Magdalena, bajaron de auto y se alinearon ante Jean Pierre para que éste les saludase y así presentarse a él.

-Hola soy Jean Pierre…

-Yo soy Eduardo…-le extendió la mano un niño de diez años, con la tristeza reflejada en sus ojos negros como la noche en la que vivía desde hacía largo tiempo.

-Hola me llamo Aitor…¿vamos a vivir aquí hasta que nos encuentren una familia?-le disparó su inquietud a bocajarro.

-Bueno,, verás primero queremos que veáis si deseáis quedaros aquí para siempre, pero si no es así sí, os buscaremos una familia para que deis comienzo a una nueva vida feliz.

El chico pareció conformarse y calló bajando la cabecita.

-¿Y tú quien eres?,-se puso en cuclillas para quedar a la altura del más pequeño que contaba ocho años.

-Me llamo Alberto, y quiero irme a casa.

-Bueno Alberto, esta es también tu casa, si quieres que así sea...¿nos darás una oportunidad quedándote unos días con nosotros?.

-Vale…

Las presentaciones derritieron el hielo, aunque no hicieron desaparecer la desconfianza de las mentes torturadas de los chicos, acostumbrados como estaban a ser engañados por sus mayores. La mesa con dulces y refrescos que Jean Pierre había preparado en el comedor, hizo que por unos momentos se olvidasen de sus penas y Magdalena se presentó a jean Pierre.

-Yo soy la asistenta social encargada de coordinar la casa y tutelar a los chicos que lleguen, también espero que se me dé una oportunidad.

-Bueno pues ya sabrá que yo soy Jean Pierre, el loco que ha montado esta casa, y que también necesita una de esas oportunidades.-rieron ambos a la vez dándose cuenta de que los dos se hallaban presos de un estado de excitación natural al dar comienzo un proyecto tan ambicioso como aquel.

Las voces de los niños y la algarabía que se fue montando les dijo que aun podrían resolver sus problemas y les infundió ánimos para enfrentar aquella etapa, que empezaba con buenos presagios. En torno a la mesa de la casa ya nunca habría soledad ni dolor, aquel refugio que como una madre abría sus brazos a quienes llegaban, les mantendría en seguridad dentro de sus lindes, como si la magia del afecto inundase la casa para protegerlos de todo lo que afuera sucediese.

-Cuando se instalen los niños, vendrán los sicólogos a comprobar el estado mental, y saber qué piensan de este experimento, que parece ser una

excelente solución a algunos problemas que hasta ahora eran de difícil solución, o irresolubles. Ellas, porque serán mujeres, les tratarán de convencer de que se queden al menos un par de meses para ver cómo va…

-¡Uf!, espero que esto funcione, de lo contrario me sentiré el hombre más infeliz que pise bajo la capa del cielo.

-Tranquilo, esto asusta un poco, pero yo estoy convencida de que saldrá a las mil maravillas y que la casa marcará un antes y un después. Yo pondré todo de mi parte y los niños que de tontos no tienen nada, colaborarán al verse en un sitio hermoso y cálido como éste que has creado para ellos.

-Me alegra saber que esa es tu opinión, Magdalena, ¿puedo tutearte, verdad?.

-Por supuesto Jean Pierre, será más fácil para los dos.

-Ahora tenemos que enseñarles sus habitaciones a los chicos, a ver qué les parecen.

Magdalena y Jean Pierre, se dividieron a los niños y les pidieron que les siguiesen y que escogiesen su habitación, ya que había suficientes para treinta y ellos eran solo nueve.

Jean Pierre abrió la primera y le dejó pasar a Alberto, el menor de ellos.

-¿Te gusta, se ven los árboles y los pájaros cantan a veces desde ellos.

Alberto se acercó a la ventana como con miedo de caerse por ella, y se asomó como un pajarillo asustado.

-¿Los ves?, allí están. ¡Mira uno sale del nido!.

-Sí, es verdad y ahí va otro. ¿Puedo quedarme ésta? –le miró con la carita iluminada por la ilusión.

-Pues claro, es tuya para siempre si tú quieres.

-¿Para siempre?

-Sí, para siempre. Si decides quedarte con nosotros, con los pájaros y con Magdalena y conmigo, te la regalaremos para ti ,para siempre.

Los ojos de Alberto se agrandaron como platos al oír aquellas mágicas palabras y asintió sin pensárselo dos veces. A Jean Pierre se le antojó un triunfo, y lo abrazó como haría con un hijo. El niño que en un principio pareció ir a rechazar el abrazo, permitió que Jean Pierre lo apretase contra su pecho y le revolviese el pelo.

-Te dejo para que pienses como decorar esta habitación, como colocar tus cosas…ahora regreso, ¿vale?.

Jean Pierre salió pensando si habría hecho bien al abrazarlo, aun no sabía qué problema tenía el chico, y podría malinterpretar sus intenciones. Se sintió torpe. Pensó si no sería él quien trataba de tener una familia que nunca la tuvo antes. ¿Era su dolor y no sus ganas de ayudar el que le empujaba a actuar de aquella manera? miró las caritas de los niños que parecían ahora más tiernas y dulces, que cuando llegaron, y creyó ser uno de ellos. En una tierra no tan lejana como el desearía se quedaron unos padres crueles que lo expulsaron sin dejarle hablar, y ahora…prefirió abandonar los oscuros pensamientos que le confundían al traerlos a su mente. La casa se llenaba de vida, y eso era ahora lo único importante, no se dejaría vencer por un corazón débil que le condujese hasta el desastre otra vez.

-Tenemos que rellenar algunos papeles, ya sabes cómo es esto, la burocracia sigue su curso sin detenerse…-le arrancó de su submundo Magdalena.

-¿Eh?, ¡ah, sí, sí…claro, lo siento estaba lejos de aquí.-sonrió para disculparse.

-Mira tengo los que son imprescindibles, aquí en esta carpeta si te parece los firmamos y dejamos esto hecho, ¿te viene bien?.

-Sí claro, cuanto antes lo tengamos legalizado, antes podremos comenzar nuestra labor…

Pasaron a las habitaciones que a partir de entonces iba a ocupar Jean Pierre, y sobre la mesita auxiliar firmaron una docena de documentos que servirían para atestiguar la tutela de los chicos durante un período de diez años, renovable si funcionaba bien el experimento. Magdalena creía que aquello iba a ser no solo un experimento bienintencionado, sino, una obra que marcaría una línea de trabajo que se secundaría en toda Europa. Sus ganas de que así fuese, se reflejaban en todo lo que hacía y en su cara iluminada por una razón que era la de ayudar a quien menos podía quejarse ni decir lo que le dañaba. Y esos eran los más pequeños. La casa comenzó a tener su vida independiente de lo que sucedía afuera, y la cotidianeidad se hizo patente cuando los chicos comenzaron a acudir a sus respectivos colegios acompañados de Magdalena o de Jean Pierre. Las tres sicólogas que ahora iban a vivir en la casa, de manera intermitente, también acudían a recogerlos y llevarlos a casa, hasta que los niños se acostumbraron y empezaron a sentirse queridos y controlados por los que suplían las funciones de padres para con ellos.

Pero no todo iba a ser tan fácil. Los que allí llegaban, llevaban con ellos sus terribles traumas, sostenidos por familias desconsideradas y padres irresponsables que sembraron la semilla del dolor en tan tiernas mentes. Habrán de saber lidiar con quien no confía ya en nadie y solo desea venganza inconsciente, sin detenerse a pensar en sí. Eduardo, venía de tres casas de

acogida que lo devolvieron sin más al primer problema, pues buscaban un niño dócil y hermoso que lucir en sus reuniones, que se debería de parecer a ellos, para no desentonar, como si de un adorno simple se tratase. No miraba cabizbajo, sino arrogante y decidido a enfrentarse a quien tuviera delante.

-Sé que en cuanto pase algo me devolveréis al centro de acogida, así que no tratéis de engañarme con falsas promesas. Los mayores no las cumplís nunca.-provocó a Jean Pierre con la sola intención de desilusionarle cuanto antes y regresar al centro del que no deseaba salir.

-Así que eso es lo que crees…bueno no sé si tu querrás regresar al centro de acogida, pero yo espero que no. De momento aquí estarás bien y podrás tomarte…unas vacaciones, si así te lo quieres tomar.

El chico que no esperaba aquella respuesta por extraña, calló mirándole como se mira a un loco. Sus ojos estaban llenos de dolor y de rencor acumulado que resultaría difícil arrancar de su mente más que de su corazón.

-Cuando quieras, dime de qué color pintarás tu habitación es tu privilegio, ¡ah! y la habrás de pintar tu solito, o con la ayuda de tus compañeros tú sabrás como.

-¿No lo pintarán pintores? .Yo no lo he hecho nunca, no sabré…

-Pues tendrás que aprender…privilegios y responsabilidad van juntos colega.-Le sonrió con ironía jJan Pierre que de momento le ganaba la partida.

-¡No lo haré!.-Se enfurruñó cruzando los brazos-esto es…no lo tiene que hacer un niño.-afirmó muy serio.

-Bueno, déjala como está, tampoco es que resulte desagradable así, en

blanco…te dejo que lo pienses hay otros chicos que me necesitan.

Eduardo se quedó solo en medio de la vacía habitación, pensando quien sería aquel loco que le retaba. No sabía con quien luchaba…se iba a enterar. Los chicos se sorprendieron tanto como Eduardo al saber que se les otorgaba el decidir como decorar sus habitaciones y se pusieron por el contrario a pensar en cómo cubrir de posters las paredes, que les darían cobijo desde entonces. Los gritos le advirtieron a Jean Pierre que todo iba conforme suele suceder cuando muchos niños se encuentran y hablan a gritos sin detenerse en barras.

-Parece que esto marcha ¿eh?-le dijo Magdalena optimista,

-No sé, no sé, ese crío nos va a dar problemas…Eduardo se llama. A ver si lo convenzo de que se quede. Me gustaría como meta inicial, que todos decidiesen permanecer en la casa. Si es así todo marchará, lo sé.

Magdalena le posa la mano en las suyas y le da ánimos, con palabras de apoyo. Siempre a partir de entonces será su cómplice en la casa y será ella la que haga de madre en un lugar en el que se analiza cada sentimiento de los niños.

CAPITULO XXI

EL ALMA PERDIDA

En la tierra que le vio nacer a Ramón di Marinia, Marisa Ordea se lazaba sobre su silla de ruedas, con las fuerzas que da el odio a la madre, del que según ella, era el responsable de su terrible desgracia, y anhelaba que su vanidad se restaurase, que no otra cosa, de la que no era capaz de sentir. Su carácter irascible y dominante, contaminaba el ambiente que se enrarecía al llegar ella a la sala de rehabilitación. Su gesto de desprecio por todo aquel que no estuviese en el mismo estrato social que ella, resultaba evidente. La soledad le rodeaba y eso le hacía sentir más la rabia que la mantenía viva. Maria Luisa di Marinia salía pocas veces de su chalet, y tan solo para realizar compras compulsivas, que le distraían de su dolor por un breve espacio de tiempo. Compraba sin saber si le agradaba lo que adquiría, y lloraba cada vez que llegaba a su hogar ahora vacío y sin calor. Había sobrellevado su dura existencia en manos de un marido rígido y fanático religioso, que le hacía sentirse un mero adorno en la casa, una propiedad algo especial si acaso. Su hijo era "La Luz" que iluminaba su vida y le daba razón para llevar su pesada carga. Alfonso se refugiaba en su trabajo, y se alejaba de ella cuanto podía para no acabar echándole la culpa que sabía no tenía. Aquel día se encontraba en compañía del padre Bernardo, que se resentía de tanto escucharle hablar de su hijo, que no dejaba de importunarle con sus quejas de padre apenado. Sus palabras iban subiendo de tono a medida que se desarrollaba la conversación y solo lamentaba la pérdida del caudal crematístico que el di Marinia había cerrado desde entonces y que causaba un vacío en las arcas de "la Obra".

-Padre no sé qué hacer con este dolor que me hiere la conciencia y no me deja vivir. Si hubiera…

-Hijo no debes cargarte con esa pesada losa que es la conciencia

culpable, por algo que pasó hace ya tantos años…

-Pero para mí es como si fuese hoy…es…es…

-Nosotros también tenemos nuestra parte, y no debimos hacer caso a Marisa Ordea…pero ahora está hecho y no hay vuelta atrás…

Al oír aquel nombre que el di Marinia consideraba la razón de su desgracia, sus ojos se inyectaron en sangre y su voz se alteró como vendida al odio eterno.

-Esa arpía sin corazón, ella es la máxima responsable de todo esto, ella lo lió todo. ¿Cómo le pudisteis hacer caso a esa conspiradora sin cerebro?.

-No centres tus sentimientos de padre dolorido en ella hijo, es necesario que superes este trance que te manda la providencia, y sigas adelante.

-¿Qué siga adelante?, ¿qué siga adelante, padre Bernardo?, ¡como se nota que en realidad no es usted padre de nadie!.

-¡Hijo que insultas al pastor que tiene la responsabilidad de conducir a quienes sirven a nuestro Señor!. Retén tu lengua que pecas.

-¡Y qué me importa a mí pecar o no ya?. Ya no tengo nadie que herede mi nombre en esta tierra, ni a quien volver los ojos cuando envejezca, que será antes de no solucionar este entuerto.

-Reza y confía en El Señor, que él te dará paz y tranquilidad hijo mío. Te encuentra en medio de una prueba de la providencia..,

Alfonso di Marinia ya no pudo soportar más el sal santurrón del padre Bernardo, que hacía de tripas corazón para seguirle la corriente, con el agobio que le proporcionaba escuchar sus lamentos sin fin. Horas después María Luisa di Marinia se sentaba en una mesa del club de golf, al que pertenecían desde hacía años y cuando llegó por fin su esposo éste se acomodó frente a ella a sabiendas de que ambos vivían en mundos paralelos, muy distantes uno de otro. El dueño del club se les acercó y les saludó con su sonrisa falsa hecha ex profeso para la ocasión

-¿Cómo le va todo don Alfonso? ¿Qué tal está doña María Luisa?, –le saludó en segundo lugar-la veo estupenda, no pasan los años por usted, me tiene que dar el secreto de su eterna juventud. -Mintió a pesar de ver lo desarreglada que iba últimamente a diferencia de cómo se emperifollaba antes del "suceso".

La fingida amabilidad de don Fermín, que siempre los recibía en persona dado su estrato social, le resultó artificial y reprobable. Nunca se había parado a pensar en cómo discurrían las cosas en el club, y como si juna venda se le cayera de los ojos, ahora comenzaba a ver que de él solo se requería que entregase dinero al club, a "La Obra", a…solo eso, solo era cuestión de dinero, si mañana lo perdiese todo le negaría hasta el saludo. Miró a su esposa y vio un rostro ajado por el dolor, a pesar de las costosas cremas de marcas reconocidas que usaba, y las canas que le habían aparecido en las raíces del cabello ahora despeinado. Tragó saliva y se centró en la carta.

-¿Han elegido señores?, –les preguntó solícito don Fermín, que ya le estaba resultando pesado a don Alfonso, de siempre acostumbrado a ser adulado a causa de su fortuna-se lo traerán en seguida por supuesto. Un camarero estará su servicio en todo momento por si necesitan alguna cosa, solo para ustedes dos claro está…

Marisa Ordea, comenzaba sentir la sangre inundando sus venas, circulando por sus piernas, y una sensación de poder le embargaba, como si el veneno de una víbora le recorriera el cuerpo. Si lograba levantarse de aquella maldita silla de ruedas, haría sentir a sus enemigos el dolor pasado cuando creyó que no se levantaría de ella. El perdón no era palabra que se encontrase

en su diccionario, y solo la venganza le alimentaba. Su hija había crecido como un apéndice de ella y su carácter agrio y desagradable competía con el suyo propio. Su marido que no contaba en aquel tándem de tres, sino para proporcionar dinero y estabilidad social, quedaba arrinconado como adorno inútil en un rincón de la casa, en al que lo acorralaban entre las dos, cuando no discutían entre ellas. Ariadna, tenía ya trece años y desde que era muy pequeña ya se le veía en la mirada la maldad heredada de su madre, que la había acostumbrado a despreciar a todo ser viviente. Su padre era un incompetente que adoraba sus dos arpías, sin ver más que su burdo enamoramiento, que le impedía ver más allá de sus borrosos ojos. Aquella mañana Ariadna estaba decidida a presionar a su madre con un nuevo capricho, quería un móvil de última generación el que llevaba en el bolso le había costado más de quinientos euros, pero ya no le satisfacía, sus amigas acababan de adquirir el modelo más "in" y ella no se podía permitir ser menos que ellas. Su padre le negaba cada vez que se lo pedía, aquellas cosas que al final siempre terminaban en el olvido, pero Marisa Ordea, le concedía tras breve oposición, todo cuanto deseaba.

Marisa se encontraba muy baja de moral y sola enfrente del mirador de su lujoso chalet en la sierra madrileña. No vio a su hija acercarse hasta que ésta estuvo tras su cabeza y la asustó al dirigirse a ella.

-"Mami" necesito este teléfono móvil,-le enseñó sin previo aviso el folleto en el que se detallaban las funciones que ella nunca sabría utilizar, dada su ineptitud.-Y no me digas que no como siempre, no tengo ganas de discutir contigo.

Marisa la miró con una mezcla de rabia contenida y tierna estupidez, y le respondió sin pensar como hacía siempre.

-Mira niña, de este tema ya hablaremos más tarde, ahora estoy muy fatigada.

-¡Más tarde, más tarde,!-le imitó con socarronería-que culpa tengo yo de que seas una vieja inválida, sentada ahí toda la vida mirando a no se sabe donde…-la contestó cruelmente.

-No te consiento…

-Bla, bla bla…siempre lo mismo, dame el dinero y te dejo en paz anda…-extendió la mano para recibir los billetes.

Marisa Ordea encontraba en su hija el justo castigo a quien educa para crear monstruos insensibles, que terminan devorando a quien los tolera. Se limitó a llorar y sacar de su bolso el monedero, para acabar dándole cinco billetes de cien euros, lo único que les hacía felices a ambas, algo de lo que era consciente como mujer consumista que era. Ariadna se alejó sin darle siquiera las gracias y solo el taconeo de sus Manolos, se oyó tras ella. Marisa se cubrió con las manos la cara y pensó que ella había reaccionado así desde que era capaz de recordar. El dinero la compensaba por aquel marido elegido por sus padres, con el que tuvo que casarse para tener más un padre que un hombre que la amase, y solo las compras y los caprichos le consolaban. Ariadna se marcharía de su lado en cuanto encontrase un hombre que la pudiese mantener en una vida de lujo, a pesar de que no le gustase su aspecto, o su manera de ser, que seguramente se parecería mucho a su padre, patrón masculino equivocado. Se levantó en un ataque de rabia mal contenida y cayó como un saco al suelo. El dolor, que soportaba mal, le hizo gritar por ayuda. Desde el interior su empleada del hogar que la odiaba por el mal trato a que la sometía, esperó a que el grito se repitiese dos o tres veces más, aquello era lo único que le daba placer, verla sufrir en algo. Salió fingiendo susto que no sentía y la ayudó a sentarse de nuevo en la silla.

-¿Dónde estabas?, ¿es que no sabes que te puedo necesitar?. Seguro que has esperado a que te llamase a pesar de verme caída.

Margarita calló y se alegró en su interior por el mal rato pasado por su señora.

-Tráeme una café y no tardes…¡ah! y caliente, que siempre me lo tares frío. ¡Ag, que gente esta, suramericana tenía que ser…!.

Margarita acostumbrada a sus desaires no oyó sus consideraciones racistas y preparó el café cantando una canción de cuando en su amada tierra, de niña, coreaba con sus amigas. ¡Ah qué tiempos aquellos!, cuando su familia en una posición inmejorable, que nunca conocería Marisa Ordea, se sentía segura con abundante dinero en el banco. Terminó y la rabia le llenó el cuerpo cuando Marisa la llamó groseramente.

-¡Eh sudamericana, que es para hoy…!.

Escupió en el café y la maldijo, rezando para que Dios no la levantase de la silla jamás y ella pudiese verlo y superar su situación de pobreza que deseaba fuese temporal. Le llevó el café en una bandeja de plata y lo depositó en la mesa ante ella. No se retiró hasta darse el gusto de ver como se bebía su café con el añadido que contenía. Le dio la espalda y sonrió era su pequeña venganza y le bastaba de momento para hacerle sentir mejor.

CAPITULO XXII

EL REFUGIO DE LOS MARGINADOS

Desde la ventana de la habitación de Jean Pierre se divisaba la mayor parte de la finca que se extendía a lo lejos tanto como la vista llegaba a ver. Pensaba en si la casa perduraría en el tiempo, y si después de él alguien se detendría a conducir aquella obra de gigantescas proporciones, para llevarla de generación en generación, o si por el contrario se diluiría como un azucarillo en un café y quedaría abandonada para ser vendida posteriormente a quien la habitaría ajeno a su obra. Una música triste sonaba tras él y le embargaba como una tela viscosa que le envolviese con su textura, amarga y dulce a un tiempo. Dejó que su mente vagase por territorios inexplorados que debería escrutar si quería sobrevivir a sus temores y traumas que lo mantenían en tensión. Magdalena que había subido a hablar con él se quedó en el umbral mirando la alta figura que se recortaba como un titán que disuadía a quien deseara causar mal alguno a sus niños. Admiró en silencio su quehacer, y su

tenacidad, y cuando pasados unos minutos vio que seguiría absorto en sus ensoñaciones, decidió sacarle de ellas.

-Jean Pierre…-casi le susurró-. Tengo necesidad de hablar de un asunto importante contigo, siento molestarte…

-¿Eh?, ah, no, no pasa nada dime que necesitas, estaba a solas con mis fantasmas, ya sabes. Un hombre necesita a veces examinarse y ver dentro de su alma que es lo que alimenta sus acciones. Solemos engañarnos con falsas apariencias y motivos, que nos hacen falsear lo que de verdad anida dentro de lo más íntimo de uno mismo.

-Vaya veo que te hallas en un estado de trascendencia profunda-le respondió sin dobles intenciones Magdalena que cada día le admiraba más-. Quizás es cierto después de todo que solo alguien cuyo cerebro da vueltas es capaz de crear cosas maravillosas.

-Nunca había oído cosa semejante…¿de quién es esa frase?.

-Es de mi abuelo, un hombre sabio como no conocí jamás. Su mente era su tesoro, y la alimentaba con cosas de calidad, léase libros arte, viajes, recorrió el mundo cosa que en su tiempo era raro…en fin…-bajó la cabeza triste.

-No soy el único que siente que le falta alguien ¿eh?. Me gusta tu abuelo, piensa como yo…debes echarle a faltar muchísimo. Por cierto me quedo esa frase con su permiso y el tuyo, es una gran verdad.

-Sí, era…era mi estímulo, por eso cuando te conocí quiero decir que te vi en la televisión sentí como si él se hubiese reencarnado en ti, ya sé que eso no es posible pero algo dentro de mi ser se removió y me hizo levantarme de una etapa mortecina y baldía.

Creo que haremos grandes cosas juntos Magdalena, personas como tú no abundan en esta vida en que todos parecen más ocupados de su santurronería o de su materialismo, como mucho…

-Veo que la religión te ha hecho daño…¿me lo quieres contar?. El mejor secreto te lo guarda un extraño…

-¿También es de tu abuelo eso?

-No, que va es mi propia cosecha, se lo escuché a alguien una vez pero no recuerdo quien lo dijo. Se me quedó.

-Pues sí te lo contaré, pero no será hoy, despotricaría demasiado, es de esos días en que uno debe callar, porque sino mancha con sus palabras a quien le escucha de lo rabioso que se encuentra.

Jean Pierre le tomó de la cintura en un gesto de cariño y ambos bajaron sabedores de que entre ellos se había creado un vínculo imposible ya de romper y que perduraría para siempre, incluso tras la muerte del que se marchase primero. Abajo los niños ajenos a todo lo que no fueran sus propios problemas jugaban y desordenaban como solo ellos saben hacerlo, y Jean Pierre y Magdalena se echaron a reír sorprendiéndoles con su actitud.

Ana miraba la televisión atenta a las noticias a las que era realmente adicta. La botadura de un nuevo portaaviones español apadrinado por los reyes, la vuelta a la normalidad tras las elecciones del nueve de Marzo…nada fuera de lo habitual. Los deportes no le interesaban, así que comenzó a hacer zapping en un postrero intento de dar con algo que captase su atención y pasar la tarde en el sofá descansando a la vez que aprendiendo algo útil. A la mente se le vinieron recuerdos gratos de cuando ella y Ramón di Marinia, se iban de marcha por las noches para deshacerse de, malas experiencias. Malas experiencias que él solía tener en su religión, que le llevaba por la calle de la amargura, y ella con su ex marido que le hacía la vida imposible. Tomaban

algunas copas en sitios selectos, charlaban, porque ni él lo podía hacer con la insulsa de su prometida, ni ella con el rudo esposo que le había tocado en suerte. Sus confidencias les acercaba más el uno al otro, y les tranquilizaba sobremanera. Ahora en la paz de su casa que era su castillo, rememoraba aquellos días que echaba de menos. ¿Qué sería de Ramón, ahora Jean Pierre le Monéc?. Seguro que más de una vez él le habría echado de menos, y una idea se fue arraigando en su cerebro. ¿Y si se apuntaba con él en su obra altruista para compensar su soledad ayudando a quienes lo necesitaban? después de todo esa era la mejor manera de ayudarse a sí misma. Decidió que iría a Madrid y le vería en la casa en la que ahora vivía para proponerle unir fuerzas. Su relación personal pasaba por momentos críticos y no quería atarse a nadie sin estar segura de lo que sentía por él.

La mala experiencia sufrida, le impedía tener una relación larga y duradera, que concluyese como era lógico en un compromiso. Quizás pensó si se alejaba de aquellos lugares que le traían tan malos recuerdos podría hallar de nuevo la felicidad. La pantalla le devolvía en flashes los anuncios que bombardeaban su cerebro, acostumbrado de tal forma que ni tan siquiera los oía. La luz le adormecía y dejó que sus sueños de niña feliz le inundasen la mente para caer en un sopor agradable que le relajaba.

A la mañana siguiente, se levantó como renovada y pensó en visitar a su amigo "Chano", el poeta y pintor. Era realmente mal pintor, pero nadie, nadie podía igualar sus versos que nacían de lo más hondo de su ser. Era su consuelo, pues si algo es el poeta es tristeza en estado puro, y deja de serlo cuando se acerca a la felicidad. Vivía en una casita en lo alto de una suave colina, a la que conducía una suave pendiente embaldosada de losas irregulares como su propia vida. Vestida con discreta elegancia, se apeó del coche y miró a la silueta que se recortaba en el cielo mismo, como una gaviota que fuese a echar a volar de un momento a otro. Pensó si esa fue la razón por la que compró aquella casita, o por el contrario era necesidad para él apartarse del mundanal bullicio. Subió por el camino que llevaba hasta la puerta de sólida madera de roble, y llamó con el aldabón de bronce dorado que colgaba de ella. Una voz quejumbrosa sonó al otro lado y notó como se acercaba, no le había llamado pues carecía de teléfono en casa, y odiaba el móvil, seguí prefiriendo la sorpresa de no saber quien se llegaba, hasta su enquistado castillo en las nubes donde creaba sus estrofas. La puerta se abrió y una figura regordeta de cabeza cuellicorta apareció en el umbral.

-Vaya, vaya, pero si es mi amiga Ana, perdida y hallada…-ironizó

pues no se veían desde hacía al menos un mes-. Espero que no sea el objeto de esta visita un motivo trágico…-rió desganado.

-Tu siempre tan suspicaz, claro que los poetas sois de este carácter tan…tan…

-Anda dilo, depresivo. ¡Ay qué sería de nosotros sin ese rasgo concedido por los dioses!.

Las paredes decoradas pobremente y con algunos cuadros de colores chillones y paisajes grises que no supo identificar, salvo que eran de nueva factura, le daban su aspecto especial a aquella casa de alma sufridora. El café que era el mejor en kilómetros a la redonda, olía a gloria y el olfato de Ana le advirtió que rea reciente. Lo estaba terminando de hacer al llamar ella. Al final acabaría creyendo que tenía razón y que los teléfonos solo alejaban a las gentes de sí mismas.

-Estaba preparándome un café, si te apetece coge una taza y sírvete tu misma. Estoy con una obra que presentaré en el próximo concurso a ver si esta vez no lo "tonguean" y me dan el premio…

-Vaya no tienes abuela ¿eh? Aunque es cierto que el año anterior te lo robaron en tus mismas narices. Y es que eres crudo en tus aseveraciones y eso no le gusta a más de uno…

-Ya…a más de un jerifalte que ve tambalearse su poder de cacique en esta ciudad. No hay más que ver lo que le hicieron a Ramón la mejor persona del mundo entero…-casi lloró al pronunciar su nombre-Pero esta vez estoy preparado-rió a carcajadas que asustaron a Ana-, tengo un seudónimo que no reconocerán, y cuando sepan de quién es será tarde.

-¿Me lees un poco de tu obra?. Me muero de ganas por saber de qué va…

-Lo siento pero es un secreto de momento. Te leeré sin embargo algo que he hecho para Ramón, creo que se lo debo, el me salvó de mi mismo en varias ocasiones y le extraño.

Sacó de un secreter un pliego amarillo semejando un pergamino y le leyó con corazón pleno :

-“Al plasmar este poema

Evoca mi pensamiento

Se refleja cada instante,

De la lucha de aquel tiempo,

Todo queda en el recuerdo,

Zozobra y represión,

Todo fue por la causa

De la liberación

Al sentir la libertad

El hombre se realiza.

Murió la voz del tirano

Que todo lo minimiza.

Hojas de la libertad

Nacieron en nuestro árbol.

Rosas rojas han brotado

Y así lo están anunciando.

Al evocar este tiempo,

Creo que nada fue en vano

Respiramos libertad.

Corazón uñas y dientes

Por ella siempre lucharon.

Murieron nuestros hermanos,

La libertad es razón

Derecho de los humanos.

-¿Te ha gustado? Creo que refleja lo que siento…

-Bueno me da la impresión de que no has abandonado la lucha que…

-Lo sé es que me arden las entrañas al ver lo que…en fin te leo la dedicatoria que seguro la compartes conmigo

-Adelante.

-"A mi amigo Ramón, fiel reflejo del hombre libre".

Las lágrimas se apoderaron de Ana y sollozó como una niña que se ve privada de papá. Se restregó con la mano los ojos, y su rímel le pasó factura.

-Tonta se te ha corrido el Rimmel, toma un pañuelo de papel, y en el baño encontrarás desmaquillante, ay qué mujer que sensible está…

Ana se miró en el espejo y se echó a reír, componía una imagen que daba risa. Se limpió los ojos y se quitó el maquillaje que dejó su rostro limpio y fresco. Salió del baño y ya recuperada se sentó de nuevo en el sofá de Chano. Cuantas cosas habían pasado desde que Ramón desapareciera de sus vidas.

-Así que has compuesto ese poema para nuestro común amigo Ramón…siempre fuiste un sentimental querido Chano. Seguro que será más de uno pero este es uno que inspira ternura y fuerza, la fuerza de quien nos sostenía vivos cuando caíamos en desgracia ante la vida misma.

-Huy que trascendental te veo, eso me dice a las claras que te hallas en una etapa vulnerable ¿eh?. Tranquila él volverá cuando todos se hayan calmado y las cosas volverán a fluir como de costumbre. -Le mentía Chano para consolarla-. Sírvete un trago de este licor de manzana que tengo en el frigorífico, –sacó una alargada botella de cristal tallado de él-y echa tus temores afuera. Como dos hermanos que se reencuentran tras larga ausencia, bridaron por Ramón y por la amistad que es eterna, cuando es verdadera. Ana leyó algunos de los poemas que preparaba Chano con esmero sin que él se lo negase. Nunca le había podido negar nada a ella, era su amor secreto un amor platónico que él atesoraba como si diamante fuese. Chano derramaba su alma misma en cada verso. en cada estrofa, creada con el sentimiento puesto en ellos. La que presentaba en aquel nuevo concurso era poseedora de un título muy significativo: “LA FORJA DE UNA VIDA”. Ciento treinta y ocho versos plasmaban su sentir más íntimo y desarrollaba en ellos todo su poder creativo. Ganaría seguro de ser imparciales como él esperaba, los miembros del jurado. Se deleitó con su lectura y sintió que la vida cobraba de nuevo valor ante sus ojos cansados de llorar. Aquella pluma ligera y hábil que era la de Chano, tenía el poder de curar los sentimientos y elevar a quien los leía a un estado de paz especial. Los folios fueron pasando de uno en uno por sus manicuradas manos, que los trataron con la delicadeza exigida, y el licor de manzana hizo el resto.

Cuando abandonó la casa de Chano, la vida le parecía maravillosa y el sol a pesar de no poderse ver a causa de la nubes que lo escondían le semejó jugar con ella al escondite. Le había regalado uno de sus poemas para que cuando se sintiese mal lo leyera y así le curase su dolor. Caminó contoneándose como sirena cimbreante y se sintió renovada en su interior, como hacía tiempo que no sentía. La lluvia hizo su fugaz aparición y abrió su paraguas sin dejar de caminar despacio y con los ojos brillando como

diamantes, que ahora veían más de lo que habitualmente pues cada reflejo, cada color, era ahora más espléndido, y le atraía como a un niño una pastelería llena de dulces de chocolate. El viento le levantó la falda y le acarició los muslos como un adolescente travieso, y sonrió soltando un gritito.

CAPITULO XXIII

UN POCO DE ATENCION

Eduardo sentía simpatía por aquel hombre extraño, que resultaba en todo diferente a los que él conociera en su corta, pero intensa vida. No le gustaba sentir aquello, y luchaba contra ello pero su cerebro le decía una y otra vez que aquella era su última oportunidad, así que decidió ceder, pero solo un poquito. Bajar al salón no significaría nada en realidad pensó, así que descendió, no los escalones que le separaban de aquel especio físico, sino los que le separaban de una vida distinta. Porque cuando uno toma una decisión, es para cambiar lo que se cree sólidamente afincado en el corazón sin saber que se está destruyendo o creando algo nuevo. Los chicos sin detenerse a pensar demasiado, gritaban y reían alrededor de la mesa, hasta que llegó Eloísa y con una voz que no era precisamente autoritaria, les ordenó callar y el silencio más absoluto se hizo en el salón comedor. En torno a la mesa se fueron sentando para comer, y Eduardo que aun sentía en su interior la quemazón del rechazo, hizo otro tanto, esperando pasar desapercibido. Más no fue así, Eloísa le dio la bienvenida y un aplauso general que derritió su corazón herido por el desprecio que sufriera antaño, resonó con fuerza en el aire. Eduardo rojo hasta la raíz, calló con la cabeza baja y esperó a que se permitiese comer, para alzando la vista ver cómo un ambiente muy distinto al que él conocía se desarrollaba junto a él. El viejo Jean Pierre sonrió satisfecho al ver que una crisis se estaba apoderando de aquel chico, que ya no confiaba en nadie sino en sí mismo. Tendrían una nueva oportunidad con él y ellos mismos se pondrían a prueba para ver si podían cambiar lo incambiable. Recordó un pasaje de un cómic en el que un casi bebé le ofrecía una cuchara de potaje a su mamá pensando en su pequeña mente, “solo necesitaba un poquito de atención”. Eduardo necesitaba del calor que pueden dar quienes están dispuestos a restaurar, que no destruir, lo que queda en el fondo de su ser, aun intacto. Eloísa que estaba atenta a lo que Eduardo hacía sin darle demasiada importancia, le guiñó un ojo a Jean Pierre, y continuó controlando a los demás.

La casa cobraba vida y se independizaba cada día más, creándose a sí misma. De ella se hablaría en toda Europa, que vería en ella un ejemplo a tomar en cuenta, para futuras casas de acogida, en las que dar una oportunidad a aquellos chicos marginados por las carencias que sufrían o por los malos tratos recibidos de padres o parientes, que en ocasiones les abandonaban a su suerte. Ahora le vendrían bien los consejos de su amiga Ana, y los de Chano, siempre tan acertados como enigmáticos…pero estaban tan lejos…pensó si no sería buena idea viajar hasta su ciudad natal y visitarlos para descansar un poco del agobiante ritmo que le mantenía en activo cada día, sin permitirle abandonar ni por un momento. Pero enseguida desistió, pues significaría la que podría encontrarse con sus padres y no deseaba verlos nuca más…su crueldad aun resonaba en forma de palabras en su cerebro incapaz de olvidar lo sufrido por su causa. Desechó la idea con un movimiento de cabeza y

Eloísa que ya comenzaba a conocerlo un poco, torció el gesto, pues eso decía de él que pensaba en algo doloroso. Dejó que él mismo solucionase sus asuntos y comenzó a comer su pescado, que se estaba quedando frío por momentos. La llegada del postre hizo que de nuevo los gritos y las peleas por la porción mayor surgiesen y Eloísa hubo de entregarse en cuerpo y alma a los chicos que no le dejaban ocuparse de otra cosa.

Jean Pierre se retiró antes de que concluyera la comida y subió a sus habitaciones privadas, para tomarse allí el café de la sobremesa. En una libreta de tapas rojas escribió unas palabras duras que le vinieron a la mente, y la cerró dejándolas allí ocultas entre hojas de dolorosas líneas. Era su libreta de los sentimientos, como una especie de diario en clave, que sería imposible de comprender de no conocer su alma misma. El sillón orejero le acogió como un hermano mayor que nunca tuvo, ni tampoco deseó, y se abandonó en brazos de Morfeo. Soñó con épocas en las que todo parecía que rodaría como sobre una balsa de aceite, sin que nada ni nadie, pudiera alterar la felicidad en la que él vivía. Pero hete aquí que el destino, o la maldad, o ambas cosas, estaban dispuestas a destruir cuanto de bueno existía en los di Marinia. Respiró con dificultad y su pecho se hinchó y deshinchó como un fuelle poderoso que avivase el fuego del rencor en el mundo irreal de los sueños.

CAPITULO XXIV

LA SEGUNDA MUERTE

Cuando Jesús de Montiel se sintió cercano a su final, mandó llamar a Eloísa y ésta le tomó de la mano, ya débil y huesuda, sentada en el borde de la cama, como haría una madre. El la miró con ternura y le sonrió con algo que más era ya una mueca que una sonrisa.

-Mi querida Eloísa eres la tercera muerte, de un hombre que alzó de la nada un imperio que no da dinero, sino paz a quien viene a refugiarse entre sus muros…tienes que ser fuerte y pensar de vez en cuando en ti…tendrás cuanto desees porque de la generosidad nace la abundancia y la riqueza pertenece a quien la rechaza…

-No deberías hablar demasiado, estás muy débil…-casi lloró al decirlo.

-Tú siempre como una madre para todos Eloísa, ¿te he dicho alguna vez que tienes un hermoso nombre?, es muy bello, como tu exterior y como tu interior…ahora has de poner al día los engorrosos papeles que te darán el control de la casa, y te aportarán a ti misma cosas con las que jamás soñaste…

En aquellos momentos Eloísa no supo de qué hablaba Jesús de Montiel y lo achacó a la cercanía de la muerte, que lo rondaba reclamándolo para sí. Pero más tarde cuando él se hubo marchado con su predecesor, en espera de esa resurrección que aguardan los que mantiene la fe, ella acudió al notario para poner al día las cosas que tenían que ver con la casa y su funcionamiento.

Martín Goitia, tras la mesa, con sus más de sesenta años, había sido quien le dio paso en cuestiones de legalidad al anterior dueño de la casa, y sonreía al pensar en la cara que éste puso al recibir el legado de Ramón di Marinia, conocido por Jean Pierre le Monéc. Ahora era el turno de Eloisa y una vez más sacó los amarillentos papeles de un cajón especial en el que guardaba los documentos de mayor importancia. En ellos se hallaba la más grande de las sorpresas que le podían esperar a quien se dignase colaborar con

el viejo de la casa y se convirtiese así en el sucesor de éste. Bajo sus lentes de montura dorada y metálica, miró inquisitivamente a Eloísa.

-Este es un legado que te hará muy rica Eloísa, si aceptas la responsabilidad de llevar el control de la casa de los niños.

-Ya me ha hecho rica si se refiere a lo que aportan los chicos que llegan hasta esta casa tan maravillosa.

-No, Eloísa me refiero a riqueza en dinero…Jesús de Montiel te deja al cargo de la casa y en la cuenta hay…-miró unos papeles de debajo de los que tenía en la mano-tres millones de euros…¿Qué te parece?.

-Bueno ya sé que esta casa se nutre de los millones que ganó jean Pierre le Monéc con su libro…consume recursos enormes y solo así puede gozar de una independencia respecto del estado…-aseguró a sabiendas de que su colaboración con el difunto viejo de la casa ya le ponía sobre aviso de cuanto era necesario gastar en los chicos, sus estudios, sus sicólogos, sus carreras universitarias, etc…

-¿Y estas dispuesta a cargar con esta responsabilidad que te ocupará toda tu vida?, ya sabes que es bastante ingrata esta tarea.

-Estoy dispuesta, ¿es esto algún interrogatorio policial? –rió de buena gana sin saber a qué venían tantas preguntas, si el viejo le había dejado en el testamento como heredera universal.

-Bien entonces pasemos a lo que nos ocupa…lee este documento y si necesitas agua para pasar el trago me lo dices.

Cada vez más intrigada Eloísa leyó el pliego y sus ojos se fueron agrandando cada vez que pasaba de una línea a otra. Cuando creyó haber

concluido le miró pálida y comprendió las razones del notario que ya había pasado por una experiencia similar antaño.

-Pero…pero esto… es demasiado…no puedo…

-Ya, ya sé que resulta complejo y duro de asimilar, pero es lo que hay…te deja dos millones de euros para tus gastos y a cambio te pide que te encargues de la educación y continuidad de la casa.

-Yo no necesito nada para hacerme cargo de los chicos, es por cariño que lo hago…

-Y él lo sabía, pero las disposiciones no vienen de él, sino de Ramón di Marinia, él solo las cumplió como tú…dijo las mismas palabras que has pronunciado ahora, por lo que me han contado. Todo va junto, si rechazas el legado la casa pasará al estado, y no puede separarse lo uno de lo otro por voluntad del primer testador. Eres rica míralo así…

Eloísa que temblaba como una hoja, sintió que cobraban sentido las últimas palabras del viejo, ahora sabía que no deliraba ante la proximidad de la muerte. No le quedaba otra que aceptar el legado al completo, no podía dejar que el gobierno convirtiese la casa en una de esas casas de acogida vulgares que no resuelven nada en realidad. Pensó en lo curiosa que es la vida, hoy estás en la miseria y mañana eres tan rica que no sabes ni qué hacer con tanto dinero…desde luego no lo derrocharía pero tenía tantos sueños sin cumplir por falta de dinero…ahora los realizaría …ese viaje que nuca se pudo permitir…esa ropa que no le resultaba accesible…alguna joyita…por un momento rememoró lo que ella creyó pudo ser la reacción de Jesús de Montiel al verse dueño de su destino, con aquella cantidad de dinero entre sus manos…sonrió y casi se emocionó.

-Entonces firmamos el testamento, ¿verdad Eloísa?-le devolvió al mundo real el notario.

-Claro, claro, lo firmaré ahora mismo…esto es tan poco usual para personas como yo…-reflexionó en voz alta.

-Lo comprendo, todos los días no sucede que te hagas rico sin saber cómo ha sido…rió con ganas el notario. Aprovéchalo y lleva a cabo cuantas cosas no pudiste antes de sumergirte en esa casa, que devorará tus energías día a día. A Jesús de Montiel tu antecesor le dieron el mismo consejo y parece que lo siguió por lo que he podido ver…

Las manos de Eloísa temblorosas por la emoción y el miedo aun no superado, de saberse poseedora de tan grande fortuna, firmaron los numerosos papeles que el notario fue situando frente a ella. Cuando estuvo seguro de que todo estaba en orden le entregó una copia y le estrechó la mano, comprobando que el frío la acusaba de hallarse aun en estado de shock. Su piel blanca, aparecía ahora más pálida si cabe, y su cara demudada. Salir a la calle resultó agradable y dejó que el aire fresco inundase sus pulmones aspirándolo con fruición. Nada sería desde entonces igual, ahora todo lo que s ele ocurriese podría realizarlo sin estorbo, y eso le comenzaba a producir una sensación de poder y de tranquilidad que jamás había experimentado. Paseó despacio, consumiendo el tiempo del que era dueña al fin, y saboreó cada instante con la delectación que da el ser una nueva persona. Porque se daba perfecta cuenta de que no volvería a ser la misma nunca más. Entró en una joyería y solicitó que le dejasen ver algunos diamantes engarzados en anillos para tenerlos en sus manos como si eso le concediese un extraño poder sobre el común de los mortales.

-¿Cuánto vale éste por favor?-preguntó.

-Es un anillo precioso, permítame decirle señora que tiene muy buen gusto…es un diamante rosa, muy raro, tiene dos quilates, su valor supera con creces lo que se paga por una pieza como ésta…

-Sí pero, ¿cuál es su precio…?

-Veinticuatro mil euros…-le dijo con voz suave, como si eso rebajase

el precio del anillo.

-Pues me lo quedo, póngamelo en una cajita y envuélvamelo para regalo,-le solicitó al dependiente que no salía de su asombro, pues por su aspecto hubiera dicho que jamás había tenido siquiera entre sus manos una pieza tan extraordinaria, como era la que le había pedido ver.

Al salir de la tienda el dependiente le abrió amablemente la puerta y la despidió con un:"esperamos verla de nuevo por aquí…"Eloísa cerró la mano sobre el asa del bolso y con la cabeza alta, deambuló por la calle parándose en varios escaparates más. La vida le sonreía y ella no estaba dispuesta a decirle que no a nada. Le dio gracias mentalmente a su benefactor directo y a Ramón di Marinia que a pesar de no conocerlo le había entregado la llave de la felicidad al poder colaborar como regenta de la casa y a la vez dotarla de medios para que pudiese disfrutar de la vida a plenitud. No tardó en adquirir ropa de las mejores y más famosas marcas y abandonar las suyas en un contenedor cercano. A fin de cuentas se trataba de una mujer, como el resto de las mujeres, y aquella mañana se la dedicó a ella misma. Calmado su ánimo y con la mente en la casa siempre, fue en busca de algo que regalar a sus niños, que se alegrarían de recibir un obsequio y así salir de la monotonía cotidiana, con un soplo de ilusión. A lo lejos sabe que existe es paraíso que los más pequeños llaman juguetería y a ella va para robar felicidad a los pensamientos negros que como nubarrones cubre de vez en cuando los torturados cerebros de los que han sufrido. Al entrar recuerda los años en que ella misma corría con por los pasillos de una casi idéntica perseguida por los gritos de su madre regañándola por corretear sin control. Las estanterías atestadas de juguetes nuevos de última generación, la desconciertan y se ve en apuros para decidir qué llevarse. Consolas de videojuegos, y soldados de extrañas armaduras, así como muñecas que hablan y le llaman "mamá", o le solicitan ser sus amigas, forman el mundo actual de los que son niños del siglo XXI.

-Señorita por favor, ¿querría ayudarme?-le pide a la dependienta.

-Claro dígame que necesita.

-Verá necesito juguetes para niños de diferentes edades…de seis años hasta trece…son, a ver…-cuenta con los dedos-unos….once niños.

-Vaya es una familia númerosa lo que veo…enhorabuena.-sonríe la dependienta.

.

-No…, no, verá, son para los niños de la casa" Flores de Invierno", una casa de acogida, no me gusta llamarla así pero para que usted me entienda…

-De ser así, yo también colaboraré y creo que el dueño de la tienda lo hará además…es muy dado a colaborar en causas como la suya...

-Se lo agradezco y ahora por favor ayúdeme, estoy perdida…-le hace un gesto de fingida desesperación, que hace brotar la risa en los labios de la dependienta.

-La comprendo bien, cuando yo entré a trabajar aquí todo me parecían juguetes para marcianos,-ríen las dos sin poder contenerse-. Veamos les gusta mucho a los de más edad las consolas pero son algo caras…

-¡Oh!, por eso no se preocupe, hoy me han dado tanto dinero para esto que me puedo permitir lo mejor para ellos.

-Entonces les harán muy felices si lleva un par de estas consolas de la marca Sinendo, y otro par de las Station Class, son las mejores, pero no le recomiendo que las use, son para astronautas, ¡Dios mío!, Me parecen una tortura pero les encantan a ellos…¡ah¡ y este juego nuevo de construcción es increíble, es en tres dimensiones, y cuando se consigue terminarlo se enciende una luz especial y le felicita por ser el héroe de la partida.

-Créame que son todos héroes, en esta casa se concentran los más terribles dolores que niño alguno pueda sufrir, y sin embargo siempre conservan la sonrisa en la boca y se hallan dispuestos a luchar por la vida.

-¡Ay la vida que dura es para algunos!, sigamos a ver que encontramos ¿le parece?.

-Sí, pero trátame de tu por favor que me parece que soy más vieja sino…me llamo Eloísa.

-Yo soy Keyla,-le da dos besos, que suenan como notas musicales a destiempo.-Encantada.

Las estanterías se van descargando de sus habitantes inertes, camino de las manos más terribles que son las de los niños. En dos carritos se van acumulando como si alimentos del supermercado fuesen.

-Bueno hemos vaciado la tienda, hacía tanto tiempo que no me lo pasaba así…-le confiesa la dependienta, que ve venir al dueño entrando por la puerta-.¡Ah! ahí llega Eduardo, le voy a decir.-se aleja con paso rápido para alcanzarle.

Los dos regresan juntos y Eduardo le extiende su mano amigable y con una sonrisa en sus labios.

-Me dice Keyla, que es usted una altruista que gobierna una casa de acogida para niños maltratados.

-Algo así sí. Me alegro de poder saludarle don Eduardo.

-Pero por favor de tu, que me hace viejo…-se echan a reír las dos mujeres, sin que comprenda nada.

-Verá es que eso mismo le he dicho yo a Keyla cuando me ha dado trato de usted…¿comprende ahora?. No se lo tome a mal se lo ruego.

-No, pos Dios, como lo podría hacer…veo que se lleva la tienda entera, o casi…añadiré algo si me lo permite.

-No faltaba más…

-Tengo en la trastienda unos juguetes nuevos que me han llegado de los Estados Unidos, son nuevos en el mercado, van a arrasar. Venga conmigo atiende tú la tienda mientras tanto Keyla.

Keyla se despide y deja que los dos entren en la parte trasera de la tienda donde montañas de juguetes se almacenan en perfecto orden. En un rincón unas cajas se alinean como con especial cuidado, y son éstas las que rasga Eduardo para dejar a la vista unos extraños artefactos tecnológicos que se asemejan a consolas de videojuegos pero en formato de CD. Su apariencia externa parece la nave de un extraterrestre y su metalizado aspecto atraería a quien lo vise en el acto.

-Parecen consolas pero son algo más se puede con ellas interactuar de tal modo que se necesita moverse…son consolas virtuales, para que lo entienda.

-Eso es estupendo…pero valdrán un dineral…

-Lo cierto es que sí, pero quiero que se lleve estas dos, como una aportación mía. ¿Me lo permitirá?.

-Pues claro, pero a condición de que usted mismo venga a dárselas a los niños acompañados de Keyla. ¿Cuándo cierren…?-le pide con ojos tiernos.

La noche se convirtió en una fiesta que amenazaba no terminar nunca, los juguetes esparcidos por el suelo, y los entusiastas gritos de los niños, atronaban el aire. Eloísa hubo de hacer acopio de toda su paciencia y con un gesto que le solía dar buen resultado les anunció que deberían irse a la cama sino querían que los juguetes volviesen a las estanterías del establecimiento del cual procedían.

-Vamos niños a la cama, ya habéis sobrepasado la hora fijada para desalojar este salón…¡vamos vamos!, O los juguetes regresarán a la tienda de la que vinieron. –Dio varias palmadas sonoras que captaron la atención de los chicos y entre quejas y gruñidos, se fueron marchando, no sin antes abrazar los juguetes contra sí para llevárselos a sus habitaciones.

-Os agradezco que hayáis venido ellos necesitan conocer a otros adultos para poder aprender a confiar en ellos. Han sufrido experiencias traumáticas y ahora comienzan una nueva vida que les promete compensarles por daño que se les causó.

-Es un deleite poder estar con chicos tan inteligentes y sensibles como éstos, yo creí que nuestra sociedad estaba llena de niños malcriados y supermimados, que carecían de todo talento y naturalidad…veo que me equivoqué…

-Y no te equivocas, pero hay de todo, muchos padres dan lo que tienen, otros desean algo mejor que lo que ellos tuvieron para sus hijos, y otros son unos desalmados que los maltratan. Es por eso que da la sensación de que los más son niños mimados que no servirán apara nada en la vida. Espero que al crecer cambien de actitud y se conviertan en la generación que

acabe con los maltratos de niños y mujeres.

_Yo, -dijo Keyla, que se tomaba a sorbitos una copa de champán-creo que cada sociedad posee sus virtudes y sus defectos y la nuestra es de las que no saben que viven inmersos en una bella fantasía, quiero decir que vivir en Europa, es como vivir en Dysneylandia, donde las cosas son mucho más fáciles a pesar de que haya quien lo pase mal, y que si se sale de Europa, se ve la realidad con toda su crudeza.

-Sí, estoy de acuerdo contigo Keyla,-le apoyó Eduardo, que se sorprendía de saber la opinión de su dependienta a la que conocía y trataba poco.-Deberíamos valorar lo que tenemos y aprender a disfrutarlo, de lo contrario corremos el riesgo de perder lo que tenemos y de no saborear el presente.

-Bueno por hoy creo que ya nos hemos puesto demasiado trascendentales, -cambió de conversación Eloísa-Es hora de retirarse, y espero que os acerquéis por la casa de vez en cuando, una manita a la hora de pasar tiempo con los chicos nos vendrá de perlas-sonrió abiertamente.

-Prometemos que volveremos por aquí ha sido una reunión muy bonita -dijo Keyla, que se sentía muy a gusto en la casa -. ¿Verdad Eduardo?

-Claro que sí, y muy pronto a ver si luego nos tienes que echar por pesados…

La despedida se convirtió en un hasta pronto y Eloísa se retiró a sus habitaciones era su primer día en soledad y necesitaba acomodarse y meterse en el papel de gobernanta de la casa de las flores de invierno. No pudo menos que echarse a llorar al sentarse en el orejero, desde el que el viejo Jesús de Montiel le hablaba cuando charlaban tras su incursión nocturna aquel día… ahora ella, era la vieja de la casa y debería nombrar al, o a la, siguiente persona que gobernaría la casa cuando llegase el momento. Si era como decía a veces Jesús, tendrían que ser al menos siete los que le sucedieran para que lo llegasen a olvidar a él. El calor del lugar y el ambiente que le rodeaba le

produjo un vacío en el estomago y tomó entre sus manos el libro que dejó inconcluso el amable Jesús de Montiel. Era “La mañana Blanca” una historia de un joven que parte e busca d aventuras recorriendo el mundo sin pensar en que dejaba de tras un mundo aun mayor al que ya no podría pertenecer después.

.

CAPITULO XXV

ENTRE MUJERES

El silencio se apoderaba de la casa cuando todos descansaban y era la hora preferida de Eloísa, que se relajaba leyendo, pensando…como otros dos habían hecho antes que ella en aquellas mismas habitaciones. Allí residían sus espíritus, que le ayudarían al pensar en ellos y en como harían las cosas en cada situación delicada por la que pasase. El sueño se fue apoderando de ella y su cerebro viajó a otro tiempo, cuando un día conversó con Jesús, que le contó algunas de las experiencias más tristes de su antecesor Jean Pierre le Monéc. El le contó, que pasados muchos años Ana su amiga de la universidad, llegó un día con noticias que le perturbaron mucho. ¿Cuáles eran éstas? Su padre había fallecido y Ana pensó que quizás querría ir a su funeral, pero se equivocó de nuevo. Era una mañana fría de Diciembre el mes estaba mediado, y todo el mundo celebraba la navidad esa época, en la que se finge

ser lo que no se es y se engaña cada cual como puede, pensando que se es mejor cuando se regalan cosas que para poco sirven, si no van acompañadas de un sentimiento profundo, que debería permanecer todo el año. Ana y Ramón di Marinia tomaban una copa en un bar a altas horas de la madrugada y las luces violeta, les conferían un aura de misterio especial. Sonreían y charlaban de cosas que en apariencia podrían ser recuerdos agradables que compartiesen, nada más lejos de la realidad. Ana le relataba tras unas risas que se cortaron en seco al oírla, como un día Alfonso di Marinia se había sentido mal y su brazo se le había paralizado dejándolo sin sensibilidad. Rápidamente lo llevaron a un hospital donde lo ingresaron para estabilizarlo. Nada se pudo hacer, ya que a las dos de la madrugada empeoró y murió, sin que se pudiera hacer nada por él.

-Tu padre deseó siempre que os pudieseis reconciliar y aunque ya no sea posible…

-Ya sé que parezco un mal hijo que carece de sentimientos, pero mi vida dio un vuelco terrible al ser expulsado de su casa y viví experiencias que no debería haber vivido. No tengo sentimientos de apego al que fue mi padre, y…es difícil transmitir esto que me arde dentro, si no se ha vivido en la propia carne, pero para mí murió hace muchos años. Cuando me echó como a un perro me sentí morir y no le importó, ni tan siquiera mi madre que dicen que las madres son. Bueno da igual, no me ayudó, estuve en la calle demasiados años como un indigente hasta que…-lloró –Cheta me llevó a su casa y me cuidó como en verdad solo lo haría una madre sin pedir nada a cambio. Solo guardo sentimientos buenos hacia ella y hacia ti, ¡que pocos para una vida tan larga!. ¿Verdad?. Quizás yo también tenga parte de la culpa, por no conocerlos bien a ellos…no lo sé, pero no puedo ir, están muertos para mí y no quiero que resurjan viejos fantasmas.

-Respeto tu decisión aun no compartiéndola y no insistiré pero creí que te interesaría saberlo…y he venido por ti ¿comprendes?. Chano ya me advirtió de que esto podía suceder. Es duro para ti y para los que te queremos, piénsalo y actúa según te dicte el corazón. ¿Sabes que hace algunos años te escribió un poema que nuca se atrevió a darte?.

-¿A, sí?. Vaya con Chano, él siempre tan misterioso, lleno de secretillos-sonrió en una mueca triste, que denotaba su estado de ánimo-.¿Me lo leerás?.

-Claro lo tengo aquí, pero me tienes que prometer que no te reirás ni lo destruirás…

-Vaya, cada vez me siento más intrigado…lo prometo-alzó su mano derecha en un gesto forzado que pretendía ser un amago de promesa.

-Se titula "Amistad"y dice : "Por eso desde el poema,

Te hablo con la claridad.

Ahora no me interrogo,

Si valía la pena,

Al mundo haber venido,

y grito con gran fuerza:

Tengo a un dios por amigo.

-Por Dios ¿Cómo puede un hombre idolatrar a otro de esa manera?, Nadie merece adoración. Chano como siempre en su línea de melodramatismo extremo…¿porqué me lo lees ahora?. Si es por animarme…

-No, no es por animarte, es que…-las lágrimas salieron de sus ojos y Ramón comprendió.

-¡No!, no puede ser…ha…ha…

-Sí, ha muerto hace veinte días y era su deseo que te lo leyese. Siempre me tocan estas cosas, será por tener a los mejores amigos que me suceden estas cosas.

Ramón di Marinia lloró con amargura y sollozó con las manos cubriéndose la cara para evitar que le viesen llorar. No perdía a un amigo, sino más bien a un hermano, un colaborador, un socio, un…tantas cosas…Ana le dejó que se desahogase y esperó a que se recuperara. Era muy duro enfrentarse a dos muertes en un mismo día, pero Ana pensó que sería mejor que en dos fases que cuando s recuperase le volviese a hundir la segunda…

El sueño de Eloísa se iba esfumando como una niebla que lo derrite todo echándola de su mundo perdido en el subconsciente. Se le había grabado aquella escena que le contase Jesús de Montiel como si la hubiese vivido ella misma. Al hacerlo pensó en como los sucesos se seguían, sin que nada aparentemente pudiese frenarlos, o cambiarlos. Una vez le comentó Jesús de Montiel que Jean Pierre le Monéc le dijo, que él tendría al menos siete muertes y esto le dejó perplejo. Le preguntó que qué quería decir con aquellas enigmáticas palabras, y éste le respondió, que al menos siete personas dirigirían la casa y su obra permanecería por lo menos, si siete personas continuaban con su quehacer. Era como si tuviera que morir siete veces, ya que sería como si el viviese en ellos y no moriría hasta que su obra desapareciese con el séptimo que rigiese los destinos de la casa. Curiosa afirmación pensó Eloísa que no dejaba de admirar a aquel primer hombre, capaz de dejar todo para servir a los demás y sin embargo fue incapaz de perdonar a sus padres…curioso, si señor. La casa se le hacía demasiado grande sin Jesús y aquel primer día que bajó las escaleras para iniciar la jornada, sintió un pinchazo en el corazón y lloró limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano enseguida, pues no deseaba que se viese el mido que la atenazaba el alma. Los chicos reían y peleaban como si nada hubiese ocurrido, ellos bastante tenían ya como para ponerse a pensar en la muerte de nada por importante que éste fuese para su porvenir. Estaban tan acostumbrados a sufrir, que no les hacía mella ni la misma muerte. Se sentó a la cabecera de la mesa donde solía hacerlo Jesús y antes que él Jean Pierre y les pidió que cesasen en sus peleas para orar una vez más. Ella le pidió a Dios que cuidase de todos y le diese fuerzas para llevar aquella carga, que era la casa sin perder la ilusión y el ánimo. Todos dijeron un amén sincero y la comida ocupó el lugar prominente dejando a un lado a la señora de la guadaña.

El teléfono sonó con fuerza y Eloísa corrió a cogerlo. Magdalena la

asistenta social le anunciaba su visita, aun se precisaba poner al día ciertos documentos que dejó Jesús y de paso tomarían el té juntas. Una amiga en tiempos como los que vivían, era lo mejor que le podía ocurrir a Eloísa y sonrió levemente. Magdalena tenía el don de llevar consigo allá donde fuese, la alegría, y de llenar la habitación en que ella estuviere. Quizás por eso Eloísa creyó que todo iba como siempre y se relajó al verla. Llegó con la sonrisa pintada en sus labios rojos como la sangre y la abrazó como una madre hace con la hija que ama. Después secó las lágrimas de Eloísa y entraron juntas del brazo como dos viejas amigas que en realidad eran. Sergio muy educado y solícito les trajo un té, era quien mejor lo preparaba y unos trocitos de pluncaque de frutas, adornaban una bandeja junto al té. Eloísa hacía el mejor en tres leguas a la redonda y Magdalena era su mayor fan en cuanto a repostería se refería. Las dos recordaron los tiempos vividos y no vividos de los dos anteriores regentes de la casa, y algo dentro de Eloísa se calmó.

-Hummmm, que té amiga mía, es exquisito. ¿De dónde te lo traen?. Porque este té no es de aquí…

-No, no es de aquí es de Londres, cuando voy que es en contadas ocasiones, compro el té en los almacenes Maison cerca de Picadilly Circus, es Earl Grey, el más aromático de todos…otras veces una amiga me lo trae cuando viene a ver a su familia. ¿Bueno eh?. Por cierto que te quería comentar una cosa que me ha pasado y que me tiene un tanto perturbada…

-Tú me dirás…

-He soñado con Jean Pierre le Monéc y con una amiga suya una tal Ana que le vino a ver y le contó que su padre había muerto…me lo contó Jesús hace ya tiempo, y se ve que me impresionó…

-Ya comprendo, pero ¿en qué te puedo ser de utilidad yo?.

-¿Tienes una foto de Jean Pierre le Monéc?. y, ¿de Ana?. Nunca he tenido ocasión de ver ninguna a pesar de ser tan famoso por fundar esta casa…

-Claro, siempre llevo unas cuantas encima de mis amigos, soy una sentimental sin remedio…a ver…sí, aquí está, mira…-le mostró el rostro de facciones duras de Ramón di Marinia, con su cara pegada a la de Ana, en una noche que salieron juntos, cuando nada de lo que se avecinaba había sucedido todavía.

-Parece un hombre muy serio de rasgos duros…no es como en mi sueño desde, luego…ella sin embargo se parece algo…¡qué cosa son los sueños!, ¿verdad?. Nos sumergen en mundos paralelos y sacan de nuestras mentes lo más secreto que deseamos saber u ocultar…

-Desde luego hija, qué trascendental te veo hoy, comprendo que es tu primer día al frente de la casa, pero tú eres ya una experta, no en vano eras la mano derecha de Jesús, ¡ay! le voy a echar de menos, mucho, era tan majo, tan bueno…en fin…

Las dos amigas intercambiaron consejos e impresiones y acabaron charlando de ropa joyas y tiendas que tenían como algo especial para adquirir lo que conformaba su estilo…Magdalena era una experta en cambiar de tema y Eloísa no supo combatir su deseo de distraerla de sus preocupaciones. Pronto las risas suplieron al llanto, y la alegría a la tristeza, que era lo que deseaba Jesús de Montiel, allá donde estuviera. Magdalena y Eloísa, gobernaban ahora la casa y de ser dominio de hombres casi por completo pasaba a las manos sabias de dos mujeres, que entregaban lo mejor de ellas a la causa en la que se hallaban comprometidas de por vida. Los años comenzaban a pesarle a Magdalena que era ya muy vieja y Eloísa la necesitaba más que nuca para que le aconsejase sobre asuntos en los que ella era perito, mientras que Eloísa no se desenvolvía bien en ellos. Eloísa veía como ella debería llevar la mayor parte del peso de la casa, y se propuso tener algún colaborador, para que le ayudase en sus numerosas tareas. Era un delicada cuestión, y se precisaba que conociese el funcionamiento de la casa a la perfección, por lo que no podía ser de afuera…Pensó en cada uno de los chicos de más edad y en sus capacidades tanto de trabajo como talentos que poseían a la hora de realizarlos. Sergio ya había crecido lo suficiente y era de buena planta con autoridad entre los demás y listo…algo que le vendría muy, pero que muy bien…por otra parte estaba Ramiro, que era más introvertido pero eficaz en lo que hacía y dedicado a aquello en lo que ponía su atención… Pensó detenidamente en los dos y al cabo de un rato, una luz le iluminó la

mente, ¿porqué quedarse con uno de ellos tan solo cuando los dos podrían colaborar en distintas tareas? Ya estaba, les propondría a los dos colaborar con ella. Les asignaría una paga, por eso de que el obrero merece su salario… bien así lo haría…con un movimiento rápido se dirigió a la habitación de Ramiro, que casi siempre estaba frente a su ordenador, como si de una ventana abierta al mundo exterior se tratara. Llamó con los nudillos y aspiró el aire como si le faltase. Una voz varonil le concedió permiso para pasar adelante. Inclinado sobre su portátil, Ramiro tecleaba a gran velocidad, creando una atmósfera en la que él era la figura principal. Se volvió y miró a Eloísa sin inmutarse. Eran escasas las ocasiones en que sonreía por lo que no le sorprendió su inexpresivo rostro.

-Verás Ramiro, quería hablar contigo de un tema que me preocupa y en el que creo que tú podrías realizar un muy buen trabajo. Se trataría en principio de colaborar en la organización de la casa, llevando algunas cosas que a mí me resultan trabajosas y en las que no soy precisamente buena…-sonrió alzando las manos al reconocer su inexperiencia en algunos temas.

-¿Crees que yo sería capaz de llevar esos asuntos?. No sé…

-Vamos Ramiro…-posó su manos sobre la del muchacho con ternura,-eres mi tabla de salvación. –Se mordió el labio inferior tensa.

-Bueno está bien, ¿de qué se trata?. Si creo que puedo encargarme lo haré, pero no te prometo nada, ¿vale?

-¡Vale!. Estoy segura de que podrás, tendrías que llevar la contabilidad de la despensa y los colegios de los más pequeños, es decir controlar las reuniones de padres…las notas…y conseguir el imposible de que no se peleen todas las mañanas, con eso me quitarías un peso de encima…-se entusiasmó Eloísa.

-No es difícil lo que me pides,-dibujó una mueca que pretendía ser una sonrisa-ponme al día y estaré encantado de ayudarte. ¿Sabes que nadie me había pedido nunca que ayudase en la casa?. –La miró con cariño que

denotaba un profundo agradecimiento.

Eloísa abrazó a Ramiro y casi lloró de emoción, al ver que el joven que ya rondaba los diecisiete años, se sentía importante y lo que es más, útil en la casa que era su hogar desde hacía años, cuando Jesús lo recibió en ella ,traído de una familia desestructurada en la que el padre, un alcohólico, pegaba su madre palizas un día sí y otro también, y su madre siempre enferma y deprimida, no le prestaba la atención que precisaba.

Abandonó su habitación satisfecha de su decisión de delegar en los chicos que eran al fin y al cabo los que mejor conocían el funcionamiento de la casa. Ahora tenía que hablar con Eduardo, que era más extrovertido, de carácter firme y demasiado terco si algo no le encajaba en sus planes. Los maltratos sufridos en el pasado quedaban olvidados y ahora era un joven alto, fuerte y sano, envidia de quienes no confiaron y amaron su persona. Era el fiel reflejo del éxito conseguido por Jean Pierre le Monéc. Eduardo leía en el porche de la casa una novela de Stefan Brandstone, titulada "La caja de La vida" en la que un hombre ya viejo, se ve inmerso en una trama de políticos corruptos y obispos avaros, que derivan en el descubrimiento de un secreto guardado por muchos siglos. Sus ojos demasiado cerca de las páginas, anunciaban una visita al oculista y sin embargo él casi se metía dentro del libro.

Le llamó con dos toquecitos en el hombro y se volvió con la perenne sonrisa en los labios gordezuelos que le daban un aire exótico.

-¿En qué te pudo ayudar Eloísa?. Estaba leyendo una novela interesantísima…

-Ya me lo imagino, casi te metes dentro del libro, tiene que ser muy buena sí… mira es que quiero delegar algunas funciones de la casa en una persona de confianza y he pensado que tú serías la adecuada para ello.

-¿Yoooo? .Vaya que sorpresa, pues tú dirás de qué se trata…

-Me gustaría que te encargases de lo que tiene que ver con los bancos y también de la limpieza de la casa, ya sabes que es un caos a veces y es culpa mía que no me dedico a ello lo suficiente. Se trataría de hacer una lista de a quienes les toca limpiar cada semana, y de ejercer autoridad en caso necesario…en fin enviar a la hoguera dos o tres…y…-rió de buena gana Eduardo compartía con ella ese humor negro tan especial que solo ellos entendían en la casa.

Los dos se echaron a reír y Eduardo le dio un abrazo que la sorprendió pues era todo menos efusivo.

CAPITULO XXVI

EL SILLON OREJERO

Ana le sirvió el té y un pedazo de bizcocho y le miró de hito en hito, recelosa. Sabía que Ramón estaba en otro lugar muy lejos de allí, y que solo si él consideraba bueno acudir, iría a Oviedo a ver la tumba de sus padres. En las películas todo terminaba bien –pensó Ramón-, en la vida real las cosas siempre son más difíciles y en ocasiones como esta, acaban mal…visionaba la lápida de su padre y la de su madre juntas y sonrió para sí, pues nunca estuvieron juntos emocionalmente hablando y menos aun físicamente…eran dos completos extraños unidos por un interés común, el dinero. Pero esto que era lo normal en la mayoría de los matrimonios al estilo español, le suponía una ironía a Ramón di Marinia que anhelaba una pareja diferente, como era la suya. El había preferido a alguien distinto, inteligente, con afán de superación y capaz de amar…capaz de amar…-repitió paladeando cada letra de aquella frase. ¿Era realmente tan difícil amar y ser amado?. Eso es lo que parecía, pues aunque todas las parejas fingían hacerlo, eran escasas las que lo conseguían…Ana se quedó en silencio esperando el regreso al mundo real de Ramón, que se perdía en disquisiciones inútiles de un pasado que se disolvía por sí mismo. De sus padres ya no quedaba nada…ni sus cuerpos pues habían sido incinerados y sus cenizas cuidadosamente metidas en urnas esbeltas y brillantes, que quedaron dentro de nichos decorados profusamente, como premio a una vida de riqueza y dolor. Afuera un epitafio decía: “Aquí yacen unidos sus destinos, para toda la eternidad, Don Alfonso di Marinia, y doña María Luisa di Marinia esposa fiel, que le dio un hijo, don Ramón di Marinia”. Escasas letras para vivir en un cielo incierto. No había acudido a su entierro por no parecer hipócrita, que le educaron para serlo, y despreciaba a quien solo aparentaba sin serlo, espiritual. Allí estarían los sacerdotes de” la obra”, para saciarse de su santidad y aclamar a sus benefactores crematísticos, a los que habrían de llorar por sus dineros, que no por su buen hacer.

-¿Estas con los mortales Ramón…?. Veo que te evades de la realidad no sé si estás bien o por el contrario te encuentras mal por algún sentimiento encontrado…

-Estoy bien, Ana y te agradezco que te quedes conmigo unos días no

sé qué haré respecto a muchas cosas que se amontonan en mi mente sin que le encuentre respuesta. Los sufrimientos parecen aumentar y el dolor sin embargo desaparece como por ensalmo…es un tanto complejo de explicar… Cuando los sentimientos afloran no se pueden controlar como se quisiera en un principio, y la culpa asoma como ladrón que se lleva la paz…no es que yo me sienta así…pero quizás, solo digo quizás, no fuese lo mejor…no sé qué pensar…

-Cuando uno se entrega a disquisiciones de este tipo, -retomó la iniciativa en la conversación Ana-,se retrotrae a tiempos pasados que suelen considerarse, por idealizados, mejores que los presentes, y desde luego es mejor que así resulta del análisis, pues de no ser de esta manera…-dejó la frase inconclusa adrede.

-¿Me estás queriendo decir algo?. Porque de ser así no entiendo a donde quieres llegar…

-Ramón, tu eres un hombre generoso y altruista, y lo has demostrado en mil ocasiones, ahora tienes que evidenciar el mayor de los gestos, el de perdonar a quienes te hirieron en lo más profundo…a fin de cuentas, ya han pagado con la muerte su error…y el peor de los castigos ya lo tuvieron en vida…no poder verte más y sufrir un dolor terrible, del que en parte fui testigo visual, al no tener la ocasión de pedirte perdón…

-Quizás resulté ser demasiado duro con ellos Ana…pero no pude mirarlos a la cara, sin sentir repugnancia por lo que hicieron, por la crueldad que manifestaron, y lo peor no es que lo hiciesen, sino que eran capaces de hacerlo si se cometía el pecado imperdonable para ellos. Eso me retuvo de ir a verlos, ¿comprendes? ya no eran los padres que creía en un principio…ya no…

-Sí, no lo había analizado desde ese punto de vista…eran capaces de echarte si hacías algo para ellos imperdonable…solo querían pedirte perdón porque eras inocente, pero, ¿y si hubiese sido culpable?, ¿merecerías por ello que se te echase de casa como a un perro?. Lamento haber insistido en que les perdonases y en que fueras a verlos…

-No pasa nada, Ana, yo sé que tu solo veías sus caras compungidas, su dolor, quizás auténtico, que traspasaba los corazones de quienes los veían sufrir…pero, ¿quién vio mi sufrimiento? ¿Quién me echó como a una rata de la casa que ellos gobernaban? No pude perdonarles el que fuesen capaces de tamaña crueldad para con su propio hijo…no el hecho en sí de llevarlo a cabo.

Ana se cubrió la cara con las manos y sollozó como una niña triste, por la rotura de su muñeca favorita. Ramón la abrazó como hizo en aquel infausto día y la consoló con el calor de un amigo, que emana de sus brazos fuertes y seguros. Así se quedaron unos minutos muy juntos, llorando los dos, como dos niños sometidos al más cruel de los castigos, perder a sus papás. El aire se hizo pesado, y las fosas nasales de ambos se llenaron y les obligaron a separarse y sonarse para respirar mejor. Los dos se echaron a reír con una risa cómplice, que hablaba de tiempos en que la amistad resultó ser un lazo inquebrantable.

-¿Echas de menos…?.

-¿A Diana?, Mucho…era mi apoyo, mi otra mitad, pero sé que la volveré a ver cuando…pero no hablemos de religión ahora por favor, que me pongo serio y no quiero…-sonrió satisfecho de tener con él a su mejor amiga desde la universidad-. Salgamos a cenar un poco y el aire fresco de la noche se llevará la tristeza acumulada que nos atenaza.-le propuso él.

Como dos novios enamorados pegados el uno al otro, agarrados del brazo, pasearon por las calles de Madrid, dejando que el rumbo lo eligiese el azar. Ella le miraba y sonreía con la seguridad de poder sentirse amada como solo él sabría hacerlo. El, con la tranquilidad de saber que ella era la otra mitad perdida con la trágica muerte de Diana años atrás, que le sumió en una terrible depresión, de la que solo salió con la ayuda de los niños, que necesitados de su cariño en la casa de las flores de invierno, le daban a él sin dejarlo solo en ningún momento. Penetraron en un restaurante en el que los clientes miraban a través de las enormes cristaleras a la calle, mientras cenaban entre los pesados y artísticos cortinajes. El lugar era de un estilo pretencioso y agradable, que invitaba a entrar a quienes admiraban el art decó. Solicitaron una mesa para dos, y se sentaron uno enfrente del otro. Se miraban como si nunca lo hubiesen hecho, y Ana tenía los ojos brillantes como estrellas emanando felicidad. El sonreía como solo lo hacía, cuando se sentía

tranquilo y a gusto con alguien, despreocupado. El camarero les entregó las cartas y se zambulleron en ellas en busca de algo con qué llenar sus estómagos, antes de proseguir aquella dicotomía que les llevaba invariablemente a Oviedo, como si los hados del destino quisieran entretejer su singladura, ayudados por las tres parcas. Ana pidió una ensalada de espárragos trigueros y un solomillo y Ramón se decidió por una ensalada de marisco y una dorada al horno. El vino como era la costumbre, fue elegido por el varón, que se inclinó por un Viña de Berceo gran reserva, fuerte, poderoso y de un rojo rubí intenso. El maitre solícito y muy profesional, le sirvió un sorbo y dejó que lo catase con la elegancia que solo Ramón di Marinia podía hacer gala. Se ponía tan serio… Tras aprobarlo les sirvió en las copas, y se retiró con una media reverencia. Fue en ese momento cuando los dos, entraron a discutir el cómo y el cuándo irían juntos a Oviedo, a fin de dar por terminada aquella penosa etapa para Ramón y para Ana también.

-Todo concluirá como debe, con una adiós a la tristeza y al dolor que tanto tiempo te ha lacerado el corazón y la mente y esto último, creo, que es el más terrible de los dos…

-Sí, el más hiriente y profundo no es el que el corazón produce sino el que la mente no perdona, y te vuelve loco. Dentro de tres día iremos los dos y visitaremos esa tumba en la que descansan mis padres, no servirá ya de mucho, pues es en vida cuando se deben hacer las cosas…pero no me era posible.

Ana le tomó las manos con las suyas y le miró con ternura, una mirada que siempre lograba conmover a Ramón di Marinia. No quería que la noche se quebrase como una caña cascada por el viento que es llevada sin piedad a donde no desea.

-No sufras, hiciste lo que pudiste y lo que creíste bien hacer…si ahora zanjas este enojoso asunto, todo quedará resuelto para siempre y tu podrás seguir con tu vida sin remordimientos. Hazme caso y cena sin despertar a viejos fantasmas del pasado. Esta noche es nuestra y solo nuestra. Una música comenzó a sonar de fondo, y Ramón reconoció la melodía que no era otra que el “Para Elisa “de Bethoven. Se dejó llevar por sus notas a un mundo nuevo, que le recordó que ante él tenía a alguien que había sufrido los avatares de la vida tan rudamente como él. Las experiencias les habían curtido y cada

instante les parecía el último, por lo que la cena resultó ser un oasis en medio de un desierto árido. Las risas y los recuerdos de los años universitarios les hizo olvidar todo cuanto no fuese pasarlo bien aquella maravillosa noche. Hasta tal punto, que los demás de los clientes del restaurante comenzaron a sonreír en complicidad con ellos, pues resultaba contagiosa su risa. Recordaron las imágenes de los que compartieron con ellos los estudios, y las caras que tenían tanto ellos como sus compañeros, con los pelos largos y barbas de dos días…con camisetas con leyendas imposibles, que ahora les parecerían de risa o quizás les harían llorar de vergüenza. Los platos exquisitos fueron pasando, como sin una presencia especial…y el postre resultó un refrescante helado de vainilla bañado con whisky, que hizo las delicias de ramón di Marinia que por esa noche tornaba a ser el hijo de los di Marinia. Ana, condujo su coche deslizándose como una brisa suave sobre el asfalto, con Ramón dormido en el asiento del copiloto, tras una charla fluida y que había agotado al parecer las energías de éste. Ana pensó en cuantas cosas habían sucedido en aquellos años y en el resultado de ellas. Ahora al fin, Ramón había comprendido que a los fantasmas del pasado hay que hacerles frente, a veces, aunque no se desee. Es la mejor manera de conjurarlos y que desaparezcan para siempre. Las luces de los coches que se le cruzaban eran las únicas que aparte de las del salpicadero iluminaban su soledad, en aquella monótona carreara hacia un destino prefijado por el azar.

Miraba de vez en cuando a Ramón, al que quería más que a nadie en este mundo, a pesar de que nunca habían sentido una atracción como simples hombre y mujer. Quizás porque habían sobrepasado esa delgada línea que permite ver más allá de lo que es el contacto carnal, para sentirse a salvo de insinuaciones y daños sentimentales que les separasen. Ella agradecía su apoyo y él, el de ella, sin más. La cabeza de Ramón se balanceaba suavemente a medida que el auto se desplazaba y su respiración regular, le indicaba a Ana que todo iba bien. En la oscuridad se recortaban los árboles como sombras siniestras y los matorrales que bajo la luz diurna agradaban a la vista se convertían en linderos, que separaban la realidad de la más tremebunda fantasía. Cuando el alba anunció al sol que se alzaba por el horizonte, Ramón comenzó a desperezarse y vio que Asna introducía el coche en un área de descanso.

-Vaya parece que me he quedado dormido como un tronco…

-Siempre te pasaba, ¿recuerdas cuando fuimos de excursión a la granja?. ¿Cuántos años tendríamos diez?, te quedaste dormido todo el

trayecto. Al llegar te llevaste un susto de muerte, cuando la profesora te tocó en el hombro para despertarte. Y te pusiste rojo hasta la raíz…

-Sí que me acuerdo, que mal lo pasé…fue la primera vez que me ayudaste.-la miró agradecido aun.

-Luego siempre te tocó ayudarme a mí, así es la vida de rara absurda y caprichosa.

-¡Huy esa frase es de Chano!, le retrata a la perfección.

-Sí creo que sí, la he adoptado al parecer, ni me ha dado cuenta. El caso es que así son las cosas.

-Tengo un hambre atroz. ¿Tú no? ¿un desayuno por mi cuenta te compensaría por haberte dejado sola toda la noche?-la miró fingiendo pena.

-¡Como eres!. Ya sabes que por conocerte tan bien, es que te perdono, pero de todas formas el desayuno corre de tu cuenta eso sí que sí.

Entre risas y con ganas de llenar el estómago y el vientre del coche, que comenzaba a solicitar combustible, entraron en el aséptico restaurante de la gasolinera. Ocuparon una de las mesas de formica y arrastraron un par de sillas que rascaron el suelo con horrísono sonido. Los bollos suizos y los cafés reconfortaron a los dos viajeros y despertó definitivamente a Ramón. Siempre le sucedía que hasta después de tomarse el segundo café no se sentía capaz de pensar con claridad.

-Sigues estando seguro de querer enfrentarte a tus fantasmas amigo mío?.

-Sí, más que nunca, necesito dormir sin pensar que tengo una cuenta pendiente con mis padres. Lamento profundamente no haber sabido controlar mis sentimientos negativos, y no cerrar esa herida sangrante que abrieron conmigo, pero…

-Conmigo no tienes que disculparte, era tu decisión y la respeto. Tuvo que ser muy duro ver cómo te echaban de su casa, y de sus vidas sin dejar que te explicases.

-Lo peor de todo no resultó ser eso, sin embargo, fue que eran capaces de echarme sin tener mala conciencia…no me lo podía creer. De haber sido culpable de lo que se me acusaba, tampoco hubiesen tenido excusa al echarme de su casa, que demostraron no era la mía.

-Verás es que hay algo que debes saber antes de llegar. –Miró hacia el suelo Ana, como siempre hacía al sentirse culpable de algo-.Al morir tus padres…pues…pues…quedaron algunos flecos colgando, y…

-¿Qué estás tratando de decirme Ana?, –le tomó de las manos con ternura para que se relajase, como solía hacer siempre él-dímelo sin ambages.

-Tienes que heredar de ellos. Ahora la casa es tuya y su dinero y posesiones también. Has de poner esos asuntos al día.-la cara de Ana pareció un poema dramático.

-Ya…comprendo. Lo haré si me ayudas. No quiero nada de ellos como bien supones, pero podrán ayudar aunque no lo hiciesen en vida, a muchas personas que de muertos ellos, se beneficiarán de su poder adquisitivo.

-¿Y la casa?

-La casa…la casa…-pensó cabizbajo Ramón-. No sé lo que haré con ella. Sinceramente, no lo sé. En ella pasé mis felices años de infancia y conocí una tranquilidad y una paz que creí verdaderas. Venderla me rompería el corazón, y sin embargo yo ya nunca viviré en ella. Lo pensaré más adelante.

Los sentimientos afloraban en él, como ortigas que le produjeran urticaria, y no obstante le resultaba un enemigo al que necesitaba aplacar en su constante asediarle. De no sacar de sí aquellos que le dañaban correría el riesgo de convertirse en un ser amargado y triste, que hiciese de su vida un infierno personal. Ana, que le veía debatirse entre terribles sentimientos encontrados, le miraba a punto de echarse a llorar. A duras penas pudo contener el impulso y continuó en silencio permitiendo que los de él saliesen a flote aflorando para desahogarse. Los cafés comenzaban a enfriarse y Ramón sorbió un poco de su taza, a la vez que mordía un extremo del bollo suizo como para darse una tregua y recomenzar su charla con Ana. La cristalera sucia apenas dejaba entrever el exterior y era como si desease hacer juego con lo que dentro de su ser combatía anhelando salir sin que de momento fuera posible. Prosiguieron el viaje esta vez ambos despiertos y cambiaron de temática, para no verse envueltos en una tristeza permanente, que les impidiese disfrutar de su mutua compañía. A fin de cuentas habían vivido muchas experiencias que al traerlas de nuevo a sus vidas les sacaban la risa contenida largo tiempo. El sol, solidario con sus deseos apareció en el cielo dorando con sus rayos la mañana. Las nubes habían sido robadas por el viento suave que refrescaba el aire perfumándolo con su aroma a hierba recién cortada. Los linderos de la carretera verdes y frondosos les iban anunciando que se acercaban a la tierra que les viese nacer. Numerosos automóviles se cruzaron junto al suyo, y Ramón rememoró aquella noche aciaga que la lluvia nublaba cuando él abandonó para siempre una vida que ya no recuperaría jamás y le vino a la mente la pérfida Marisa Ordea, la causante de su desdicha y se preguntó que habría sido de ella.

-Murió hace dos años en completa soledad. –Le respondió Ana como si le hubiese leído el pensamiento-.Se recuperó bastante de su accidente de coche, pero siguió siendo la misma hasta el día en que murió. Aun recuerdo la soledad del funeral. El féretro estaba solo sobre la fosa que lo iba a recibir, y tan solo un sacerdote católico con un misal abierto, rezaba ante su cuerpo sin vida.

-Era una mujer cuyo recuerdo solo puede ser nefasto, nunca he odiado a nadie, pero ella se ganó ese dudoso honor.

Ana le miró sorprendida, pues jamás había oído hablar tan duramente a Ramón y menos aun de odiar.

-Solo merecía pena por ser tan clasista, ruin y mezquina…y a fin cuentas, ¿para qué?. Para acabar sola repudiada de todos y…

-Dilo, sí, odiada.

-No por Dios, no digas eso cariño, que es demasiado duro para que salga de tu boca.

-Lo siento Ana pero destruyó mi familia mis proyectos, he tenido que ver como moría una mujer espléndida y arrastrarme por los más sucios y bajos fondos de ciudades, de las que solo salen en televisión sus monumentos.

Los ojos de Ramón se inundaron de agua y dejó que su amiga Ana se los enjugase con un clínex como solo una amiga verdadera puede hacer con quien es querido para ella.

-¿Sabes?, aquella noche que me fui para no regresar a casa nunca, en el autobús que me llevó hasta Barcelona, tras largas y tediosas horas de trayecto, bajo la lluvia, solo pensaba en cómo se puede expulsar a un hijo, solo porqué alguien te ha dicho que ha hecho tal o cual cosa, incluso como se le puede echar sin más, sea cual sea la cosa que haya podido hacer.

-Sí, supongo que la educación religiosa tiene mucho que ver con eso, tú sabes más que yo de esas cosas.

-¿Sabes que después de pasarme todo aquello, dejé de creer en Dios para siempre?. Abandoné todo cuanto creía que provenía de ellos. Me producía asco su manera hipócrita de creer, ¿en qué?. En el dinero, en el poder, en las clases sociales…¡vaya mierda!.

Ana le acarició la mejilla con ternura, como solía hacer cuando él despotricaba a gusto, y le escuchó con atención, por fin sacaba la porquería largo tiempo contenida de su interior, para poder así limpiarla.

-Has dicho que dejaste de creer para siempre. ¿Quiere eso decir que no volviste a creer en algún momento concreto?.

-Sí, fue el día en que Sergio, aquel chiquillo me hizo la pregunta del millón. ¿"Existe Dios"?,¿entonces porque no me quiere?. Algo se abrió dentro de mí, y me pregunté lo mismo que él, me vi llorando y respondiéndole lo que yo mismo necesitaba creer.

-¿Y qué es ello?-le interpeló mientras torcía a la derecha para introducirse en una carretera secundaria.

-Le contesté que Dios no tiene la culpa de las cosas malas que los hombres y mujeres de este mundo hacemos, y que hay gente muy buena que si le quiere y que a esa también la creó Dios. Que ni tan siquiera la muerte viene de la mano de Dios, que eso es una gran mentira creada por los hombres ignorantes de que Dios es amor, amor del verdadero.

-¡Qué bonita explicación!. A partir de ahora quiero creer eso que has dicho, me parece que el propio Dios estaría muy de acuerdo con ello…me alegra saber que recuperaste la fe perdida, aunque más bien debería decir robada.

Un ambiente cordial, y relajado les sumergió a partir de ese momento en un elenco de bellos recuerdos infantiles y juveniles que les ayudó a ambos a pensar en cosas más agradables. Dejaron atrás Burgos con su catedral en la lejanía y se comieron literalmente los kilómetros que les separaban de Oviedo. La lluvia hizo acto de presencia un par de veces anunciando que llegaban a la frontera donde el clima es menos propicio y el verde reina de manera perenne. La nubes le parecieron a Ramón que dejaba atrás a Jean Pierre le Monéc, algo

agradable y familiar largo tiempo olvidado, algo que perdió junto a su vida anterior sin que nunca pudiese dejar del todo tras de sí aquel clima, sus gentes amables y hospitalarias, y…y a su familia, lo único que merecía la pena en este mundo y que Marisa Ordea ,se encargó de quebrar como si se tratase de una caña de hierba hueca y reseca por el sol. Ahora que sus padres descansaban en la tierra en que él se crió, regresaba con la intención de disipar los fantasmas del pasado y comenzar una etapa nueva que también para él ya viejo iba a ser la última y que le hacía preguntarse si no era él un poco al menos como sus padres al pensar en arreglar sus asuntos a última hora para ponerse a bien con Dios. Tardaron un par de horas en llegar, pues Ana prefería conducir muy despacio, en realidad para darle tiempo a Ramón para que pusiese en orden sus pensamientos y así poder enfrentar de mejor manera su vuelta. Ana aparcó frente al teatro Campoamor y su gris fachada sobria y elegante, le transmitió a Ramón aquel amor que siempre se conserva dentro de uno mismo, para con la tierra que le vio nacer. Una sensación de placer y miedo, de terror y dolor, de agradabilidad y emociones contenidas, se anudó en su estómago y le sacó un par de lágrimas que Ana le limpió con el dorso de la mano si decirle nada.

-¿Qué quieres que hagamos primero?.

-Visitemos las tumbas, y mostrémosles el respeto que no merecieron en vida a sus cuerpos muertos. –fue la seca respuesta de Ramón.

-Pues vayamos allá…

El cementerio de los di Marinia, era una parcela privada que se ubicaba en las afueras de Oviedo, a la que se podía acceder a pie sin la necesidad de trasladarse en coche, pues Oviedo es una entrañable ciudad que se recorre con despacio y deleite a pie en poco tiempo, en comparación con otras de mayor tamaño. Una tapia de piedras labradas en sillares, rodeaba el lugar coronado por una corta verja de forja negra, con picos de lanzas doradas. La puerta una verja de negra forja aparecía cerrada con una cadena enroscada como serpiente y de la que colgaba un enorme candado. Ramón le miró a Ana y ésta le devolvió la mirada sacando la llave de su bolso.

-La tengo en mi poder desde que murieron, lo dejaron prescrito en su

testamento…

-Vaya sí que eran previsores en ciertas cosas, -dijo con evidente sorna.

Los dos entraron en el recinto y Ana se mantuvo en un segundo lugar dejando que Ramón solo, se acercase a las tumbas de sus padres. Los altos cipreses se balanceaban suavemente y la hierba olía a recién cortada. Supuso que Ana mantenía en perfecto orden el sitio, en espera de que él se decidiera a visitarlas. En medio del espacio, justo en el centro, dos lápidas adornadas con unas estéticas estatuas, le anunciaron la presencia de sus padres. Un ángel con las alas extendidas y bajo él una María mirándole lánguidamente apoyada en un estilizado obelisco, se alzaba sobre la lápida de su madre. En ella leyó: "Doña María Luisa Comares, di Marinia. " Ramón se arrodilló y tocó con mano temblorosa la fría losa.

-Madre cuanto me hiciste sufrir en vida, y cuanto me hiciste llorar en este largo, eterno recorrido, que ha sido la mía. No te guardo rencor, pero he sido incapaz de verte de nuevo. Perdóname, ahora que esperas en la resurrección, la nueva vida que en verdad lo es. Yo sé que esperabas que sucediese esto, y –comenzó a llorar Ramón sin contenerse-que te satisfaría saber que he venido aunque sea tan tarde.

Ramón bajó la cabeza y lloró profusamente sin que Ana en ningún momento se acercase para interrumpirle. Después pasó a la tumba de su padre el todopoderoso Alfonso di Marinia. Un Abraham luchando con un musculoso ángel, semejaban sortearse sus huesos aun después de su muerte. Leyó: "Don Alfonso di Marinia" ni epitafio, ni textos bíblicos que tanto le agradaban en vida, nada solo el nombre.

Se colocó en cuclillas ante él y le habló como si lo tuviera delante.

-Hola padre, sé que es imposible que me escuches, pero eso también sucedía en vida, cuando dominabas cuanto se interponía ante ti y tus deseos… Hoy he venido a ver tu tumba y la de mamá, para despedirme hasta que

regreséis en la resurrección, si es que el mismo Dios se digna resucitaros…no te guardo rencor, y creo que quizás hube de solucionar los asuntos en vida y no ahora tan cobardemente…pero no me sentí capaz de hacerlo después de aquella expulsión injusta y cruel de la que me hicisteis víctima…te perdono aunque sea tarde…adiós padre, hasta que Dios lo quiera…

Ramón se alzó y dio media vuelta con la lágrima en los ojos y el alma en vilo. Una sola imagen vino a su mente y fue la de Cheta Chesten, la mujer que murió en tan trágicas circunstancias y que lo cuidó cuando se moría apuñalado en un oscuro callejón de Barcelona. Ana se le acercó y le tomó cariñosamente dl brazo pegando su cabeza a su cuerpo para trasmitirle el calor de amistad que lo cura todo, o casi todo.

-¿Cómo te ha ido? –le preguntó temerosa.

-Creo que mejor de lo que yo mismo creía. Pero aun tengo cosas que hacer antes de irme…

-Ya lo comprendo, he tenido poderes para gobernar tus bienes hasta que te decidieras a disponer de ellos, ahora hemos de poner las cosas al día y has de tomar decisiones sobre…

-Ya lo sé la casa…

-Sí, la casa y el dinero y las acciones de tus padres que son bienes cuantiosos ciertamente.

-Pero ahora vayamos a comer algo necesito un trago de algo fuerte y llenar el estómago.

Pasearon hasta llegar al bar de Fernando, que ahora se llamaba “Galesa”y entraron. Ellos solo vieron la decoración que conocieran cuando comenzase la tragedia y la mesa desde la que su novia creyó ver algo que solo existió en su imaginación.

-¿Qué fue de…

-Creí que no me lo ibas a preguntar, se casó con un empresario que se Arruinó años más tarde viven en Gijón en un chalecito que es de lo poco que pudo conservar, creo que tienen una empresa de informática que les da para vivir bien.

-Me alegro por ella solo buscaba una cartera y ya se sabe el egoísmo solo conduce al pobreza.

Se sentaron en una mesa que junto a la cristalera conservaba algo del encanto de antiguo, y pidieron sendos cafés.

-Aquí comenzó todo, aquel día aciago en que tu marido…

-Sí, es verdad fue un día aciago y terrible para mi, inolvidable diría yo. Tu novia nos vio a través de la cristalera y pensó…-medio sonríe al pensarlo-que yo era una prostituta a la que pagabas por sus servicios. Ya ves como si tu hubieras necesitado alguna vez de ese tipo de servicios…

-¡Ay Ana! la verdad es que nunca he usado de servicios sexuales por dinero, pero respeto a esas mujeres tanto como se merecen. Mis padres educados en el más estricto de los clasismos no comprendían que yo me relacionase con personas pertenecientes a estratos sociales más bajos, algo inconcebible para su estatus y su mentalidad aburguesada-exclama como si de Histrión se tratase.

Ana le toma de las manos y se las acaricia

-Siempre he recordado esto que haces cuando me encuentro en una situación difícil ¿sabes? Incluso te he copiado el gesto. Cuando algún chico de la casa estaba en problemas yo colocaba mis manos sobre las suyas, como tú

haces ahora con las mías para tranquilizarle. A veces he echado de menos este gesto tuyo.

-Vaya hay ocasiones en que ni nos damos cuenta de que repetimos un gesto como este. Yo suelo hacerlo ahora que lo dices, es como muy mío. Tenemos que poner en orden una vida la tuya…así que no te tardes en tomarte el café…

La notaría se hallaba ubicada en las cercanías de la plaza de la escandalera en un alto y recién restaurado edificio de piedra de sillería que albergaba las oficinas de don Mario Nolton. El ascensor les dejó en la tercera planta y pronto un hombre de elevada estatura y muy delgado les salió al encuentro. Su cara denotaba que era un hombre feliz, todo lo contrario de lo que los tópicos dicen de los que se dedican a estos menesteres.

-Les esperaba, ¿Qué tal están? Soy Mario Nolton, a la señorita Ana ya la conozco, usted supongo es don Ramón di Marinia…

-Sí, así es me alegra conocerlo don Mario…

-Pero pasen por favor, pasen a mi despacho estaremos más tranquilos y podremos hablar sin estorbo…

El despacho de Mario Nolton decorado con sobriedad les acogió en sus sillones de cuero marrón claro que abrazaron sus cuerpos.

-Tengo en esta carpeta las disposiciones testamentarias de sus padres los señores…-leyó –do Alfonso di Marinia y doña Maria Luisa Comares… véalas por sí mismo y mientras lo lee prepararé unas copas.

Mario Nolton se levantó de nuevo y se dirigió a un carrito con bebidas y botellas de cristal tallado que dejaban ver su contenido ambarino. Se sirvió

un Brandy y esperó pacientemente a que Ramón terminase la lectura.

La cara de Ramón cambiaba de expresión según iba avanzando y al final pasados quince minutos, levantó la cabeza de la carpeta y le miró atónito.

-No creí que ascendiese a tanto el monto del dinero que poseían mis padres, es decir era consciente de que vivían acomodados económicamente, y que disponían de dinero en abundancia, pero esto sobrepasa cuanto me pudiese imaginar.

-Verá señor di Marinia su padre era el dueño de varias minas de carbón muy rentables heredadas de sus padres y abuelos respectivamente. Además tenía inversiones en empresas de informática, en una refinería de petróleo que de hecho ha dado más dividendos después de su muerte que antes, y de varios negocios florecientes, tales como tiendas de ropa de las que era socio mayoritario, de unos grandes almacenes, y dos o tres negocios más de los que era el dueño absoluto. Como comprenderá a la hora de rentar todos estos activos, arrojan un resultado ciertamente apetecible.

-Ya veo, sí…

La señorita Ana era la albacea de sus padres ellos confiaban plenamente en su capacidad d gestión y en su honradez, por lo que creo que el capital ha aumentado considerablemente dese el fallecimiento de sus padres y ella ha sabido preservar su patrimonio señor di Marinia. Ramón miró a Ana y vio en ella a otra mujer que no conocía, a alguien tan capaz, que pensó que solo conocía de ella su emocionalidad y poco más.

-Creo que has hecho una labor encomiable, maravillosa diría yo. Gracias Ana.

-Ahora debe firmar estos documentos que le convierten en heredero y dueño de los bienes de sus padres y ya podrá disponer de ellos como buenamente le parezca señor di Marinia.

Ramón y Ana miraban plantados frente a la casa de los padres de él la fachada del hermoso edificio en el que él se crió y del hubo de salir por fuerza mayor, en contra de sus deseos.

-Es una casa con mucha personalidad, emite esa fuerza que emanan de las casas que han albergado dentro de sí a personajes duros poderosos que manejaban sus asuntos con vara de hierro.-Dijo Ana sin pensar.

-Eso mismo creo yo. Me daría pena desprenderme de ella a pesar de la horrible experiencia vivida aquel infausto día. Tiene mis mejores recuerdos en sus paredes, como si estuviesen grabados a fuego en cada uno de sus ladrillos. Creo que me la quedaré, en cuanto a los bienes de mis padres, quiero que te quedes las dos tiendas de ropa que poseían y la casita de la playa.

-A no, no pienso aceptar nada. He cumplido con mi papel de albacea en contra de lo que hubiese querido hacer, solamente porque deseaba que no se perdiese tu patrimonio, pero nada más.

-No aceptaré un no por respuesta Ana lo sabes. Soy más cabezota que tu, y me hace ilusión que sea así. Déjaselo a quien tú quieras, cuando te hagas vieja pero es tuyo y no se hable más.

Ana dejó que las lágrimas aflorasen y le abrazó con todo el amor que ella era capaz de dar, y era mucho. Pasearon cogidos del brazo como solían hacer siempre que salían por Oviedo en otros tiempos y se dejaron llevar por los recuerdos con la brisa rozándoles las caras y el fresco diciéndoles que estaban vivos.

-Sin embargo hay aun una pregunta que he de hacerte.-Los ojos de Ramón parecieron en ese momento brasas ardientes-¿Qué fue de el padre Bernardo, y del padre Julián?.

-Creí que jamás me harías esa pregunta. He investigado al respecto, aunque como bien puedes suponer, no ha sido tarea fácil. En lo que se refiere

al padre Bernardo, fue destinado a una diócesis lejana que poco se parece a la de Oviedo. Parece ser que contrarió a gente de mayor poder que el suyo y lo trasladaron a donde careciese de apoyos. Estuvo en Murcia unos años.

-¿Estuvo?, ¿es que ya no está?.

-Vaya no te escapa ni una amigo…es que murió al poco de un infarto de miocardio, fue algo repentino…

-Ya…ya…ya comprendo. ¿Y el padre Julián?.

-Ese está en Oviedo, si quieres podemos visitarlo en la parroquia en la que canta misa.

-Pues si no te molesta iremos y le veré, que cuanto antes termine con esta revisión de gentes de malsentir, mejor para todos, ¿no te parece?.

-Yo creo que es mejor, sí…

Los dos salieron de la cafetería y permitieron que el sol que salía tímidamente por el horizonte, les calentase el cuerpo. Una sensación de estar cumpliendo con la voluntad de quienes estuvieron implicados en tan terrible situación les llenó a ambos, como cuando uno se sacia de lo que más le agrada. Ramón se preguntaba cómo había llegado aquel encorvado sacerdote a tamaña edad celebrando misa, si daba la impresión de irse a morir al día siguiente cuando lo tuvo la desgracia de tratar con él. Muchas eran las preguntas que se acumulaban en su mente torturada por demasiados años. En este día en que se hallaba en igualdad de condiciones, por fin podría zanjar aquel asunto escabroso que lo mantenía despierto cada noche. Ana, conocedora del dolor de su amigo, se mantenía callada al darse cuenta de que pensaba y resolvía las claves de aquel enigma de la vida, que superaba con creces a las tramas escritas por los mejores autores de la época. Avanzaba a su lado como una columna que le diera apoyo en los momentos más difíciles, y ánimo con su sola presencia. La Catedral con su aguja pinchando el cielo, pareció darle la bienvenida a Ramón. Este penetró por el arco bajo la torre,

dejando al lado la verja de forja negra que protegía el arco de mayor tamaño. Atravesó la nave central, y se sentó en uno de los bancos con la mano de Ana aferrada a la suya en signo de apoyo. El espacio del crucero centralm le pareció más pequeño y acogedor que cuando él venía a rezar en soledad sus oraciones a Dios. El olor a cera ardiendo llenaba el aire mezclada con el del incienso que tantos recuerdos le traía. Comenzaron a llegar los feligreses y a ocupar las bancadas de caoba que se alineaban enfrente del altar. Ancianas y beatas acompañadas en ocasiones de sus cuidadores mayoritariamente de procedencia americana, se arrodillaban con fervoroso sentimiento, para cumplir con el ritual al que se hallaban acostumbradas desde tiempo ha.

Ramón se preguntó si él había sido en verdad uno de aquellos que solo veían frente de sí una cruz, una María, o un santo, ante el cual arrodillarse, sin saber nada más que lo que se les enseñaba en el colegio, o como mucho en el seminario. Miró en torno suyo, con respeto y discreción, para observar al auditorio que se concentraba salpicando los bancos. Las luces de varias lámparas de enorme tamaño, se encendieron anunciando así la presencia e inminencia del sacerdote, y del rito que se iba a celebrar. Una figura fantasmagórica encorvada y familiar para Ramón, avanzó penosamente ascendiendo los escalones que lo separaban del altar. Era el padre Julián que se disponía como cada mañana, a celebrar la eucaristía vestido con su casulla verde ribeteada en dorado, y su pálida tez de cuencas hundidas, y arrugas, que se le pegaban a la piel carcomida por el paso del tiempo.

Una vez en el altar dio comienzo la ceremonia ritual y todos se pusieron en pie. Duró escasamente media hora, y un par de monaguillos jóvenes hubieron de ayudarle a descender, agotado por el esfuerzo. Había resultado imposible para el obispo convencerlo de que se retirase y dejase que otro cura más joven le sustituyese. Temía que su clientela abandonase el templo al ver una cara desconocida y ya no estaba la Iglesia en Oviedo como para perder más fieles…La puerta se cerró tras ellos en la sacristía y Ramón se puso en pie con el rostro endurecido y Ana se preocupó. Lo desvestían entre los dos monaguillos cuando Ramón empujó la pesada hoja de roble y entró sin más dilación en la sacristía. El padre Julián se volvió como presintiendo que llegaba su hora de rendir cuentas, y su faz se blanqueó como la cera misma al ver allí bajo el dintel de la puerta a su antiguo discípulo.

-Ramón di Marinia…vaya, vaya…pasa hijo, pasa. Como ves ya no soy el que era, necesito que me ayuden hasta para desvestirme.

-Ya lo veo, sí…pero me gustaría que tuviésemos una conversación que quedó pendiente hace demasiados años, para eso creo que no necesitará ayuda padre Julián,-remarcó la palabra "padre" con cierto grado de ironía.

-Ay hijo, hace tantos años de eso, pero si eso es lo que necesitas… adelante cuando termine de cambiarme estaremos charlando sobre lo que te inquieta.

Ana le apretó el brazo suavemente y los dos salieron de aquel lugar en el que Ramón semejaba transformarse en otro ser diferente al que ella conocía de habitual. Ramón jadeaba y temblaba, pero Ana ignoraba si de rabia, de miedo, o de terror incluso. El tiempo que transcurrió hasta que el viejo sacerdote estuvo listo, les pareció interminable, y le recordó a él las esperas a las que estaba acostumbrado cuando le llamaban, para siempre algo negativo. Con su sotana negra y su alzacuellos blanco, como a él le gustaba pasearse por Oviedo, se plantó ante el anciano que ya era Ramón di Marinia.

-Dime hijo, ¿Qué es lo que deseas de éste viejo al que le quedan pocos días para rendir cuentas ante el Señor?

-Quizás debiéramos comenzar por hablar de aquella reunión en la que se decidió expulsarme de "La obra"…

-Ah sí, hijo mío, aquella decisión me costó el sueño durante muchos, muchos años. Nunca había cometido un error de tal calibre, aquella mujer… ¿Cómo se llamaba?, ¿Martina…?.

-Marisa Ordea , padre, Marisa Ordea…

-¡Ah, sí! "Marisina", que Dios me perdone, pero maldije su nombre muchas veces por destruir a una familia tan grata para mí y para "La Obra, como erais los di Marinia. Supongo que vienes a cobrarte la revancha…pues

aquí estoy, dime lo que tengas que decirme.

-Esto no es cuestión de revanchas ni de odios, es cuestión de JUSTICIA, padre. Vengo a decirle que solo siento desprecio por quienes como usted, son capaces de expulsar, destruyendo la vida de quien eligen como víctima. Necesito saber que lo sabe, que por culpa de usted, perdí la fe, dejé hasta de creer en Dios Todopoderoso, y que solo tengo amargos recuerdos de este lugar, que borraron todo lo bueno que pudo haber un día. No me dieron la oportunidad de defenderme y me juzgaron, condenaron, y ejecutaron, sin escucharme ni creerme. El rostro demudado del sacerdote fue surcado por sendas lágrimas que resbalaron por sus escuálidas mejillas, y bajó la cabeza, abatido. Nunca le habían hablado tan crudamente y él que siempre presumió de ser un hombre justo y devoto, veía ahora como su mundo se desmoronaba ante aquel inocente Ramón di Marinia, que le venía a recordar que debió ser más humilde, y así hubiese evitado la destrucción de los di Marinia. Ana detrás de Ramón, a dos bancos de él, observaba la escena que se desarrollaba en medio de una tensión que se podía cortar con un cuchillo. Solo podía ver el rostro del sacerdote que de por sí, revelaba el dolor y la cargada conciencia que tenía el anciano. Parecía que en un momento todo lo que aquel sacerdote había construido se disolviese en una nube de humo negro, y todos sus valores cayesen de manera que ya nada después de aquello resultase, ni tan siquiera semejante a la vida que tuvo antes.

-Perdí a mis padres, a los que vosotros convencisteis para que me echasen de casa, de la casa en la que me crié…os confabulasteis con esa arpía de Marisa Ordea, que el diablo la tenga en el infierno mismo.

El padre Julián se santiguó y permaneció callado.

-Tuve que marcharme y vivir como un indigente, hasta que me recogió un travesti…¡oh, sí! ya sé que le escandalizará, pero solo ella se compadeció de mi cuando tras apuñalarme para robarme otro mendigo, me desangraba en un apestoso baño público. La vi muerta cuando la asesinaron al regreso de mi estupendo trabajo, por el que me pagaban cuatrocientos euros al mes…

-Veo que has sufrido mucho hijo…lo siento tanto…no sabes cuanto.

-Claro eso es fácil, con decir lo siento y perdona ustedes lo arreglan todo, pero ¿sabe lo que le digo?, que no, que no le perdono, que le maldigo por todo lo que me ha robado y que nunca podré recuperar. Le maldigo porque mis padres y yo jamás pudimos volver a vernos. ¡Váyase al infierno!.

Ramón di Marinia se levantó, le dio la espalda con evidente desprecio, y se encaminó a donde le esperaba Ana. El padre Julián cabizbajo, e incapaz de levantarse, ni moverse, se quedó en el banco en el que hablase con Ramón di Marinia, con la culpa invadiendo su mente, y el remordimiento mordiendo su alma como perro de presa. Al salir, Ramón sintió que su cuerpo se reanimaba, el aire fresco le llenó las fosas nasales y Ana le vio recuperar la cordura y la expresión facial que ella conocía.

-¿Estás bien Ramón?

-Sí. Ahora sí…por fin podré dormir tranquilo. Tenemos que terminar con esta pesadilla Ana, y cuando regrese a casa todo será diferente.

Ana creyó que las nubes pasaban más aprisa sobre sus cabezas como si algo estuviese sucediendo en el devenir del mismo tiempo. Se alegró de colaborar con él y era consciente de que su apoyo le resultaba fundamental.

CAPITULO XXVII

EL SUCESOR

Jesús de Montiel le iba tomando el pulso a la casa poco a poco, y en ausencia de Jean Pierre le Monéc, era el único responsable de cuanto sucedía en ella. Le asustaba no estar a la altura de la situación, pero presentaba un interesante reto para superarlo, y ayudar a los que como él, habían llegado a la casa en busca de protección y de una vida que vivir cuando creciesen, sin que ello supusiera un permanente dolor. Magdalena la asistenta social colaboraba con él como lo había hecho con jean Pierre le Monéc antes. El cartero llegaba con retraso aquel día, y Jesús de Montiel ignoraba lo que traía para ellos. Cruzó la verja hasta el buzón externo en el que se depositaba el correo, y al abrirlo lo vio vacío. Justo en el momento en que retornaba a la casa Alberto, el cartero afable y regordete, llegaba con su carrito amarillo agarrado de su mano.

-Lo siento, llego con retraso hoy a todos los sitios…tengo varias cartas para la casa.-sacó de su carrito un taco de sobres y se los entregó-hoy se han debido poner de acuerdo todos para escribir…

-Casi siempre son cartas del ayuntamiento o de la sección de asuntos sociales, pero veo que hoy hay una diferente…tiene un membrete que

parece…-no concluyó la frase, porque Jesús sin prestarle atención tomaba las cartas en la mano y se retiraba hacia la casa.

El cartero se encogió de hombros y se marchó, estaba acostumbrado a recibir desplantes, era demasiado indiscreto en algunas ocasiones, no podía evitarlo. Se sentó en el vestíbulo y rasgó la carta cuya procedencia desconocía en primer lugar. El encabezamiento le indicó que venía de Oviedo. Tras las consabidas fórmulas de cortesía se le notificaba a don Jean Pierre le Monéc, que se le concedía el premio Príncipe de Asturias en honor a su labor como director de la ONG, la casa llamada FLORES DE INVIERNO. Se quedó boquiabierto, sin reaccionar, aquello le insuflaría nueva vida a la casa y demostraría que su labor no había sido en vano.

-¿Qué sucede?, ¿es algo malo?-le preguntó Sergio que le había tomado confianza a Jesús de Montiel.

-No. No, todo lo contrario es algo maravilloso-le acarició la cabeza. Ahora Jean Pierre se pondrá muy contento y tendremos muna gran fiesta para celebrar este premio que le van a dar.

Sergio se sentó junto a Jesús y le miró con aquel rostro de niño pícaro que cuando sonreía iluminaba el mundo. Había sido difícil conseguir que encajase en la casa, pero pasado algún tiempo, se había integrado y ahora colaboraba en los trabajos de la casa como el que más. Los demás chicos le admiraban y si él les decía que había que hacer algo, simplemente le seguían y lo hacían. Los problemas anteriores, cuando Sergio llegó a la casa, quedaban ya muy atrás, y era uno de los mejores colaboradores que Jesús de Montiel tenía para a su edad hacer cumplir las normas, nada estrictas por otra parte, en la casa, a fin de mantener un orden. El premio que le daban a jean Pierre le Monéc era el reconocimiento a una vida llena de sufrimientos y altruismo, que había proporcionado a muchos niños la posibilidad de tener una vida plena y estimulante si que nadie les dañase. Las meditaciones de Jesús, iban por ese camino que se recorre pocas veces en la vida, tan solo en las escasas ocasiones en que uno hace balance de ella, para ver qué ha conseguido, y qué puede hacer aun, antes de abandonar este maravilloso mundo, para dejar paso a otros que continuarán la obra de uno mismo. Rememoró los días en que él mismo era uno de aquellos chicos, sin futuro, ni expectativas, que llegaban a la casa perdidos, desorientados, y con la mirada triste, abatidos, como

animalitos apaleados, para despertar a una vida nueva, de la mano de jean Pierre le Monéc y salir del atolladero en que el azar les había sumido.

La sonrisa aparecía el primer día en que comprendían que ahora al fin poseían una familia de verdad, de esa que se eligen, no impuestas por el azar de la vida que se asemeja a un destino cruel. Los gritos de los niños llamándose entre ellos, las voces y las risas llenaban las paredes de la casa con su alegría de vivir, y su futuro lleno de oportunidades. Eran el premio a una vida consagrada a dar felicidad allí donde otros la restaban con su proceder in inicuo y maltratador. Sergio se quedó muy callado junto a él, y le miró admirado por su temple, sabedor como era, de que sabía solucionar los problemas y resolver cada asunto como ningún otro, pero que además, era un amigo confiable en quien depositar las confidencias y que no defraudaba jamás. El aire mismo semejaba enfriarse y acariciaba el rostro noble de Jesús, y de Sergio que quedaron aun media hora más sentados como dos silenciosos amigos de generaciones distintas unidas por el infortunio.

-Cuando regrese de Oviedo Jean Pierre se sentirá honrado, seguramente se lo dedicará a aquella mujer que tanto le cuidó en su desgracia y que no ha olvidado-pasó el brazo por el hombro del muchacho, sonriéndole.

La casa aislada del mundo ruidoso y estresante que cerca de ellos les rodeaba con sus largos brazos de metal y cristal encajados en altos edificios, resultaba como una isla de paz y sosiego, que aportaba la tranquilidad necesaria a quienes llegaban extenuados de su peregrinaje por las casas de acogida que les echaban de su seno como a hijos sobrantes. Los árboles que crecían robustos y de hermoso y espeso follaje, cerraban un círculo que simulaba a la perfección la circunferencia de la vida, que se abría y se cerraba en pocos instantes, para solo poder disfrutar de ella como la flor que crece en el campo por breve espacio, para desaparecer en el horno tras su esplendor fugaz.

CAPITULO XXVIII

LA SEGUNDA PARTE DEL LIBRO

El plató de televisión, aparecía iluminado profusamente por los focos, de manera que al entrar la presentadora, sonó un *leif motif* anunciando la presencia de la estrella guiadora de la entrevista. Miriam Sóen se sentó en el centro de la mesa preparada a tal efecto, y comenzó su disertación preparando al gran público para la presencia esperada, ansiada de aquel hombre que era admirado tanto por su obra como por sus libros. Que había dedicado su vida a restaurar las de los demás.

-Señores, hoy tenemos con nosotros s un escritor, menos famoso como escritor que como persona. Es difícil de hallar alguien que como él, dé de su tiempo el total, para compensar las vidas destrozadas de los menos favorecidos, y que además no resulte una obra de caridad. Les ruego que estén

atentos a este especial personaje, sin duda merecedor de su aprecio y su tiempo.

Las cámaras enfocaron el umbral del plató, por donde entraba un ya envejecido Jean Pierre le Monéc. Acompañado de un asistente, ocupó su lugar a la derecha de Miriam Sóen y esperó a que ésta preguntase.

-Sea bienvenido señor Le Monéc, este es su plató y su casa. Hace años que venimos siguiendo su carrera y admirándonos de su estilo para con la casa conocida como *FLORES DE INVIERNO*. Díganos cuales son sus proyectos y en que se encuentra inmerso.

-En primer lugar gracias Miriam Sóen, te agradezco sobremanera tu atención, y la oportunidad de aparecer en tu programa y así dar a conocer la actividad de la casa de las flores de invierno. En este momento, estoy haciendo los preparativos para viajar a Oviedo para recoger el premio que se le ha otorgado a la casa.

-En realidad a usted…-le corrige Miriam.

-Verás Miriam, lo cierto es que este proyecto es demasiado grande como para que se dé loor a un solo hombre, y es sin embargo necesario darle el encomio merecido a quienes dedican sus vidas a darle felicidad a esos niños.

-Nada de todo eso podría haberse realizado de no ser por tan especial protector de la infancia como es usted. La casa de las flores de invierno, cuyo nombre tiene que explicarnos, dado que nos lo prometió hace años en este mismo plató, es ahora un referente en Europa para las casas de acogida que surgen bajo ese nuevo precepto, que da vida a un hogar diferente donde los chicos pueden recobrar sus anhelos e ilusiones.

-La casa se llama *FLORES DE INVIERNO,* porque un día un niño con la inocencia que les caracteriza a esa edad, me preguntó porqué no le querían

en su casa su papá y su mamá. No supe qué decirle, pero me vino a la mente una ilustración y se la conté. Le dije que las flores no solo crecen bajo el calor del sol, sino también bajo el frío del invierno y crecen fuertes y bellas…y que él era una de esas flores, que no quieren el sol y el campo verde del verano, pero al que adoran la nieve y los armiños, y que son las más hermosas.

-Es una historia muy tierna, desde luego, -le respondió Miriam que se había quedado absorta escuchándole-cada vez comprendo más que una mente como la suya y un corazón tan grande necesita expandirse para con el resto de la humanidad…

-Gracias por este halago, que considero el mejor que me han hecho nunca Miriam, porque el hombre creo que es más grande cuanto más hace por los demás.

La entrevista siguió por caminos más prosaicos y se habló del éxito del libro, de su enorme venta en el extranjero y del efecto que había causado en todo el mundo un libro como aquel. Los cansados ojos de Jean Pierre le Monéc evidenciaban el paso de los años y el cansancio que se siente en el interior, que es el que más envejece. Había visto vivir y morir a gentes estupendas, que merecieron vivir de manera diferente, y sentir el calor de sus congéneres, sin saber qué era eso. Sintió que el tiempo se le terminaba y que otros deberían proseguir su obra para alimentar las mentes de quienes pueden hacer algo por los que necesitan calor del que solo la mente humana puede dar. Miró a las luces del plató y a los cámaras que se movían de un lado a otro con sus grúas articuladas como avispas hacendosas, y rememoró tiempos en que todo era diversión y placer antes de comenzase su particular diáspora.

Al concluir su entrevista, Miriam le saludó con afecto y le besó como haría con un hermano a quien se quiere especialmente. Ella también había envejecido y ya no era la hermosa y atractiva presentadora de televisión de antaño, ahora se la reverenciaba como aun gigante de los medios de comunicación, que tenía la mayor audiencia que se pudiese esperar de un programa que llevaba muchos años en parrilla.

-Es un placer coincidir en este plató con alguien que coloca el contrapunto en este mundo tan hedonista y pagado de sí mismo, amigo mío.

He visitado esa casa de las flores de invierno tantas veces que ya la considero un poco mía también, a ver si este fin de semana puedo pasarme por allí y les llevo a los chicos esos pasteles que tanto le gustan a Sergio. Estará ya muy crecido…hace tres años que no puedo ir…

-Desde luego se acuerda de ti y de tus pasteles…ja ja sí está muy grande, es un atleta en toda línea…ven a vernos y te agasajaremos como solo se hace en la casa de las flores de invierno.

-¡Hecho! El sábado estoy allí.

Los que lo conocían que no eran pocos, le apretaron las manos con cariño, y pronunciaron numerosos halagos que en nada envanecían a Jean Pierre. Él conocedor del ser humano, era plenamente consciente de que nada en este mundo merece la pena si uno no es feliz si no aprende a amarse a sí mismo y a dar a los demás cuando uno se respeta a sí mismo. Solo cuando uno se conoce por dentro, cuando se siente realizado puede desechar halagos vanos, envidias que destruyen, y placeres que ensordecen el alma. Su esposa que murió en accidente al poco de casarse supuso un punto de inflexión en su vida y recordó siempre una frase que ella decía para él y sus amigos que perdieron a seres amados. "El, o ella, no querría que estuvieses siempre triste". Con esta premisa en su cerebro, siguió haciendo lo que era su razón de existir, y creció hasta llegar a dejar a un lado los halagos que solo se dicen de uno cuando le va bien y desaparecen al dejar el éxito. Cuando la muerte se acercaba y vio llegado el momento de hacer balance, jean Pierre cribó sus sentimientos, se quedó con lo que le mereció la pena sentir y conservar y rememoró los mejores recuerdos de su vida. Se sorprendió a sí mismo de la mano de su padre y de su madre, amando por vez primera a una mujer, besando en su adolescencia o cantando en su iglesia. Sonrió bobaliconamente par quien lo viese dese afuera, y continuó con la película d su vida. Lloró al ver levantarse a Cheta Chesten de la cama hecha un esperpento y maquillarse frente al espejo para transformarse en ella misma. Su corazón se resintió con la imagen de ella muerta en sus brazos cubiertos de su sangre y de aquel viaje que cambiaría toda su vida para siempre a Madrid, su adorada Madrid. La fuerza le vino del dolor y la amargura dejó paso a serenidad que llega, cuando se aceptan los sucesos por inevitables, para que estos sirvan de experiencias que transmitir a alguien que sepa apreciarlas. En pocos segundos en la mesa de la cafetería donde se hallaba pensativo pasaron frente a él, desfilando como personajes de opereta todos los que habían influido en su vida. La gente iba y venía sin prestarle atención salvo alguna persona que le mitraba con expresión

de: ”me suena esa cara, la he visto en alguna parte”.

Entretanto Jesús de Montiel, conversaba con Magdalena, que ya arrugada por el padre tiempo y apoyada en su bastón de madera con cabeza de plata, regalo de Jean Pierre, veía como todo se difuminaba en torno suyo, para fundirse con el creador de todas las cosas. Los dos eran los cómplices de Jean Pierre, en sus conversaciones trascendentales y sus decisiones difíciles a veces.

-Esta puede ser la última entrevista de Jean Pierre, está delicado del corazón, son ya demasiadas emociones, y demasiados años…-apuntó Jesús de los tres el más joven.

-¡Ay hijo!, Es que somos ya unos carcamales y tú aun eres joven pero él y yo nos iremos cualquier día sin despedirnos de nadie. –Magdalena que necesitaba ya de un asistente para casi todo, temía a la muerte más que a nada en este mundo a diferencia de Jean Pierre. Su filosofía de vida era y estaba hecha para la vida y para el disfrute, ella siempre se definía como la mayor hedonista del mundo conocido, cosa que estaba muy lejos de ser, con su corazón enorme, palpitando por ayuda r a quien se lo solicitase.

Sergio le trajo una tazas de té como a ella le gustaba éste, caliente sin hervir y con especias mezclándose en los aromas. A Jesús un café frío y galletas. Era como si se fuese metamorfoseando en un padre para los dos ancianos. Juana que trajinaba en la cocina les controlaba desde dentro y sonreía al ver a Sergio servirles en sus tazas el café y el té. Aun recordaba sus pataletas cuando estaba en fase de prueba para saber si aquella casa era el lugar en que se podría calmar y progresar en sus estudios y desarrollar una vida lo más normal posible. Resultó difícil de pelar pero la eterna paciencia de Jesús de Montiel y sus historias de fantasías le atraparon en una telaraña que lo dejó sedado al poco de conocerlo…él era así, no había nadie capaz de resistirse a su encanto de padrazo cariñosote y sensible, casi sensiblero, pensó Juana. Cuando el abría la boca todo el mundo se quedaba absorto escuchando su voz dulce y melodiosa enfrascado en una historia, que casi parecía un relato de la mismísima realidad. Sus cuentos eran tan famosos que cuando se le castigaba a uno de los chicos, el castigo consistía en no poder oír su

siguiente historia, ¡y algunas continuaban!…

Magdalena veía cerca el final de aquella generación que había creado la casa y le preocupaba seriamente, la posibilidad de que a su muerte se convirtiese en una casa más de acogida al uso. Solo la sabia elección de un sucesor que llevase a cabo la tarea de gobernarla como lo haría el propio Jean Pierre, resultaría en un éxito pero de eso solamente podía encargarse el propio jean Pierre.

-Yo misma, –le decía Magdalena a su querido amigo Jesús de Montiel-me marcharé pronto y tendré que decantarme por una sustituta digna para ocupar mi cargo, me lo han prometido, no decidirán quién me sustituirá sin mi aprobación. Hay bastantes candidatas, ya te puedes imaginar que este es un puesto apetecible, pero lo más importante es que se siga una línea de continuidad, y eso exige que la individualidad no esté en contra de los objetivos de la casa, que se innove sí, pero que se destruya no. Veo como mis amigas se van…como desaparecen todos aquellos que me amaron y me voy quedando sola en este frío mundo…-le miró con ojos tiernos mostrando su vulnerabilidad y sacando de dentro de su alma, el dolor que almacenaba por las pérdidas sufridas a lo largo de los últimos años.

-Hay amiga mía, mujeres, que como Jean Pierre mismo, necesitarían tener siete vidas, y siete muertes para que se les pudiese olvidar. Yo siempre he creído que soy la segunda muerte de Jean Pierre y tu eres tan solo la primera, habrá otras seis y te recordarán como a alguien mítico que supo imprimir su huella en esta casa que sale de la nada para dar a aquellos que se encuentran dominados por la violencia de quienes los tendrían que proteger, un rumbo nuevo.

-Que frases tan bonitas Jesús, ahora entiendo la razón de que los chicos se peleen por sentarse tan cerca de ti como puedan, para escuchar tus historias…son palabras llenas de cariño y ternura que se clavan en el corazón de aquellos que se dignan oírlas.

Sergio que se había quedado a varios pasos con la intención de escuchar, con el firme deseo de aprender, grabó las palabras de sabiduría en su mente, para un futuro en que sin lugar a dudas las necesitaría. Los años de

Magdalena y la afabilidad de Jesús se quedarían muy adentro de su cerebro, en espera de ser bellos recuerdos que atesorar en días aciagos. Juana, salió de la casa gritando el nombre de los dos, como madre que llamase a sus niños para comer, quebrando así el hechizo del tiempo que encerraba en su burbuja a los dos colegas.

-¡Venga…!, tenemos que dar de comer a esta tropa hambrienta y yo sola no puedo…a la casa que da comienzo la guerra…ja ja ja –rió de buena gana por la ocurrencia que había tenido ella misma.

Caminó con la seguridad de quien controla su entorno absolutamente, y Magdalena miró a Jesús que le preguntó:

-¿Entiendes ahora lo que te he dicho?

Ella por toda respuesta le devolvió una sonrisa de complicidad. La vida que es caprichosa depararía una sorpresa mayor a Magdalena, y a Jesús que de ninguna manera escaparían al destino azaroso, que decide el destino de los grandes, porque la luz que brilla con doble intensidad dura la mitad…y no es sino ley del tiempo y la vida. Sergio discretamente entró en la casa y se ocupó en completo silencio en servir los platos que iban llegando de la cocina de manos de Juana. Los chicos ajenos a todo lo que no fuera gritar, divertirse y pelearse en algún caso, no prestaron atención a lo que los “mayores “ hablaban.

CAPITULO XXIX

LA FAMA DEL HOMBRE MUERTO

Las televisiones de todo el mundo y las emisoras de radio se hacían eco de la noticia del día que llegaba desde España. El más emblemático dueño de una ONG que existiese en este mundo premiado con el premio príncipe de Asturias, el nobel de la paz, incluso una mención especial en la organización de las naciones unidas, donde discursó ante un auditorio compuesto por una babel de idiomas, razas y gobernantes, moría en la casa de las flores de invierno, rodeado de sus chicos, amigos y admiradores, así como de algunos de sus fans que como escritor de fama poseía también. Los periódicos en sus primeras páginas, mostraban negros caracteres, en los que con grandes letras anunciaban la muerte del pragmático líder de las ONG que se ubicaban a lo largo y ancho del orbe. En la casa Magdalena, un joven Jesús de Montiel, y Juana la fiel cocinera que había envejecido en la casa, lloraban ante el cadáver de su amigo y mentor, mientras desfilaban por la casa los más variopintos personajes, ansiosos por dar su último adiós a quien supuso toda una revolución en el campo de las casas de acogida. Pero los más apreciados por cámaras de televisión, emisoras de radio y letra impresa eran los que ahora llegaban desde sus casas habiendo sido niños acogidos en la casa de las flores de invierno. Hombres que desarrollaban sus carreras en universidades, o eran ya incluso catedráticos, médicos, fontaneros, electricistas…y un sinfín de profesiones más que les habían dado la posibilidad de ser aquello para lo que estaban preparados y que más les gustaba. Traían consigo a los hijos que nacieron bajo el signo de las flores de invierno, en un hogar sin violencia que pudo existir gracias al viejo de la casa de las flores de invierno.

El llanto era la tónica general y las flores de mil colores que adornaban la casa por fuera y por dentro por expreso deseo de Jean Pierre le Monéc, le conferían un aspecto de fiesta en la que él habría deseado, que sus amigos lo despidiesen en la seguridad de que su obra perduraría al menos hasta que seis hombres o mujeres más, gobernasen y muriesen, haciéndolo en la casa de las flores de invierno. Ahora el segundo de esos hombres, Jesús de Montiel, junto a la que sería sin ella saberlo la tercera de esas muertes, organizaba los funerales controlando cada detalle. El sol, como aliándose con el difunto, lució espléndido como excepción en aquella semana en la que la lluvia había sido la constante meteorológica en la ciudad. Sergio sirvió champán en bandejas de plata y acero y los chicos con los ojos llenos de lágrimas, acomodaron a los que llegaban y les ofrecieron bandejas con canapés. Un ambiente de falsa fiesta reinaba, en el ambiente artificialmente creado por los detalles solicitados por el muerto viejo de la casa de las flores de invierno, que casi podía ver el resultado de su calor de gran amigo para con sus colaboradores y su inmenso cariño para los hijos de su generosidad, que le daban la despedida física, sin poder hacerlo jamás en su mente. Continuamente llegaban coches oficiales, personalidades de la política, que habitualmente se enfrentaban entre sí ahora unidos por aquel espíritu, de un hombre ejemplar que se marchaba dejando un legado primordial, cantantes famosos que colaboraron con la casa, artistas de la farándula, del cine, y la televisión, rigurosamente vestidos de negro, con rostros adustos y ojerosos de un llanto sincero, que les unía sin falsedades. Cables y cámaras ocupaban grandes espacios y retransmitían la noticia desde el lugar del suceso, dándole un aire de escena de película en rodaje a toda la finca. El acto fue algo emotivo y las lágrimas rodaron abundantes por las mejillas maquilladas de las damas de alta alcurnia que acudieron al evento, así como por los curtidos rostros de quienes presumiendo de duros veían en él reflejados sus miedos. Contrastaba el funeral con los habituales, en que no solían servirse bebidas y alimentos, y en los que solían sonar tristes canciones. En este caso la música elegida por el finado en vida, mostraba su deseo de que no se entristeciese demasiado quien acudiese a despedirle, y que se lo tomasen como un “hasta luego” en vez de un adiós, pues él esperaba volver cuando Dios así lo considerase oportuno. Jesús de Montiel hubo de ser quien se encargase de oficiar el acto tras un breve discurso en el que se leyó de la Biblia:

”Yavéh es mi pastor.

Nada me faltará.

En prados herbosos me hace recostar;

Me conduce por descansaderos donde abunda el agua. Refresca mi

alma.

Me guía por los senderos trillados de la justicia por causa de su nombre.

Aunque ande en el valle de sombra profunda, no temo nada malo, porque tú estás conmigo;

Tu vara y tu cayado son las cosas que me consuelan.

Dispones ante mí una mesa enfrente de los que me muestran hostilidad.

Con aceite me has untado la cabeza;

Mi copa está bien llena.

De seguro el bien y la bondad amorosa mismos seguirán tras de mí todos los días de mi vida;

Y ciertamente moraré en la casa de Yavéh, hasta la largura de días.

(Salmo 23)

Las palabras calaron en lo más hondo de los asistentes, que pensaron en sus vidas como en algo distinto a lo que veían siendo hasta el momento presente. Lentamente fueron abandonando la casa con el semblante triste y meditativo, y una canción sonando en sus cerebros.

Los restos del funeral, sembrados por doquier en el jardín de la casa, daban la impresión de que una guerra se acababa de librar en él. Magdalena era consciente de que nada volvería ser igual a pesar de que la dirección quedaba en inmejorables manos, pues la personalidad de Jean Pierre era tan especial, que nadie podría jamás sustituirle. Los chicos en contra de su naturaleza nerviosa y en silencio, contra todo pronóstico, colaboraron en limpiar el jardín de la casa y el interior de la misma. Como un ejército de disciplinadas hormigas, recogieron cada derelicto de aquella despedida de su mentor, y reconstruyendo lo que de ahora en adelante iba a ser la casa más vacía del mundo, a pesar de quedarse todos los demás. Quedaba para Jesús la desagradable tarea de decidir donde sepultar a Jean Pierre y con qué nombre si el de Ramón di Marinia o el de Jean Pierre le Monéc. Y el lugar era un detalle de difícil decisión, dado que él pertenecía más a la casa que a la ciudad

que lo vio nacer…Magdalena siempre sabia le aconsejó enterrarlo donde sirviese de inspiración, a aquellos que los sucediesen. Jesús que respetaba las palabras de la más intima colaboradora de jean Pierre, tomó una decisión definitiva. Sería enterrado bajo el nombre de Jean Pierre le Monéc y bajo él se situaría el nombre de Ramón di Marinia, y la fecha de la fundación de la casa de las flores de invierno. A su lado su esposa muerta hacía tantos años le acompañaría en ese viaje que todos hemos de iniciar algún día sin más equipaje que nuestras obras y el nombre labrado en esta tierra.

Sergio les ayudó más como un hombre que como el adolescente que era, y la lápida quedó sobre su cuerpo un día de sol radiante en el que la casa se vistió de llanto una vez más antes de dejar que la tierra abrazase al señor de la ternura. La casa reanudó sus actividades sin demora, y un nuevo viejo de la casa, Jesús de Montiel comenzó su andadura en la ONG que crease aquel gran hombre muerto, tan solo una de las siete que tendría que morir para ser olvidado por quienes no lo conociesen en persona, honor que recayó en Magdalena y Jesús de Montiel, y más tarde en…

Una obra de teatro real, de las que dejan su impronta en el mundo en el que se desarrolló, acababa de dejar caer el telón que indicaba el final. Los personajes en su mayoría habían muerto, como si una mano del azar les hubiese destinado a sufrir por haber brillado como los protagonistas de una película en la que solo faltaba la fama.

Una segunda parte se comenzaba a rodar y los hechos se sucederían en la segunda fase de la casa, de un modo similar, dado que la personalidad de su nuevo regente, era parecida a la del anterior viejo de la casa de las flores de invierno.

CAITULO XXX

EL SILLÓN DEL VIEJO DE LA CASA

Jesús de Montiel, se acomodó en el orejero del viejo Jean Pierre y con su bata puesta sobre sus hombros, se sintió como poseído por su sabiduría y su ánimo, siempre optimista y seguro en apariencia. Sacó de un cajón unos dibujos a medio acabar y los miró con ojos de admiración para a continuación como si de una ofrenda se tratase, trazar líneas donde se suponía debían hallarse sin que pudiese terminar el diseño de aquello que resultó ser, un ala para juegos que los niños estaban necesitando ya. Encendió la lámpara y se vio a sí mismo en el espejo, tan joven, tan inexperto, tan…y sin embargo era él el elegido para dirigir aquella casa de complicadas normas para el buen funcionamiento de la misma. La habitación se comía virtualmente al nuevo inquilino y él solo se atrevía a pensar en aquel maravilloso ser que se había ido demasiado pronto para dejarle las riendas y las decisiones importantes a medio tomar. Unos golpes secos le sacaron de su abstracción y le devolvieron a la realidad. Alguien llamaba a la puerta de "su" habitación.

-¿Sí, quién es?, pase, pase…-concedió su permiso.

-Jesús, un señor muy serio le espera en la puerta-le dijo muy intrigado e impresionado por el porte del extraño Sergio, que se había convertido en su mano derecha.

-Bajo ahora mismo, hazle pasar a la biblioteca.

Jesús se compuso y con la larga bata arrastrando, salió descendiendo los escalones con la dificultad que entrañaba sin permitir que sus pies tropezasen a causa de la largura de ésta. Se preguntó como lo haría Jean para no caer cada dos por tres. Abajo un hombre de porte elegante así como muy sobrio, esperaba en pie en medio de la biblioteca. Jesús le reconoció enseguida como el notario que solía visitar al viejo en la casa de vez en cuando para poner sus numerosos negocios al día con él.

-Espero no ser inoportuno don Jesús, pero es necesario poner en orden ciertos asuntos cuanto antes.

-Me está asustando don Xavier…

-¡Oh, lo siento!, No se asuste, son solo los pertinentes documentos necesarios para que la casa pase a ser de su propiedad, así como los negocios de don Jean Pierre le Monéc, tal y como él dispuso en vida. Lamento profundamente su pérdida don Jesús.

-Lo sé don Xavier, pero por favor tráteme de tu, es más fácil para todos…

-Lo haré si us…si tú haces otro tanto.

-Claro, gracias Xavier, -sonrió forzadamente.

El notario comenzó a sacar documentos de su maletín de cuero negro, y a ponerlos sobre la mesa explicando con suma paciencia cada uno de ellos. La cara de Jesús de Montiel iba tomando diferentes colores, a medida que le daba datos y le pedía que firmase cada uno de los documentos que le colocaba enfrente. Las cantidades que allí figuraban eran astronómicas para su mente, poco o nada acostumbrada a tales cifras. Y más teniendo en cuenta que ahora era el dueño único de aquel imperio económico. Tan solo unas condiciones previas de ser aceptadas y se convertiría en uno de los hombres más ricos del país. Le miró sorprendido a Xavier, el notario, y éste que esperaba algo

similar, sonrió entregándole el taco de folios firmados que eran copia de los que él se quedaba en su archivo.

-Enhorabuena don Jesús de Montiel, es usted un hombre rico, a causa de su generosidad para con los chicos de la casa de las flores de invierno. -Le extendió su mano para estrechársela con fuerza.

-Gracias Xavier, no sé qué decir, esto me supera…

-Tranquilo, tómate un buen trago a su salud y otro a la de Jean Pierre le Monéc y digiérelo con lentitud. Muchos son ahora los que dependen de tan joven señor, sin duda sabio para que le confiase el viejo sus poderes.

A través de la ventana de la habitación que pasaba a ocupar ahora Jesús, vio alejarse al notario, con el que debería tratar a menudo a partir de aquel preciso instante. No olvidaría jamás aquel momento vivido con la tensión a tope y la sangre circulando a mil por hora por sus venas a punto de estallar. Era el dueño de negocios y de inversiones por valor de nueve millones de euros, sin contar los pasivos como eran la casa y los bienes que dependían de ella. No podría quejarse jamás de carecer de algo, por caro que fuese, y eso que él era una persona que en contra de lo que fue su antecesor, adoraba el lujo. No era derrochador ni mucho menos, pero el lujo, quizás por haber carecido de él siempre, ejercía cierto alto grado de fascinación. Lloró de placer y sintió que desde el otro mundo Jean Pierre le daba permiso para disfrutar un poco de su recién estrenada riqueza. Las calles del Madrid que pisaba hoy le parecieron otras, y la seguridad le embargó cuando penetró en uno de los templos del lujo como era la joyería Márquez, la mejor del país sin duda alguna. Eligió un anillo con un rubí color sangre de pichón, y se lo colocó en el dedo ante la atenta mirada del dependiente, todo un mayordomo de aquel templo de las piedras preciosas. La piedra relumbró como hablándole a él y devolvió una mirada de aceptación al dependiente que lo colocó en una exquisita cajita de terciopelo rojo y negro, apartándolo. Jesús le había advertido previamente de que deseaba adquirir varias piezas, y al ver que sabía lo que solicitaba, el dependiente exhibió la mejor de sus sonrisas. Pocas veces llegaba un nuevo rico –esto resultaba demasiado evidente-y pedía algo que no fuese aquella piedra azul del escaparate, o el diamante más grande que tuviese. Jesús muy por el contrario, había tenido en Jean Pierre un maestro que le abrió la puerta del conocimiento en muchas áreas, una de ellas aquella

que tanto la gustaba a él, la de las piedras preciosas. Cuando salió de la tienda un taxi le esperaba para llevarle de tiendas a fin de renovar su vestuario y una sensación de bienestar le poseyó.

El, Jesús de Montiel, era la segunda muerte de Aquel hombre que dejaba su impronta en la casa creada por su altruismo, para bien de los desheredados que nada poseían y a los que hasta la dignidad se les arrebataba. Debería ser en adelante el ejemplo de conducta que exigía el cargo que le entregaba desde el más allá, su amigo y mentor par erigirle en señor de los designios de la casa. Pensó que el mundo giraba demasiado deprisa y que ahora era el tiempo de conocerse a sí mismo, aceptarse, y ante todo superarse. Crecería en la seguridad de que todo cuanto decidiese sería en pro de una obra que debía de perdurar al menos como bien dijo jean Pierre siete vidas, siete muertes, como él solía decir de manera tan dramática. Sus pensamientos se agolpaban en su mente como queriendo salir de ella, y creando una nueva personalidad más fuerte y poderosa que la que poseyese hasta entonces. Paseó por Madrid en el taxi, para despejar su cerebro de aquel torbellino que lo perturbaba de tal manera, que no le permitía pensar con claridad, y al caer la tarde regresó a la casa con las ideas diáfanas y la decisión de continuar con la obra de su mentor, para aumentar su fama y el bienestar de los chicos que confiaban en que no se desbarataría aquella casa, que se asemejaba a la casa de caramelo de Cristian Handersen en el cuento, y que podría desmoronarse si él no la dirigía con mano firme como si de una nave en medio del mar tormentoso se tratase.

Daba comienzo una etapa diferente en realidad, pues cada hombre le da su sello personal a cuanto hace, aun sin ser consciente de ello. Y Juana que le esperaba silente y en la sombra que acaricia a quienes esperan en la silla de la desesperación, se levantó para cubrirlo como haría con el hijo que nunca tuvo, con un abrigo, y sin pronunciar palabra conducirlo como a un niño a la habitación donde el sueño limpiaría de amenazas la mente del viejo de la casa, del nuevo viejo, Jesús de Montiel.

CAPITULO XXXI

EL CÍRCULO DE LA MUERTE

Los pensamientos de la anciana, le llevaban indefectiblemente a un pasado que ella consideraba glorioso, por la clase de personas que en el vivieron, y que crearon algo tan duradero como la casa en la que ella había sido feliz tantos años, sin echar de menos nada como una familia o una pareja estable con quien compartirla. Había sentido el calor de la amistad, del amor que mana como una fuente desde el interior de tantos chicos, que ahora eran padres y madres de familias, que carecían del dolor que ellos sintieron al ser rechazados por los suyos, de manera que lo olvidaron con el paso del tiempo. Eso le confortaba de los achaques de la vejez, y de aquellas cosas que dejó atrás hacía tantos años que ya no los podía siquiera contar. En esto pensaba La anciana Eloísa que veía llegado el fin de su longeva vida, sentada en aquel viejísimo orejero, mil veces retapizado en la misma tela, y que crujía bajo el peso de la humanidad de la anciana señora de la casa de las flores de invierno.

Necesitaba de la ayuda de algunos de los chicos que se quedaban en la casa, y que crecidos eran poseedores de esa fuerza que la juventud da, y la vejez quita. Las labores más pesadas ya no podía realizarlas, y su edad le robaba la memoria reciente, que le hacía ser una mujer despistada y

olvidadiza, que sin embargo aun recordaba a sus viejos amigos muertos, y a los vivos que como una madre había criado entre sus brazos. La casa había cambiado, desde luego que sí, era más moderna, y las comodidades eran mayores actualmente, lo que había simplificado la tarea de llevar cosas como la contabilidad, la engorrosa burocracia, imprescindible pero aburrida,-sonrió al pensar en cómo la sufrían Sergio y Vicente, encargados de tal castigo del averno…-e incluso de dar cobertura radiofónica y televisiva a la casa que tenía su propio programa en un canal de la comunidad.

Llamó a Sergio y cuando éste de dos saltos se plantó en la habitación de "la señora" ella frunció el ceño enfadándose con la vejez que le quitaba ese privilegio solo concedido a quienes disfrutan del vigor juvenil de saltar y correr a donde desean.

-Sergio tengo que ir a visitar al notario, ¿querrás llevarme hijo?. Estoy demasiado gorda y vieja para hacer eso que tú haces de saltar de dos en dos los escalones, y de correr a pierna suelta por el jardín…¡ay que vieja estoy! ¡soy un carcamal como decía de sí misma mi amiga Magdalena…!.

-Bueno, para eso estoy yo…pero sería mejor que el notario viniese a la casa ¿no? Así sería más cómodo para ti.

-No, no, no puedo hacer eso esta vez, es un deber que va anexo a los que la casa exige, lo entenderás cuando…bueno ya lo entenderás.

Eloísa rememoró el día triste en que su amiga Magdalena, la única verdadera amiga que había tenido, había fallecido, de vieja, llena de años, experiencia y sabiduría, que ya nadie podría aprovechar. Recordaba sus historias, improvisadas y maravillosas, capaces de animar a cualquiera que se sintiese mal…¡ay! era la muerte, parte de la vida, y ella estaba ahora ante aquel umbral que se abre solo una vez en la vida, para ir en su busca, más allá de la vida real…allá donde sea que estuviese. Su funeral, resultó casi un entierro estatal, con tantas gentes, y tan diversas, llenando el jardín, apretados para despedir a un ángel que dio todo lo mejor de sí a otros, con ilusión y maestría. Retornó a la realidad para seguir con la conversación que tenía con Sergio, era consciente de que cuando Eloísa decidía algo era del todo inútil insistir, pues era cabezota como nadie. Bajó sacó el coche y echó una manta a

un lado para poder envolverla cuando se acomodase en la parte trasera de él. Sentía mucho frío en las piernas y siempre se cubría con una manta para atajarlo. Eloísa realizando un esfuerzo sobrehumano, se metió como pudo a empujones en el coche y quedó sentada con la manta tapando sus pantorrillas enrollada en ellas. Sergio la llevó directamente a las oficinas del notario, un hombre muy joven, que había heredado de su padre y éste a su vez de su abuelo el negocio. Sentada ante su mesa de escritorio de estilo francés con incrustaciones de bronce dorado, le expuso lo que pretendía hacer con su enorme patrimonio, que había aumentado considerablemente, pues era una comerciante de ojo sagaz, que sabía donde y cuando invertir sus dineros. Pero era llegada la hora de dejar en herencia su patrimonio a quien debía dirigir la casa y estaba segura, de que sucedería de nuevo lo mismo que las veces anteriores. Era por eso que sabía a quién dejar los once millones de euros y la regencia de la casa, sin posibilidad de equivocarse. El notario, sensiblemente impresionado, y con la mano temblándole al escribir, fue tomando notas y guardándolas en una carpeta tan vieja como el tiempo. Su padre le había hablado de ella, pero él creyó siempre que era una leyenda urbana. Ahora tenía ante sí a la señora de la casa sucesora de los dos viejos de la casa de las flores de invierno. Sus ojos agrandados como platos, la miraban estupefacto.

Las dos horas largas que duró el entente entre el notario y la anciana dama Eloísa, le permitió a Sergio tomarse un café en una terraza que se abría a la calle misma en medio de un Madrid colapsado por el tráfico. Él también comenzaba a pensar en qué haría con su vida cuando la señora ya no estuviese, pues no había querido abandonarla en la etapa más vulnerable de su vida. A fin de cuentas ella había sido para él una verdadera madre, la que no tuvo jamás. Crecer en la casa le había supuesto acceder a oportunidades que de otro modo nunca hubiese conocido, y que le habían enriquecido y aportado, una personalidad estable, madura y de un perfil intelectual muy alto. Se sentía en deuda con Jean Pierre al que no había conocido en persona, y sobre todo con Jesús de Montiel y con Eloísa. Tenía ya una edad en la que las cosas son vistas de un modo mucho más sereno y desde la que la razón puede con la fuerza, y la tolerancia con la sinrazón. A los sesenta años y con el vigor de quien se cuida, estaba dispuesto a marcharse para iniciar el camino final en soledad, en algún sitio en el que la paz fuese el mayor de sus intereses.

Un pitido de su teléfono móvil le saco de su abstracción y le devolvió a la realidad. Eloísa había concluido su visita al notario, lo que había venido a hacer estaba realizado. Antonio, bajó con ella en el ascensor con ella cogida del brazo, y se la entregó a Sergio que la ayudó a introducirse en el coche. La dama de la casa callada le miraba sin decirle lo que ella esperaba. Necesitaba

ser paciente y que los sucesos se desencadenaran pos sí solos. Al llegar a la casa le pareció mucho más grandiosa que nunca, y se sintió superada por ella, como si tan solo hubiese sido un instrumento en manos del destino, para regir los destinos que emanaban de ella como hilos conducentes a otras vidas. El círculo de la muerte se iba cerrando una vez más y ella se disponía a abandonar su posesión amada para dejarla en manos de…

El día había resultado agotador, hacía veinte días que había dictado testamento, y sentía crujir sus huesos como la hierba en verano al ser tocada por un sol abrasador. Le preocupaba que nada sucediese, y leía a trompicones sin la concentración necesaria para disfrutar de s la lectura. Se dormía a veces y soñaba que las cosas sucedían como habían sido antes de ella con Jean Pierre y Jesús de Montiel ante ella, riendo y cantando viejas canciones, traídas a la memoria con dificultad. Entonces un ruido le sobresaltó.

Sergio daba vueltas como un león enjaulado en el salón, y se preguntaba la razón por la que la señora de la casa no se había dignado bajar a cenar con los chicos, por primera vez en toda su larga estancia en la casa. Él sabía que estaba totalmente prohibido subir a las habitaciones de la señora de la casa y esa prohibición estaba vigente también para él…

-¡Que caray!, Voy a subir, mira que si le ha pasado algo y…-se detuvo en el primer escalón de, madera que crujió ostensiblemente al sentir el peso de su cuerpo-. La cuestión es que se puede poner…

Sergio subió pisando con el sigilo de un gato cada escalón, sin poder evitar que alguno delatara su presencia. La luz amarillenta se filtraba por las ranuras de la puerta y se veía entreabierta. No obstante no se escuchaba ni un solo ruido dentro. Eloísa era sumamente cuidadosa con las luces, por lo que o bien estaba sentada dormitando en el orejero, o bien le habían ocurrido algo. Su corazón le comenzó a latir con fuerza y creyó por un momento que se oiría desde todos los rincones de la casa.

Empujó un poco la puerta que chirrió levemente. Una voz desde dentro le habló rotunda.

-Pasa Sergio, te estaba esperando, creí que jamás te atreverías a subir esos pocos escalones…

Sergio sintió que la sangre le volvía a circular por el cuerpo, y se acercó hasta el sillón que estaba de espaldas a quien entraba.

-Por un momento he pensado que…

-¿Qué me había muerto?, Pues si esperas un poco más me muro de ansiedad, creí que me había equivocado contigo, pero veo que esta casa tiene un algo especial, que elige a sus sucesores ella misma.

-No entiendo…

-Siéntate y te lo explicaré. Es largo pero creo que tu ya has cenado y yo no lo haré hoy.

-Así que la leyenda es verdadera…

-Sí que lo es, pero escucha hijo tengo poco tiempo. Hace muchos años, cuando se abrió por primera vez esta casa, Jean Pierre le Monéc, que se llamaba en realidad Ramón di Marinia, había cambiado su nombre y su vida dándole un giro de ciento ochenta grados, de manera que llevó a la realidad esta casa que era una invención de su libro *FLORES DE INVIERNO*. Un día una famosa periodista le preguntó cuánto creía que duraría esta casa antes de desaparecer, y él le respondió que serían necesarias siete muertes, antes de que esto sucediese, dando a entender que antes deberían gobernar esta casa siete personas.

Ha habido dos antes que yo, por lo que soy la tercera muerte de Jean Pierre le Monéc, y tu de aceptar, serás la cuarta de ellas.

-Ya veo…entonces después desaparecerá…

-No, no has entendido, cada uno de nosotros somos especiales, y todos tenemos siete muertes tras nosotros, para que llegue a desaparecer la casa de las flores de invierno. –Sonrió Eloísa satisfecha de sorprenderle.

-¿Y cómo sabías que sería yo el que te sustituiría?. Ni siquiera he dicho que vaya a hacerlo.

-Yo sé muchas cosas, como las sabrás tú antes o después, y sé que no abandonarás la casa, porque como para mí es lo primero, para ti también lo es…-tosió con gran dificultad.

-Hace días cuando estuviste en el notario era para dejarme la regencia de la casa ¿verdad?. Ahora lo comprendo.

-Bueno hay algo más pero eso solo lo podrás descubrir cuando yo muera.

-No…

-No, no pasa nada he aceptado mi muerte como algo natural que forma parte de la vida, y sé que me queda muy, muy poco. Entonces mi único deseo es que la casa quede a salvo, en buenas manos y no a cargo del estado.

-Comprendo. Haré lo que me pides Eloísa, espero ser al menos la mitad de eficiente que has sido tú…

-Te agradezco que aceptes esta oferta tan especial, pues eres la

persona elegida por mí, por la casa, y estoy segura que por los chicos también…

El aire estaba cargado y la ausencia de aire fresco creaba una atmósfera pesada en la que las palabras parecían quedase flotando en ella. En un momento determinado de la conversación, Eloísa se detuvo, y se quedó mirando fijamente a la pared con los ojos vidriosos y muy abiertos. Sergio tembló perceptiblemente y se acercó pasando la mano por delante de sus ojos sin resultado positivo. Lloró ante el cadáver de su amiga y madre, y le cerró los ojos con la ternura de un hijo. Los días que siguieron a la muerte de Eloísa fueron tristes, y un silencio pesado y ominoso cayó sobre la casa. Al funeral acudieron como de costumbre políticos, cantantes y escritores que eran parte integrante de la casa, por haber sido niños criados en ella. Se sirvieron bebidas, refrescos y se dijeron hermosas palabras sacadas del libro Santo, para despedir a la madre de muchos hijos, que no tuvo ninguno propio. Sergio presidió el acto como flamante viejo de la casa y como la cuarta muerte de Jean Pierre le Monéc. El jardín se llenó de gentes agradecidas y admiradores del difunto escritor, que crease la casa de las flores de invierno. Las flores abrieron sus pétalos para adornar la despedida de quien las cuidó mejor que nadie, y se cerraron al atardecer cuando todos fueron abandonando las inmediaciones de la casa, para dejar que el nuevo viejo se hiciese con ella lo antes posible y así seguir dando vida a la casa. Comenzaba una era nueva que sin embargo mantendría el espíritu de aquel hombre desheredado que supo conocerse, aceptarse y superarse, dado oportunidad a otros de hacerlo también.

CAPITULO XXXIII

LA CUADRATURA DE LA VIDA

Sergio a solas consigo mismo, en la habitación en que habían morado los tres anteriores decidió dar continuidad a los detalles que le conferían al viejo de la casa esa aura de inmortalidad, al verle los chicos siempre con una imagen muy similar a la de los anteriores. Corría la leyenda de que el viejo moría y se reencarnaba en el siguiente, para no dejarles solos y cuidar de ellos en persona por al menos siete vidas…La bata que mandase restaurar Eloísa, que también la usó, se la enfundaba ahora Sergio, como si de un rito sagrado se tratase, para imbuirse de la personalidad de quienes fueron tan buenos regentes de la casa. Él creía firmemente que era un símbolo inequívoco del poder altruista del viejo de la casa, que gobernaba con mano firme y rostro dulce, un lugar situado en el centro del paraíso terrenal, donde los males huyen de los que crecen seguros en manos de sus protectores…se sentó en aquel mítico orejero, que lo abrazó como si lo conociese, como se hace tan solo con un gran amigo, que comprendiese de verdad todos sus miedos. Abrió el cajón donde Eloísa solía guardar con solemnidad sus cartas privadas, y sus notas escritas en una prosa poética que se le daba tan bien que hubiera podido ser una poeta de renombre. Desdobló uno de los papeles y leyó en voz alta:

-"Cuando la luna llegue y toque,

con sus dedos de seda suave,

los rizos de mi frente,

alzaré la cabeza al cielo,

implorando su perdón.

Su perdón por aquello

que no llegué a hacer,

por aquello que sí hice,

y lo hice mal.

Por aquello que hubiera hecho

pero dudé y no hice.

Y por aquello que sí hice

y lo hice tan bien,

que me ensalcé…”

Sergio permitió que las lágrimas resbalasen por sus mejillas y comprendió que ella desde la muerte misma era capaz de transmitirle un mensaje con su poema, con sus sentimientos más profundos escritos en aquel papel amarillento. Se hizo la luz en su mente al darse cuenta de que le hablaba sabiendo que le quedaba poco tiempo y que posiblemente no le diera ese espacio para decirle cuanto deseaba. De esta manera se aseguraba que leería sus palabras sacadas del pozo de su enorme sabiduría, sabiduría que da tan solo la humildad desde la que se habla sin dolor, sin enaltecerse, ni menospreciar a quien es igual, aunque haya vivido menos…salió de la habitación transformado en el viejo de la casa, y bajó los escalones que le separaban del vestíbulo para presentarse a los chicos como el nuevo viejo. La seda de la bata rozó la, madera en un abrazo de texturas que emitió un suave fru-fru, característico al andar en cada viejo anterior a él. Se paró ante las puertas correderas que le separaban del salón donde los gritos y voces de los chicos en torno a la mesa le llegaban como un murmullo agradable, al sentir la vida y la felicidad de los moradores acogidos en la casa. Separó las dos hojas y su silueta se recortó entre ambas, como la sombra de Jean Pierre cuando inauguró la casa. El silencio llenó el salón, y el aire pareció condensarse por un momento, en el que todos vieron a Jean Pierre el viejo de la casa de las flores de invierno. La bata, la expresión, la pose del viejo, todo concordaba con la imagen que de él tenían y conservaban, los chicos que ahora eran monitores o psicólogos en la casa, y que habían conocido al sucesor de Jean Pierre.

-Bueno ¿Qué pasa hoy aquí?, ¿es que no se come en esta casa?. Os habéis quedado sin lengua todos al parecer…-sonrió para quitarle hierro a la situación, dando dos palmadas sonoras.

Las voces regresaron al salón y los más pequeños hubieron de defenderse de nuevo de los mayores que les hacían de rabiar, quitándoles la comida, o tirándoles del pelo, mientras Juana se acercaba a él emocionada para decirle algo al oído.

-Ay señor, como se parece usted a Don Jesús, se lo digo yo que lo conocí días antes de morir en esta misma casa, antes justo de que la señora tomase el mando…es su misma imagen señor…-se limpió los lagrimales ocupados en desahogarse.

-Gracias Juana, sé que me lo dices con cariño, pero me asusta un poco todo esto-le susurró él-solo estoy intentando disimular el miedo que me domina por dentro.

-No se preocupe, los niños saben que es otro, que lo hará bien, le conocen de mucho tiempo atrás y le quieren por quién es usted, no por ser lo que es, ¿comprende?.

-Juana, ¿cuándo me tratarás de tú?. Si me conoces desde que llegué amedrentado y aterrado a esta casa con el miedo pintado en mi carita de niño maltratado.

-Bueno es cierto, pero le tengo respeto don Sergio.-remarcó ella el don-No obstante si me lo pides…te trataré de tu, pero te advierto que se me escapará el usted en cualquier inoportuna ocasión…

Los dos rieron de buena gana, y Sergio le pasó el brazo por los hombros para atraerla a sí y darle un beso de hijo que ama su madre. Juana le había visto crecer, y se había hecho vieja en la casa, de la que no se quiso ir cuando le llegó la hora de jubilarse. Pocos entendieron su decisión, pero aquellos que dependían de su cariño y de su repostería, le agradecieron que se quedase, aunque tuviese que contratar Eloísa a una ayudante para que le aliviase el trabajo en la cocina, que cincuenta chicos de distintas edades dan mucho quehacer…Sergio ocupó la cabecera de la mesa y tras darle gracias a Juana por los alimentos, se procedió a dar comienzo a la comida propiamente. Las conversaciones sobre el día anterior, sobre los exámenes y las cercanas vacaciones taparon falsamente la muerte de Eloísa que nadie quiso mencionar, pues la sentían muy cerca y no deseaban despedirse del todo de ella, así creían ellos era como si estuviese siempre con ellos de manera permanente, sin irse a ese viaje que más pronto o más tarde todos iniciamos en completa soledad. En el patio de la casa, se alineaban tres tumbas de viejos de la casa de las flores de invierno, y al lado de una de ellas otra gemela de la primera, era ocupada por la breve esposa de Jean Pierre que no tuvo nunca mucha suerte en lo concerniente al amor, y la pareja. Alrededor crecían rosas y dalias de mil colores primorosamente cuidadas hasta entonces por Eloísa y a partir de ese instante por Sergio, que se daba arte en eso de cuidar las flores de verdad tanto

como las que simbolizaban a los chicos. Sergio paseaba por entre ellas quitando las malas hierbas, que como en la vida, crecen sin ser cuidadas, y matan a las que hermosean con sus colores y aromas el mundo. Pensó en cuantas cosas habían tenido que sucederse encadenándose unas a otras, para poder llegar hasta el momento actual en que él estaba en pie ante sus protectores, hombre de corazón grande, y que condujeron el timón de aquel enorme navío por mares embravecidos y sortearon la calamidad, para crear vidas nuevas en niños muertos antes de nacer al mundo. Sintió el aire rozando su rostro, la brisa del amanecer trayendo el perfume del rocío en ella, de lejanas tierras y las golondrinas revolotearon a su alrededor, jugueteando con su cuerpo en un ritual que es el juego de los seres vivos. Giró en torno a sí mismo y dejó que sus brazos estirados tocasen virtualmente el cielo, que anunciaba un día caluroso y alegre sobre los hombres y mujeres que lo poblaban. La luz del alba resbaló sobre las lápidas y las iluminó dándoles un color amarillo intenso, que semejó el habla de los que yacían satisfechos de días bajo sus mármoles fríos. En su cerebro revivió las imágenes de Jean Pierre le Monéc, de Jesús de Montiel, y de Eloísa, junto a él mismo en un cuarteto imposible para reír juntos por haber burlado a la vida por una sola vez, dando una oportunidad a aquellos a quienes ella se la negó. La casa se le antojó más, mucho más grande de lo habitual, y se alzó como titán sobre la tierra desafiando al cielo en un intento de aislar el dolor para matarlo para siempre dentro de sus poderosas paredes.

De regreso a ella comenzó a ver las cosas de otra forma, ya no era aquel muchacho que llegó con modales ásperos y mirada retadora, dispuesto a defenderse con uñas y dientes de una posible agresión, que temía de todo aquel que no le era familiar. Aprendió a confiar de nuevo, a conocer que existen gentes de todo tipo en este variopinto mundo, en el que el poseía la suerte de estar en el lugar apropiado en el momento justo. La puerta de la casa se cerró momentáneamente para encerrar dentro de sí el refugio de las flores de invierno, hasta que llegasen más flores.

FIN

EPÍLOGO

LOS PERSONAJES DE LA HISTORIA

Desde que Ramón di Marinia saliera de Oviedo con rumbo incierto, llegando a conocer a otros que compartieron con él la aventura de su vida, como fueron la imperiosa Cheta Chesten, que le aportó la fuerza necesaria para vivir de nuevo lejos de sus fantasmas, o de Jesús de Montiel, el joven chico que se hizo hombre en la casa de las flores de invierno, pasando por la

poderosa Eloísa, señora de una casa solo gobernada hasta entonces por hombres, e incluyendo a la misteriosa Magdalena, que era el nexo de la casa con el mundo, todas las historias han sido vividas por personas reales que solo perdieron sus nombres al ser insertadas sus personalidades y gustos costumbres y creencias. Personajes como la cruel Marisa Ordea Illana, la frívola Maria Luisa di Marinia, incapaz de sentir si no era por medio de su esposo el todopoderoso Alfonso di Marinia, o la generosa Ana, amiga fiel. que dura toda una vida, son también esa parte, real desde luego, pues existen, y son tal cual se relatan, seres con rasgos propios que delatan sus deseos a veces egoístas, como sucede con Marisa Ordea, y de entrega total como es el caso de Ana que queda en un segundo plano, porque en este mundo se ve más a quien menos hace.

Es una trama que pensé plasmar desde que la vida me comenzó a ofrecer la posibilidad de dar vida, voz y rostro, a quienes forman parte integrante de ella. Está hecha en honor de todos aquellos, que desde niños sufrieron en sus carnes, el dolor de las cicatrices que dejan esas heridas, que son causadas por quienes debieran protegerlos. También en honor de aquellas que han tenido que padecer el maltrato de sus parejas en una sociedad cauterizada, como refleja el personaje de Eloísa, que media entre los niños y los adultos. Muchos son los que pueblan estas páginas, y algunos y algunas se reconocerán en ellas para bien o para mal…según sus actos.

Y finalmente es una novela en la que he descrito muchas de mis propias vivencias, por eso de que lo que mejor se narra es lo vivido en primera persona. El lector deberá reconocer cuales son, pues en eso consiste el juego, en deducir.

LA CANCION DEL DOLOR

El alba trae en la luz,

un rayo de esperanza,

Un aroma a hierba recién cortada,

perfume que embriaga la mente,

que susurra al viento,

palabras de honor.

Un niño clama al aire,

por ayuda llora,

por aquello que no le dan,

por aquello que le arrebatan,

que se duele su alma misma.

Solo la luna comprende,

de su llanto lo que anhela,

de sus ojos lo que duele,

de su mano pequeña y suave,

que le den venganza.

KENDALL MAISON

Como en una obra de teatro los personajes de manera imaginaria salen a escena inclinando sus cabezas, para recibir el aplauso de quienes se identifican con ellos, y de quienes pasaron un buen rato leyendo sus vidas dramatizadas en estas páginas.